SAN JUAN BOSCO

HISTORIA SAGRADA

Dedicado especialmente a jóvenes y niños

Recomendamos con ardor este libro, así como también el hacer conocer y aprender a los jóvenes la Historia Sagrada.

LORENZO, ARZOBISPO DE TURÍN.

PRÓLOGO

Dar comienzo a un nuevo curso de Historia Sagrada parecerá por cierto a alguno un trabajo inútil, puesto que hay tantos como para satisfacer a toda clase de personas. Al principio, también me lo pareció así; pero, apenas examiné los que más comúnmente se suelen poner en manos de los jóvenes, me convencí que muchos son, o demasiado voluminosos, o muy reducidos, y que también pierden con frecuencia, por el exagerado uso de conceptos y frases, la sencillez y la popularidad que caracteriza a los Libros Santos. Mientras que otros omiten casi por completo la cronología, que por tanto, el lector inexperto muy difícilmente podrá conocer a qué época pertenece el hecho que lee, si se aproxima más a la Creación del mundo o a la Venida del Salvador. Además, en casi todos he notado expresiones que pueden, en mi concepto, despertar sentimientos menos puros en las inconscientes y tiernas mentes de los niños.

Movido por estas razones, me propuse componer un curso de Historia Sagrada, que contenga lo más importante que nos refieren los Libros Santos, y pudiera ponerse en manos de cualquier joven, sin peligro de despertar en su mente ideas inoportunas. Con el objeto de conseguir mi propósito, narré a cierto número de jóvenes de diferente edad, uno a uno los hechos principales de la Sagrada Biblia, notando atentamente qué impresión les hacía mi narración y qué efecto producía en ellos. Esto me sirvió de norma para descartar algunos, indicar brevemente otros, y adornar otros muchos detallando las circunstancias. También tuve a la vista muchos compendios de Historia Sagrada, y entresaqué de cada uno de ellos lo que me pareció más conveniente.

Tocante a la cronología, seguí en todo a Calmet, haciendo las variaciones que los críticos modernos han juzgado necesarias. En cada una de estas páginas mi propósito fue siempre el de iluminar la mente para mejorar el corazón y hacer lo más popular posible la ciencia de la Sagrada Biblia.

Y siendo el fin providencial de los Libros Santos conservar viva en los hombres la fe en el Mesías prometido por Dios, después del pecado de Adán; o mejor dicho, o pudiendo llamar a la Historia Sagrada del Antiguo Testamento, una constante preparación a tan importante acontecimiento, quise con especial cuidado anotar las profecías que conciernen al Redentor.

Divido la historia en épocas y éstas en capítulos que se subdividen a su vez en párrafos, que indican la materia contenida en cada parte del capítulo. La experiencia me ha hecho conocer que es éste el medio más fácil para que un joven pueda comprender y recordar los hechos.

Siguiendo además el parecer de expertos maestros, he creído conveniente intercalar en el texto algunos grabados que representen al vivo los hechos más culminantes de la Historia Sagrada, para que su estudio resulte más ameno y atrayente. Y, ya que se encuentran con frecuencia los niños perplejos y como atajados para seguir adelante, a causa de la diferencia radical que existe entre los nombres modernos y muchos de los antiguos, de casas, pueblos y ciudades, de que se hace mención en la Historia Sagrada, y que se han ya proscrito de todos los mapas; he creído conveniente quitarles esta dificultad, poniendo al final un pequeño **diccionario geográfico**[1], con las necesarias explicaciones y el correspondiente nombre moderno. De este modo, creo que les será sumamente fácil orientarse en el pequeño mapa de Palestina, que igualmente ponemos al final.

---

[1] Esta edición suple el **diccionario geográfico** por **mapas**, por considerarlos más claros.

El estudio de la Historia Sagrada se recomienda por sí mismo, porque es la más antigua de todas las Historias; la más cierta, por ser Dios su autor; la más digna de aprecio, porque contiene la Divina Voluntad manifestada a los hombres; la más útil, porque prueba y hace palpables las verdades de nuestra Santa Religión. Al no haber, pues, estudio más importante que éste; ninguno debe ser más apreciado por el que ame de veras la Religión. Si este trabajo mío, valga lo que valiere, será de algún provecho, aunque no fuera más que a uno solo; sea por ello gloria a Dios, por cuyo honor únicamente lo he emprendido.

Juan Bosco, Pbro.



"Dejad que los niños se acerquen a Mí".

LECCIÓN PRELIMINAR

GENERALIDADES

Sagrada Biblia. — Historia Sagrada. — Antiguo y Nuevo Testamento. — Las palabras Sagrada Biblia o Sagrada Escritura quiere decir libro por excelencia, y se usa para indicar todos aquellos libros, cuyos autores la Iglesia Católica reconoce haber sido inspirados por Dios.

La Historia Sagrada se encierra en la Biblia y comprende la narración de lo que sucedió en tiempo de los Patriarcas, bajo los Caudillos, los Jueces, los Reyes y demás Jefes principales del pueblo hebreo, desde la Creación del mundo hasta la Fundación de la Iglesia de Jesucristo.

La Sagrada Biblia se llama también Antiguo y Nuevo Testamento; esto es, Antigua y Nueva Ley. El primero encierra la narración de los hechos que ocurrieron antes de la venida del Salvador, y los escritos de los Profetas. El segundo, esto es, el Nuevo Testamento, encierra el Evangelio, los Hechos de los Apóstoles y algunos otros escritos de los mismos.

División de la Historia Sagrada. — La Historia Sagrada frecuentemente se divide en **siete** edades o épocas, cada una de las cuales está determinada por algún hecho luminoso e importante.

La **primera** comienza con la *Creación del mundo*, y se extiende hasta el *Diluvio*, que tuvo lugar el año 1656.

La **segunda**, desde el *Diluvio* hasta la *Vocación de Abraham*, el año 2083.

La tercera, desde la *Vocación de Abraham* hasta la *Salida del Pueblo Hebreo de Egipto*, el año 2513.

La **cuarta**, desde esta *Salida* hasta la *Fundación del Templo de Salomón*, el año 2903.

La **quinta**, desde dicha *fundación* hasta la *Esclavitud de los Hebreos en Babilonia*, el año 3416.

La **sexta**, desde esta *esclavitud* hasta el *Nacimiento de Jesucristo*, el año 4000 de la Creación.

La **séptima**, desde el *Nacimiento de Jesucristo* hasta el año 70 de la era vulgar, en el que tuvo lugar la *Destrucción de Jerusalén y la Dispersión de los Judíos*.

Escritores de la Historia Sagrada. — La Historia Sagrada ha sido escrita por los profetas, por los apóstoles y por otros varones ilustres, que, iluminados y asistidos de una manera especial por el Espíritu Santo, escribieron sin el menor peligro de errar, ni por malicia, ni por humana flaqueza.

Profetas. — Los profetas fueron hombres enviados por Dios en diversos tiempos, para declarar al pueblo judío su voluntad y predecir los acontecimientos futuros, especialmente los que se relacionaban con el Mesías.

Veracidad de los Escritores Sagrados. — Poseemos cinco razones especiales, para demostrar que los Escritores Sagrados han dicho la verdad.

1.ª Narran hechos ocurridos, casi en su totalidad, en sus tiempos, confirmados por monumentos ciertos, que conocían muy bien.

2.ª Si hubieran mentido, habrían sido desmentidos por un gran número de hombres, que habían presenciado los hechos que ellos narraban, y sus escritos no se hubieran recibido como divinos.

3.ª Eran personas muy dignas de crédito, a las cuales no se podía echar en cara ningún delito; antes bien, en todas las páginas de sus escritos, ponen en evidencia su buena fe y piedad.

4.ª Muchos de los hechos que narran, son también referidos por autores profanos; como la historia del diluvio, la de la destrucción de Sodoma y Gomorra, el paso del Mar Rojo, y otros.

5.ª La doctrina que enseñan se encuentra en todo conforme con los dictámenes de la razón.

Divina asistencia de los Escritores Sagrados. — Las pruebas de que los escritores de la Historia Sagrada han sido divinamente inspirados al escribirla son:

1.ª Por los milagros con que demostraron haber sido escogidos por Dios como instrumentos vivos de su palabra. Solamente Dios puede obrar milagros: luego, cuando una cosa se halla confirmada con milagros, tenemos completa seguridad de la intervención divina; es decir, de una autoridad **infalible**[2].

2.ª Por las profecías de que está llena la Historia Sagrada, que se han cumplido perfectamente; puesto que solamente Dios puede predecir, con certidumbre, acontecimientos futuros, que, no tienen necesaria relación con causas naturales, y no pueden ser conocidos con mucha anticipación por los hombres.

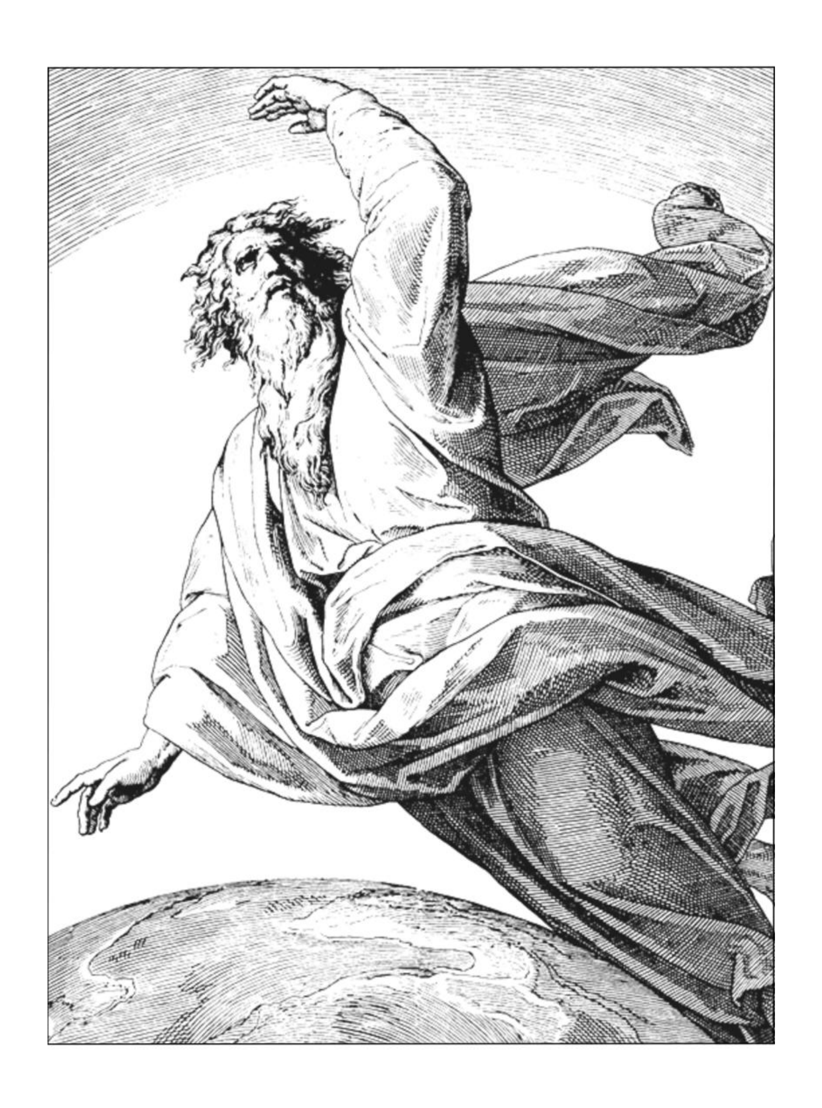
3.ª Por la santidad de la doctrina que se enseña en la Historia Sagrada; santidad tan perfecta, que los incrédulos no han logrado jamás señalar en ella algún defecto; al paso que sabemos que los hombres más doctos y de recta intención, abandonados a sí mismos, fácilmente se equivocan.

4.ª Por el testimonio de Jesucristo y de los Apóstoles, los cuales declararon que toda la Historia del Antiguo Testamento había sido escrita con la especial asistencia del Espíritu Santo.

5.ª Por el testimonio que la Iglesia Católica siempre ha dado de la divinidad de la Historia del Antiguo y Nuevo Testamento; siendo ella depositaria y maestra de las verdades reveladas por Dios.

---

[2] **Infalible** significa que no puede fallar o equivocarse.



Creación del firmamento

ANTIGUO TESTAMENTO

PRIMERA ÉPOCA

DESDE LA CREACIÓN DEL MUNDO HASTA EL DILUVIO
Abraza un período de 1656 Años

CAPÍTULO I

• Creación del mundo • Creación del hombre • Paraíso Terrenal • Creación de los Ángeles.

CREACIÓN DEL MUNDO. — Solo Dios es eterno: todas las demás cosas fueron creadas por Él, esto es, sacadas de la nada. Dios habría podido, con un simple acto de su voluntad, crear y ordenar todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra en un instante; quiso, sin embargo, emplear en esa obra seis días. En el principio creó el cielo y la tierra; pero ésta era informe y vacía, cubierta de agua, y envuelta en densas tinieblas.

El **primer día** creó la luz y la separó de las tinieblas: a la luz la llamó día, y a las tinieblas noche.

El **segundo día** hizo el firmamento, esa inmensa bóveda azul, que se presenta a nuestros ojos cuando miramos a lo alto, y que llamó cielo.

El **tercer día** juntó las aguas en un lugar, y a esta reunión de aguas la llamó mar; y a lo demás que quedó en seco, por la separación de las aguas, lo llamó tierra. Dijo Dios en seguida: *Produzca la tierra yerbas, plantas y árboles que den fruto.* La tierra obedeció, y produjo luego yerba verde y árboles que dan fruto, según su especie.

El **cuarto día** dijo Dios: *Haya lumbreras en el cielo, que separen el día de la noche, y señalen las estaciones y los días del año*. Hizo, pues, dos grandes lumbreras, la mayor (el sol), para que brillase de día; la menor (la luna), para que desvaneciera las tinieblas de la noche; después creó las estrellas.

Alguno preguntará: Si Dios creó el sol en el cuarto día; ¿cómo podía haber creado la luz en el primer día? ¿el sol no es la luz? Conviene saber que en el aire, en los cuerpos y en las entrañas de la tierra, se encuentra esparcido un *fluido luminoso*, llamado "éter", que, herido por los rayos del sol o por la llama, difunde la luz. Este fluido luminoso fue creado el primer día, y el sol en el cuarto.

El **quinto día** creó las diferentes especies de peces que nadan en el agua, y de aves que vuelan en el aire.

El **sexto día** creó toda clase de reptiles, de cuadrúpedos (animales de cuatro patas), y todos los demás animales que viven en la tierra. Finalmente creó al hombre, que es la más perfecta de las criaturas visibles. Y, viendo que todas las cosas eran buenas y estaban conformes a Su divina voluntad, el séptimo día descansó; esto es, dejó de crear nuevas cosas.

Dios santificó el **día séptimo**, y quiso que en ese día los hombres se abstuvieran de hacer obras serviles y se ocuparan solamente en las obras de piedad. En la ley antigua se observaba el Sábado; pero los cristianos, en memoria de la Resurrección del Salvador, santificamos el Domingo.

Creación del hombre. — Después de haber creado Dios todas las cosas que existen en el cielo y en la tierra, queriendo crear al hombre, dijo: *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y tenga dominio sobre la tierra*. Hizo en seguida un cuerpo de barro, e infundió

en él un alma viviente e inmortal. De esta manera fue creado el primer hombre; y se llamó Adán, que quiere decir *hecho de tierra*.

Paraíso terrenal; Creación de Eva. — Al principio Dios puso al hombre en el Paraíso terrenal, que era un jardín delicioso lleno de toda clase de frutos, que sin cultivo ninguno producía el fértil suelo. Dios, para enseñarnos que debemos huir de la ociosidad impuso a Adán la ley del trabajo; pero esto solamente como diversión, y sin que le costara cansancio alguno.

Nacían en el Paraíso Terrenal cuatro grandes ríos, llamados Geón, Fisón, Tigris y Éufrates. Los dos últimos conservan todavía el mismo nombre; nacen en Armenia y rodean a esta región, a la que se le conoció después como Mesopotamia.

En seguida hizo Dios pasar a todos los animales delante de Adán, para que pusiera a cada uno de ellos un nombre conveniente. Y, como quiso darle una compañera, lo sumió en profundo sueño; y, mientras dormía, le sacó del costado una de sus costillas, formando con ella a la primera mujer, que se llamó *Eva*, que quiere decir *madre de los vivientes*.

Creación de los ángeles. — Antes de la creación de este mundo, Dios ya había creado una multitud de ángeles o espíritus sin cuerpo, enriquecidos con excelentes dones, y los había constituido príncipes suyos. La mayor parte de ellos conservó la santidad que habían recibido de Dios en su creación; pero otra parte, bastante considerable, prevaricó, cometiendo un gravísimo pecado de soberbia, por querer igualarse a Dios. Lucifer, el ángel más hermoso del Paraíso, fue el jefe de los rebeldes. Pero san Miguel, seguido por otros ángeles que habían permanecido fieles a Dios, se

levantó contra ellos al grito de: *¿Quién como Dios?* Al pronunciar estas palabras, Lucifer y todos sus secuaces fueron en un instante, por el divino poder, arrojados del Cielo y condenados a las eternas penas del infierno.

Los ángeles que permanecieron fieles a Dios se llaman ángeles buenos, o simplemente ángeles; entre ellos elige Dios a nuestros ángeles custodios. Pero aquellos, que, por su soberbia, fueron expulsados del Cielo, se llaman ángeles malos, diablos o demonios. Instigados por la envidia, determinaron tentar al hombre con toda clase de artes y engaños, para hacerlo caer en pecado y tenerlo un día por compañero de su condenación. Uno de ellos, bajo la forma de serpiente, fue a tentar a nuestros primeros padres y les hizo cometer una gravísima desobediencia.

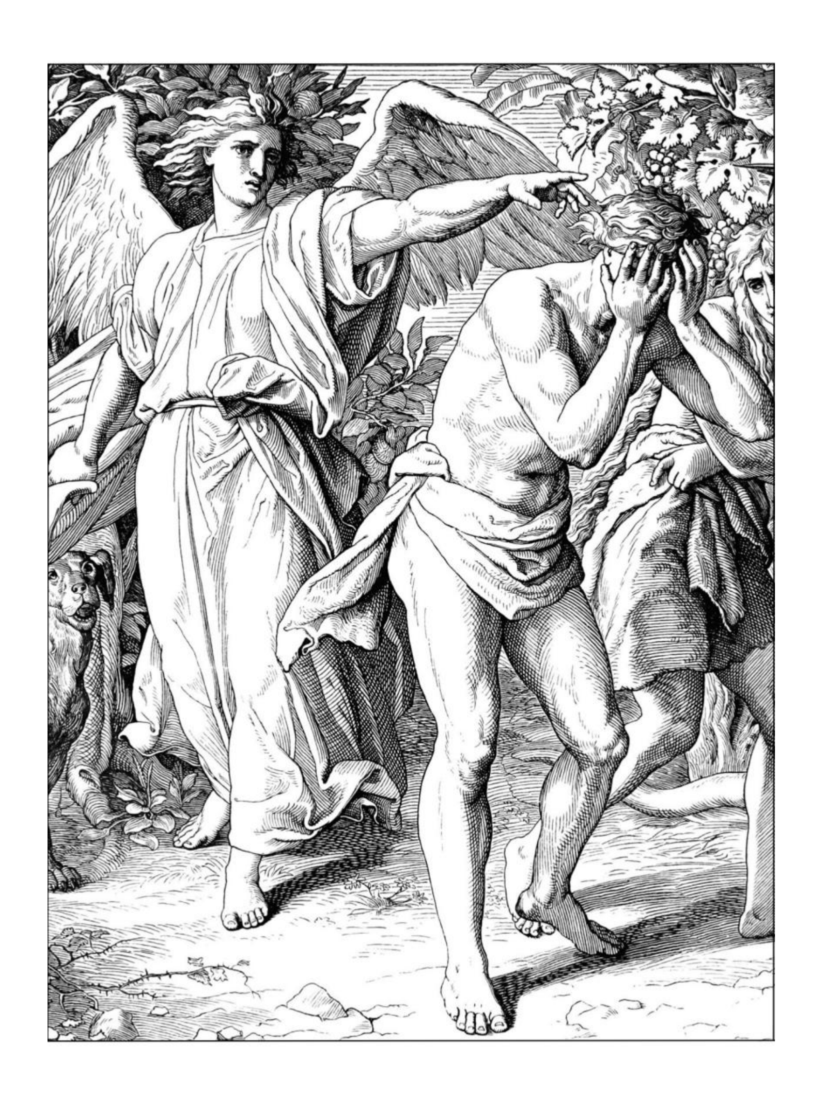
CAPÍTULO II

• Primer Pecado • Su Castigo • Promesa del Salvador.

PRIMER PECADO. — Adán y Eva cometieron en el Paraíso terrenal una gravísima desobediencia. Tenían permiso de comer de toda clase de fruta que había en aquel jardín delicioso, excepto de la de un sólo árbol. *Comed*, les había dicho Dios, *del fruto de todos los árboles del Paraíso; mas del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal no comáis; porque, en cualquier día que comiereis de él, infaliblemente moriréis*. El demonio que había sido expulsado del Paraíso y arrojado al Infierno, por su soberbia, envidioso de que otro fuese a gozar de la felicidad que él había perdido, tomó la forma de serpiente, y dijo a Eva: *¿Por qué motivo no comes del fruto de este árbol? — Porque Dios nos lo ha prohibido, bajo pena de muerte. —No*, replicó la astuta serpiente, *no moriréis; antes*

bien, en comiendo, seréis semejantes a Dios, sabedores, como Él, del bien, y del mal. Seducida la mujer por estas palabras, se puso a mirar con deleite el fruto prohibido, extendió después la mano, desprendió uno, lo comió, y enseguida dio de él también a su compañero, que imitó su ejemplo. En el mismo momento todo cambió de aspecto a los ojos de nuestros primeros padres: el remordimiento comenzó a perturbar sus corazones; conocieron que estaban desnudos, y llenos de rubor tomaron hojas de higuera para cubrirse, y se escondieron espantados entre los árboles del jardín. Así se cometió el primer pecado, que se llama comúnmente *pecado original*, el cual, transmitido por Adán a todos sus descendientes, ha sido el origen de todos los males del alma y del cuerpo, que afligen a los hombres.

Castigo del primer pecado. — Apenas se cometió el primer pecado, la voz de Dios se dejó oír con estas palabras: *Adán, Adán, ¿dónde estás?* Éste contestó: *Señor, he oído tu voz en el Paraíso; he tenido miedo, y, lleno de vergüenza, me he escondido.* Añadió Dios: *¿Y por qué temes comparecer ante mi presencia, sino porque has comido del fruto que yo te había vedado que comieses?* Replicó Adán: *Eva, la mujer que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel árbol, y he comido.* Dijo el Señor a Eva: *¿Por qué has hecho esto?* Ella se excusó, diciendo: *La serpiente me ha engañado, y he comido.* Viendo Dios que, después de haber pecado, se echaban la culpa el uno al otro, pronunció esta terrible sentencia, primero contra la serpiente, diciendo: *Por cuanto hiciste, serás maldita entre los animales y bestias de la tierra; andarás arrastrándote sobre tu pecho, y tierra comerás todos los días de tu vida. Yo pondré enemistades entre ti Y LA*



Expulsión del Paraíso

MUJER, y entre tu raza y SU ***DESCENDENCIA***[1]*; ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás asechando a su* ***calcañar***[2]. En seguida contra la mujer: *Multiplicaré tus trabajos y miserias; con dolor darás a luz; estarás bajo la potestad o mando de tu marido, y él te dominará.*

Por último dijo a Adán: *Maldita será la tierra, por tu causa; te producirá espinas y abrojos, y con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el decurso de tu vida. Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a confundirte con el polvo, de que fuiste formado.*

En seguida Dios vistió a Adán y Eva con pieles de animales, y los echó del Paraíso; y puso a un Querubín armado con una espada de fuego a su entrada para que lo custodiara.

Promesa del Salvador. — Por esta grave desobediencia, nuestros primeros padres perdieron el estado de inocencia e incurrieron en la desgracia de Dios, con todos sus descendientes. Sin embargo, Dios, misericordioso, no quiso abandonar al género humano y dejarlo en el estado de perdición que se había merecido. Por esto, después de la caída de Adán y Eva, prometió que de la mujer nacería el que había de quebrantar la cabeza de la serpiente insidiosa, es decir, del demonio.

Hablaba Dios del Mesías, o sea, de un Redentor, por cuya mediación todos los hombres pudieran volver a adquirir el derecho a la vida eterna. Esta promesa fue repetida varias veces a los hombres; y la Historia Sagrada se puede llamar una continuada serie de

---

[1] Esta mujer es María, así como el descendiente es **Cristo**.
[2] **Calcañar**, es decir, talón.

promesas semejantes: que se hacían más claras, a medida que se acercaba el tiempo de la venida del Redentor deseado.

CAPÍTULO III

• Caín y Abel • Castigo de Caín • Descendientes
• Muerte de Adán y Eva.

CAÍN Y ABEL. — Adán y Eva tuvieron dos hijos; el uno se llamó Caín y el otro Abel. Caín se dedicaba a la agricultura, Abel a la custodia del ganado; pero eran de ánimo y de costumbres muy diferentes. Caín, guiado por su avaricia, en los sacrificios que hacía a Dios le ofrecía los peores frutos de la tierra; Abel, al contrario, de ánimo bueno y sincero, ofrecía a Dios lo mejor de su ganado. Dios, que conoce las buenas y malas disposiciones de los hombres, dio a conocer que aceptaba las ofrendas de Abel, pero no las de Caín: movido de envidia, se irritó mucho contra su hermano.

Dios le amonestó con bondad, diciéndole: *¿Por qué estás enojado, y por qué andas cabizbajo? Obra bien y te amaré como a Abel; si así no lo haces, no tardará el pecado en introducirse en tu corazón.*

Caín despreció el aviso del Señor, y roído por la envidia, fingiendo cariño hacia Abel, le dijo un día:

¿Quieres venir conmigo al campo? El inocente Abel aceptó con alegría la invitación; pero no bien estuvieron fuera de la vista de sus padres, Caín se arrojó de repente sobre Abel y lo mató. (Año del Mundo 129).

Castigo de Caín. — La voz del Señor no tardó en hacerse oír, y preguntó a Caín:

Caín, ¿dónde está tu hermano Abel?

Caín contestó con arrogancia: No lo sé. ¿Soy yo, acaso, el guarda de mi hermano?

Le replicó el Señor: *¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra. Maldito, pues, serás tú desde ahora sobre la tierra, que ha abierto su boca, y recibido de tu mano la sangre de tu hermano. No te dará fruto alguno, aunque la labres; y vivirás errante, y fugitivo sobre la tierra.*

Caín, presa de terror y desesperación, huyó de la presencia de Dios y pasó el resto de su vida agitado por los más crueles remordimientos, hasta que (como comúnmente se cree), murió herido por una flecha, de Lamec, sobrino suyo, que lo había tomado por una fiera. Se cree que Caín, introdujo el fraude en el comercio y que haya dado origen a las pesas, a las medidas y a los lindes del campo.

Descendientes de Caín. — Los descendientes de Caín fueron malvados, y se les llamó *hijos de los hombres*. No obstante, algunos de ellos se distinguieron, con útiles e ingeniosos descubrimientos; Jubal inventó la música; Tubalcaín el medio de fundir el hierro y el cobre para hacer instrumentos; Noema enseñó el modo de hilar la lana y tejer la tela.

Muerte de Adán y Eva. — Después de la muerte de Abel, Adán tuvo otro hijo llamado Seth (año 130), y otros hijos e hijas. Llevó en adelante una vida de penitencia, en expiación de su pecado, y murió santamente a los 930 años de edad.

Casi al mismo tiempo falleció Eva, después de haber hecho también penitencia de su pecado.



Caín mata a Abel

La Iglesia griega honra a nuestros primeros padres como a santos, muchos atribuyen a Adán la invención de la escultura, de las artes mecánicas y liberales.

CAPÍTULO IV

• Seth • Maldad de los hombres • Noé y la construcción del arca • Noé predica la justicia • Observación.

SETH Y SU POSTERIDAD. — Seth, hombre de bien, fue el padre de los buenos, que en los Santos Libros se les llama *hijos de Dios*. Murió el año de la Creación del mundo 1042, después de haber vivido novecientos doce años y dejado una numerosa posteridad, imitadora de sus virtudes. Entre sus descendientes merece especial mención Enós, que fue el primero en honrar el nombre de Dios con ceremonias públicas y solemnes, es decir, con un culto externo; Enoc, el cual fue por virtud de Dios arrebatado, vivo aún, de entre los demás hombres; Matusalén, que vivió más que todos los hombres, pues llegó a la edad de 969 años.

Maldad de los hombres. — Mientras los descendientes de Seth vivieron juntos, pudieron permanecer fieles a Dios; pero, cuando empezaron a trabar relaciones con los descendientes de Caín, se corrompieron. Nacieron de ellos monstruosos gigantes, que se hicieron famosos en toda la antigüedad, tanto por su enorme estatura, como por su excesiva insolencia. De tal suerte llenaron el mundo de vicios y desvergüenzas, que todos habían abandonado la vía del Señor. Indignado Dios por esto, decretó exterminar a todo el género humano con el diluvio. *Raeré*, dijo, *de la faz de la tierra al hombre a quien crié, a todos los*

animales, desde el reptil hasta las aves del cielo, y todo lo haré perecer.

Noé y la construcción del Arca. — Sin embargo, en medio de la corrupción general, había algunos hombres justos, que, observando la verdadera Religión y la virtud, conservaron viva la fe en Dios y en el Redentor prometido. Noé era uno de éstos, hijo de Lamec, de la estirpe de Seth. A los 300 años de edad tuvo tres hijos, llamados Sem, Cam y Jafet. Esta familia halló gracia ante los ojos de Dios, el cual, por esto dijo a Noé: *Construye un arca, o una gran nave dividida en tres pisos. Tendrá 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de* ***alta***[3]*; harás entrar en ella un par de animales de cada especie con las provisiones necesarias.*

Noé predica la justicia. — Ordenó Dios a Noé construir el arca el año 1536, esto es, 120 antes del diluvio, otorgando todo este tiempo a los hombres para que se convirtieran. Le ordenó al mismo tiempo que predicara la justicia, para inducirlos al arrepentimiento; pero todo fue en vano. Oyeron sus amenazas y sus exhortaciones, y le vieron construir el arca sin conmoverse en lo más mínimo; antes bien, se entregaron a comilonas y placeres. Por lo cual, cada vez más irritado el Señor dio cumplimiento a sus amenazas con un diluvio universal. (1656).

Observación. — Es digno de observarse que la edad de los hombres antediluvianos, es decir, de los que vivieron antes del diluvio, pasaba con frecuencia de los

---

[3] El codo es una medida que equivale a casi **61 centímetros**, de suerte que el arca tenía 183 metros de largo, 30 de ancho y 18 de alto.

900 años; después fue mucho más corta. — La forma de gobierno de los descendientes de Seth, (que constituyen la serie de los diez Patriarcas antediluvianos), era patriarcal, es decir, cada Patriarca era jefe de su familia, la cual gobernaba, tanto en las cosas espirituales como en las temporales; pero los descendientes de Caín, después de haber edificado la primera ciudad llamada Enoquia, de Enoc su fundador, parece que se gobernaron con leyes comunes.

SEGUNDA ÉPOCA

DESDE EL DILUVIO (AÑO 1656)
HASTA LA VOCACIÓN DE ABRAHAM (AÑO 2083)
Abraza 427 años

CAPÍTULO I

• Noé en el arca • Diluvio Universal • Fin del diluvio • Noé da gracias a Dios • Insolencia de Cam y muerte de Noé.

NOÉ EN EL ARCA. — Aún vivían los hombres entregados a los vicios, cuando Noé, después de haber construido el arca, recibió de Dios la orden de entrar en ella con su mujer, con sus hijos y con las mujeres de sus hijos y de introducir también un par de animales inmundos de todas las especies; es decir, de aquellos de que no era lícito alimentarse, ni ofrecerlos en sacrificio; y siete pares de los que podían ofrecerse en sacrificio y de los que era lícito alimentarse, juntamente con los alimentos necesarios para los hombres y para las bestias. Cumplido este mandato, Dios mismo cerró por fuera la puerta del arca.

Diluvio universal. — Se cubrió entonces de nubes el cielo, y éstas vertieron torrentes de agua, durante cuarenta días y cuarenta noches; de suerte que los ríos y los mares se llenaron, y se desbordaron; las fuentes y todas las aguas que se hallan en las entrañas de la tierra, brotaron con tanto ímpetu y abundancia, que la cubrieron enteramente y se elevaron hasta quince codos sobre la cumbre de las más altas montañas, sumergiendo toda la tierra, y ahogando a todos los animales, excepto los que se hallaban dentro del arca.

Fin del diluvio. — Mientras las aguas vengadoras destruían a todos los seres vegetales y vivientes, el arca de Noé se sostuvo sobre las olas durante 150 días.

Entonces Dios hizo soplar un viento tan fuerte y caliente, que hizo disminuir y bajar de tal manera las aguas, que el arca se detuvo en la cima del monte Ararat, en **Armenia**[4]. Noé abrió entonces la ventana del arca e hizo salir al cuervo, el cual no volvió, pues se quedó, según se cree, a comer la carne de los cadáveres. Siete días después soltó a la paloma, la cual, no hallando lugar donde posar el pie, volvió a Noé, que extendió la mano y la metió en el arca.

Después de otros siete días, soltó nuevamente a la paloma, la cual a la tarde volvió trayendo un ramito de olivo en su pico, señal de que ya se acababa la inundación. La soltó por tercera vez, pero ya no volvió: claro indicio de que estaban descubiertas las plantas y casi enjuta la tierra. Noé aguardó siete días más, pasados los cuales, según el mandato divino, salió del arca con su familia y con todos los animales. Así se oncluyó el diluvio, que duró un año, menos trece días. (Año del Mundo 1657; de Noé 601)[5].

---

[4] Se dice que todavía se ven en nuestros días **restos del arca de Noé** en ese monte, cuya cima, por otra parte, es casi inaccesible (CALMET).

[5] Cuanto más han estudiado los doctos la formación de la tierra, tal como ahora se ve en sus valles y montañas; más pruebas evidentes se han recogido de **la verdad del diluvio**. En efecto; han hallado guijarros y peces petrificados en las entradas de altos montes, formados de estratos superpuestos y producidos por las diversas inundaciones del diluvio. Estos mismos doctos reconocen que los animales, las plantas y sus hojas tenían antes del diluvio dimensiones mucho mayores que las modernas. De

Noé da gracias a Dios. — Cuando Noé salió del arca, viendo la tierra desierta y sin habitantes y que solamente él con su familia se habían salvado milagrosamente. Poseído de gratitud levantó un altar y ofreció un sacrificio al Señor. Este acto de culto externo agradó sobremanera a Dios, y en señal de benevolencia hizo aparecer en el cielo el arcoíris, al paso que dijo a Noé y a sus hijos: *He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia; ya no enviaré otro diluvio para destruir el género humano; y, cuando viereis mi arco en el cielo, acordaos de la alianza que he hecho con vosotros.*

Insolencia de Cam y muerte de Noé. — Algunos años después del diluvio, Noé, que se dedicaba a la agricultura, plantó la vid; y, recogiendo la uva, la exprimió e hizo vino. Como no conocía su fuerza, bebió más de lo conveniente, y, embriagado, se durmió. El insolente Cam, sin reflexionar en el respeto que debía a su padre, fue a llamar a sus hermanos para burlarse de él; pero ellos, que abrigaban sentimientos muy diferentes de los de su hermano, se portaron con su padre con el debido respeto. Cuando Noé despertó y supo la desvergüenza de Cam, maldijo su posteridad, y predijo que sus descendientes estarían bajo servidumbre y serían esclavos de Sem y de Jafet; lo cual se verificó. (Año del Mundo 1663).

Noé vivió aún 350 años después del diluvio, y murió el año 2006 a los 950 de su edad. Los habitantes de oriente dicen que el cuerpo de Adán fue conservado en el arca, y sepultado por Sem, junto con el de Noé, en un

---

ahí se deduce que también el hombre debía ser más corpulento, lo que explicaría naturalmente su longevidad.

monte cercano a Salem o Jerusalén (CALMET, Hist. del Ant. Test.).

CAPÍTULO II

• Torre de Babel • Repartición del mundo • Particularidades acerca de la torre de Babel • Los Hebreos • Nacimiento de Abraham • Origen y propagación de la idolatría.

TORRE DE BABEL. — Los hijos de Sem, Cam y Jafet se multiplicaron extraordinariamente, y por esto no pudieron habitar ya todos en un mismo lugar; tuvieron, pues, que pensar en separarse. Pero antes de hacerlo, de común acuerdo quisieron dejar un recuerdo eterno de su nombre, levantando una torre, cuya cúspide llegara al cielo. Con este objeto bajaron al país de Senaar, esto es, a las tierras de Babilonia, y allí con ladrillos y betún comenzaron a fabricar una ciudad, en cuyo centro debía levantarse la famosa torre. Los trabajos habían llegado ya a una altura extraordinaria, cuando el Señor, despreciando esta vana y loca empresa, para confundir su soberbia envió entre ellos la confusión de lenguas.

Repartición del mundo. — Como ya no se comprendían entre sí unos a otros, los descendientes de Noé tuvieron que desistir de su obra, dividirse en colonias e ir a habitar diferentes regiones del mundo. A Jafet le tocó Europa y el Asia Menor; a Sem el Asia, hacia la parte de Oriente; a Cam el África, la Palestina y la Fenicia. (A. del M. 1707).

Particularidades acerca de la torre de Babel. — Esta torre se llamó de *Babel*, que quiere decir *confusión*, porque allí fue donde se confundió el lenguaje de los



Dispersión de los descendientes de Sem, Cam y Jafet
después de la Torre de Babel

hombres; pues antes hablaban un solo idioma. De esta prodigiosa confusión nacieron las *lenguas* llamadas *madres*, porque de ellas se derivan todas las demás. Dicha torre estaba formada en espiral y llegaba a una altura desmesurada. Los hebreos, exagerando, dijeron que tenía 27 millas de alta, esto es, cerca de 70 kilómetros.

Allí el feroz Nemrod, sobrino de Cam, edificó la ciudad de Babilonia, y, habiéndose hecho poderoso, subyugó a mucha gente. Se dice que fundó ocho ciudades y constituyó la primera monarquía, la cual, más tarde, acrecentada por Assur, se llamó monarquía de los Asirios.

Los Hebreos. — Nacimiento de Abraham. — La palabra. *Hebreo*, que se halla tantas veces repetida en la Historia Sagrada, deriva de *Heber*, de la rama de Sem, y por él se llamaron hebreos sus descendientes, que en sus principios habitaron la Caldea. De Tare, descendiente de Heber, nació Abraham en Ur, ciudad de la Caldea, el año 2008 de la Creación del mundo, trescientos cincuenta y dos después del diluvio. En esta ciudad se adoraban los *ídolos*, es decir, las estrellas, los animales, las plantas, las piedras, el fuego, los demonios: este culto se llama idolatría.

Origen y propagación de la idolatría. — Idolatría significa dar a las criaturas el culto que se debe solamente a Dios. El origen de esta falsa religión se cree que fue anterior al diluvio, y que el malvado Cam conservó su memoria y la propagó. Otro tanto se puede decir de la magia y de muchas supersticiones que la historia nos enseña que existían, desde aquellos tiempos antiguos, en Egipto, que fue el lugar donde residieron Cam y sus hijos. Se debe también observar

que algunos siglos después de la confusión de las lenguas, se había disminuido y oscurecido cada vez más la idea de un solo Dios, Creador del cielo y de la tierra. La idolatría se propagó en todo el mundo y en todos los pueblos, a excepción del pueblo hebreo.

TERCERA ÉPOCA

DESDE LA VOCACIÓN DE ABRAHAM (AÑO 2083),
HASTA LA SALIDA DE LOS HEBREOS DE EGIPTO (AÑO 2513)
Abraza 430 años

CAPÍTULO I

• Vocación de Abraham • Las tres promesas • Abraham en Egipto • Se separa de Lot • Su victoria • Melquisedec • Hospitalidad de Abraham • Incendio de Sodoma y Gomorra.

VOCACIÓN DE ABRAHAM. — Mientras la idolatría con sus abominaciones se iba propagando en el mundo, y la mayor parte de los hombres se entregaba a toda clase de vicios, los descendientes de Sem se conservaban en la justicia. Para que no se perdiera la verdadera Religión, escogió Dios una familia, la cual debía transmitir, como por sucesión hereditaria, la memoria del Creador y de sus obras, la fe y la esperanza en el futuro Redentor. El jefe de esta familia fue Abraham. Como ya dijimos, vivía en Ur, ciudad de Caldea; y allí, en medio de los idólatras, conservaba el culto de la verdadera Religión. Dios le mandó salir de su país e ir a la tierra de Canaán, con estas palabras: *Sal de tu tierra y parentela, y de la casa de tu padre, y ve a la tierra que te mostraré; yo te haré cabeza de un gran pueblo; por ti serán bendecidas y colmadas de bienes todas las naciones, Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas. Pues así será tu descendencia.*

Obedeciendo la orden divina, partió Abraham, con su mujer Sara y su sobrino Lot, llevando consigo criados y rebaños. Llegado al país de Canaán, que se llamó más tarde Palestina o Tierra Santa, le habló el Señor de

nuevo y le dijo: *A ti y a tu posteridad daré esta tierra.* Abraham, agradecido al Señor, erigió un altar en el mismo lugar en que se le había aparecido. A este llamamiento de Dios y a esta pronta obediencia de Abraham, a pesar de las gravísimas dificultades que tuvo que vencer, se llama “Vocación de Abraham”.

Las tres promesas. — En estos dos discursos que dirigió Dios a Abraham le hizo tres promesas:

1. Que daría a sus descendientes la tierra de Canaán, adonde le había hecho ir. Abraham residió mucho tiempo en esta tierra, pero como extranjero, o como poseedor de alguna extensión de campo; pero sus descendientes fueron dueños de hecho, cuando, cumplidas las divinas promesas, después de una serie de maravillosos acontecimientos, tomaron de ella posesión, guiados por Josué. Desde aquel tiempo la tierra de Canaán se comenzó a llamar tierra prometida;

2. Que le haría padre de un pueblo, tan numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar;

3. Que todos los pueblos de la tierra, envueltos ya en tinieblas de la idolatría, serían bendecidos en él: es decir, que volverían al conocimiento del verdadero Dios por medio de Uno que nacería de él: esto es, del Salvador. En el curso de la historia, veremos cumplirse perfectamente estas tres promesas en los descendientes de Abraham.

Abraham en Egipto. — Se separa de Lot. — Después de haber vivido algún tiempo en la tierra de Canaán, a causa de una gran carestía, Abraham se vio obligado a ir a Egipto, donde adquirió una gran cantidad de oro, plata y ganados. Cesada el hambre en el país de Canaán, volvió a él, riquísimo en caudal de oro y plata. Pero, también su sobrino Lot que andaba en

compañía de él, tenía rebaños de ovejas y ganados mayores, y cabañas o tiendas. Y no podían caber en aquel terreno viviendo juntos, porque su hacienda era mucha y no les era posible habitar en un mismo lugar. En este tiempo los pastores de Abraham reñían con los de Lot, porque cada uno quería para sí los mejores pastos.

Abraham, que amaba la paz, lo sintió mucho. Por lo que dijo a Lot: *Te ruego que no haya disputas entre nosotros, ni entre nuestros pastores: pues somos hermanos. Ahí tienes a la vista toda esta tierra, escoge la parte que más te gusta, y te ruego que te separes de mí: si tú fueres a la izquierda, yo iré a la derecha; y, si tú escogieses la derecha, yo me iré a la izquierda*. Lot eligió una fértil campiña, a orillas del río Jordán, donde había cinco ciudades, conocidas con el nombre de *Pentápolis*, entre las cuales se hallaban Sodoma y Gomorra. Abraham permaneció en el país de Canaán. (A. del M. 2084.).

Victoria de Abraham — En la tierra de Canaán, cada población tenía su rey. Por consiguiente, casi todos los pueblos formaban una especie de pequeño reino, gobernado con leyes y costumbres propias. Pero estos reyes, que no tenían en qué ocuparse, tenían entre sí frecuentes contiendas. Sucedió que cuatro de ellos declararon la guerra a otros cinco, entre los cuales se hallaban los de Sodoma y Gomorra. Habiendo sido derrotados éstos últimos, también cayeron prisioneros Lot y su familia. Un criado de éste, que pudo escapar, corrió a poner el hecho en conocimiento de Abraham, el cual, con trescientos dieciocho de sus siervos, bien armados, se apresuró a auxiliar a los oprimidos; y, habiendo caído de noche sobre los vencedores, los derrotó, los dispersó y les quitó el botín y los

prisioneros. Así se salvó Lot y recuperó su libertad. (Año del Mundo 2092).

Melquisedec. — Melquisedec era rey de Jerusalén, y al mismo tiempo sacerdote del verdadero Dios; esto es, gobernaba a su pueblo en las cosas temporales y en las espirituales. Habiendo tenido noticia de la victoria de Abraham y de su marcha hacia Jerusalén, fue a su encuentro, le ofreció pan y vino a él y a su ejército, y, le bendijo y le dijo: *Bendito sea el excelso Dios, por cuya protección han caído en tus manos los enemigos.* Abraham reconociendo que de Dios había recibido la victoria, quiso honrarle en la persona de su ministro, y dio a Melquisedec el diezmo de todo lo que había tomado. El rey de Sodoma quería que Abraham se quedara con todo el botín, y que tan sólo diera libertad a su gente; pero Abraham rehusó aceptar cosa alguna, y, con excepción de lo que pertenecía a los soldados, generosamente se lo devolvió todo.

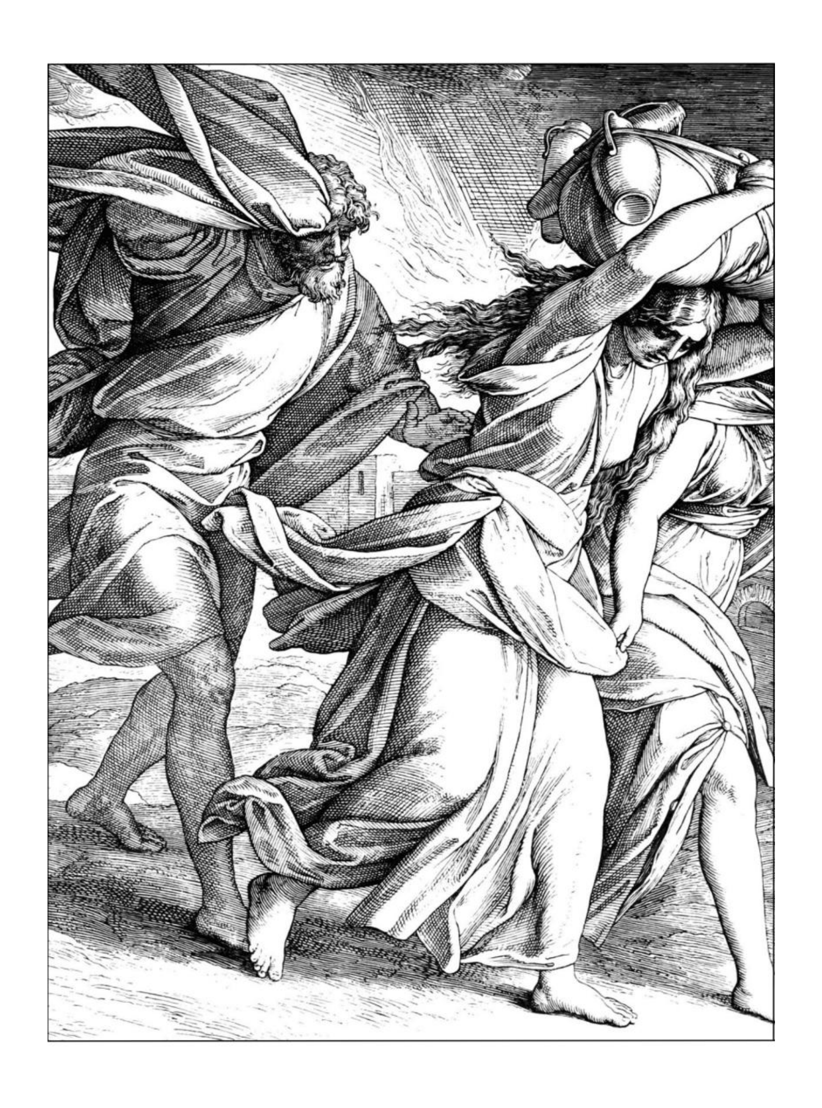
Hospitalidad de Abraham. — Vuelto Abraham al país de Canaán con su familia, habitó en el valle de Mambré, entregado al cultivo del campo, al pastoreo del ganado y a las obras de caridad. Una mañana, mientras estaba sentado a la sombra de un árbol, vio aparecer a lo lejos tres forasteros. Acostumbrado a usar hospitalidad y cortesía con todos, se adelantó luego hacia ellos, y, dirigiendo la palabra a uno le dijo: *Señor, si yo he hallado gracia en tu presencia, no pases de largo a tu siervo, mas yo traeré un poco de agua, y lavaréis vuestros pies, y descansaréis a la sombra de este árbol. Y os pondré un bocado de pan, para que reparéis vuestras fuerzas: después pasaréis adelante: pues que tal vez por esto os habréis dirigido hacia*

vuestro siervo. Ellos respondieron: *Haz como has dicho.*

Luego Abraham entró corriendo en el pabellón de Sara y le dijo: *Ve pronto, amasa tres celemines de harina de flor, y cuece unos panes en el rescoldo.* Él mismo escogió el ternero más gordo y se lo dio a un criado para que lo aderezara, tomó también manteca y leche y con el ternerillo cocido se lo presentó a sus huéspedes.

Mientras comían se estaba junto a ellos bajo el árbol, dispuesto a servirles en lo que conviniera. Uno de ellos dijo a Abraham: *Volveré a verte dentro de un año, y Sara tu mujer tendrá ya un hijo.* Aconteció como lo había dicho, a pesar de que Abraham y Sara eran ya muy ancianos; pues el que les anunciaba esto era un ángel, que hablaba en nombre de Dios, y los otros dos huéspedes también eran Ángeles. (A. del M. 2106).

Incendio de Sodoma y Gomorra. — Habiendo acompañado Abraham a sus tres huéspedes hasta las puertas de Sodoma, le dijo el Señor que había determinado hacer caer sobre las cinco ciudades de Pentápolis el castigo que los enormes pecados de sus habitantes habían provocado. Al oír esto el bondadoso Abraham, rogó a Dios que perdonara aquellas ciudades. El Señor le contestó que las perdonaría, si hallara en ellas diez justos; pero ni siquiera ese pequeño número de justos se pudo hallar: tal era la corrupción e impiedad de sus habitantes. Al día siguiente, al amanecer se verificó el tremendo castigo. Por otra parte, los Ángeles, avisaron con tiempo a Lot, y ellos mismos lo llevaron de la mano fuera de la ciudad con todos sus parientes. No bien salieron, cayó del cielo una lluvia de fuego y azufre asolador, que destruyó completamente aquellas ciudades. Se abrió la tierra, se hundieron las casas, y perecieron todos los habitantes, formándose allí



Lot huye con su familia

un lago que se llama Mar Muerto, o *Asfaltites*, por la calidad de sus aguas bituminosas y densas como el asfalto. Mientras Lot con su familia huía de tan terrible incendio e iba a Segor (la quinta de aquellas ciudades, salvada por sus oraciones), perdió a su mujer, porque contra la prohibición expresa de los ángeles miró hacia atrás: en castigo de su desobediencia, se convirtió en estatua de sal. (A. d. M. 2107).

CAPÍTULO II

• Sacrificio de Abraham • Abraham y Eliezer • Matrimonio de Isaac con Rebeca • Nacimiento de Esaú y de Jacob • Muerte de Abraham • Isaac en Gerara.

SACRIFICIO DE ABRAHAM. — Un año después de la promesa que hizo Dios a Abraham, tuvo éste un hijo, al que llamó Isaac. Creció en el temor del Señor, y formaba las delicias de sus padres. Queriendo Dios probar la obediencia y la fidelidad de su siervo, le dijo un día: *Abraham, toma a Isaac, tu hijo único, a quien tanto amas; ve al monte Moria, y ofrécemelo en sacrificio.*

Abraham sin pronunciar una sola palabra de queja, se levantó antes del alba y aparejó su asno, llevando consigo dos mozos y a Isaac su hijo, y cortada la leña para el holocasuto se puso en camino hacia el lugar que Dios le había mandado.

A los tres días de camino, alzando los ojos divisó el lugar a lo lejos y mandó a sus criados que le aguardaran allí: cargó la leña sobre Isaac, y, llevando él mismo en la mano el fuego y el cuchillo, emprendieron la subida del monte. Caminando así los dos juntos, dijo Isaac a su padre: *Padre mío, veo el fuego y la leña; pero ¿dónde está la víctima del holocausto?* Isaac ignoraba todavía



Sacrificio de Abraham

que él mismo debía ser la víctima. Abraham le contestó: *Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto*: y continuaron juntos su camino. Llegados finalmente a la cima del monte, Abraham levantó un altar, acomodó encima la leña, y, atando a su hijo Isaac, le puso en el altar sobre el montón de leña. Isaac tenía unos veinticinco años de edad; y así fue atado con pleno consentimiento, siendo por tanto un vivo retrato de la altísima obediencia con que Jesucristo se ofreció a la cruz por nuestro amor. Abraham extendió la mano, tomó el cuchillo, y ya iba a dar el golpe para sacrificar a su hijo, cuando de repente el ángel del Señor gritó desde el cielo diciendo: *Abraham, Abraham, detente, no hieras al joven: ahora conozco que temes al Señor; pues, para obedecerle, no has perdonado a tu único hijo.* Abraham se detuvo, volvió los ojos, y, viendo detrás de sí un carnero enredado por las astas en un zarzal, lo tomó y ofreció muy alegre en holocausto, en vez de a su hijo. Dios, en recompensa de la generosa obediencia de Abraham, lo bendijo, y le renovó las tres promesas que ya le había hecho en la tierra de Canaán. El Señor bendice siempre a los que obedecen sus preceptos. (A. del M. 2145.)

Abraham y Eliezer. — Abraham pasó el resto de su vida ocupado en obras buenas, y por esto siempre le bendijo el Señor. Antes de morir quiso buscar una esposa virtuosa y llena de temor de Dios para su hijo. Con este objeto ordenó a Eliezer, el primero de sus criados, que fuera a Arán, ciudad de la Mesopotamia, en la cual él también había residido algún tiempo. Eliezer llevaba consigo diez camellos cargados de preciosos dones, para regalar a la joven que se debía casar con su amo, y a sus padres. Habiendo llegado a dicha ciudad hacia el oscurecer, se paró cerca de un pozo,

precisamente al tiempo en que los habitantes iban a sacar agua. Para cerciorarse de cuál sería la voluntad del cielo, oró de esta manera: *Señor Dios de Abraham, haz que la doncella que me diera de beber cuando lo pida, sea la que Tú eliges para Isaac*. No había acabado de rezar, cuando una joven, llamada Rebeca, se aproxima con un cántaro al hombro, lo baja al pozo, lo llena de agua. Eliezer se acerca a ella y le dice con buenos modos: *Joven, dame de beber. —De buena gana,* le contestó; *bebe tú, mi buen señor, y beban tus camellos*. Por esto conoció Eliezer cuál era la voluntad del cielo; y, después de haber bebido, continuó hablando así: *Dime, ¿de quién eres hija? ¿Podría yo hallar albergue en la casa de tu padre?* Rebeca contestó: *Yo soy la hija de Batuel, y mi abuelo es hermano de Abraham: en casa de mi padre hay albergue para ti, y heno y paja en abundancia para tus camellos*. En aquel momento salió de su casa Labán, hermano de Rebeca, el cual hizo a Eliezer la misma invitación. Éste, entonces, dando gracias a Dios, entró en casa de Batuel, donde tuvo un espléndido recibimiento. De esta suerte, la joven Rebeca, que en la casa paterna había sido modelo de virtud por su amor al trabajo y obediencia a sus padres, fue la esposa del virtuoso Isaac, y la gloria de su familia.

Matrimonio de Isaac con Rebeca. — Ante todo, Eliezer se dio a conocer como criado de Abraham, y enviado por él a buscar una esposa para su hijo. Y, para que no quedara lugar a dudas que Rebeca había sido escogida por Dios para ser esposa de Isaac, se la pidió solemnemente a sus padres. Éstos, recibido el pleno consentimiento de Rebeca, contestaron: *Demasiado clara es la voluntad de Dios; nosotros no queremos contrariala. Vaya, pues, contigo Rebeca, acompañada de su nodriza, y sea la esposa de Isaac.*

Eliezer entonces ofreció muchos dones preciosos a Rebeca, a su madre y a sus demás parientes. Aquellos magníficos dones, las conocidas virtudes de Isaac y los nuevos vínculos que se iban a contraer con el Patriarca Abraham, llenaron todos los corazones de santa alegría. Tres días después, partieron para la tierra de Canaán. (A. del M. 2148).

Nacimiento de Esaú y de Jacob. — Muerte de Abraham. — De este matrimonio nacieron dos niños mellizos, el primero se llamó Esaú, el segundo Jacob. Abraham vivió todavía algunos años, y consumido por largas y duras fatigas, lleno de méritos, descansó en la paz de los justos, a los 175 años de su edad. (A. del D.M. 2183).

Isaac en Gerara. — Isaac seguía los ejemplos de la virtud de su santo padre; pero, sobreviniera en la tierra donde habitaba una gran carestía, le avisó el Señor que fuese a Gerara, ciudad situada en los confines de la Arabia Pétrea y habitada entonces por los Filisteos. Isaac fué cortésmente recibido por el rey Abimelec, y se dedicó, con su familia, a la agricultura. El Señor bendijo copiosamente sus fatigas, de suerte que se multiplicó la cosecha, y su ganado aumentó tanto, que excitó de tal modo la envidia de aquellos pueblos, que llenaron de tierra los pozos que los siervos de Isaac habían abierto en el campo para abrevar el ganado. En vista de esto, el rey Abimelec, que quería conservar la paz: *Vete*, le dijo, *retírate de nuestra tierra, porque te has hecho más poderoso que nosotros*.

Isaac se retiró a un vasto desierto llamado Bersabea, entre el Mar Muerto y el Mediterráneo. En este lugar, el Señor le repitió las promesas que había hecho a Abraham, diciendo: *Multiplicaré tu posteridad como*

las estrellas del cielo, y daré a tus descendientes todas estas regiones, y en el que nacerá de ti (el Mesías), *serán benditas todas las naciones de la tierra.*

Isaac, en acción de gracias, levantó en aquel lugar un altar, e invocó el nombre del Señor. (A. del M. 2200).

CAPÍTULO III

• Esaú vende la primogenitura • Consecuencias de esta venta • Escala de Jacob • Jacob en la casa de Labán • Se separa de él • Labán lo persigue • Jacob lucha con un Ángel • Se reconcilia con Esaú • Hecho de Dina • Jacob celebra las exequias de su padre.

ESAÚ VENDE LA PRIMOGENITURA. — Esaú, primogénito de Isaac, se dedicaba a la caza y a la agricultura: Jacob se dedicaba a la custodia del ganado. Y, siendo de carácter sencillo y muy obsequioso con sus padres, era singularmente amado por su madre. Isaac amaba especialmente a Esaú, porque gustaba comer de su cacería. Volviendo un día Esaú de caza, muy hambriento, vio a su hermano con un plato de lentejas cocidas y se las pidió. Jacob le dijo: *Cédeme tus derechos de primogénito, y te las daré.* Esaú decía para sí: *¿De qué me sirve ser primogénito, si me estoy muriendo de hambre? —Pues júramelo*, dijo Jacob. Esaú se lo juró y le cedió la primogenitura, luego se puso a comer y a beber, sin pensar en las consecuencias de su ligero proceder.

Consecuencias de esta venta. — Las consecuencias de esta venta fueron muy funestas. He aquí lo que sucedió. Siendo ya anciano Isaac, se le había debilitado la vista, de modo que llegó a faltarle por completo. Le dijo un día a Esaú: *Mira, yo ya soy viejo, y no sé cuál será el día de mi muerte. Toma, pues, tus*

armas, la aljaba y el arco, y sal al campo a cazar algo, y me haces un guiso como sabes que a mí me gusta, y me lo traes, para que lo coma y después te bendiga antes de morir. Esaú obedeció en el acto.

Rebeca, que tenía un especial cariño a Jacob, al oír las palabras de Isaac se apresuró a guisar dos cabritos, como a Isaac le gustaba y aparentando que fuera la caza de Esaú. Vistió después a Jacob con el traje de Esaú, y como éste era velludo y Jacob lampiño, envolvió el cuello y las manos de éste con la piel de los cabritos, y le envió en seguida a Isaac con el guisado y los panes que había cocido. Cuando estuvo cerca, Isaac le preguntó: *¿Quién eres tú, hijo mío?* Jacob respondió: *Yo soy tu primogénito, Esaú; he hecho lo que me mandaste: come, pues, y dame tu bendición.* Dijo todavía Isaac: *Acércate, hijo mío, que quiero cerciorarme si es así.* Y palpándolo, dijo Isaac: *La voz es la de Jacob; pero las manos son las de Esaú.* El buen padre comió, y en seguida puso las manos sobre su hijo, y **le deseó todas las felicidades del cielo**[6].

Acababa de salir Jacob, cuando llegó Esaú; y, presentando a su padre las viandas de la caza, que había guisado, le dijo: *Levántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo para que me bendiga tu alma.* Le dijo Isaac: *Pues, ¿quién eres tú?* Él respondió: *Yo soy tu hijo primogénito Esaú*. Entonces, se descubrió el engaño de Jacob; pero, a pesar de esto, no retiró Isaac la bendición que le había dado, porque Dios quería poner a Jacob en lugar de Esaú. Éste lloró amargamente, se arrepintió de haber vendido a su hermano el derecho de primogenitura; y, en su enojo, hasta llegó a amenazarlo

[6] La **bendición paterna** era considerada como fuente de muchos bienes espirituales y temporales.

de muerte; así es que Jacob ya no tenía segura la vida en la casa de sus padres. (A. del M. 2245).

Escala de Jacob. — Jacob, para no ser víctima del furor de su hermano, aconsejado por su madre, determinó refugiarse en casa de Labán, su tío materno, el cual residía aún en la ciudad de Harán. Mientras viajaba le sorprendió la noche lejos de todo lugar habitado, y experimentó cierta inquietud; pero, como tenía la conciencia limpia, desechó todo temor y se abandonó en manos de la Providencia. Cansado del viaje, se acostó en el suelo; y, poniendo una piedra por almohada, se durmió al aire libre. Dios protege siempre a los que le son fieles: por esto, mientras Jacob dormía, le hizo ver una escala misteriosa, que desde la tierra parecía llegar hasta el cielo. Por ella subía y bajaba un gran coro de ángeles, y en la cima estaba Dios, que le habló así: *Yo soy el Señor Dios de Abraham y de Isaac; la tierra en que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Y será tu posteridad tan numerosa como el polvo de la tierra: y en ti, **en Aquel que nacerá de tu estirpe**[7], serán benditas todas las naciones y tribus de la Tierra. Dondequiera que fueras, Yo seré tu protector y te restituiré a esta tierra.* Jacob se despertó con sobresalto, y, luego que se hizo de día, tomó la piedra que le había servido de cabecera, y la erigió en forma de altar para perpetuar este hecho, y derramó aceite encima para consagrarla al Señor.

Jacob en casa de Labán. — Jacob continuó el viaje, y, llegado a Harán, se detuvo cerca de un pozo cerrado por una enorme piedra, rodeado de tres rebaños de ovejas. Dirigiéndose a los pastores que los custodiaban,

---

[7] Es decir, **en el Mesías**.

les dijo: *Hermanos, ¿de dónde sois? — De Harán, contestaron. — ¿Conocéis a Labán, hijo de Nacor? — Sí que le conocemos. — ¿Lo pasa bien? — Bueno está, y he aquí a su hija Raquel, que viene con su rebaño*. Jacob entonces se dio prisa a quitar la piedra que cubría el pozo, abrevó las ovejas de su prima, y, con palabras entrecortadas por el llanto, la saludó de la manera más afable. Raquel corrió a dar la nueva a su padre, el cual fue luego al encuentro de Jacob, lo abrazó con ternura y lo llevó a su casa. Allí permaneció Jacob muchos años, custodiando fielmente los ganados de su tío y sirviendo con muchas atenciones y aunque tuvo mucho que padecer a su lado, en todas estas acciones, jamás perdió de vista el santo temor de Dios. Admirado Labán por la fidelidad y las raras virtudes de su sobrino, le dio por esposa a su hija Raquel. Jacob, bendecido del Señor, adquirió muchas riquezas, y fue amo de muchos criados, y dueño de numerosos rebaños de cabras, ovejas, camellos y otros animales. Estas cosas constituían la riqueza de aquellos tiempos. (A. del M. 2262).

Jacob se separa de Labán. — Cuando Labán vio que Jacob se había vuelto rico, se disgustó, y, además de mirarlo con envidia, le hacía padecer con frecuencia graves tribulaciones, que Jacob sobrellevó con mucha paciencia, hasta que fue avisado por Dios de que volviera, a Cananea, el país de sus padres. Por esto, sin decir nada a su tío, se marchó, veinte años después de haber salido de la casa de sus padres. (A. del M. 2265).

Labán persigue a Jacob. — Labán lo persiguió con numeroso séquito, resuelto a emplear la fuerza para detenerlo. Pero el Señor, que protege a los inocentes, le dijo: *Guárdate de hacer cosa alguna contra Jacob*. Por esto no mediaron sino palabras, con las cuales Labán

echó en cara a su yerno la huida y el robo de sus ídolos; pues, aunque Labán había sido instruido en la verdadera religión, se olvidó de ella, y se volvió idólatra. Jacob, fácilmente se disculpó de la huida, y sin saber que el hurto había sido cometido por su esposa Raquel, declaró reo de muerte al culpable. Labán revisó todos los equipajes; pero no encontró los ídolos, porque su hija los había escondido debajo del aparejo del camello, en el que ella misma estaba sentada. Por esto, después de un largo altercado entre ambas partes, se renovó la amistad, y, se separaron pacíficamente, Labán volvió a su casa, y Jacob siguió el viaje comenzado.

Jacob lucha con un Ángel. — Al llegar al río Jordán, que marca el confín de la tierra de Canaán, Jacob experimentó vivas inquietudes, por temor a que el antiguo rencor de Esaú aún no se hubiera apaciguado. Envió, pues, mensajeros para anunciarle su próxima llegada. Mientras esperaba su vuelta, durante la noche se le apareció un Ángel con semblante de hombre, el cual luchó con él hasta el amanecer; pero Jacob llevaba siempre la ventaja, porque el Ángel no quería emplear con él todas sus fuerzas. Finalmente eI Ángel tocó el nervio del muslo de Jacob, que al punto se secó, y le dijo: *Déjame marchar, que ya raya el alba*. Jacob conoció entonces que aquel con quien había luchado era un Ángel, y le dijo: *No te dejaré partir, si antes no me das la bendición.* El Ángel le preguntó: *¿Cómo te llamas?* Él contestó: *Jacob.* Repuso el Ángel: *En adelante te llamarás Israel; es decir, fuerte con el Señor.* Desde entonces los hijos de Jacob comenzaron a llamarse indistintamente hebreos o israelitas.

Jacob se reconcilia con Esaú. — Después de esta lucha misteriosa, volvieron los mensajeros con el

anuncio de que el rencoroso Esaú venía contra él con cuatrocientos hombres. Al oír esto Jacob, lleno de miedo, se volvió al Señor y le rogó de esta manera: *Dios de mi padre, tú me dijiste: "Yo te colmaré de beneficios;" líbrame, pues, ahora de las manos de mi hermano*. Dividió su gente y sus rebaños en diversos cuerpos. Ordenó que marcharan a mucha distancia unos de otros, y que los primeros que encontraran a Esaú le dijeran: *Jacob te envía este rebaño de regalo*: y que lo mismo dijeran los demás, a medida que se fueran acercando. Llegó por último Jacob, el cual se inclinó diferentes veces delante de su hermano. Esaú, apaciguado ante tantas pruebas de cariño, corrió hacia él, lo abrazó y lo besó tiernamente, llorando de júbilo. Al ver a los hijos de su hermano, preguntó: *¿De quién son estos hijos?* Jacob contestó: *El Señor me los dió*. Todos se inclinaron delante de Esaú. En seguida Jacob le ofreció muchos de sus rebaños. Al principio los rehusó Esaú; pero, a las repetidas instancias de su hermano, se decidió aceptarlos. (A. del M. 2265).

Hecho de Dina. — Reconciliado Jacob de esta manera con su hermano, se dirigió hacia Jerusalén, en cuyos alrededores compró un campo, con el propósito de establecerse en él. En esto su hija, llamada Dina, fue, por curiosidad, a ver una fiesta que celebraban los pueblos cercanos de la ciudad de Siquem. Dina recibió de aquellos habitantes una gravísima injuria. Por esto, sus hermanos pelearon con los Siquemitas; y la cosa tomó tales proporciones, que un gran número de habitantes quedaron muertos, otros esclavos, y toda la ciudad fue saqueada. Esto fue causa de deshonra para Dina, y de tristeza para Jacob, el cual reprendió duramente a sus hijos; y, vivamente apesadumbrado por el derramamiento de tanta sangre, abandonó aquel

lugar y se retiró al valle de Mambré, a la casa paterna. El hecho de Dina nos enseña lo peligrosos que son los espectáculos públicos, especialmente para la juventud. (A. del M. 2274).

Jacob celebra las exequias de su padre. — En Mambré tuvo Jacob el consuelo de hallar aún vivo a su anciano padre, que ardía en deseos de poder abrazar una vez más a su amado hijo antes de morir. Pero muy corto fue este regocijo común, porque Isaac murió poco tiempo después, entre los brazos de sus dos hijos, a los 180 años de edad. Esaú y Jacob celebraron sus funerales y lo sepultaron en la cueva de Masía, cerca de la ciudad de Ebrón. (A. del M. 2275).

CAPÍTULO IV

• Los hijos de Jacob • Predilección de Jacob por José, y envidia de sus hermanos • Sueños de José • José en la cisterna • José vendido por sus hermanos • Dolor de Jacob • José en la cárcel.

LOS HIJOS DE JACOB. — Jacob tuvo doce hijos, y una hija llamada Dina. Los nombres de ellos son: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Dan, Neftalí, Gad, Aser, José y Benjamín; el más virtuoso era José, y por esto el más amado de su padre.

Predilección de Jacob por José, y envidia de sus hermanos. — Aunque se hallaba José adornado de óptimas cualidades, no pudo evitar la envidia de sus hermanos. Éstos veían con desagrado las especiales muestras de cariño que su padre le prodigaba por sus singulares virtudes. La envidia es un vicio muy funesto: ésta despertó en los hermanos de José odio contra él y deseos de venganza. Los siguientes hechos vinieron a

aumentar aún más este odio. Apenas tenía José dieciséis años, y custodiaba, en compañía de sus hermanos, los numerosos rebaños de su padre. Aquéllos, un día, cometieron una acción muy mala. El inocente José no quiso imitar su ejemplo; antes bien, experimentó remordimiento, y, para impedir mayores males, se creyó obligado a poner el hecho en conocimiento de su padre. Desde entonces Jacob Io amó aún más tiernamente, y, entre otros pequeños dones, le regaló una túnica bordada de varios colores. Sus hermanos por esto concibieron un odio tan grande contra él, que ya no le hablaban sino ásperamente. Creció aún más su enojo, al oír contar a José algunos sueños, que presagiaban su futura grandeza.

Sueños de José. — Con la mayor ingenuidad, un día José dijo a sus hermanos: *Me pareció, en sueño, que estábamos atando gavillas en el campo: y mi gavilla se alzaba y se mantenía derecha, mientras vuestras gavillas, puestas alrededor, adoraban la mía. — Pues qué*, exclamaron sus hermanos, *¿has de ser tú nuestro señor, o hemos de estar sujetos nosotros a tu dominio?* En otra ocasión les contó otro sueño: *me pareció ver que el sol y la luna, y once estrellas me adoraban*. Todo esto acrecentó de tal suerte el odio de sus hermanos, que llegaron a los más graves excesos.

José en la cisterna. — Cierto día que los hijos de Jacob habían llevado los rebaños a pastar muy lejos, dijo su padre a José: *Anda, ve y averigua si tus hermanos lo pasan bien, y si están en buen estado los ganados, y tráeme razón de lo que pasa.*

José obedeció con presteza el mandato de su padre. Aquéllos, apenas lo vieron, dijeron entre sí: *Allá viene el soñador. Ea, pues, vamos a matarlo y echarlo en un*

pozo. Después diremos a nuestro padre que una bestia feroz lo devoró. Entonces se verá de qué le aprovechan sus sueños.

Rubén, que era el mayor en edad, se opuso a este malvado intento; y, buscando el modo de salvarlo, decía: *No le quitéis la vida, ni derraméis su sangre; en vez de eso, echadlo en aquella cisterna seca*. Dijo esto, con intención de sacarlo después y devolverlo ocultamente a su padre. Cuando José se hubo aproximado, sus perversos hermanos se arrojaron sobre él, lo despojaron de sus vestidos y lo bajaron a la cisterna mencionada; esto es, a un pozo que, felizmente, no tenía agua.

José, vendido por sus hermanos. — Después de haber cometido esta iniquidad, se sentaron tranquilamente y se pusieron a comer. Pero Rubén no pudo tomar bocado, y se alejó afligido, pensando la manera de salvar a José. Poco después pasaron por allí unos mercaderes de Madián, que iban a Egipto; a ellos les fue vendido José por veinte monedas. En vano José rogaba a sus hermanos que se compadecieran de él; fueron insensibles a sus súplicas y lágrimas. Después de sacarlo de la cisterna, lo entregaron a aquellos mercaderes, quienes lo llevaron consigo a Egipto. José tenía entonces diecisiete años de edad. (A. del M. 2276).

Dolor de Jacob. — Vuelto Rubén a donde estaban sus hermanos, sabedor de lo sucedido, afligidísimo les dirigió los más severos reproches. Aquéllos, entonces, forjaron una mentira, para ocultar a su padre el crimen que habían cometido. Mataron un cabrito, y tiñeron con su sangre la túnica de José, después la enviaron a Jacob, diciendo: *Esta túnica hemos hallado; mira si es o no la túnica de tu hijo*. Apenas el buen anciano la vio, la conoció, y, en el exceso de su dolor, exclamó: *Es la*

túnica de mi hijo; una bestia feroz se lo ha comido; una fiera ha devorado a mi José; y, llorándolo amargamente como muerto, permaneció mucho tiempo sin consuelo.

José en la cárcel. — Los mercaderes que habían comprado a José, al llegar a Egipto lo vendieron a su vez, a un señor llamado Putifar. José servía a su amo con solicitud y fidelidad; bendecido por Dios, todo lo que hacía le salía bien. Por esto su amo lo quería muchísimo; y, admirado de su talento, le confió el cuidado de su casa. Pero un hecho funesto vino a turbar la felicidad de José. Aconteció que la mujer de Putifar quiso inducirlo, un día, a cometer un grave pecado; él se puso a gritar: *¿Cómo puedo yo cometer esa maldad, y pecar contra mi Dios?* Y huyó espantado. La malvada mujer, al verse despreciada, lo calumnió ante su marido. Éste, demasiado crédulo, le prestó fe; y, en su enojo, dio orden de que José, cargado de cadenas, fuera encerrado en un oscuro calabozo. Pero Dios acompañaba a José en todos los pasos que daba. (A. del M. 2286).

CAPÍTULO V

• José explica los sueños del copero y del panadero • Explica los sueños del rey • Triunfo de José • Gran carestía.

JOSÉ EXPLICA LOS SUEÑOS DEL COPERO Y DEL PANADERO. — Poco tiempo después, el Señor hizo conocer la inocencia de José al carcelero, quien le confió el cuidado de las cárceles. Después de algún tiempo, el copero mayor y el principal panadero del rey de Egipto, por haber ofendido a su señor, fueron metidos en la misma cárcel. Pasado algún tiempo, ambos tuvieron un sueño conforme al estado o suerte

de cada uno. Como era su costumbre, una mañana, José los visitó y al verlos apesadumbrados, les preguntó con cariño: *¿Por qué estáis tristes?* Respondieron ellos: *Anoche tuvimos un sueño, y no hay quién nos lo interprete*. José, sabiendo que aquel sueño no era supersticioso, les dijo: *¿Ignoráis que la interpretación de los sueños viene de Dios? Contadme, pues, lo que habéis visto, y procuraré explicároslo.* Empezó el copero y dijo: *Me pareció ver delante de mí una vid que tenía tres sarmientos, que crecía insensiblemente hasta echar botones, y, después de salir las flores, madurar las uvas, las que exprimí en la copa, y serví con ella a* ***Faraón***[8]. José, iluminado por Dios, respondió: *Esta es la interpretación de tu sueño: Dentro de tres días serás repuesto en el oficio de copero del rey. Te ruego que te acuerdes de mí entonces, y pidas a Faraón que me saque de esta cárcel, en la cual fui metido, siendo inocente.*

Al oír el panadero tan favorable interpretación al sueño de su compañero, esperando otro tanto del suyo, lo contó, diciendo: *He soñado que llevaba sobre mi cabeza tres paneras, conteniendo la de encima toda clase de pastas para el rey; pero los pájaros que revoloteaban alrededor, picando, picando, se las comieron*. Le respondió José: *Dentro de tres días serás puesto en cruz, y tu cuerpo será pasto de las aves.* Estas predicciones se verificaron al pie de la letra; en efecto, al tercer día, se celebró el cumpleaños del rey, el cual haciendo un gran convite a sus cortesanos, en la mesa se acordó del copero mayor y del maestresala o jefe de panaderos; y al primero lo restituyó a su oficio de servirle la copa y al segundo lo colgó de un patíbulo: con lo cual se verificó la interpretación de José. Con

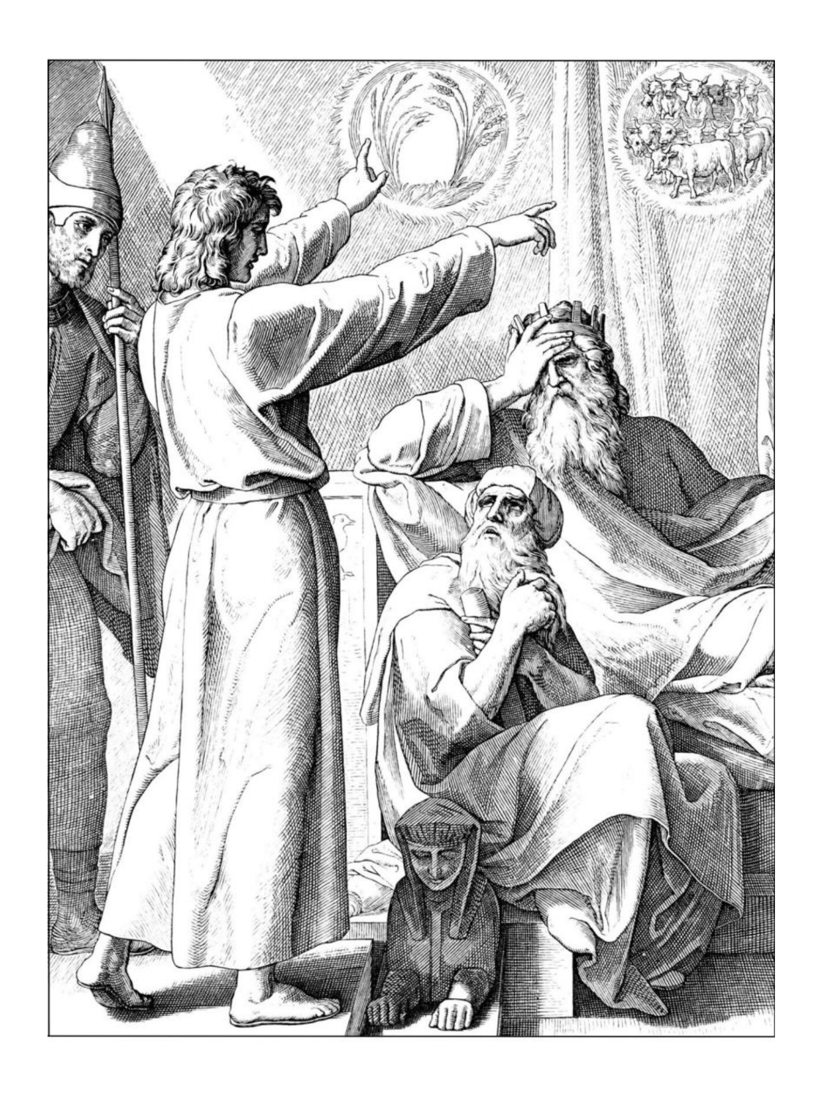
---

[8] **Faraón** es rey o príncipe en el antiguo Egipto.

todo, el copero mayor, vuelto a su prosperidad, fue ingrato con su bienhechor José y se olvidó de lo que le había prometido. (A. del M. 2287).

José explica los sueños de Faraón. — Transcurridos dos años, Faraón tuvo también dos sueños, que ninguno de los adivinos y sabios de Egipto a los que llamó le supieron interpretar. Entonces el copero narró lo que les había acontecido en la cárcel estando él y el jefe de los panaderos, y dijo que José sabía interpretar perfectamente los sueños. Luego, Faraón lo hizo traer ante su presencia, y le dijo: *He tenido unos sueños, y no hay quien acierte a explicarlos: he oído de ti que tienes gran luz para interpretarlos.* Contestó modestamente José: *No seré yo, sino Dios, quien responderá favorable a Faraón. Me parecía,* dijo Faraón, *que estaba sobre la ribera del río, y que subían de la orilla de él siete vacas hermosísimas y en extremo gordas, las cuales en los pastos de la laguna despuntaban la hierba verde; cuando he aquí, que salían tras ellas, otras siete tan feas y en tanto grado macilentas, que nunca las vi tales en tierra de Egipto; las cuales, después de haber devorado y consumido a las primeras, ningún indicio dieron de hartura, sino que se paraban yertas con la misma flaqueza. Después desperté, pero vencido otra vez del sueño, vi en sueños también cómo brotaban de una sola caña siete espigas llenas y hermosísimas. Al mismo tiempo, nacían de otra caña otras siete delgadas y requemadas del viento abrasador, las cuales se tragaron a las primeras con toda su lozanía.*

He referido a los adivinos el sueño, y no hay quien me lo aclare. Respondió José: *Los dos sueños del rey significan una misma cosa: Las siete vacas hermosas y las siete espigas llenas, son siete años de abundancia, y*



José explica al Faraón los sueños misteriosos

contienen una misma significación del sueño. También las siete vacas flacas y extenuadas, que salieron en pos de aquellas, y las siete espigas delgadas y quemadas del viento abrasador, son siete años de hambre que han de venir. Los que se cumplirán con este orden: vendrán primeramente siete años de grande fertilidad en toda la tierra de Egipto, a los cuales sucederán otros siete años de tanta esterilidad, que harán olvidar toda la anterior abundancia.

Ahora, pues, elija el rey un varón sabio y activo, y dele autoridad en toda la tierra de Egipto. El cual establezca intendentes en todas las provincias y haga recoger en los graneros la quinta parte de los frutos durante los siete años de fertilidad, que ya van a comenzar; y enciérrese todo el grano a disposición de Faraón, y guárdese en las ciudades; y esté preparado para la venidera hambre de siete años que ha de afligir a Egipto; y con eso no se asolará el país con la carestía.

Triunfo de José. — Esta interpretación agradó tanto al rey que se dirigió a todos sus ministros y les dijo: *¿Dónde podré encontrar otro hombre mejor que tú, tan lleno de espíritu del Señor? A ti encomiendo el gobierno de todo Egipto: mis súbditos todos obedecerán tus órdenes: yo te seré superior, sólo en el honor del trono.*

Dicho esto, el Rey se quitó el anillo y lo puso en el dedo de José. En seguida mandó que, vestido de púrpura, con un collar de oro al cuello, fuera llevado en triunfo por la ciudad, y que un pregonero fuera delante de él gritando: *Éste es el salvador de Egipto*. Tenía entonces José veinticinco años de edad.

De esta suerte el Señor hace servir todas las cosas para bien de quien le ama. (A. del M. 2289).

Terrible carestía. — Como había sido anunciado, los siete años de fertilidad llegaron muy pronto. Las cosechas de trigo fueron muy abundantes, y José almacenó la quinta parte en los graneros públicos. Pero llegaron también muy pronto los años de carestía: y fue ésta tan terrible, que todos los pueblos cercanos padecieron muchísimo. Entonces abrió José sus almacenes, y suministró pan a todo Egipto y a cuantos allí acudían para surtirse de alimentos. La carestía afligió también el país de Canaán, donde residía Jacob, el cual, para no morir de hambre, tuvo que mandar a sus hijos a Egipto a comprar trigo. Pero, como después de la pérdida de José tenía un cariño especial a Benjamín, quiso que éste se quedara con él, temiendo que le sucediera algún mal en el camino. (a. del M. 2297).

CAPÍTULO VI

• Los hermanos de José en la cárcel • Son puestos en libertad • Vuelven a Egipto con Benjamín • José les da un opíparo banquete • La copa de plata • Angustias que ésta causa • José se manifiesta.

LOS HERMANOS DE JOSÉ EN LA CÁRCEL. — Los hijos de Jacob, cuando llegaron a Egipto, se presentaron ante José; y, como no lo reconocieron, se inclinaron ante él respetuosamente. Él pronto los reconoció, y, se acordó de los sueños que había tenido en otro tiempo, y adoró los admirables designios del Señor.

José los reconoció, pero disimuló y les habló con dureza, diciéndoles: *¿De dónde venís vosotros?* Respondieron: *De la tierra de Canaán, a comprar lo necesario para el sustento.* Les dijo José en tono severo: *Vosotros sois espías que habéis venido a reconocer los*

parajes menos fortificados de esta tierra. Señor, no es así, respondieron ellos; *sino que tus siervos han venido a comprar qué comer. Todos somos hijos de un mismo padre; venimos de paz; ni tus siervos maquinan mal alguno*. José les respondió: *No, al contrario, vosotros habéis venido a observar los lugares indefensos de este país.* Pero ellos dijeron: *Somos nosotros siervos tuyos, doce hermanos; el más chico queda con nuestro padre, el otro,* respondieron con algún temor, *el otro ya no existe.*

José les respondió: *Yo no puedo fiarme de vuestras palabras. Si es verdad que tenéis otro hermano, mandad a uno de vosotros para que lo traiga: entre tanto, los demás quedaréis presos hasta que venga.*

Mandó, pues, que se los metiese y custodiase en la cárcel.

José, al obrar así, no tenía en vista otro objeto, que corregir a sus hermanos.

José pone en libertad a sus hermanos. — Al tercer día de haberlos metido en la cárcel, los sacó de ella, y, los mandó llamar a su presencia y les dijo: *Haced esto y viviréis, pues yo temo a Dios. Si en verdad sois gente buena, que se quede uno de los hermanos preso en la cárcel donde estáis, y los otros id a llevar el trigo, para remediar el hambre de vuestras casas, y me traeréis a vuestro hermano menor, para probar la verdad de vuestras palabras, y no moriréis.*

Aceptaron esta condición, y, pensando que no los comprendía, hablaban mientras tanto, entre sí, en su propia lengua, y decían: *Justamente padecemos esto, por haber pecado contra nuestro hermano; y porque, al ver las angustias de su alma, cuando nos rogaba que tuviésemos compasión de él, nosotros no le escuchamos; por esto nos ha sobrevenido esta tribulación*. José

comprendió muy bien sus palabras, y se conmovió tanto, que tuvo que retirarse, para dar curso a sus lágrimas. Pero pronto se serenó, y, al volver les habló otra vez; y, conservando como rehén a Simeón, mandó a sus criados que llenarán de trigo los costales, y en secreto dio la orden que también metieran el dinero de cada uno dentro de los sacos de los demás; además les dio víveres para el camino, y los despidió. Llegados a casa, narraron a su padre todo lo que les había pasado; y quedaron asombrados, cuando, al vaciar los sacos, todos hallaron atado el dinero en la boca de los costales.

Vuelven a Egipto con Benjamín. — Cuando se trató de dejar partir a Benjamín, el buen anciano se afligió muchísimo: *Vosotros*, exclamaba, *vosotros queréis dejarme sin hijos: José ya no existe, Simeón está en cadenas, y aún queréis quitarme a Benjamín. No, no irá mi hijo Benjamín con vosotros*. Entre tanto, el hambre afligía cruelmente toda la tierra de Canaán: y, consumidos los víveres traídos de Egipto, Jacob instaba a sus hijos para que volvieran a Egipto. Judá respondió: *No nos atrevemos a presentarnos al intendente, si no viene con nosotros el hermano menor. Envíe, pues, conmigo al chico para que podamos ponernos luego en camino; yo respondo del muchacho; pídame a mí cuenta de él. Si así es preciso,* les dijo al fin Jacob, *haced lo que quisierais. Tomad en vuestras vasijas los frutos más exquisitos de esta tierra, para ofrecer presentes a aquel señor; llevad también doblada cantidad de dinero, y devolved el que hallasteis en los sacos; no sea que haya sucedido eso por equivocación. En fin, llevaos a vuestro hermano, e id a aquel señor. Ojalá el Dios mío todopoderoso quiera, y deje volver con vosotros a vuestro hermano que tiene allí preso, y a este mi Benjamín. Id enhorabuena; y yo, mientras*

tanto, quedaré como quien pierde a todos sus hijos. (A. del M. 2298).

José da a sus hermanos un opíparo banquete. — Partieron, pues, los hijos de Jacob, y, cuando llegaron a Egipto, se hicieron anunciar a José. Éste, al oír que venía con ellos Benjamín, dio orden al mayordomo para que mandase preparar un opíparo banquete. Mientras esperaban a José, sus hermanos prepararon los dones que llevaban, y, luego que le vieron, se los ofrecieron, postrados en tierra. Él los saludó con afabilidad y preguntó: *¿Goza de salud vuestro anciano padre, de quien me hablasteis? ¿Vive todavía?* Ellos contestaron: *Salud goza vuestro siervo, nuestro padre: aún vive.*

Y, viendo a Benjamín, preguntó: *¿Es ése vuestro hermano el pequeño, de quien me hablasteis*? E inmediatamente añadió: *Dios te dé su gracia, hijo mío, y te bendiga*. Cuando hubo dicho estas palabras, salió a toda prisa; porque la presencia de Benjamín, a quien tiernamente amaba, le conmovió tanto, que se le saltaban las lágrimas: así es que tuvo que retirarse a un lugar apartado, para poder desahogar libremente la emoción que le embargaba. Cuando se tranquilizó y enjugó las lágrimas, volvió donde estaban sus hermanos, y los hizo sentar a la mesa, por orden de edad; lo que no dejó de sorprenderlos mucho. Al repartir los manjares, dio a Benjamín una porción cinco veces mayor que la de sus hermanos. Todos comieron y bebieron con alegría. A la mañana siguiente, se pusieron, muy contentos, en marcha para su tierra, con nuevas provisiones, dentro de las cuales, dio orden José que se pusiera otra vez el dinero. En el saco de Benjamín, además del dinero, hizo esconder una copa o vaso de plata, que fue para ellos causa de grandes angustias.

Angustias por esta copa. — Cuando estuvieron a cierta distancia de la ciudad, mandó José a su mayordomo que alcanzara a sus hermanos, y los reprendiera severamente, por haber robado una copa. Cuando éste los alcanzó, les dijo: *¿Cómo os habéis atrevido a volver mal por bien? Habéis hurtado la copa en la que bebe mi amo. Os habéis portado pésimamente*. Atónitos, al oír estas palabras, respondieron: *¿Quién se ha atrevido a pensar que nosotros hayamos cometido una tan grande maldad? Cualquiera de tus siervos, en cuyo poder fuera hallado lo que buscas, muera; y nosotros quedaremos por esclavos de tu amo*. Y, echando, a toda prisa, los costales en tierra, abrió cada uno el suyo; puesto que todos tenían limpia la conciencia, y nada temían. Se registraron todos los sacos, y se halló la copa en el costal de Benjamín.

¿Quién puede expresar la sorpresa y el espanto que los poseyó? Rasgaron sus vestidos, cargados otra vez los jumentos, volvieron a la ciudad. Judá, el primero, seguido de los hermanos entró en casa de José, y todos al mismo tiempo se postraron en tierra. Les dijo José con tono severo: *¿Por qué os habéis atrevido a hacer tal cosa?* Contestó Judá: *¿Qué responderemos a mi señor, o qué hablaremos, ni de qué modo podremos justificarnos? Dios nos ha encontrado culpables en su presencia, y nos castiga: esclavos somos todos ya de mi señor*. Respondió José: *Líbreme Dios de hacer tal cosa; el que robó mi copa, ése sea mi esclavo: los demás, id libres a vuestro padre.*

Consternado Judá, al oír estas palabras, acercándose más a José, le dijo: *Permite, ¡Oh señor mío! Que tu siervo hable una palabra, y no te enojes con tu esclavo: porque tú eres después de Faraón. Tú nos mandaste traer a nuestro hermano menor. Mi padre lo permitió,*

con pesar; porque le ama más que a su vida. Yo me hice responsable de él. Permite, pues, que sea yo personalmente tu esclavo, en lugar del muchacho, y que él pueda volverse con sus hermanos; porque yo no puedo volver a mi padre sin el muchacho, por no presenciar la extrema aflicción que ha de acabar con él.

José se manifiesta a sus hermanos. — Enternecido José, al oír las tiernas expresiones de Judá, no podía ya reprimir su emoción; por lo que mandó retirarse a todos los presentes, y, quedando solo con sus hermanos, prorrumpió en llanto a voz en grito, y exclamó: *Yo soy José, vuestro hermano, a quien vendisteis.* A estas palabras, sus hermanos se llenaron de terror y de espanto, y no podían responder palabra porque sabían muy bien cuál era el castigo que merecía su crimen. Pero José los consoló, y con semblante apacible: *Llegaos a mí,* les dijo, *y no temáis, porque, por vuestro bien, dispuso Dios que viniese yo a Egipto, para preservaros del hambre y de la muerte. Apresuraos, pues, y volved luego a mi padre; decidle que yo vivo todavía; que Dios me ha hecho señor de toda la tierra de Egipto; que venga a mí y no se detenga. Establecerá su residencia en la región más hermosa de este país; y estará cerca de mí con todos sus hijos, porque la carestía durará aún cinco años. Apresuraos, pues, y volved pronto, y conducidme aquí a mi padre.* Abrazó tiernamente a Benjamín; y después, uno a uno, a todos sus demás hermanos. Las lágrimas de amor y de alegría, por una parte; las de consuelo y de arrepentimiento, por otra, fueron

muchas: y sus gemidos se oían en los alrededores. La voz de que José había encontrado a sus hermanos llegó a oídos del rey, y se alegró muchísimo. Al saber, más

tarde, que el padre de José aún vivía, y que éste deseaba tenerle consigo en Egipto, le exhortó a que lo llamase y que le proveyese de cuanto necesitara para trasladarse a Egipto, con su familia y sus bienes.

CAPÍTULO VII

• Encuentro de Jacob con José • Muerte de Jacob • Sus funerales • Muerte de José.

ENCUENTRO DE JACOB CON JOSÉ. — El buen anciano aguardaba con ansiedad la vuelta de sus hijos. Al principio le pareció un sueño oír que su hijo José vivía, y que era virrey de todo Egipto. Pero no es para decirse a qué dulces transportes de alegría se abandonó, cuando se cercioró plenamente de ello, al ver llegar los carros y todo el aparato de las cosas remitidas por José; revivió su espíritu y dijo: *A mí me basta que viva todavía José, mi hijo. Iré y le veré, antes que me muera.* Dio las debidas gracias a Dios, y en seguida se puso en viaje con su numerosa familia. Al llegar a los confines de la Cananea, ofreció Jacob un sacrificio al Señor, el cual en esta ocasión le dijo que bajase sin temor a Egipto, y le confirmó en sus bendiciones. Judá se adelantó para anunciar a José de su llegada, que salió sin

demora a su encuentro con sus dos hijos: y cuando lo vio, saltó de su coche y se arrojó a su cuello, derramando abundantes lágrimas de gozo. Jacob le dijo: *Ya moriré contento, porque he visto tu rostro.*

José, aunque levantado a tan alta dignidad, no se avergonzó del humilde estado de su padre. Antes bien, después de los más dulces desahogos de amor filial, lo llevó consigo a la ciudad y lo presentó a Faraón. El rey se alegró mucho de ver al padre de un hijo tan virtuoso,

y le señaló para su residencia la región más hermosa de Egipto, la tierra de Gesén, pues era ésta la más conveniente para el apacentamiento de ganados, ocupación que constituía su riqueza y la de su familia. (A. del M. 2298).

Muerte de Jacob. — Jacob vivió todavía diecisiete años más en Egipto, en medio de la mayor prosperidad. Al sentir que se aproximaba el tiempo de su muerte, llamó a José y a sus hijos Efraín y Manasés. Jacob se ofreció para bendecirlos, José puso a su derecha a Manasés, que era el mayor, y a Efraín a la izquierda. Pero Jacob, cruzando los brazos, puso la mano derecha sobre la cabeza de Efraín y la izquierda sobre la de Manasés, prediciendo así que el mayor serviría al menor. En seguida, los estrechó tiernamente contra su pecho, los besó y los bendijo. Habló luego así a José: *Yo muero; Dios, pero, estará con vosotros, y os restituirá a la tierra de nuestros padres.* Después predijo a todos sus hijos, que estaban alrededor del lecho, lo que sería de su posteridad. Y, por último, dio a todos la bendición paterna. Entre las bendiciones que dio Jacob a sus hijos, es muy particular la de Judá, en la cual predijo que de su estirpe nacería el Mesías, esto es, el Salvador del mundo. La profecía se halla expresada con estas palabras: *EL CETRO*, esto es, el poder soberano, *NO SERÁ QUITADO DE JUDÁ HASTA QUE VENGA AQUEL QUE HA DE SER ENVIADO, QUE SERÁ* **LA ESPERANZA DE LAS NACIONES**[9]. Y concluyó

[9] Esto quiere decir que el poder soberano permanecería en la tribu de Judá, hasta **la llegada del Mesías**. Así aconteció. Este poder comenzó en David, cabalmente de la tribu de Judá, y se extinguió treinta y un años antes del nacimiento de Jesucristo, cuando Herodes el Grande, extranjero de nación, asumió el mando de los Hebreos.

diciendo a todos: *Cuando yo esté muerto, llevad mi cuerpo a la tierra de Canaán y sepultadlo con mis padres en la cueva doble de Masfa, cerca de Ebrón.* Dicho esto, se dejó caer en el lecho, y plácidamente murió a los 147 años de edad. (A. del M. 2315).

Funerales de Jacob. — Luego que José vio a su padre muerto, se arrojó llorando sobre su cuerpo, y el llanto fue general en Egipto por setenta días. Cuarenta se emplearon en embalsamar el cadáver, como lo hacían los egipcios. Después José, con licencia del rey y con numeroso séquito, compuesto de todos los descendientes de Jacob y de muchos egipcios, acompañó el féretro de su padre hasta la ciudad de Ebrón. Celebradas allí exequias solemnes, que duraron siete días, en medio de un llanto general, le sepultaron en una cueva, esto es, en una tumba muy grande, que Abraham había comprado para sí y para su familia.

Últimas palabras y muerte de José. — Los hermanos de José, temerosos de que éste, después de la muerte de su padre, quisiera vengar los ultrajes que le habían hecho, le enviaron a pedir humildemente perdón,

---

Se debe notar aquí que, para conservar viva la fe en el futuro Salvador, Dios especifica cada vez más su descendencia, a medida que se aproxima el tiempo de su llegada. Este Mesías, prometido en general a la descendencia de Adán, se limita más tarde a la posteridad de Seth, como ésta llegó a ser muy numerosa, Dios fija la genealogía del Salvador en la familia de Noé. Sem es elegido primogénito de esta familia. Pero como ésta también se multiplicara, las divinas promesas se determinan a la de Abraham, después a la de Isaac, luego a la de Jacob. Este es padre de doce hijos, y Dios demuestra que Judá debía ser el ascendiente del Mesías.

suplicándole que, por la feliz memoria de su padre, se dignara olvidar el crimen que habían cometido. *Yo temo a Dio*s, les dijo luego José; *no tenéis que temer. Dios lo* ***trocó***[10] *en todo bien. Yo seré vuestro protector, y os proveeré de cuanto necesitéis vosotros y vuestras familias.* José murió a los 110 años de edad, cincuenta y cuatro después de la muerte de su padre, habiendo gozado siempre del cariño y de la veneración de sus parientes, como también de todo Egipto. Al sentir cercano su fin, habló así a sus hermanos: *Pronto voy a morir. Dios vendrá indudablemente a visitaros y os llevará a la tierra que prometió a nuestros padres; entonces transportad de este lugar mis huesos con vosotros.* Dicho esto, lleno de fe en las divinas promesas, con el rostro tranquilo y sereno, dejó de vivir. (A. del M. 2369). El hombre virtuoso no teme la hora de la muerte.

CAPÍTULO VIII

• Job • Sus infortunios • Su heroica paciencia • Dios lo recompensa • Su santa muerte.

JOB. — Vivía por aquellos tiempos en Us, ciudad de Idumea, entre la Cananea y el Egipto, Job, hombre justo, muy célebre por su heroica paciencia y su fidelidad a Dios. Era jefe de una crecida familia, compuesta de siete hijos y tres hijas. Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos, quinientas yuntas de bueyes, un gran número de criados y otras muchas riquezas, que hacían su nombre ilustre en todos los pueblos de Oriente. Todos los días ofrecía a Dios oraciones y sacrificios, para que preservara a sus hijos de toda mancha de pecado.

[10] **Trocó** significa cambió.

Infortunios de Job. — Quiso Dios probarlo con grandísimos trabajos, y permitió al demonio que enviara sobre él todas las aflicciones que podía, menos quitarle la vida. Un día llegó a la casa de Job un mensajero, muy cansado, y le dijo: *Estaban tus bueyes arando, y las asnas paciendo cerca de ellos, cuando los sabeos lo han robado todo, y han pasado a cuchillo a los mozos, y he escapado solo yo para que pueda darte tan triste noticia.*

Estando aún éste hablando, llegó otro hombre y dijo: *Ha caído fuego del cielo, y ha reducido a cenizas a las ovejas y pastores.* Todavía estaba éste con la palabra en la boca, cuando entró otro diciendo: *Los caldeos se han arrojado sobre los camellos y se los han llevado, después de haber pasado a cuchillo a los mozos.* No había éste acabado de hablar, cuando llegó otro que dijo: *Tus hijos y tus hijas estaban comiendo en la casa del hermano mayor, en santo regocijo; cuando he ahí que de repente ha venido un impetuoso viento que ha derrumbado la casa, y aplastado a todos tus hijos.*

Ante todas estas calamidades, Job, aunque muy afligido, no se turbó en lo más mínimo. El demonio, irritado al ver tanta constancia, llagó todo su cuerpo con una úlcera tan asquerosa, que, habiéndose vuelto insoportable hasta a sus mismos parientes, fue llevado a un muladar. En este triste estado tuvo aún que sufrir los insultos de su mujer y las reprensiones de sus amigos, que lo creían culpable de algún pecado.

Su heroica paciencia. — Firme en su confianza en Dios, la paciencia de Job permaneció inalterable en medio de todas estas calamidades. A su mujer que le injuriaba, decía: *Si de Dios hemos recibido los bienes, ¿por qué no recibimos también los males, cuando a Él place enviárnoslos?* Y exclamaba con admirable

resignación: *Desnudo nací, desnudo moriré. El Señor me lo dió todo, el Señor me lo ha quitado. Se ha hecho lo que es de su agrado, bendito sea el nombre del Señor.*

La paciencia recompensada. —Movido Dios finalmente a piedad, quiso premiar la paciencia de su siervo, aun en esta vida. Le devolvió la salud, el doble de las riquezas que había perdido, y siete hijos y tres hijas. Job rogó al Señor que perdonase a los que le habían afrentado en sus miserias, y fue escuchado. Vivió aún muchos años en la prosperidad y en la abundancia, y murió a los 210 años, 140 años después de haber visto a los hijos de sus hijos hasta la cuarta generación. Job había sido dotado también de espíritu profético, y habló del Salvador, como si hubiera vivido con Él. Se cree que Job fuera el cuarto descendiente de Esaú y contemporáneo de Moisés, al cual se atribuye el libro que recuerda sus acciones.

CAPÍTULO IX

• Opresión de los hebreos • Moisés salvado de las aguas • Huye a Madián • Va a librar a su pueblo.

OPRESIÓN DE LOS HEBREOS. — Los descendientes de Jacob que se habían multiplicado mucho, se dividieron en doce tribus o familias, cada una de las cuales tomó el nombre de uno de los doce hijos de aquél. Entre tanto, había subido al trono otro Faraón, el cual no se acordó de los beneficios y servicios que había prestado el buen José; y, temiendo que aquel pueblo extranjero se hiciera demasiado poderoso, tomó la resolución de oprimirlo cruelmente para exterminarlo.

Con este objeto, obligó a los hebreos a hacer trabajos forzados, cortar piedras, hacer ladrillos, y otros

servicios del campo más duros aún. A pesar de eso, viendo que su número crecía siempre, dio la cruel orden de que todos los niños varones de los hebreos, tan sólo nacieran, fueran ahogados en el río Nilo. (A. del M. 2427).

Moisés salvado. — Una mujer hebrea, de la tribu de Leví, llamada Jocabed, tuvo un hijo muy hermoso; y, no teniendo ánimo de ahogarle en las aguas, lo tuvo escondido tres meses. Pero, como no lo pudo ocultar por más tiempo, tejió una cestilla de juncos, la untó con pez y betún, colocó dentro al infantillo, y lo expuso en un carrizal de la orilla del Nilo. *¡Tal vez*, dijo para sí, *el Señor envíe a alguien que se compadezca de mi pequeñuelo!*

María, hermana del niño, colocada a cierta distancia, estaba observando lo que sucedería. Dios, que quería salvar a aquel niño, dispuso que la hija del rey fuese a pasear por la orilla del río. Así que vio la cestilla en el carrizal, envió por ella a una de sus criadas; y, cuando se la llevó, la destapó y vio al niño que daba tiernos gemidos. Se compadeció de él, y dijo muy conmovida: *¡Oh, sin duda debe de ser éste algún niño de los hebreos!* María, que había visto la bondad de la princesa, y la compasión que había manifestado por el niño, se acercó entonces y le dijo: *¿Quieres que te vaya a buscar una mujer hebrea, que pueda criar a este niño? —Sí, ve aprisa*, respondió ella.

La niña, llena de gozo, corrió a su casa y contó a su madre todo lo que aconteció; y ésta fue de prisa a donde estaba la hija del rey, para tomar al niño. De buena gana se lo dio a su madre, que no conocía, y le dijo: *Toma este niño y críamelo; yo te recompensaré de lo que hagas por él.* Fue criado por la madre con el mayor esmero, y todos le querían por sus excelentes cualidades.

Crecido ya, la hija del rey le hizo ir a la corte, le adoptó por hijo, y le dio el nombre de Moisés, esto es, *hijo del agua o salvado de las aguas*. (A. del M. 2433).

Moisés en Madián. — Como Moisés se había instruido mucho en las ciencias de los egipcios, era muy apreciado en la corte de Faraón. Pero profundamente afligido por la opresión que pesaba sobre sus hermanos los israelitas, los cuales eran tratados como esclavos, quiso más bien sufrir con el pueblo de Dios, que participar con los impíos de los bienes de Egipto. Un día vió a un egipcio que golpeaba atrozmente a un hebreo. Conmovido Moisés ante ese espectáculo, tomó la defensa del hebreo; vino a las manos con el egipcio, y, en el calor de la lucha, lo mató. Este hecho acarreó sobre él la cólera del rey, que quería darle muerte. Viendo Moisés que su vida ya no estaba segura en la corte, huyó de Egipto, y fue a Madián, pueblo de Arabia. El Señor, que veía la recta intención de su siervo, no le abandonó. Moisés se refugió en la casa de un sacerdote, llamado Jetró, y fue cortésmente recibido. Éste lo tuvo consigo, y le dió por esposa a su hija Séfora. Cuando Moisés huyó de Egipto, tenía 40 años. (Año del Mundo 2437).

Moisés va a librar a su pueblo. — Permaneció Moisés en Madián 40 años, empleado especialmente en apacentar las ovejas de su suegro. Dios movido a compasión por las oraciones y gemidos de los hebreos, quiso por medio de Moisés librarlos de la horrible esclavitud a la que estaban sometidos. Un día que había llevado sus rebaños al desierto y llegado hasta las faldas del monte Oreb, cerca del Sinaí, vio una zarza que ardía sin consumirse.

Sorprendido ante tal espectáculo, quería acercarse; pero una voz, que salía del fuego, lo llamó por su nombre: *Moisés. Aquí me tienes*, respondió él. *No te acerques acá*, prosiguió la voz; *quítate el calzado de los pies, porque la tierra que pisas es santa. Yo soy el Dios de tu padre; el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob. He visto la tribulación de mi pueblo en Egipto y oído sus clamores, y he bajado a librarlo de las manos de los egipcios, y hacerle pasar de aquella tierra a una tierra buena y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país de Canaán. Ve, pues, a Faraón, y dile lo que te pondré en los labios.*

Respondió Moisés con voz temblorosa: *Y si el pueblo me preguntare: "¿quién te ha enviado?" ¿qué le diré?* Respondió Dios: ***EL QUE ES***, -el que existe por sí mismo y no fue creado-, *me ha enviado a vosotros para libertaros.*

Moisés replicó: *¿Con qué señal podré demostrar que Vos me habéis enviado?* Le contestó Dios: *Echa a tierra esa vara que tienes en tu mano*. La echó, y se convirtió en una serpiente. De manera que Moisés espantado huyó. Le dijo el Señor: *Alarga tu mano y agarra la serpiente por la cola*. Así lo hizo Moisés, y volvió a ser la vara de antes. Moisés hacía esfuerzos, con el objeto de ver si podía sustraerse de tamaño encargo, y alegó que no tenía la lengua expedita, esto es, que balbuceaba. Pero Dios concluyó diciéndole que estaba con él, y que le daría por compañero a su hermano Aarón, de quien se podría valer para hablar al pueblo y al rey. Cerciorado de esta suerte de la protección del cielo, acató Moisés las órdenes del Señor, y, tomando su vara, se despidió de su suegro Jetró, para ponerse en marcha hacia Egipto. (A. del M. 2513).

CAPÍTULO X

• Moisés y Aarón recibidos por el pueblo • Moisés y Aarón en presencia de Faraón • Plagas de Egipto • El cordero Pascual • Muerte de los primogénitos • Fin del cautiverio de Ios Hebreos • Institución de la Pascua • Observaciones.

MOISÉS Y AARÓN RECIBIDOS POR EL PUEBLO. — Al llegar Moisés a un desierto halló a su hermano Aarón, a quien comunicó las grandes cosas que Dios le había manifestado. Aarón ya había sido instruido de todo por el Señor; por esto fueron, sin titubear, a Egipto, reunieron a los ancianos de Israel, en cuya presencia repitió Aarón todas las palabras del Señor, y Moisés obró diferentes prodigios, en confirmación de Io que anunciaba su hermano. El pueblo les prestó fe, y, lleno de alegría, se postró en el suelo y adoró al Señor. Moisés tenía ochenta años, y Aarón ochenta y tres, cuando tuvieron lugar estos sucesos.

Moisés y Aarón en presencia de Faraón. — Se presentaron los dos al rey, y anunciaron las órdenes divinas en estos términos: *El Señor Dios de Israel te hace saber, por medio de nosotros, que dejes salir a su pueblo, para que vaya a ofrecerle un sacrificio en el desierto*. A estas palabras el rey orgullosamente contestó: *¿Quién es ese Señor para que yo haya de escuchar su voz y dejar salir a Israel? No conozco a tal Señor, ni dejaré ir a Israel.*

Para convencer a Faraón de que eran realmente enviados de Dios, obró Aarón muchos milagros en su presencia. Primeramente echó la vara a tierra, y se convirtió en culebra. Entonces Faraón llamó a sus hechiceros, que también, a fuerza de sortilegios, con el

concurso del demonio, echaron sus varas al suelo, y se transformaron en serpientes; pero aconteció que la de Aarón se arrojó sobre las demás y las devoró, y después se tornó, de nuevo, vara. Sin embargo, el rey no recapacitó en este prodigio, y, con el pretexto de que los israelitas eran holgazanes, usó con ellos mayor severidad. Dios, en castigo de la obstinación de Faraón, hirió sucesivamente a su reino con diferentes azotes, conocidos comúnmente bajo el nombre de *las Diez Plagas de Egipto*.

Plagas de Egipto. — 1.ª Moisés, por orden de Dios, tocó las aguas de Egipto, que se convirtieron todas en sangre y se pudrieron, de suerte que ya ninguno pudo beberlas, y murieron todos los peces.

2.ª Una increíble multitud de ranas, salidas del río, de los arroyos y de los pantanos, llenaron los campos, las casas, las camas, los hornos y hasta la comida, y todo lo infestaron.

3.ª Un número infinito de pequeños y punzantes insectos, brotados del polvo, se pegaban a los hombres y a los animales, causándoles espantosos tormentos.

4.ª Azotó el Señor a todo Egipto con una nube de moscas muy molestas, y tábanos insoportables a los hombres y a los animales.

5.ª Una horrible peste dio muerte a muchísimos animales.

6.ªLos hombres y los animales se hallaron cubiertos de úlceras y de llagas, que les causaban agudísimos dolores.

7.ª Cayó sobre Egipto un huracán, acompañado de truenos, fuego y granizo desolador, tal, que nunca se había visto semejante.

8.ª Una multitud asombrosa de langostas devoró las hierbas y las plantas, y acabó con todo lo que no había perecido con el granizo.

9.ª Horribles tinieblas cubrieron por tres días todo Egipto.

Todas estas calamidades (¿quién lo creyera?) no bastaron para ablandar el corazón obstinado de Faraón. Cuando se veía oprimido por el azote, prometía dejar salir a los israelitas; pero al estar libre de él, no cumplía su promesa. Después de la novena plaga, se llenó de cólera, y dijo a Moisés: Sal de aquí, y guárdate de volver a parecer en mi presencia, porque el día que aparezcas delante de mí, morirás.

El cordero Pascual. — Estas amenazas no atemorizaron a Moisés, pues Dios le había hecho saber que la última plaga, con la cual movería finalmente a Faraón, era la muerte de todos los primogénitos de los egipcios. Por eso le mandó que diera orden a todos los jefes de familia de los hebreos que tomasen un cordero de aquel año, y sin mancha; lo asaran, y con su sangre rociaran los dos postes y el dintel de sus casas. *Esta noche*, decía Moisés a su pueblo, *haréis asar el cordero, y lo comeréis con pan ácimo* (o sin levadura); *tendréis ceñidos vuestros lomos, puesto el calzado en los pies, y un báculo en la mano, y comeréis aprisa, como gente a quien apura la salida. Pero nadie ponga el pie fuera de la puerta antes que amanezca, porque esta noche el Ángel del Señor herirá a los egipcios; y donde hallare las puertas teñidas con sangre no entrará, y pasará adelante. Entonces el rey nos dejará salir.*

Los israelitas que habían quedado libres de los azotes que hirieron a los Egipcios, al oír estas cosas se postraron en tierra y adoraron al Señor.

Muerte de los primogénitos — Se cumplió el último castigo de la manera más espantosa. Era medianoche; todos los israelitas, cumplidas las órdenes del Señor, estaban esperando el castigo amenazado; y he aquí que voces quejumbrosas, y grandes alaridos de desolación se dejaron oír en todo Egipto. El Ángel del Señor había herido de muerte repentina a todos los primogénitos, desde el hijo de Faraón hasta el del último de sus esclavos, y también a todo primer nacido de las bestias. No había casa en donde no hubiera algún muerto.

Fin del cautiverio de los hebreos. — Institución de la Pascua. — El rey despertó despavorido. y, temiendo mayores castigos para sí y para su reino, envió por Moisés y Aarón. *Daos prisa,* les dijo*, salid de mi reino vosotros y todos los hijos de Israel; llevaos vuestros ganados y provisiones como pedisteis; idos, y rogad por mí.*

Los mismos egipcios, aterrorizados, no solamente dejaron salir a los Israelitas con todo lo que les pertenecía, sino que los apuraban para que salieran pronto del país. De esta suerte, los hebreos, después de una larga y dura opresión, pudieron ver el término a su esclavitud.

En memoria de este acontecimiento, Moisés, por orden de Dios, instituyó la solemnidad de la Pascua, que se debía celebrar todos los años el día catorce de la luna de marzo. Pascua es una palabra hebrea, que quiere decir pasaje, porque el Ángel exterminador, en la matanza de los egipcios, viendo una casa cuyos dinteles estaban teñidos con la sangre del cordero, pasaba sin hacer mal alguno a los que en ella habitaban. Los cristianos celebramos la Pascua en memoria de la Resurrección del Salvador, que nos libró de la

esclavitud del pecado. El Cordero Pascual es la figura del Salvador, que con su sangre nos rescató de la muerte y nos abrió el camino de la salud eterna. (Año del Mundo 2513.)

Observaciones.— Es digno de observarse:

1.° Que los hebreos, que formaban una sola familia, se multiplicaron extraordinariamente, y conservaron constantemente la verdadera Religión, la creencia en el futuro Redentor, al cual ofrecían sacrificios y erigían altares con muchas señales de culto externo;

2.° Que, si se exceptúan los israelitas y otros pocos hombres, el resto del mundo estaba envuelto en las tinieblas de la idolatría;

3.° Que ya florecían los imperios de Egipto, de China, de Asiria y otros.

CUARTA ÉPOCA

DESDE LA SALIDA DE LOS HEBREOS DE EGIPTO (2513) HASTA LA FUNDACIÓN DEL TEMPLO DE SALOMÓN (2993)
Abraza 480 años

CAPÍTULO I

• Salida de los hebreos de Egipto • La columna de nube • Faraón persigue a los hebreos • Paso del Mar Rojo • Faraón sepultado en las aguas • Aguas amargas vueltas potables • El Maná • Agua prodigiosa • Derrota de los amalecitas • Jueces del pueblo.

SALIDA DE LOS HEBREOS DE EGIPTO. — LA COLUMNA DE NUBE. — Trescientos quince años después de la ida de Jacob a Egipto, tras tantas señales de protección divina, el pueblo hebreo se vio libre de la esclavitud de Faraón, y marchaba glorioso hacia el Mar Rojo, o golfo Arábigo. Se componía de seiscientos mil hombres en estado de tomar las armas, sin contar las mujeres, los ancianos y los niños. Al salir de Egipto una nube prodigiosa lo precedía, señalándole el camino. De día parecía una densa niebla que ponía a los hebreos al abrigo de los rayos del sol; y de noche tomaba la forma de brillante columna, que iluminaba sus pasos. Indicaba la dirección y el tiempo de pararse y de moverse. Al llegar Moisés a orillas del Mar Rojo, dispuso sus pabellones entre dos montañas.

Faraón persigue a los hebreos. — Poco después de la salida de los hebreos de Egipto, Faraón se arrepintió de haberlos dejado en libertad, y, apresurando a un numeroso ejército, a la cabeza del cual se puso él mismo con sus oficiales, se apresuró a

darles alcance en el valle donde estaban acampados. Era de noche, y los hebreos se hallaban con el paso cerrado por todas partes, pues estaban en una garganta, y tenían delante el mar, y detrás al enemigo. Todos se llenaron de espanto, y la desesperación ya los llevaba a rebelarse contra Moisés; pero éste, firme en la confianza en Dios, les dijo: *No temáis; el Señor combatirá por nosotros*. La columna de nube, del lado que miraba a los hebreos era muy resplandeciente; pero del lado que miraba a los egipcios se presentaba como densas tinieblas, de suerte que éstos no pudieron acercarse a aquéllos durante la noche.

Paso del Mar Rojo. — Faraón sepultado en las aguas. — Dios libró a su pueblo de un modo muy prodigioso: Moisés, de conformidad con las órdenes divinas, golpeó con su vara las aguas del mar, y he aquí que en un instante las aguas se dividieron y alzaron a manera de muros a uno y otro lado, dejando abierto un camino ancho, que un viento fuerte y abrasador secó enteramente. Los hebreos, al ver abrirse ante sus ojos un camino tan inesperado y prodigioso, entraron sin titubear en él con sus **vituallas**[11], y fácilmente pasaron a la otra orilla.

Faraón, que había avanzado, viendo tan bonito camino, juntamente con su ejército persiguió a los hebreos hasta dentro del mar; pero no bien estuvieron éstos a salvo, Moisés, por orden de Dios, volvió a golpear las olas con su vara, y de improviso salieron de la columna prodigiosa rayos y truenos, que hirieron a los Egipcios e hicieron caer sus carros; las aguas, que se habían separado, volvieron a juntarse con estrépito, y

---

[11] Las **vituallas** son provisiones o alimentos para la alimentación de un grupo de personas.

cubrieron y sepultaron al rey, a los caballos, a los caballeros y a los carros; el ejército fue completamente destruido y todo pereció en los abismos, de suerte que ni un solo hombre se pudo salvar. Entonces Moisés compuso un célebre himno que todos cantaron llenos de alegría en acción de gracias a Dios por la maravilla que había obrado en su favor. En seguida dejaron las playas del Mar Rojo, y se pusieron en marcha por un inmenso desierto de Arabia, en donde anduvieron errantes cuarenta años antes de poder entrar en la tierra prometida. (A. del M. 2514).

Aguas amargas vueltas potables. — El Maná. — Dios obró en aquel desierto muchos y brillantes milagros en favor de los hebreos. Al llegar a un punto llamado *Sur*, que era una inmensa soledad, completamente estéril, empezaron a murmurar de Moisés, porque las aguas eran muy amargas y no se podían beber. Dios señaló entonces un palo que, sumergido en ellas, las tornó dulces y potables.

Se habían acabado también las provisiones, y ya se empezaba a sentir el hambre; ¿dónde se hallaría alimento para tantas miles de personas? *Yo*, dijo el Señor, *haré bajar del cielo vuestro sustento.* Y he allí que, una hermosa mañana, vieron los hebreos la tierra cubierta de una capa de rocío singular, compuesto de una cantidad innumerable de delgados y diminutos granos blancos, como la escarcha, que tenía todos los sabores agradables. *¿Qué es esto?* Se preguntaban maravillados los unos a los otros. *Este es*, contestó Moisés, *el pan que os da el Señor para vuestro sustento.* Todos empezaron a recogerlo, y guardaba cada uno la cantidad suficiente para las necesidades del día, lo demás se pudría. Tan sólo el Sábado se conservaba, porque, como quería Dios que dicho día se consagrara

todo a Él, y se empleara en obras de religión, no hacía caer el maná: por esto todos recogían cantidad doble el viernes. El tiempo que permanecieron los israelitas en el desierto, el Señor los sustentó con esa comida, llamada *Maná*, de la voz hebrea Manhú, que quiere decir: *¿qué es esto?* Esta es la palabra que pronunciaron los hebreos, cuando lo vieron por primera vez.

El Maná es la figura de la Sma. Eucaristía, la cual da fuerzas al hombre para caminar en el desierto de este mundo, en dirección a la tierra prometida, que es el cielo.

Agua prodigiosa. — Después de un largo trecho de camino, faltó de nuevo el agua. Moisés, por mandato divino, hirió con su vara una piedra, en presencia de todo el pueblo, y salieron luego de ella abundantes aguas, con las cuales todos apagaron la sed. De esas aguas se sirvieron cuarenta años los hebreos.

Derrota de los amalecitas. — Jueces del pueblo. — Casi en aquel mismo sitio, los amalecitas, descendientes de Esaú, que habitaban aquellos parajes, fueron a disputar el paso a los israelitas, y empezaron a llevar el ataque sobre los que el cansancio hacía quedar atrás del grueso del ejército. Entonces Moisés mandó a Josué que fuera al encuentro del enemigo con su gente, mientras que él con Aarón y Ur, subía al monte a invocar el auxilio del Señor. Mientras oraba Moisés con los brazos levantados, Josué vencía; pero cuando los bajaba por cansancio, vencían los amalecitas. En vista de esto, Aarón y Ur hicieron sentar a Moisés sobre una piedra, y, colocados ellos a uno y otro lado, sostuvieron sus brazos hasta el anochecer. De esta forma los amalecitas fueron completamente derrotados y dispersos.

Al bajar Moisés del monte, viendo que él solo no podía decidir las controversias de tanta muchedumbre, siguió el consejo de su suegro Jetró, y escogió algunos hombres prudentes y temerosos de Dios, a quienes constituyó Jueces en las causas ordinarias, reservando para sí las causas de mayor importancia.

CAPÍTULO II

• El monte Sinaí y El Decálogo • El becerro de oro • Las Tablas de la ley • El Tabernáculo • El Arca de la Alianza • Sacrificios y fiestas de los hebreos • Los ministros del culto divino • El castigo del fuego • Los sepulcros de la concupiscencia • Los exploradores de la tierra prometida • Rebelión y castigo de Coré, Datán y Abirón • La Vara de Aarón • La Serpiente de bronce • EI blasfemo y el profanador de las fiestas, castigados • Balaam • Últimas acciones de Moisés • Su muerte.

EL MONTE SINAÍ. — EL DECÁLOGO. — Cuando los israelitas llegaron a los pies de una montaña muy alta de Arabia, llamada Sinaí. Dios ordenó a Moisés que, al tercer día, al toque de las trompetas, reuniera a todo el pueblo en las faldas de esa montaña, para oír los preceptos que iba a dar y que él solo subiera a la cumbre. Mientras que los demás, por medio de las ceremonias sagradas y con ayunos, se prepararan a celebrar aquella gran solemnidad de Pentecostés; esto es, el quincuagésimo día de la salida del pueblo de Egipto. En la mañana del tercer día empezaron a retumbar los truenos y a brillar los relámpagos; una densa nube cubrió la cima de la montaña. Se oyó también de allá arriba el horroroso sonido de una trompeta, y la voz de Dios se dejó oír entre llamas y rayos. Y después de un profundo y repentino silencio, con gran majestad empezó a hablar así: *Yo soy el Señor, tu Dios, y no tendrás otro Dios delante de mí. No tomarás en vano el*



Moisés *salvado de las aguas*



Moisés recibe las Tablas de la Ley

nombre de tu Dios. Acuérdate de santificar el Sábado (es decir, el día de fiesta). *Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo sobre la tierra. No matarás. No fornicarás. No robarás. No levantarás falso testimonio. No desearás la persona de otro. No codiciarás los bienes ajenos.*

El pueblo, temblando, exclamó: *Haremos todo lo que el Señor nos ha dicho*. Estas órdenes que dio Dios a Moisés constituyen la ley que nosotros llamamos *Decálogo*; esto es, *diez mandamientos*, en los cuales se hallan compendiados todos los preceptos de nuestra santa Religión. Los Hebreos celebraron todos los años la solemnidad de Pentecostés, en memoria de la bajada del Señor sobre el monte Sinaí para dar la ley a su pueblo. Los Cristianos celebramos la misma solemnidad en memoria de la bajada del Espíritu Santo, para cumplir y poner término a la ley antigua y llenar a los fieles de sus celestiales dones.

El becerro de oro. — Las Tablas de la ley. — A tan señalados favores correspondió el pueblo hebreo con la ingratitud más monstruosa. Para aprender de Dios todas las cosas necesarias para el gobierno de su pueblo, Moisés permaneció cuarenta días en el monte Sinaí. Cansados los israelitas de tanta tardanza, se presentaron a Aarón y le dijeron: *Ea, haznos dioses que nos guíen, ya que no sabemos qué ha pasado con Moisés, de este hombre que nos sacó de la tierra de Egipto*. Aarón, por temor de sus amenazas, condescendió, y, habiendo mandado que le llevaran los pendientes de oro de las mujeres, los fundió y fabricó un becerro, que los hebreos, con sacrificios, fiestas y algazara, comenzaron a adorar. Miró Dios su perversidad, y dijo a Moisés: *Anda, baja, Israel ha*

pecado; este pueblo es verdaderamente ingrato; deja que mi furor se encienda y lo destruya. Moisés rogó al Señor que se apiadara de su pueblo, y fue escuchado.

En seguida bajó del monte, llevando dos tablas de piedra, en las cuales había escrito el Señor, por mano de un Ángel, los preceptos del Decálogo. Pero, al ver Moisés la algazara y los gritos de alegría con que se festejaba al becerro de oro, en un arrebato de justa indignación echó por tierra las dos tablas y las rompió, considerando indigno de tamaño favor a quien había cometido tan enorme pecado. Luego reprendió duramente a Aarón, y. se arrojó sobre el becerro, lo hizo pedazos, lo redujo a polvo y lo arrojó en las aguas que bebían los hijos de Israel; y dijo en seguida: *El que sea del Señor, júntese conmigo.* Se juntaron alrededor todos los levitas, los cuales, tras sus órdenes, se arrojaron sobre los delincuentes obstinados, y dieron muerte alrededor de veintitrés mil. El pueblo entonces, confundido y aterrorizado, se arrepintió, lloró amargamente su pecado, y el Señor se apiadó de él. (A. del M. 2513).

Las Tablas de la ley — El Tabernáculo. — El Arca de la Alianza. — Aplacado el Señor, llamó nuevamente a Moisés a la cima de la montaña, donde permaneció otros cuarenta días; y, habiendo recibido otras dos tablas de la ley, volvió al campamento. En esto, todos fueron espectadores de otra maravilla: aparecieron en la frente de Moisés dos rayos, tan resplandecientes, que no se le podía mirar a la cara. Por esto, desde entonces, cuando hablaba al pueblo para explicar la voluntad del Señor, se cubría el rostro.

Para mayor esclarecimiento de la historia, es bueno advertir que los hebreos habiendo vivido hasta entonces como peregrinos, no habían podido fijar lugar alguno

para congregarse y adorar al Señor. Cuando querían darle solemnes gracias por algún beneficio recibido, tomaban piedras o leña, construían una especie de altar, y en él ofrecían sacrificios. Pero, como quisiera Dios que su pueblo tuviera un lugar determinado, y ritos y ceremonias para que sus ministros le tributaran un culto externo, público y regular; dio orden a Moisés que fabricara un tabernáculo. Era éste un pequeño templo, con la forma de pabellón portátil. Moisés propuso al pueblo que contribuyera con alguna oferta a la construcción del mismo. Todos ofrecieron espontáneamente aquello que poseían de más precioso, en oro, plata, y otros metales, piedras preciosas y vestidos. Con estas ofertas se fabricó el tabernáculo, el arca de la alianza, dentro de la cual estaban las tablas de la ley, los vasos sagrados, el candelabro, la mesa y todo lo necesario para el servicio divino. Concluido todo esto, se ofreció un solemne sacrificio al Señor, el cual, en señal de agradecimiento, hizo bajar del cielo una nube resplandeciente, que envolvió el tabernáculo. A todas partes donde iban los hebreos llevaban siempre consigo el tabernáculo, en torno del cual se solían congregar para oír los mandatos que les daba Moisés, en nombre de Dios, para celebrar las solemnidades y cumplir sus deberes religiosos. El tabernáculo constituyó el centro del culto del verdadero Dios hasta que se llevó a cabo, en Jerusalén, la construcción del templo de Salomón.

Sacrificios y fiestas de los hebreos. — Los sacrificios entre los hebreos eran de dos clases: **Cruentos**, o con derramamiento de sangre; en los cuales se inmolaban bueyes, cabras, ovejas y otros animales. **Incruentos**, o sin derramamiento de sangre; en los que se ofrecían a Dios, panes, vino y otros comestibles y frutos.

Las fiestas instituidas por Moisés eran cuatro: las de Pascua y Pentecostés, de las cuales se ha hablado ya; y las de los **Tabernáculos** y de la **Expiación**. La fiesta de los Tabernáculos se celebraba en memoria de la permanencia de los israelitas en el desierto; duraba siete días, los hebreos vivían bajo tiendas campestres o enramadas. La fiesta de la expiación era un día de penitencia pública, en el cual el sumo sacerdote ofrecía a Dios un becerro por sus pecados, e inmolaba un macho cabrío en expiación de los pecados del pueblo.

Ministros del culto divino. — El primer ministro era el sumo sacerdote, esto es, **el Pontífice**, del cual dependían todos los demás ministros inferiores. Moisés consagró a Aarón sumo sacerdote, ungiéndolo con aceite bendito y vistiéndolo con ornamentos sagrados.

Los **simples sacerdotes** eran los hijos de Aarón y de sus descendientes. Éstos ofrecían a Dios los sacrificios ordinarios.

Los **Levitas**. Bajo este nombre se comprendían todos los descendientes de la tribu de Leví, que ejercían en el tabernáculo, y más tarde en el templo, las funciones de orden inferior. Asimismo en la Iglesia Católica se halla establecida una jerarquía, de la cual es jefe el Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo. Vienen después de él, y de él dependen, los obispos, los sacerdotes, los diáconos y los demás ministros inferiores.

El castigo del fuego. — Los sepulcros de la concupiscencia. — Corría ya el tercer año que el Señor sustentaba a los israelitas con el maná en el desierto. Aunque fuera de exquisito sabor, llegó, sin embargo, a hastiar a ese pueblo infiel, el cual volvió a murmurar contra Dios y contra Moisés: *¡Oh, quién nos diera carnes para comer!* se decían los unos a los otros:

se nos vienen a la memoria los cohombros, y los melones, y los puerros, y las cebollas, y los ajos de Egipto; ya nada ven ahora nuestros ojos, sino este nauseabundo maná. Indignado el Señor, envió un fuego del cielo que redujo a cenizas una parte del ejército. Moisés oró, y cesó el fuego exterminador. Pero, como continuaran lamentándose los hebreos de que no tenían carne, hizo aparecer el Señor una gran cantidad de codornices, sobre las cuales el pueblo se arrojó con avidez, comiendo en demasía. Aún tenían la carne en la boca, cuando una gran parte de aquellos murmuradores, heridos de Dios, quedaron muertos. El sitio donde los sepultaron se llamó: *sepulcro de la concupiscencia*.

Los exploradores de la tierra prometida. — Moisés recibió de Dios el mandato de enviar doce exploradores a la tierra prometida, para que se informaran de la naturaleza del país y de la fuerza de sus habitantes. Entre ellos iban Josué y Caleb, ambos muy apreciados del pueblo por su virtud. Partieron para la Palestina, y visitaron toda aquella tierra prometida por Dios a los hebreos. Para dar a conocer su prodigiosa fertilidad, volvieron llevando algunos productos, como granadas, higos; y un racimo de uvas, que, colgado de un palo, apenas dos hombres podían llevarlo. No disimularon, por otra parte, que poblaban aquella tierra hombres muy fuertes y guerreros. Los otros diez comenzaron a divulgar la noticia de que aquellos pueblos de Canaán eran muy feroces y crueles, que había allí gigantes invencibles, y que era imposible vivir entre ellos, porque la misma tierra tragaba a los habitantes. Estas palabras amotinaron al pueblo, el cual ya quería elegir otro jefe y volver a Egipto. Josué y Caleb, que trataron de apaciguar a los tumultuosos, fueron amenazados de ser apedreados. Sumamente irritado el

Señor por estas repetidas murmuraciones, hirió de muerte a los diez exploradores, y juró que sólo Josué y Caleb entrarían en la tierra prometida; y que todos los mayores de veinte años vagarían cuarenta años por el desierto, y allí sepultarían sus cadáveres. Sentencia severa pero justa e irrevocable. (A. del M. 2514).

Rebelión y castigo de Coré, Datán y Abirón. — Tres elevados personajes, llamados Coré, Datán y Abirón, ávidos de sobresalir entre el pueblo, tramaron una conjuración contra Moisés y Aarón; y les calumniaron de haber usurpado el poder en perjuicio de los demás. Doscientos cincuenta hombres más tomaron parte en la sublevación. Éstos pretendían ofrecer incienso a Dios: oficio sacerdotal que había sido confiado solamente a Aarón y a sus descendientes. Sabedor de esto Moisés, se dirigió al Señor, el cual le dijo: *Manda a todo el pueblo que se retire de las tiendas de Coré, Datán, y Abirón.*

Todos se alejaron. Entonces se abrió la tierra bajo los pies de los rebeldes, y los tragó vivos con sus familias. Además de eso, un fuego bajado del cielo consumió a los otros 250, que, con los incensarios en la mano, estaban ofreciendo el incienso, contra la voluntad de Dios.

La vara de Aarón. — Dios para dar a conocer mejor su voluntad de que tuvieran el honor del sacerdocio Aarón y sus descendientes, habló a Moisés y le dijo: *Habla con los hijos de Israel y haz que te entreguen una vara por cada tribu, y escribirás el nombre de ella en su vara. El nombre de Aarón estará en la vara de la tribu de Levi. Las pondrás en el Tabernáculo delante del Arca en donde te hablaré. La vara de aquel que yo eligiere entre ellos florecerá mañana.* Moisés cumplió las órdenes que había recibido. Al día siguiente, al

entrar en el tabernáculo, halló que la vara de Aarón había florecido de suerte que, arrojando pimpollos, brotaron flores, de las que, abiertas las hojas, se formaban almendras. Entonces todo el pueblo conoció cuál era la voluntad de Dios, y cesaron las discordias. La vara milagrosa fue puesta nuevamente en el Arca santa y se conservó hasta la destrucción del templo de Salomón.

La serpiente de bronce. — Ante hechos tan maravillosos, pareciera que los hebreos deberían haberse apaciguado; sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se rebelaran nuevamente contra Moisés, lamentándose por qué los había sacado de Egipto y diciendo que estaban ya cansados del Maná. Para castigar esta murmuración envió el Señor contra ellos serpientes venenosas, que mordían a los culpables y a muchos daban la muerte. Atemorizados por este azote, acudieron a Moisés para que implorara misericordia en su favor. Viendo Dios que estaban arrepentidos, mandó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce muy grande, y la colocara en un lugar elevado para que la multitud la pudiera ver, y prometió que todos los que, habían sido mordidos por las serpientes, miraran la de bronce y, quedarían sanos. Con este medio los israelitas se vieron libres de aquel terrible azote. La serpiente de bronce era una figura de Nuestro Señor Jesucristo, el cual debía ser levantado en la cruz en el Monte Calvario, y con su muerte salvaría a todos los que en Él pusieran su esperanza. (A. del M. 2552).

El blasfemo y el profanador de las fiestas, castigados. — Después de haber dado Dios ejemplo de su terrible severidad con la muerte de Coré, Datán y Abirón, dio otros dos ejemplos al pueblo de su rigurosa

justicia. Mientras algunos jueces se hallaban cuestionando entre sí, uno de ellos llevado por su enojo, blasfemó contra el santo nombre del Señor. Conducido el culpable delante de Moisés, se consultó luego al Señor acerca del castigo que se le debía dar. Recibió Moisés la contestación de que se sacara del campamento al blasfemo y se le diera inmediatamente muerte a pedradas. Después de ese hecho Dios estableció que los blasfemos fueran en el futuro apedreados por el pueblo.

Otro ejemplo de su gran severidad tuvo lugar poco después con un profanador del día de fiesta, durante el cual, Dios, poco tiempo antes, había prohibido toda obra servil. Un Sábado, se halló en el campo a un hombre que recogía paja y ramas secas para sus necesidades. Conducido también ante Moisés y Aarón, no se sabía si, por una falta al parecer tan pequeña, se le debía dar muerte. Consultaron al Señor, y la contestación fue que se le sacara del campamento y fuera apedreado por el pueblo. ¡Terrible ejemplo para los que se atreven a blasfemar el santo nombre del Señor, y profanar los días que le están consagrados! Los mismos o quizá mayores castigos les aguardan, si no en ésta, en la otra vida.

Balaam. — Moisés después de haber padecido tantos trabajos por su pueblo, antes de morir, aún debía experimentar los que le darían los falsos profetas. En efecto, se hallaban acampados los hebreos cerca de los moabitas; el rey de éstos, Balac, llamó a sí a Balaam y le ofreció muchos dones para que fuera a maldecir al pueblo de Israel. Pero Dios le prohibió que maldijera a un pueblo a quien Él mismo había bendecido. No obstante, el príncipe volvió a enviar al profeta aún más copiosos dones. El desventurado Balaam, alucinado por

tan preciosos regalos, consintió en ello; pero el ángel del Señor se atravesó en el camino delante de él. Balaam no lo vió. Pero la burra sobre la que él andaba, sí lo vió, se paró y se echó al suelo; y como Balaam enfurecido le pegaba para hacerla andar, dispuso el Señor que la burra hablara, y dijo a Balaam: *¿Qué te he hecho?¿Por qué me pegas injustamente?* En esto vió Balaam al ángel que le estorbaba el paso y que le amenazaba de muerte. Entonces, humillándose, le dijo que estaba dispuesto a volver sobre sus pasos, si así él se lo mandaba; pero el ángel le permitió que siguiera su camino, con la condición de no decir sino aquello que Dios le daría a conocer, como en efecto aconteció; y, por más esfuerzos que hiciera Balac para obligarlo a maldecir a los israelitas, Dios no permitió que salieran de su boca sino bendiciones para los hebreos; moviendo en esto su lengua, como poco antes la de su burra. Sin embargo, el temor de perder las recompensas que el rey le había prometido, indujo al desventurado profeta a aconsejar a Balac que hiciese ir entre los israelitas a las mujeres de Madián, a fin de que, adorando ellos también las falsas divinidades, ofendieran a Dios; y éste los entregase en las manos de sus enemigos: ¡funesto consejo! Aquellas mujeres idólatras, ganando con sus halagos a los hebreos, corrompieron antes sus almas y después también sus cuerpos. De esta suerte, el falso profeta, que se despachaba por oráculo de la divinidad, hubiera sido la causa de la ruina del pueblo de Dios: si Finees, verdadero ministro del Señor, no se hubiese con santo celo declarado contra él. Viendo aquél a un judío que pecaba con una madianita, los trapasó a ambos con su espada, y con este sacrificio aplacó la ira de Dios. Este pueblo, dice san Ambrosio, fue con mayor prodigio salvado por un solo sacerdote, que no había sido corrompido por un falso profeta, y la piedad del uno

tuvo más fuerza, que la avaricia y los engaños del otro. (A del M. 2553).

Últimas palabras de Moisés al pueblo. — Moisés condujo al pueblo hasta los confines de la tierra prometida, pero no entró en ella como castigo de una ligera desconfianza. Como faltara agua a los israelitas y Dios le ordenó que golpeara con su vara una piedra, él dudó un momento que el Señor quisiera obrar un milagro tan grande en favor de gente tan habituada en la maldad, y la golpeó dos veces, como si no hubiera sido suficiente una sola. Por esta pequeña falta de fe, el Señor no le permitió entrar en la tierra prometida. Cuando Dios reveló a Moisés que se hallaba cercana su muerte, éste reunió a todos los hijos de Israel alrededor del tabernáculo, y, en su calidad de padre bondadoso, les dirigió estas palabras: *Vosotros veis que yo voy o morir en este lugar en que estoy. Yo no pasaré el Jordán; vosotros sí que lo pasaréis y poseeréis aquella excelente tierra que el Señor os ha prometido. Sed siempre fieles a vuestro Dios, que os dio tantas pruebas de benevolencia y obró tantos prodigios en vuestro favor. Amad al Señor, escuchad su voz, y guardad sus preceptos y mandamientos. Si le guardáis fidelidad, os bendecirá; si quebrantareis su ley, caerán sobre vosotros grandes males*. En seguida, después de haber nombrado por orden de Dios a Josué para que le sucediera, extraordinariamente conmovido, dio al pueblo de Israel su paternal y última bendición.

Muerte de Moisés. — Este varón portentoso, grande, santo, sumo profeta, legislador insigne, obrador de estupendos milagros, después de haber sufrido, por muchos años, toda clase de insultos y calumnias de parte de su pueblo, y haber padecido por él muchísimos

trabajos, llegó al término de su carrera mortal. Dios le dijo que subiera al monte Nebo. Allí se le apareció el Señor, y, le mostró todas las bellezas de la tierra prometida: *Mira,* le dijo, *el país que prometí a Abraham, a Isaac y a Jacob: tú lo has podido ver con tus ojos, pero no entrarás en él.*

La vista de una tierra tan hermosa llenó de verdadero júbilo el ánimo de Moisés, que pensaba en la feliz suerte de su pueblo que iba a establecer allí su residencia. Después dio gracias a Dios, por los grandes beneficios que había recibido, y, con la esperanza de la felicidad eterna, se durmió tranquilamente en la paz de los justos, a los ciento veinte años de edad. Su cuerpo fue sepultado por los ángeles en un lugar desconocido hasta hoy día. (A. del M. 2553).

Moisés escribió la Historia Sagrada desde la Creación del mundo hasta su muerte. Esta historia se halla dividida en cinco libros, llamados *Pentateuco*: palabra griega que quiere decir *obra en cinco volúmenes*. Moisés es el escritor más antiguo cuyas obras aún se conservan, de suerte que los autores de historias sagradas y profanas tienen que recurrir a él para saber la verdad acerca de los hechos que acontecieron desde la Creación del mundo hasta aquel tiempo. Entre las demás cosas que escribió Moisés es notable la predicción de que vendría un profeta mucho mayor que él, que haría prodigios más grandes y más brillantes que los suyos. Este profeta extraordinario es el Mesías, esto es, Jesucristo.

CAPÍTULO III

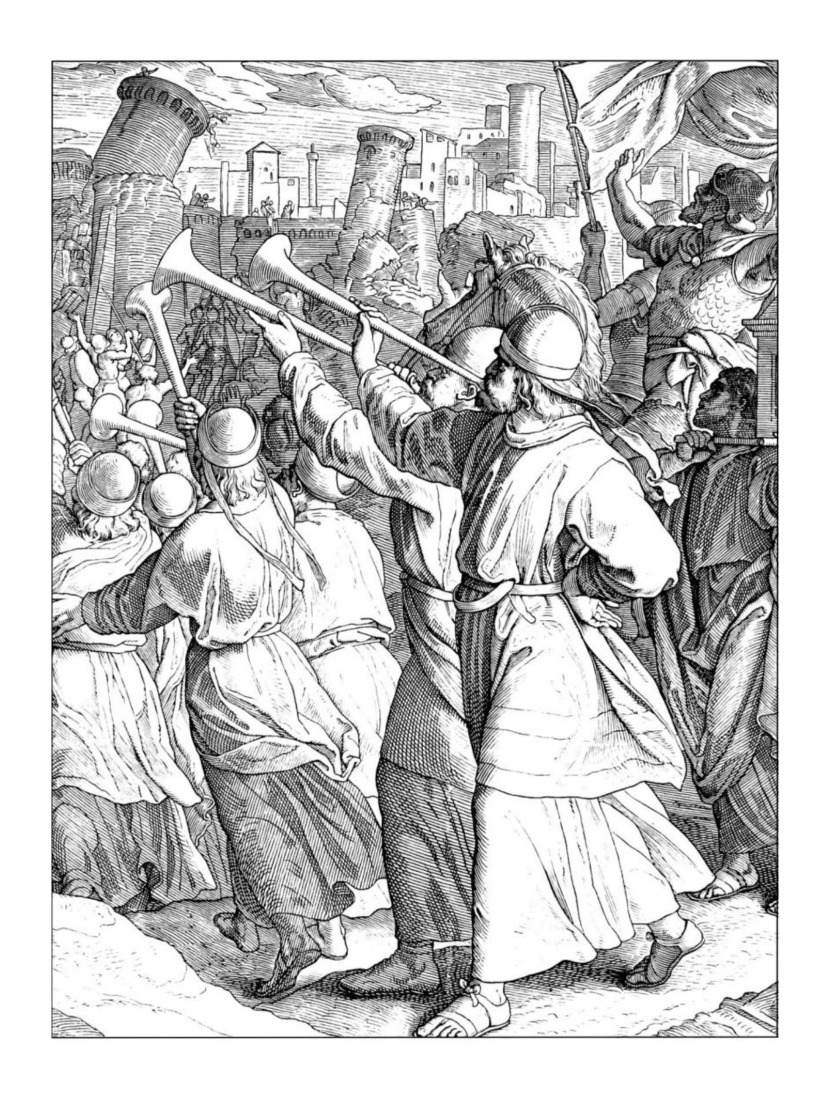
• Paso del Jordán • Fertilidad de la tierra prometida • Toma de Jericó • Estrategia de los gabaonitas • Josué hace parar el sol • Últimas acciones de Josué.

PASO DEL JORDÁN. — Como Moisés se encontraba próximo a su muerte, por mandato de Dios constituyó a Josué jefe del pueblo, con orden de llevarlo a la tierra prometida. Por esto los hebreos, después de haber llorado treinta días la muerte de su Jefe y libertador, se pusieron bajo la dirección de Josué, que tuvo la gloria de ponerlos en posesión de la tierra prometida. El Señor le había asegurado que lo mismo que había estado con Moisés estaría con él. Al principio de su gobierno envió pregoneros al campamento para anunciar que todos se prepararan para emprender la marcha al tercer día. Cuando llegaron al río Jordán, se vieron en serios aprietos para pasarlo, pues carecían de embarcaciones, y no lo podían vadear porque era muy profundo y las aguas estaban en su mayor altura. No se desalentó por esto Josué, y, poniendo toda su confianza en Dios, mandó a los sacerdotes que marcharan delante del pueblo, llevando el arca de la alianza, y que apenas entraran en el río, se detuvieran en él. Apenas tocaron sus aguas, se obró una gran maravilla: las aguas superiores se levantaron en forma de montaña, y las inferiores, siguiendo su curso, dejaron el lecho en seco. Así todo el pueblo pudo pasar fácilmente y sin peligro a la otra orilla. Josué, para conservar la memoria de tan glorioso acontecimiento, ordenó que sacaran del lecho del río doce grandes piedras, y que con ellas levantaran un monumento en el sitio donde habían puesto los pies los sacerdotes que conducían el Arca. Decía al pueblo: *Cuando el día de mañana vuestros hijos preguntaren:*

¿Qué significan estas piedras? Diréis que a pie enjuto pasó Israel el Jordán. Para que reconozcan todos los pueblos de la tierra la mano todopoderosa del Señor. (A. del M. 2553).

Fertilidad de la tierra prometida. — La tierra de Canaán, o Palestina, tantas veces prometida por Dios a Abraham y a sus descendientes, era un país muy fértil. Fuentes y arroyos bajaban de las montañas y fecundaban los valles; crecían en grande abundancia la cebada y el trigo; las vides, los granados y las higueras la adornaban en todas partes, y el aceite y la miel se recogían en grandes cantidades. La Sagrada Escritura, para expresar su fertilidad, dice que por aquella tierra corrían ríos de leche y miel. Pasado el Jordán, cuando los israelitas pudieron alimentarse con los sabrosos frutos de aquel país, dejó de caer el maná que tan milagrosamente les había llovido del cielo por espacio de cuarenta años. El desierto en el cual los israelitas anduvieron errantes por ese espacio de tiempo es una imagen de la peregrinación que hacen los hombres en este mundo. La tierra prometida nos recuerda el paraíso, donde en la abundancia de todos los bienes gozaremos y alabaremos a Dios por toda la eternidad. El haber cesado el maná significa que en el cielo, con la plenitud de todos los bienes, gozaremos de la presencia real de Jesucristo, no ya bajo las especies del pan y del vino, figurados en el maná, sino real y material, como cuando vivía sobre la tierra.

Toma de Jericó. — Después de haber pasado el Jordán, antes de poder entrar en posesión de la tierra prometida, era necesario tomar la ciudad de Jericó, que se hallaba bien fortificada y valerosamente defendida. Dios a quien todo es fácil, dijo a Josué. *Mira, he puesto*



Destrucción de Jericó

en tus manos a Jericó, a su rey y a todos sus hombres de guerra. Marchad vosotros, todos los hombres de guerra, dando una vuelta en torno a la ciudad. Así haréis por seis días. Siete sacerdotes llevarán delante del arca siete trompetas resonantes. Al séptimo día daréis siete vueltas en derredor de la ciudad, yendo los sacerdotes tocando sus trompetas. Cuando ellos toquen repetidamente el cuerno potente, y oigáis el sonar de las trompetas, todo el pueblo se pondrá a gritar fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán.

Se ejecutaron las órdenes de Dios, y en forma de numerosa procesión se dió la vuelta a Jericó por seis días: el séptimo se dio la misma vuelta seis veces y siempre observando el mismo silencio. En la última vuelta, al comenzar los sacerdotes a tocar con estrépito las trompetas, todo el ejército levantó un formidable grito y se derrumbaron los muros de la ciudad. Se cayeron las torres, y todo fue saqueado y quemado. Tan sólo se salvó una mujer llamada Raab con su familia, porque había prestado beneficios a los hebreos que Josué había enviado a explorar a aquella ciudad. Al tener noticia de tan prodigioso acontecimiento, todos los habitantes de la Cananea se sobrecogieron de terror por la proximidad de los hebreos.

Estrategia de los gabaonitas. — Los habitantes de la ciudad de Gabaón, distantes unas cuatro millas de Jerusalén, al tener noticia de que los hebreos, por divino mandato, exterminaban a cuantos pueblos hallaban a su paso, trataron de evitar el común exterminio por medio de una estratagema. Los gabaonitas se presentaron a Josué pidiéndole paz y alianza, fingiendo que venían de muy lejos, con los vestidos y calzados rotos, los odres y sacos vacíos, el pan

muy duro, y cubiertos todos de polvo, como si acabaran de hacer un largo viaje. Josué dio fe a sus palabras, y creyendo que no formaban parte de los pueblos que por orden de Dios tenía que exterminar, juró salvarlos. Tres días después, supo que la ciudad donde vivían se hallaba muy cerca; pero les perdonó la vida, por no faltar a su juramento; sin embargo, en castigo, de su engaño, los condenó a acarrear el agua y la leña según las necesidades de los hebreos.

Josué hace parar eI sol. — El rey de Jerusalén y cinco reyes más juntaron sus fuerzas para oponerse a Josué, su común enemigo. Éste empezó el combate, y, después de haber luchado con encarnizamiento, puso en fuga al ejército aliado. Hasta el cielo combatió en favor de los hebreos, pues cayó repentinamente una espantosa lluvia de piedras que aplastó a una gran parte de los enemigos. Pero aún quedaban muchos que vencer, y la noche, que se aproximaba, hubiera sido muy ventajosa para el ejército enemigo. Entonces Josué, viendo que faltaba el tiempo para que la victoria sobre sus enemigos fuera más completa, lleno de confianza en Dios, y en la presencia de los hijos de Israel, exclamó en voz alta: *Párate, oh sol; y tú, luna, no te muevas*. Dichos astros obedecieron al poder divino invocado por Josué, y detuvieron su carrera por espacio de veinticuatro horas y jamás se vió un día tan largo, antes ni después. Los cinco reyes fueron capturados y muertos, y todos los enemigos, perseguidos y dispersos. Después de este hecho, nadie pudo ya oponer resistencia a la espada de Josué. Venció, y, según las órdenes de Dios, dio muerte a treinta y un reyes, y en poco tiempo entró en posesión de la tierra, que quinientos cincuenta años antes el Señor había prometido a Abraham y a su posteridad.

Últimas acciones de Josué. — Después de haber entrado en posesión de una región tan fértil, Josué la dividió entre las doce tribus, y convocó a todo el pueblo en el campo de Silo, donde colocó el tabernáculo y el arca de la alianza y ofreció a Dios un solemne sacrificio, en acción de gracias por los muchos favores recibidos.

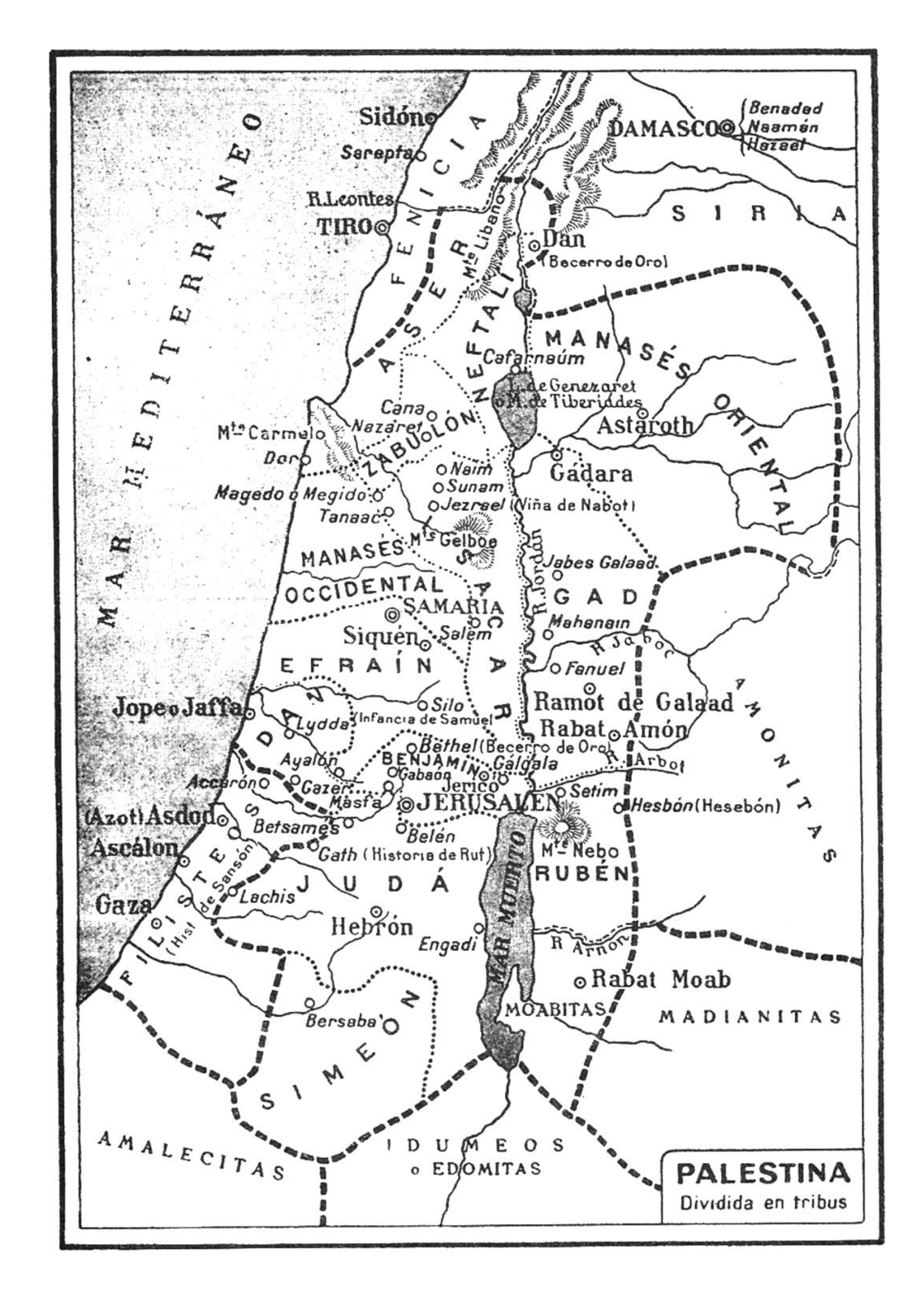
Josué amado y venerado por todos, siguió gobernando en paz al pueblo: lleno de méritos y de años, y conociendo cercana su muerte, recordó al pueblo los beneficios que había recibido de Dios. Y, habiendo por fin obtenido la promesa de que todos se conservaran fieles al Señor, murió apaciblemente a los 110 años de edad. (A. del M. 2561).

CAPÍTULO IV

• Los hebreos bajo los Jueces • Débora y Sísara • Gedeón • Sus victorias • Su muerte • Abimelec • Sacrificio de Jefté.

LOS HEBREOS BAJO LOS JUECES. — Después de la muerte de Josué, los hebreos no tuvieron jefe por el espacio de trescientos cuarenta y ocho años; pero eran gobernados por algunos de los hombres más insignes, llamados jueces, quienes administraban la justicia y hacían observar las leyes. Bajo el gobierno de éstos, los hebreos pasaron por muchas vicisitudes, ya prósperas, ya adversas. Cuando despreciaban la ley divina, Dios los abandonaba en manos de sus enemigos, que los esclavizaban; y si volvían a Dios, recuperaban su libertad perdida.

Débora y Sísara. — Como los hebreos habían olvidado los santos consejos de Moisés y de Josué, el Señor los hizo caer en manos del rey de los cananeos, el cual los trató con mucha dureza por espacio de 20 años.


MAR MEDITERRÁNEO
Sidón
Serepta
R. Leontes
TIRO
FENICIA
ASER
NEFTALÍ
Mte Líbano
DAMASCO
Benaded
Naamán
Hazael
SIRIA
Dan
(Becerro de Oro)
MANASÉS ORIENTAL
Cafarnaúm
L. de Genezaret o M. de Tiberíades
Astaroth
Gádara
Mte Carmelo
Dor
Cana
Nazaret
ZABULÓN
Naim
Sunam
Jezrael (Viña de Nabot)
Magedo o Megido
Tanaac
Mte Gelboe
MANASÉS OCCIDENTAL
ISACAR
SAMARIA
Salem
Siquén
EFRAÍN
R. Jordán
Jabes Galaad
GAD
Mahanaín
R. Jaboc
Fanuel
Ramot de Galaad
Rabat Amón
AMONITAS
Jope o Jaffa
DAN
Lydda
Silo
(Infancia de Samuel)
Bethel (Becerro de Oro)
Ayalón
BENJAMÍN
Gálgala
R. Arbot
Accarón
Gazer
Gabaón
Jericó
Setim
Hesbón (Hesebón)
(Azot) Asdod
Masfa
JERUSALÉN
Betsames
Belén
Mte Nebo
Ascalón
Gath (Historia de Rut)
RUBÉN
FILISTEOS
(Hist. de Sansón)
Lachis
JUDÁ
Gaza
Hebrón
Engadi
MAR MUERTO
R. Arnon
Rabat Moab
MOABITAS
MADIANITAS
Bersaba
SIMEÓN
AMALECITAS
IDUMEOS o EDOMITAS
PALESTINA
Dividida en tribus

Pero como Dios, vio a su pueblo humillado y arrepentido, quiso liberarlo por medio de una mujer llamada Débora. Guiada por el espíritu de profecía, se presentó ante un ilustre general llamado Barac, y le dijo que Dios lo había elegido para que fuera el libertador de su pueblo. Barac creyó en la palabra de Dios, y rápidamente reunió diez mil combatientes, marchó contra Sísara, jefe de las tropas cananeas. La acción tuvo lugar a los pies del monte Tabor; y Dios, en cuyas manos están los destinos de los hombres, infundió tal espanto entre los cananeos, que en corto tiempo fueron derrotados y dispersados.

Sísara trató de salvarse huyendo, y fue a esconderse en la tienda de una mujer hebrea llamada Jaele. Después de haber tomado alimento, creyendo que el lugar era seguro se durmió; entonces Jaele, echando mano de un clavo largo, a fuerza de martillazos le traspasó las sienes, clavando su cabeza en el suelo. De esta suerte el orgulloso Sísara, que quería oprimir al pueblo de Dios, por mano de una mujer pasó del sueño a la muerte. (A. del M. 2719).

Gedeón. — Como los hijos de Israel de nuevo cayeron en la infidelidad, el Señor los hizo caer en manos de los madianitas, los cuales los trataron cruelmente y muchas veces hasta los dejaron sin el sustento necesario. Pero como se humillaron, Dios se compadeció de ellos, y envió un ángel a Gedeón, de la tribu de Manasés, y le manifestó que lo había escogido para libertar a su pueblo. Estaba entonces Gedeón en el campo cribando el trigo, y, no pudiendo imaginarse que Dios lo quisiera escoger para tan ardua empresa, rogó al ángel que confirmara sus palabras con algún prodigio. Dicho esto, fue a preparar un cabrito con pan ázimo para ofrecer a Dios un sacrificio. El ángel le mandó que pusiera la

carne cocida sobre una piedra, y que derramara sobre ella el caldo. Hecho esto, el ángel extendió la vara que llevaba en la mano, y tocó la carne, la cual al instante fue consumida por un fuego prodigioso; el ángel desapareció. Gedeón quedó tan aterrorizado, que creía que iba a morir. Sin embargo, como quisiera cerciorarse mejor de su misión, rogó a Dios que se sirviese asegurarle más con este otro milagro: pondría él un vellón, esto es, la lana de una oveja esquilada, en el campo, y Dios haría caer rocío del cielo de tal suerte que mojara tan sólo el vellón y dejara en seco el terreno que lo rodeaba. Aconteció como Gedeón lo había deseado. Éste volvió a rogar al Señor que hiciese otro milagro contrario al anterior, esto es, que el rocío mojara toda la tierra cercana y dejara en seco el vellón, también Dios en esto lo satisfizo. Cerciorado Gedeón de que lo mandaba Dios, ya no pensó más que en las órdenes divinas. Preparó un ejército de treinta mil hombres, y se dirigió al encuentro de los madianitas que lo estaban esperando con un ejército de treinta y cinco mil hombres. Victoria extraordinaria.

Sus victorias — Queriendo Dios que se atribuyera la victoria a su poder y no a la fuerza de los soldados, ordenó a Gedeón despachara a todos los que por miedo quisieran volver atrás. No quedaron sino diez mil. Este número pareció a Dios demasiado crecido todavía, y por esto dijo a Gedeón que llevara sus soldados a un arroyuelo; y que se quedara solamente con aquellos que bebieran el agua con el hueco de la mano, y que despidiera a los que, para mayor comodidad, se hincaran para beber. *Con esos trescientos hombres,* le dijo el Señor, *os libertaré y entregaré a Madián en tus manos.*

Gedeón dividió a su gente en tres cuerpos, dio a cada soldado una trompeta y un cántaro vacío que llevaba dentro una luz escondida, y les previno que hicieran lo que le vieran hacer a él. Llegada la medianoche, Gedeón tocó la trompeta, rompió el cántaro y apareció el hacha encendida que tenía dentro. Todos siguieron su ejemplo: hicieron sonar las trompetas, quebraron los cántaros, y firmes en sus puestos, levantaron este grito: *La espada del Señor es la espada de Gedeón*. A tan espantoso ruido, y súbita aparición de las luces, los madianitas, que se hallaban durmiendo, se despertaron y, creyendo ser atacados por un formidable ejército, se desordenaron, huyeron, y en la oscuridad de la noche, sin reconocerse los unos a los otros, se hirieron entre sí. Entonces Gedeón con los suyos cayó sobre el enemigo, matando a los que encontró a su paso y persiguió a los fugitivos. Todos los madianitas fueron pasados a filo de espada. ¡Cuán poderoso es el hombre, cuando cumple la voluntad de Dios! (A. del M. 2759).

Muerte de Gedeón. — Abimelec. — Después de esa memorable jornada, el pueblo quería hacer rey a Gedeón; pero él lo rehusó diciendo que sobre Israel reinaba el Señor, y todos debían obedecerle. Gobernó después felizmente nueve años a los israelitas, y murió en la paz del Señor muy entrado en años, dejando muchos hijos, entre los cuales se cuenta el feroz Abimelec, autor de muchas crueldades. Éste hizo degollar sobre una piedra a todos sus hermanos, excepto al más joven, que felizmente huyó. Una vez que logró proclamarse rey, tiranizó al pueblo tres años; pero Dios le quitó la vida de la manera más humillante, pues dispuso que le diera muerte una mujer, con una piedra que le arrojó desde lo alto de una torre. (Año del Mundo 2771).

Sacrificio de Jefté. — Después de la muerte de Abimelec el mando de los judíos pasó a Tola, y después a Jaír, al cual sucedió Jefté. El Gobierno de éste se destacó por una guerra que sostuvo contra los amonitas. Se hallaba acampando enfrente de sus enemigos, muy superiores en número, y quiso asegurar la victoria, e hizo voto de sacrificar a Dios a la primera persona de su casa que hallara al volver de la guerra. Fue, combatió y alcanzó la victoria. Pero; cuál no sería su pesar cuando a su vuelta vio a su propia hija que cantando y bailando, con otras doncellas, le salía al encuentro para darle la bienvenida. Se arrepintió del voto que había hecho tan a la ligera; pero ya era tarde. La hija, cuando supo la promesa que había hecho su padre, se ofreció de buena gana a ser sacrificada; y sólo pidió que se le permitiera pasar dos meses con sus compañeras en las montañas para llorar su prematura muerte. Pasado ese tiempo volvió a su casa, y su padre cumplió el voto.

Este hecho nos debe enseñar a no hacer votos sino después de haber pedido consejo a personas juiciosas; como también a no hacer promesas de cosas inciertas o que no se pueden cumplir sin pecado, como fue cabalmente el voto de Jefté. (A. del M. 2861).

CAPÍTULO V

• Sansón • Persigue a los Filisteos • Diligencias que practicaron para capturarlo • Es traicionado por Dalila • Su muerte • Ruth.

SANSÓN. — Este hombre maravilloso y de fuerza sin igual, fue incentivado por Dios para libertar a los israelitas de la opresión de los filisteos, en cuyo poder habían sido abandonados por sus culpas. La primera ocasión que utilizó su fuerza prodigiosa fue desgarrar con sus manos las quijadas de un león, que se había

arrojado sobre él en el camino para devorarlo. Persiguió y castigó de muchas maneras a los filisteos, porque injustamente oprimían a los israelitas.

Sansón persigue a los filisteos. — Empezó por tomar trescientas zorras, las ató de dos en dos por la cola, les aseguró tizones encendidos y las echó por los campos en tiempo de la cosecha. Entonces se produjo un terrible incendio: el trigo, las vides y los olivos fueron consumidos por el fuego. Cuando los filisteos supieron que Sansón había sido el autor de semejante ultraje, pidieron con amenazas a los hebreos que se lo entregaran. Éste consintió en que lo ataran con dos cuerdas gruesas y nuevas y lo llevaran al campamento de los filisteos; pero cuando estaba contra los enemigos, bajó a él el espíritu divino entonces rompió de un golpe los cordeles, y con una quijada de burro que por casualidad encontró a mano, se abalanzó sobre ellos y dio muerte a mil. Como estaba muy cansado invocó al Señor, el cual hizo brotar cerca de allí una fuente de agua cristalina, con la que apagó su sed. Después de este hecho, Sansón fue reconocido como juez y defensor de Israel. (A. del M. 2868).

Diligencias que practicaron los filisteos para capturarlo. — Sansón gobernó veinte años a los israelitas, y durante éstos, tuvo muchas batallas contra los filisteos, que utilizaron toda clase de medios para conseguir su muerte. Un día fue a la ciudad de Gaza, los filisteos descubrieron la casa donde se albergaba y la rodearon, con el propósito de darle muerte por la mañana, cuando se dispusiera a salir. Sansón se levantó a medianoche y se dirigió a la entrada de la ciudad y como encontró las puertas cerradas las arrancó junto con sus pilares, las cargó sobre sus espaldas y las llevó a



Sansón mata con sus solas manos un león

la cumbre de un monte cercano de la ciudad, dando entender a los filisteos que se burlaba de ellos. Mientras permaneció fiel a Dios, dio pruebas de su fuerza extraordinaria, pero cuando le fue infiel perdió su vigor y fue traicionado por una mujer, que lo entregó a los enemigos.

Sansón traicionado. — A una mujer llamada Dalila, los filisteos prometieron una cuantiosa recompensa, si llegaba a descubrir en qué consistía la enorme fuerza de Sansón. Éste la engañó tres veces sobre la manera en la que perdería su fuerza; la primera le dijo que si lo ataban con siete cuerdas de nervios todavía húmedos; la segunda dijo que perdería su fuerza si lo ataban con cuerdas nuevas; y la tercera, atando siete trenzas de su cabello y fijándolas con un clavo. Pero cuando Dalila, después de haber hecho lo que le decía Sansón, llamaba a los Filisteos para que lo capturaran, él rompía sus ataduras como si fueran hilos de telaraña. A pesar de haber sido traicionado tres veces, Sansón cedió a las insistencias de aquella impía mujer y finalmente le dijo que su fuerza consistía en sus cabellos y que si se los cortaban sería igual a los demás hombres.

Aquella pérfida mujer aguardó a que se durmiera, le cortó las siete trenzas en que traía partido el cabello, y se puso a gritar: *¡Levántate, Sansón, que vienen sobre ti los Filisteos!* Éste despertó, quiso deshacerse de las ataduras, pero no tuvo fuerzas, porque el espíritu del Señor se había apartado de él. En vista de esto se arrojan sobre él los filisteos, lo cargaron de cadenas, le sacaron los ojos, le encerraron en una cárcel, y le condenaron a dar vueltas a una rueda de molino.

Muerte de Sansón. — Entonces supo Sansón que la mano de Dios lo había castigado por sus pecados, y



Ruth y Noemí

pidió humildemente perdón. El Señor compadecido de él, le devolvió su antigua fuerza con el crecer de sus cabellos. Un día que los filisteos fueron a hacer un solemne sacrificio al templo de Dagón, llevaron a Sansón para burlarse de él y hacerlo juguete de los niños. Cansado e irritado Sansón de tantos insultos y burlas, pidió al niño que lo conducía de la mano que lo acercara a las dos columnas que sostenían el templo, con el pretexto de apoyarse en ellas y descansar un poco. Llegando allí tomó las dos columnas una con cada mano, invocó el auxilio divino, y las sacudió diciendo: *Muera Sansón y los Filisteos;* al decir esto todo el templo se derrumbó, aplastando a Sansón y a tres mil filisteos. (A. del M. 2887)

Ruth en el campo de Booz. — Por este mismo tiempo vivió Ruth, moabita de nación, mujer de gran virtud. Es muy elogiada porque no titubeó en abandonar a sus padres y su patria para acompañar a su suegra Noemí, cuando desde la tierra de los moabitas fue a Belén, su patria. Era pobre, y para conseguir el sustento fue a espigar en el campo de un pariente suyo muy rico llamado Booz, y se puso detrás de los segadores. Habiendo observado Booz su modestia y modales, en lugar de echarla, dijo a los segadores que a propósito dejaran caer espigas y que permitieran a Ruth recogerlas: conocedor de las virtudes y bellas cualidades de Ruth, Booz la tomó por esposa. De este matrimonio nació Obed, y de Obed, Isaí, padre del rey David.

CAPÍTULO VI

• Los malvados hijos de Elí • El virtuoso Samuel • Castigo de Elí y de sus hijos • Dagón y el Arca del Señor • El arca en Betsames y en Gabaa • Saúl, primer rey de Israel • Su Infidelidad

LOS MALVADOS HIJOS DE ELÍ. — Después de la muerte de Sansón se distinguió Elí, el cual fue Juez y sumo Sacerdote, esto es, gobernó al pueblo en las cosas espirituales y temporales. Tenía dos hijos, llamados Ofni y Finees, dedicados como él al ministerio del tabernáculo. Eran hijos de un padre bueno, pero en nada se le parecían. Además de los disgustos que le causaban en privado, insultaban también a las personas que iban al templo a ofrecer sacrificios al Señor, se apropiaban con violencia de la porción de la víctima que pertenecía al pueblo. Estos hechos, repetidos con frecuencia, eran causa de grave escándalo; porque alejaban a los hombres de los ejercicios de la religión. Elí los reprendió muchas veces, pero fue demasiado indulgente y no los corrigió con la suficiente severidad; por esto el Señor decretó castigar al padre y a los hijos y levantar a otro pontífice que le sirviera con más fidelidad.

El virtuoso Samuel. — Samuel, de la tribu de Efraín, fue el siervo fiel que Dios había escogido para suceder a Elí en el sacerdocio, hijo de Anás y de Elcana. Ellos lo presentaron siendo aún niño al sacerdote Elí, para que lo consagrara al Señor y a Él solo sirviera en el templo toda su vida. El virtuoso Samuel, obediente en todo, servía al altar con mucha edificación, y nunca se dejó seducir por los malos ejemplos de los hijos de Elí. Por esto era agradable a Dios y a los hombres. Una noche, mientras dormía, oyó una voz que decía: *¡Samuel,*

Samuel! Como no sabía de dónde venían aquellas palabras y creyendo que era Elí quien lo llamaba, se levantó y fue luego a donde estaba él, diciéndole: *Aquí me tienes a tus órdenes*. Elí Ie dijo: *Yo no te he llamado, hijo mío; vuelve a dormir*. Lo mismo aconteció tres veces. Finalmente Elí le dijo: *Si oyes que de nuevo te llaman, contesta: Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha*. Oyendo de nuevo que lo llamaban, dijo: *Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha;* y el Señor le contestó: *Ha llegado el tiempo en que yo quiero castigar a Elí y a sus hijos, porque él conocía su mala conducta y no los corrigió eficazmente*.

Al amanecer, Elí llamó a Samuel y le habló así: *Dime todo lo que te ha revelado el Señor, no calles nada*. Samuel, obligado por este mandato, se lo dijo todo.

Castigo a Elí y a sus hijos. — No tardaron mucho tiempo en cumplirse las divinas amenazas; pues al haber entrado en batalla con los Filisteos, los israelitas se llevaron la peor parte. Treinta y cuatro mil quedaron muertos en el campo de batalla, y entre ellos los hijos de Elí. Hasta el Arca de la Alianza, objeto de tanta veneración para los hebreos, quedó en poder de los enemigos. Un soldado que había logrado escapar con vida de la refriega se apresuró a llevar la triste noticia a Elí, el cual, cuando lo oyó se cayó de la silla en que estaba sentado, y dio tan fuerte golpe en el suelo con la cabeza, que quedó muerto miserablemente. El Señor castiga a veces aun en esta vida a los padres insolentes, y acorta la vida a los hijos indisciplinados. (A. del M. 2588).

Dagón y el Arca del Señor. — Cuando los filisteos tuvieron en su poder el Arca de los hebreos, hicieron una gran fiesta, la llevaron a la ciudad de Azoto, y la

colocaron en un majestuoso templo al lado del ídolo Dagón, la principal divinidad que ellos tenían. Pero Dios les hizo saber la gran diferencia que hay entre Él y los falsos dioses; porque al otro día hallaron a Dagón en el suelo, al lado del Arca. Los filisteos acudieron a socorrer al pobre Dagón y lo volvieron a colocar en su lugar; pero al día siguiente lo hallaron peor parado que antes. Aún más, queriendo Dios dar a conocer cuánto detestaba la sacrílega aproximación del Arca a aquella estúpida divinidad, hirió a los habitantes de la ciudad con una llaga vergonzosa. Al mismo tiempo hizo salir del suelo una innumerable cantidad de ratones, que, además de ser muy molestos a los hombres, destruían todos los frutos de la tierra. Asustados los habitantes de Azoto ante esas plagas, sacaron inmediatamente el Arca del templo y la llevaron a otra ciudad; pero en todas partes producía los mismos desastres. Temerosos los filisteos de morir todos, convocaron a sus adivinos para preguntarles qué debían hacer. Éstos creyeron que el Dios de los hebreos había enviado aquellas plagas, porque no quería que el Arca se quedara entre ellos; quería que se devolviera, el Arca, y con ella una cajita, que contuviera cinco figuras de los ratones que los habían molestado, y otras cinco de las llagas recibidas.

El Arca en Betsames y en Gabaa. — Los Filisteos recibieron con agrado el consejo. Prepararon inmediatamente un carro nuevo, cargaron en él el Arca con las cajitas de dones, y engancharon a él dos vacas que tenían terneros de pocos días. Estos animales venciendo la ternura hacia sus crías, sin pararse en lugar alguno, siguieron camino hasta Betsames, primera ciudad de la frontera, perteneciente a los hebreos. Los betsamitas recibieron con júbilo aquel depósito; pero sólo por curiosidad y no por devoción.

Por esto el Señor los castigó dando muerte a cincuenta mil, únicamente porque habían mirado con irreverencia el Arca del Señor. Espantados los betsamitas y temerosos de que les sorprendiera a todos la muerte, exclamaban: *¿Quién puede estar en la presencia de la santidad de este Dios? ¿A quién se entregará esta Arca cuando salga de entre nosotros?* Enviaron, pues, por los habitantes de Cariatiárim, les rogaron que vinieran y se la llevaran. Éstos no titubearon en ir, y la llevaron a la casa de un ciudadano piadoso, llamado Abinadab, que residía en Gabaa, collado de Cariatiárim. Este pueblo, obrando con el respeto que era debido al Arca del Señor, se vio libre de las plagas que habían herido a los filisteos y a los betsamitas. (Año del Mundo 2888).

Saúl, primer rey de los hebreos. — Muerto Elí, recibió Samuel el cargo de Juez, y gobernó por muchos años a los hebreos con intachable justicia. Anciano ya, el pueblo le pidió que antes de morir le diera un rey. Al principio se negó; pero, como más tarde supo que era esa la voluntad del Señor, consintió. El primer rey de los hebreos fue Saúl, de la tribu de Benjamín. Su elevación al trono aconteció de la siguiente manera: Habiendo ido en busca de unas burras que se habían extraviado a su padre, y no pudiendo encontrarlas, fue a consultar a Samuel para que le dijera dónde podían estar. Samuel, inspirado por Dios, le hizo saber que las burras ya habían sido halladas, y lo invitó para que permaneciera con él un día. Al día siguiente el Señor le indicó que lo había elegido por rey de su pueblo, y después de haberle ungido la cabeza con óleo sagrado, lo despidió. (Año del Mundo 2909).

Infidelidad de Saúl. — Saúl fue recibido como rey de los israelitas con el aplauso universal. Mientras

siguió los sabios consejos de Samuel permaneció fiel a Dios. Consiguió notables victorias de sus enemigos y los derrotó en repetidos encuentros. Pero, cuando empezó a quebrantar las órdenes del Señor, se oscureció su gloria, y su gobierno fue de mal en peor. Llegó a inmiscuirse en las cosas sagradas, y ofreció a Dios un sacrificio que tan sólo el sumo Sacerdote debía ofrecer. El Señor sumamente indignado por esto, mandó a Samuel que le dijera estas tremendas palabras: *Has obrado como necio, has desechado la palabra de Dios; por esto Él te desechará a ti, te quitará el reino, y se lo dará a otro más fiel que tú.* Dicho esto, Samuel se alejó llorando la suerte de Saúl, porque había sido reprobado por Dios. (A. del M. 2929).

CAPÍTULO VII

• David • El cetro en la tribu de Judá • David en la corte de Saúl • Contrae amistad con Jonatás • Vence al gigante Goliat • Ingratitud de Saúl • Su trágica muerte.

DAVID. — Isaí, de quien hemos hablado en la vida de Ruth, era de la tribu de Judá. Vivía en Belén con siete hijos, el menor de los cuales era David. Frisaba éste en los quince años, y se dedicaba a la custodia del ganado, cuando Samuel fue enviado por Dios para consagrarlo rey en lugar de Saúl. Estando en la montaña apacentando los ganados de su padre, fue llamado y se presentó a Samuel, el cual con aceite bendito lo consagró rey, en medio de sus hermanos; pero hizo esto en secreto para que no llegara la noticia a oídos de Saúl. Desde aquel día el Espíritu del Señor descansó muy particularmente sobre David. Saúl, por el contrario, se vio sobrecogido por un espíritu de tristeza y melancolía, que con frecuencia le hacía caer en arrebatos de cólera.

Todos esos males cayeron sobre Saúl, porque había dejado los caminos del Señor y no escuchaba ya los avisos del santo profeta Samuel. (A. del M. 2941).

El cetro en la tribu de Judá. — El que David de la tribu de Judá, fuera elevado al cetro real, forma una época muy importante en la historia; pues con este hecho comienza a cumplirse la profecía de Jacob, el cual había predicho que la autoridad soberana pasaría a la tribu de Judá, y no saldría de ella hasta la llegada del Mesías. Con el objeto de conservar viva la fe en el Mesías, además de dejar más claro de qué linaje sería, el Señor manifestó a David, no solamente que Aquél nacería de un descendiente de la tribu de Judá, sino de su misma familia y descendencia: lo cual se cumplió como veremos.

David en la corte de Saúl. — Como David cantaba muy bien y tocaba el arpa con suma habilidad, lo invitaron a ir a la corte, para disipar, con la melodía del canto y la armonía de la música, el espíritu maligno y las tristezas que con frecuencia atormentaban a Saúl. David, con el permiso de su padre, dejó de atender el rebaño y fue a la corte del rey donde fue nombrado paje. Cuando el espíritu maligno perturbaba a Saúl, David comenzaba a tocar el arpa, y con la música lo calmaba de sus agitaciones. El Señor de esta manera preparaba a un simple pastorcillo que había de obrar grandes cosas.

David y Jonatás. — La consideración y respeto que David profesaba a Saúl, fueron causa de que éste lo amase mucho; pero mucho más lo amó Jonatás, hijo del rey. Éste tuvo con él una tierna amistad; su amor era recíproco, y ni las adversidades fueron obstáculo para minimizarlo, porque era sincero y estaba fundado

en la virtud. El uno servía de estímulo al otro para acrecentar el bien obrar, y se alentaban mutuamente a la práctica de acciones virtuosas y otras obras que son propias de los varones valientes y temerosos de Dios. Ejemplo muy digno de ser imitado especialmente por los jóvenes, que no deberían escoger más amigos que los que practican la virtud.

David vence al gigante Goliat. — Entre los hechos memorables del reinado de Saúl, se encuentra una guerra que se suscitó entre los israelitas y los filisteos. Mientras ambos pueblos se estaban preparando para emprender una sangrienta batalla, un hombre de altura gigantesca, (tenía más de tres metros de altura) cubierto con una armadura formidable, se adelantó hacia los israelitas, los desafiaba con arrogancia, diciendo: *Si hay alguno entre vosotros que se atreva a combatir conmigo cuerpo a cuerpo, que se presente. Si me mata, los filisteos seremos vuestros esclavos; si yo lo mato, lo seréis vosotros.* Por espacio de cuarenta días siguió insultando a los hebreos con estas palabras, de suerte que Saúl y todo su ejército temblaban al verlo. Solamente David se sintió inspirado por Dios para oponerse a aquel terrible enemigo. Había vuelto a su pueblo, cuando su padre lo mandó llevar algunos alimentos para sus hermanos, que estaban en el ejército. Ante las injurias y baladronadas de aquel filisteo, lleno de santa indignación, exclamó: *¿Quién es ése que se atreve a insultar al pueblo del Señor? Yo iré a luchar con él.* Llegaron a oídos del rey estas palabras, y le envió a buscar; entonces David le narró que apacentando el ganado había tenido ocasión de luchar y dar muerte con sus propias manos a osos y leones, y que con el socorro de Dios tenía esperanzas de hacer lo mismo con aquel orgulloso gigante. En vista de esto, el rey consintió que

se hiciera esa prueba, que sería la decisiva. Lo revistió con la armadura real, le puso un yelmo de bronce en la cabeza, le ciñó una fuerte coraza y una espada. Pero David que no estaba acostumbrado a llevar esas armaduras, sintió que le estorbaban al caminar; se despojó, pues, de ellas, y, tomando su cayado y una honda y cinco piedras, lleno de confianza en Dios, se adelantó valerosamente hacia el gigante.

Éste, luego que lo vio, le dijo con acento de desprecio: *¿Soy tal vez un perro para que vengas a mí con un palo? ¡Acércate y daré tu carne a las aves del aire y a los animales de la tierra.* Le contestó David: *Tú vienes contra mí, confiando en tu lanza y en tu espada; pero yo vengo contra ti en el nombre de aquel Dios a quien tú has ultrajado y que te pondrá en mis manos.* Se movió el gigante Goliat hacia David; pero éste corrió presuroso a su encuentro, echó mano a la honda, puso en ella una piedra, y después de hacerla girar sobre su cabeza, la soltó e hirió a Goliat en la frente, quien cayó herido de muerte al suelo. David, que no tenía espada, se la quitó al gigante, y con ella le cortó la cabeza. Ante este espectáculo el ejército de los filisteos echó a correr despavorido, e Israel vencedor, acompañó a David triunfante hasta la ciudad, que llevaba en una mano la espada y en la otra la cabeza del gigante, dando solemnes gracias a Dios. Quien confía en el Señor obra grandes prodigios.

Ingratitud de Saúl. — En lugar de manifestar alegría por una victoria tan ventajosa para él, Saúl fue presa de tal envidia y odio contra David, que no tardó mucho tiempo en descubrir sus efectos. Dominado poco después por el espíritu maligno, mientras David trataba de apaciguarlo, como solía, con el tañido del arpa, enfurecido le arrojó una lanza, y si David no hubiera

esquivado el golpe con destreza, la lanza lo habría traspasado. Saúl atentó en repetidas ocasiones contra la vida de David, por ello se vió obligado a huir al desierto y buscar su salvación en los bosques. En medio de todos sus peligros siempre permaneció fiel a Dios, y depositando en él toda su confianza, cantaba con alegría: *El que confía en el Altísimo vive seguro y nada teme.* Más de una vez se le presentó la ocasión de dar muerte a su enemigo; pero veneró siempre en Saúl al rey elegido por Dios para su pueblo, al ungido del Señor, al cual nadie puede ofender sin delito.

Trágica muerte de Saúl. — Había muerto Samuel, y como Saúl no supo dominarse se dejó arrastrar por su odio implacable hacia David, lo persiguió por todas partes. Si Dios no lo hubiera asistido y defendido, el rey lo habría matado. Un día que Saúl había acampado con su ejército en las faldas del monte Gelboé, frente a los filisteos, que le habían declarado nuevamente la guerra, al ver tantísimos soldados enemigos se turbó y no supo qué hacer, entonces consultó al Señor, que no dió contestación. Y fue en busca del consejo de una Pitonisa, esto es, de una hechicera, para que le hiciera aparecer la sombra de Samuel y saber por él, el éxito de la batalla. Mientras la hechicera se disponía a hacer los sortilegios de práctica, para engañar a Saúl, Dios, no por virtud de ella sino por inescrutable decreto, dejó oír al impío rey la voz del venerando profeta, el cual le habló en estos términos: *¿Por qué me has inquietado, haciéndome aparecer? ¿Por qué me preguntas, si sabes que el Señor se ha retirado de ti? Mañana todo tu ejército caerá en poder del enemigo, y tú y tus hijos estarán conmigo.* Todo se verificó: al día siguiente se trabó el combate, y los israelitas fueron derrotados. El valiente Jonatás y dos hermanos suyos, después de haberse batido con

valentía, sucumbieron. Saúl al verse en peligro de caer en manos de los filisteos, dijo a un escudero que lo traspasara con su espada; pero como éste se negó a desempeñar tan cruel ministerio, Saúl, desesperado, desenvainó la suya, la fijó por la empuñadura en tierra, se arrojó sobre ella, y murió. (A. del M. 2949).

Si Saúl hubiera permanecido fiel a las órdenes del Señor, manifestadas por boca del profeta Samuel, no habría llegado a tales extremos.

CAPÍTULO VIII

• David llora a Saúl • El Arca de la Alianza en el monte Sión • Victorias de David • Su caída y penitencia • Rebelión de Absalón • Peste en Israel • Santa muerte de David.

DAVID LLORA A SAÚL. — Cuando David tuvo noticia de la muerte de Saúl, se afligió profundamente. Rasgó por el dolor sus vestiduras, se cubrió la cabeza con ceniza, y lloró la muerte de su rey, no menos que la de su fiel amigo Jonatás. Enseguida fue proclamado rey de todo Israel y se dedicó con el mayor celo a volver al pueblo a la práctica de la virtud y al santo temor de Dios.

El Arca de la Alianza en el monte Sión. — En prueba de reconocimiento al Señor, del cual confesaba haber recibido toda su grandeza, David primeramente estableció lo que concernía al culto divino. Entre otras cosas, levantó un magnífico pabellón en el monte Sión, que es el lugar más elevado de Jerusalén, para trasladar allá con gran pompa el Arca de la Alianza. Ésta había estado muchos años en casa de Abinadab, en Gabaa; de allí fue llevada a la de Obededón, donde permaneció tres meses, y fue origen de bendiciones para Obededón

y su familia. Todo el pueblo tomó parte en aquella gran solemnidad; el mismo rey, al son de las trompetas, y de otros instrumentos de música, iba delante del Arca cantando y bailando. Todos manifestaban su alegría acompañando el Arca triunfalmente.

Victorias de David. — Su caída y penitencia. — Cuando David derrotó a todos los enemigos que habitaban en la tierra prometida, dirigió sus armas contra los filisteos, y consiguió repetidas victorias. Subyugó a los moabitas, a los idumeos y a los Sirios, y les impuso un tributo anual que le proporcionó grandes cantidades de oro y plata para la futura fábrica del templo. David reafirmó su reinado, valiéndose especialmente de la piedad, de la religión y de la elección de buenos ministros. Sin embargo, por haber permanecido algún tiempo ocioso, cometió graves pecados que le acarrearon un severo castigo de Dios. Pero cuando el profeta Natán lo corrigió, David detestó sinceramente sus culpas, e hizo rigurosa penitencia. En expiación de sus faltas, permitió Dios que le sobrevinieran graves desgracias de familia, y entre ellas la rebelión de su hijo Absalón.

Rebelión de Absalón. — Absalón, guiado por la ambición de reinar y siguiendo malos consejos, llegó a cometer los más graves excesos. Empezó por dar muerte a su hermano Amón; después se hizo proclamar rey por una parte del pueblo, y declaró guerra abierta a su padre David, el cual se vió obligado a abandonar el palacio real y huir. Pero Dios maldice a quien desprecia a sus padres. Como

Como consecuencia de haber perseguido a su padre, el ejército de Absalón fue derrotado. Veinte mil rebeldes murieron. El mismo Absalón halló la ruina en la larga



David vence a Goliat



Santo Rey David

cabellera que cuidaba con vanidad y que llevaba con soberbia; pues mientras huía a caballo a todo galope, en medio de una selva, se le enredaron los cabellos, llevados por el viento, en una frondosa encina, y quedó suspendido entre el cielo y la tierra. Al saber esto Joab, general del ejército de David, no guardó la orden del rey de no dar muerte a su hijo, aunque se hubiera rebelado, corrió al lugar del hecho y clavó tres flechas en su corazón. Espantoso ejemplo para los hijos que se atreven a desobedecer los mandatos de sus padres. David lloró, desconsolado, la pérdida de tan ingrato hijo. (A. del M. 2972).

Peste en Israel. — David gobernaba pacíficamente su reino, rodeado de gloria y esplendor, cuando deseó saber el número de sus súbditos. Indignado el Señor por esta orgullosa curiosidad, le envió un profeta que le propuso en su nombre la elección de uno de los tres siguientes castigos: siete años de carestía, tres meses de guerra desastrosa, o tres días de peste. David, reconociendo su falta, quiso escoger el castigo del cual más difícilmente se pudiera salvar él mismo, esto es, la peste. La mortandad fue espantosa; perecieron más de setenta mil hombres, y hubiera sido mayor el número de muertos, si David, arrepentido, no hubiera aplacado al Señor con oraciones y sacrificios, cesando así la mortandad. (A. del M. 2987).

Santa muerte de David. — David tenía gran deseo de fabricar un templo para colocar en él el Arca santa; pero no pudo llevarlo a cabo, por las muchas guerras en que tuvo que tomar parte. Pero Dios le había hecho saber, que esa gloria estaba reservada a su hijo Salomón; se dio prisa y juntó oro, plata, bronce, hierro, madera, mármoles y piedras preciosas, para tan grandiosa

empresa. Conociendo que se aproximaba la hora de su muerte, recomendó a Salomón algunas cosas que se debían observar en la fabricación del templo, como también en la administración de la justicia. *Hijo mío, le dijo, camina en las vías del Señor, observa sus mandamientos, y Él te concederá un feliz éxito en tus empresas*. Dicho esto, se durmió en el Señor, a los setenta años de edad. (A. del M. 2990).

David fue consagrado rey a los quince años; a los treinta empuñó las riendas del estado; reinó siete años en Ebrón, y treinta y tres en Jerusalén. Por su rectitud, piedad y justicia, se propone como modelo a todos los monarcas de la tierra. Escribió muchos salmos, que la Iglesia canta en las funciones sagradas. En ellos se contienen muchas cosas concernientes a la venida del Salvador, que debía descender de su estirpe, y que él vio claramente por divina inspiración.

QUINTA ÉPOCA

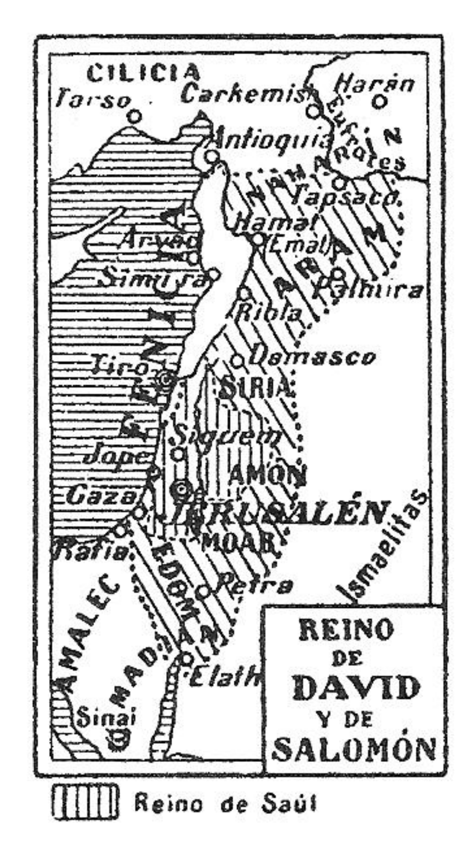
DESDE LA FUNDACIÓN DEL TEMPLO
DE SALOMÓN AÑO 2993
HASTA LA CAUTIVIDAD DE
LOS JUDÍOS EN BABILONIA (AÑO 3416).
Abraza un período de 423 años

CAPÍTULO I

• Salomón recibe de Dios la sabiduría • Primer rasgo de justicia • Edificación del templo • Solemne dedicación • La reina de Saba • Prevaricación y fin desgraciado de Salomón.

SALOMÓN RECIBE DE DIOS LA SABIDURÍA. — Salomón sucedió a su padre David en el trono. Libró a la nación de los enemigos que la molestaban y estando todo en paz dio gracias al Señor con un sacrificio solemne de mil víctimas. Agradó mucho a Dios este holocausto, y la noche siguiente se le apareció y le dijo: *Pídeme lo que quieras, y te lo otorgaré. Señor,* contestó Salomón, *vos veis que yo estoy en medio de vuestro pueblo como un niño; dadme, pues, la verdadera sabiduría para que pueda juzgar con rectitud, y discernir entre lo bueno y lo malo.* Agradó a Dios la petición, y contestó: Como no me has pedido honores y riquezas, además de la sabiduría recibirás tantos honores y riquezas, que nadie jamás ha sido, ni será igualado a ti.

Primer rasgo de justicia. — Muy pronto tuvo ocasión Salomón, de dar a conocer su extraordinaria sabiduría. Se presentaron ante él dos mujeres con dos niños, uno vivo, y el otro muerto. *Esta mujer,* dijo una



de ellas llorando, *ahogó anoche a su hijo, y, mientras yo dormía, vino y se llevó a mi hijo vivo y dejó el suyo muerto. Manda, oh rey, que me devuelva a mi hijo. Mientes,* dijo la otra, *tú has dado muerte a tu hijo y este vivo es el mío.* El pleito era difícil de resolver, porque no había testigos. Salomón hizo que le llevaran una espada, y pronunció la siguiente sentencia: *Córtese en dos partes iguales, y tome cada una la suya.* La mujer que no era su madre aceptó la sentencia con placer, y la que sí lo era, no: *¡Ah no*, exclamó al instante, *no deis muerte a mi pobre hijo; dadlo mejor a ella, vivo y entero!* Entonces Salomón hizo salir de su presencia a la falsa madre, y dio a la verdadera el niño. Cuando se divulgó esta sentencia, todos admiraron la sabiduría de Salomón. Se había enriquecido mucho, se dio prisa a cumplir el piadoso deseo de su padre que consistía en levantar a Dios un templo en Jerusalén, de una magnificencia asombrosa, que constituyera una de las maravillas del mundo. (A. del M. 2993).

Templo de Salomón. — Reunidos los materiales que pudo hallar en su reino y en los demás reinos vecinos, echó Salomón los cimientos de aquel hermoso templo. Trabajaron en su construcción, durante siete años, ciento sesenta mil obreros, vigilados por dos mil doscientos seis asistentes. Tenía tres artesonados, y sus paredes eran de piedras perfectamente labradas. Las paredes, el santuario, el altar, los querubines que estaban cerca del Arca, se hallaban cubiertos de planchas de oro magistralmente entalladas. En la parte exterior había un gran pilar de bronce, redondo, que por su magnitud se llamó *mar*, sostenido por doce bueyes del mismo metal. Dentro y fuera del templo todo era muy precioso, ya por los materiales empleados, como por la obra de arte.

Solemne dedicación. — Concluido el templo, celebró Salomón su dedicación con una solemnidad de catorce días. Se sacrificaron veinte mil bueyes y cien mil ovejas. El Arca, en donde se hallaban las tablas de la ley, fue conducida en procesión desde el Monte Sión hasta el templo, y colocada bajo las alas de los querubines. Mientras con armoniosos acordes y melodiosas voces se cantaba con alegría: *Dad gloria al Señor porque es bueno, porque su misericordia es eterna*; la majestad Divina se manifestó por medio de una prodigiosa nube, que cubrió todo el templo. Ante ese hecho, Salomón se postró en el acatamiento del Señor, y, levantando en seguida sus manos al cielo, exclamó: *Dios mío, puesto que os habéis dignado aceptar esta casa, que os he edificado; os ruego que escuchéis a todos los que, oprimidos por angustias, o afligidos por alguna necesidad, vengan a suplicaros en este lugar santo.* Dio Dios a conocer su beneplácito con otro milagro: envió

fuego del cielo que abrasó a las víctimas, preparadas para el sacrificio.

La Iglesia Católica, fiel intérprete de la divina voluntad, apoyada en este y otros hechos, dedica al culto divino los edificios sagrados con ritos y ceremonias análogas y de los libros santos. Siguiendo el ejemplo también de lo que había ordenado Dios en la ley antigua, suelen usarse en las Iglesias cristianas pilas para el agua bendita, altares, candeleros, incensarios, incienso, estatuas. Esto demuestra cuánto se equivocan aquellos que con el pretexto de seguir una religión pura, excluyen todo acto externo, introduciendo un culto contrario al que se nos ha revelado en la Sagrada Biblia.

La Reina de Saba. — Terminado el templo, construyó Salomón el palacio real, y con tal magnificencia, que el oro, la plata, el marfil y las perlas preciosas brillaban en todas partes. Semejante esplendor, unido a su sabiduría prodigiosa, hacía ir a muchos extranjeros a Jerusalén. Entre otros, se halla la reina de Sabá, en Arabia, que atraída por la fama de sus riquezas y de su ciencia, fue a visitarlo con un gran séquito, llevando ricos dones. Después de haber visto la majestad y esplendor de la corte, los preparativos para los sacrificios, las riquezas de su mesa, la buena disciplina de sus criados, y otras maravillas por el estilo, pero especialmente la gran sabiduría del rey en resolver enigmas y pleitos difíciles, atónita y casi fuera de sí, exclamó: *¡Bienaventurados tus criados y tus gentes, que están siempre contigo y oyen tu sabiduría! Mayor es tu sabiduría y tus obras, que la fama que yo había oído. ¡Bendito sea el Señor, que te ha puesto sobre el trono de Israel!* (A. del M. 3023).

Prevaricación y fin desgraciado de Salomón. — Después de haber trabajado mucho para la mayor gloria de Dios, y dado muchas pruebas de sabiduría, virtud y santidad, anciano ya, se dejó Salomón alucinar por las mujeres idólatras, y se alejó por completo de las leyes del Señor. Su ceguera lo llevó hasta edificar templos y altares a los ídolos, especialmente a uno muy suntuoso, a Moloc, en el monte de los Olivos. De esta suerte, el ungido del Señor, el inspirado de Dios, el gran Salomón se doblegó hasta ofrecer profano incienso a las falsas divinidades. El Señor le avisó y le amenazó más de una vez; pero él, por no contrariar a aquellas malvadas mujeres, persistió en el mal. Muchos enemigos se armaron y levantaron contra él; y el infeliz Salomón murió el año 70 de su edad, después de cuarenta de reinado, dejando mucho que dudar acerca de su eterna salvación. (A. del M. 3029).

Este hecho debe enseñarnos preferir la miseria de Job al trono de Salomón, porque en Job se admira un modelo de virtud, que corona a los santos; al contrario de Salomón que se llora la caída de un hombre, que, con poseer la más sublime sabiduría no supo guardarse de la soberbia y del veneno de la prosperidad.

CAPÍTULO II

• Observación • División del reino de Israel • Reinos de Roboam y de Jeroboam • Cisma Samaritano.

OBSERVACIÓN. — Para tener una idea clara de la Historia Sagrada, es necesario observar que a la muerte de Salomón el gobierno de los hebreos se dividió en dos reinos, el de Judá y el de Israel.

El de Israel duró cerca de 254 años, y fue gobernado por diecinueve reyes, entre los cuales la historia

recuerda especialmente a Jeroboam, Acab, Jehú y Óseas.

El reino de Judá floreció hasta la cautividad de los hebreos en Babilonia.

División del reino de Israel. — Roboam, hijo de Salomón, sucedió a su padre en el trono. Salomón después de su prevaricación, impuso al pueblo enormes tributos. Cuando murió, el pueblo se reunió para pedir al nuevo rey que los disminuyera y dijo: *Tu padre nos impuso muy pesados tributos; disminúyelos y seremos fieles servidores tuyos.* Roboam contestó: *Id, y volved dentro de tres días.* En este lapso de tiempo convocó a los ancianos consejeros de su padre, y les consultó acerca de la respuesta que debía dar. Le aconsejaron que fuera condescendiente con ellos, que les hablara con palabras suaves y aligerara el yugo con el que su padre los había agobiado. No le agradó este consejo, y en cambio, siguió la opinión de los jóvenes que se habían criado con él entre delicias y placeres. Éstos le dijeron que hablara al pueblo con amenazas, y así ya no se atreverían a volver a quejarse. Así lo hizo. A los tres días el pueblo se reunió, y Roboam, olvidando el consejo de los ancianos, siguió el de los jóvenes orgullosos, sin experiencia, y contestó que él sabía cómo había de gobernar a sus súbditos, y que les impondría un yugo aún más pesado. Indignado el pueblo al oír estas amenazas se sublevó, y diez de las tribus proclamaron rey a Jeroboam, siervo de Salomón. Solamente las tribus de Judá y Benjamín permanecieron fieles a Roboam. Éste último se llamó rey de Judá, y aquél rey de Israel. (A. del M. 3029).
No acudamos nunca en busca de consejo a las personas orgullosas y sin experiencia.

Reino de Roboam y de Jeroboam. — Roboam, rey de Judá, por haber querido seguir el consejo de jóvenes inexpertos, fue durante su reinado molestado por continuas guerras. Antes de morir vio con pesar al rey de Egipto entrar en Jerusalén y hacer botín de todos los tesoros del templo y de la casa real para llevarlos a su país.

Mucho más desgraciada fue la muerte de Jeroboam, rey de Israel. Jeroboam por temor a que las tribus que lo seguían volvieran a la obediencia de su legítimo soberano (Roboam) prohibió frecuentar el templo de Jerusalén; y para dar a sus súbditos un simulacro de religión, hizo construir dos becerros de oro, y ordenó que se adoraran en lugar de al verdadero Dios. Este hecho desagradó en extremo al Señor, el cual envió al rey un profeta para anunciarle que aquellos ídolos y aquel altar junto con los sacerdotes serían destruidos algún día. Al oír esto Jeroboam, extendió la mano para ordenar el arresto del profeta y al instante quedó seca, y no pudo volverla a encoger sino mediante la oración del profeta. A pesar de esto, Jeroboam no se corrigió de su impiedad, y, en castigo de su crimen, fue herido por el Señor y exterminada toda su familia. (A. del M. 3050).

Cisma Samaritano. — La división de las doce tribus en los reinos de Israel y de Judá, dio motivo al cisma de los samaritanos, esto es, separación de los samaritanos. Jeroboam trataba de alejar a sus súbditos del verdadero Dios y de hacerles practicar la idolatría. Y como la ciudad de Samaria fue elegida capital de su reino, a esta separación se le llamó cisma samaritano. Esa fue la causa por la cual los samaritanos vivieron separados del reino de Judá, y siempre miraron con aversión a los habitantes de Jerusalén, capital del reino de Judá, donde se conservaba el culto del verdadero Dios.

CAPÍTULO III

• Elías reprende a Acab y predice una sequía • Es alimentado por cuervos • Milagros de Elías • Confunde a los profetas de Baal • Consigue de Dios la lluvia.

ELÍAS REPRENDE A ACAB Y PREDICE UNA SEQUÍA. — Es alimentado por cuervos. — Acab, rey de Israel, deshonró su nombre con muchos crímenes, que lo hicieron culpable delante del Señor. Entre otras cosas mandó erigir un altar a Baal, e hizo toda clase de esfuerzos para alejar al pueblo del culto del verdadero Dios, y hacerle seguir las torpes supersticiones de la idolatría. Se casó con Jezabel, mujer malvada que, por conseguir que todos adoraran a Baal, mandó matar a todos los profetas del Señor que encontró. Elías, que era el único que había logrado escapar a las pesquisas de aquella reina impía, se presentó intrépidamente ante Acab, y le dijo: *En nombre del Señor, en cuya presencia estoy, no caerá en estos años lluvia ni rocío, hasta que yo lo diga.* Al oír las palabras y las amenazas del santo profeta, el rey montó en cólera y buscó medios para que pereciera; pero Elías, avisado por Dios, se escondió cerca del arroyo de Carit, al lado del Jordán. Como no tuvo allí con qué alimentarse, el Señor le envió algunos cuervos que, mañana y tarde, le llevaban pan y carne.

¡He aquí cómo Dios cuida con solicitud de los suyos! Sirvamos al Señor y Él nos proveerá en todas nuestras necesidades.

Milagros de Elías. — No pasó mucho tiempo sin que llegara la sequía que había anunciado; debido a esto se secó también el arroyo de Carit, y Elías empezó a padecer la sed. Avisado por el Señor, fue a morar en

Sarepta, ciudad fenicia. Al llegar cerca de las puertas halló a una viuda que recogía leña, y le dijo: *Dame, por favor, un poco de agua para beber.* La mujer, que era caritativa y servicial, corrió a buscar agua; pero el profeta gritó a su espalda. *Tráeme también, te ruego, un bocadito de pan.* Ella contestó: *Sabe Dios que no tengo pan en casa, sino un poco de harina en una tinajilla y un poco de aceite en la aceitera: he recogido esta leña para ir a cocerlo para mí y para mi hijo, comer, y después morirnos.* Dicho esto, se echó a llorar amargamente. Elías le dijo: *No temas; no te turbes: ve y hazme con esa harina un panecillo.* Obedeció la mujer, preparó lo que le había mandado el hombre de Dios, y comieron Elías, ella y su hijo, dando gracias al Señor. Desde aquel día ya no faltó harina en la tinaja, ni aceite en la aceitera mientras duró la carestía.

Algún tiempo después el hijo de la viuda enfermó de gravedad y murió; sumamente dolorida la desconsolada madre, acudió a Elías, el cual invocó el nombre del Señor, y volvió la vida al niño. ¿Puede haber algo imposible para el Señor? Aquel que da la vida puede restituirla, cuando se ha perdido.

Elías y los profetas de Baal. — Ya habían transcurrido tres años y medio sin que cayera una sola gota de agua. Se secaron todos los pozos y las fuentes; los campos parecían áridos desiertos, todo el país estaba en la mayor desolación. Elías, por mandato de Dios, se presentó nuevamente a Acab, el cual, más irritado aún, apenas lo vio le dijo amenazante: *¿Eres acaso tú el que trae alborotado a Israel?* Elías contestó con entereza: *No he alborotado yo a Israel, sino tú y la casa de tu padre, que habéis despreciado los mandamientos del Señor y seguido a los falsos dioses. Manda ahora mismo juntar delante de mí a todo Israel en el monte*



Resurrección del hijo de la viuda

Carmelo, y a los profetas de Baal. El rey condescendió, y con los sacerdotes se juntó todo el pueblo de Israel. Llegado allí, Elías dijo al pueblo: *¿Hasta cuándo habéis de ser como los que cojean hacia dos lados? Si el Señor es Dios, seguidle; y si lo es Baal, seguid a Baal. Levanten los sacerdotes de Baal un altar, depositen en él la leña; pero sin aplicarle fuego. Yo haré otro tanto. Invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de mi Señor; y aquel Dios que mostrare oir, enviando el fuego, ése sea tenido por verdadero Dios.* Todo el pueblo aceptó la propuesta, exclamando: *Excelente proposición.*

Los profetas de Baal tomaron un buey, lo descuartizaron y lo pusieron sobre el altar, y desde la mañana al mediodía no cesaron de gritar: *Baal escúchanos.* Rezaban, daban vueltas alrededor del altar, se arrodillaban y se herían, según sus ritos, con lancetas de hierro. Pero todo era en vano, porque Baal no respondía. Elías se burlaba de ellos y les decía: *Gritad más alto, porque quizás ese vuestro dios está conversando, está encerrado o va de camino, o cuando no, estará dormido y no os oye. Gritad fuerte para que despierte.* Llegó el mediodía, y aún no habían conseguido nada. Luego Elías tomó doce piedras, y construyó con ellas el altar del verdadero Dios, que había sido demolido por los idólatras, puso sobre él la leña y la víctima, e hizo derramar tanta agua que quedó mojado todo el altar y llena la zanja que había mandado hacer a su alrededor. En seguida se acercó al altar y oró de esta manera: *Señor Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, dígnate oírme y haz conocer hoy a este pueblo que tú eres el verdadero Dios.*

Aún no había acabado de hablar, cuando cayó de pronto fuego del cielo que consumió el holocausto, las

piedras, y hasta el agua que había en la zanja. Cuando el pueblo vio tan asombroso portento, lleno de admiración exclamó: *El Dios de Elías es el verdadero Dios.* Entonces Elías mandó que arrestaran a los sacerdotes de Baal, que eran cerca de cuatrocientos cincuenta, los hizo llevar al torrente Cisón, y en castigo de sus perversas doctrinas y de las blasfemias que habían vomitado contra el verdadero Dios, dio orden que todos fueran sacrificados.

Lluvia prodigiosa. — Concluida la matanza de los profetas de Baal, Elías se dirigió a Acab y le anunció que estaba próxima la lluvia. Subió luego al Carmelo para hacer oración, y envió siete veces a su criado a que mirara hacia el mar para ver si aparecía alguna nube. La séptima vez apareció una nubecilla parecida a la planta de un hombre, que subía del mar. Envió luego decir a Acab que enganchara los caballos y se marchara, para que no le cogiera la lluvia. En efecto, aquella nubecilla se expandió de tal modo que el cielo se encapotó por completo y cayó una lluvia torrencial, que compensó al país de la espantosa sequía por la que había pasado.

El que acude a Dios con fervor por medio de la oración, obtiene muchas gracias, e incluso milagros.

CAPÍTULO IV

• Huida de Elías • Elíseo lo sigue Asesinato de Nabot • Muerte de Acab y fin desventurado de Jezabel.

HUIDA DE ELÍAS. — Encolerizada Jezabel por la muerte de los sacerdotes de Baal, juró que tomaría venganza contra Elías, que había sido su autor. Al saberlo Elías, huyó al desierto. Fatigado por el camino y hastiado de la vida, se echó a la sombra de un enebro y

se quedó dormido. Dios le envió un ángel para consolarlo, el cual después de haber puesto pan y agua a su lado, le despertó diciendo: *Elías, levántate y come*.

Elías comió y bebió, se acostó y se durmió de nuevo. Lo despertó nuevamente el ángel y le ordenó que comiera más, porque le quedaba aún mucho por andar. El profeta comió y bebió por segunda vez, y con las fuerzas recibidas del alimento, viajó cuarenta días con sus noches hasta llegar al monte Oreb.

Esta comida de Elías es una figura de la Santísima Eucaristía, que nos dejó el Señor para fortificarnos y ayudarnos a caminar en la vía del cielo; no basta tomarla una sola vez, sino que es necesario hacerlo con frecuencia.

Eliseo sigue a Elías. — Elías permaneció algún tiempo en el monte Oreb, escondido en una cueva, hasta que Dios le mandó que fuera a donde estaba Eliseo y lo consagrara profeta en su lugar. Como Eliseo era agricultor, lo encontró arando en el campo. Elías se acercó a él, le puso el manto sobre las espaldas y le manifestó las órdenes del Señor. Después de haberse despedido de sus padres y hecho a Dios un sacrificio con los bueyes y el arado, Eliseo se marchó con Elías, del cual fue discípulo y fiel compañero.

Asesinato de Nabot. — Acab, además de haber caído en la idolatría, se manchó también con la injusticia más enorme. Cerca de su palacio poseía un tal Nabot una viña, que agradó mucho al rey, la cual se la pidió por dinero o por cambio. Nabot no se la quiso dar, porque era herencia de sus padres y la conservaba con cariño. Disgustado por esto el rey, mejor dicho, encolerizado y rabioso, se echó en la cama con el rostro vuelto a la pared, resuelto a no tomar alimento alguno.

Viendo Jezabel a Acab tan apesadumbrado, escribió a sus cortesanos que acusaran a Nabot de blasfemo, para que en calidad de tal, fuera apedreado; esto fue ejecutado con la mayor prontitud, condescendiendo de esta forma con los malvados deseos de Acab. Pero mientras éste iba a tomar posesión de la viña mal adquirida, se presentó Elías delante de él y le dijo: *He aquí lo que dice el Señor: «Aquí donde los perros han lamido la sangre de Nabot, lamerán también la tuya. Jezabel será igualmente devorada por los perros, y toda tu descendencia exterminada.»*

Muerte de Acab. — Muy pronto se cumplieron las amenazas de Dios. Al oír Acab las palabras de Elías, dio señales de arrepentimiento; pero eran señales fingidas. Tres años más tarde salió con Josafat, rey de Judá, para combatir con Benadad, rey de Siria. Para conocer el éxito de la empresa consultó a cuatrocientos falsos profetas, los cuales le predijeron que alcanzaría la victoria. Pero Josafat, que adoraba al verdadero Dios, quiso consultar a un profeta del Señor; y Acab para darle gusto hizo llamar a Miqueas, hombre lleno del Espíritu divino, el cual le predijo una completa derrota. En vez de escuchar al profeta, Acab mandó que fuera encerrado en una cárcel y que no se le diera más alimento que pan y agua, para matarlo apenas regresara de la guerra. *Me conformo,* dijo el profeta, *si es que vuelves*. Partió Acab para la desdichada campaña, y una flecha disparada al azar lo hirió en el pecho, y al poco tiempo murió. Su casco, sus armas y las bridas de su caballo quedaron ensangrentadas, y su sangre fue lamida por los perros, como lo había predicho Elías. (A. del M. 3107).

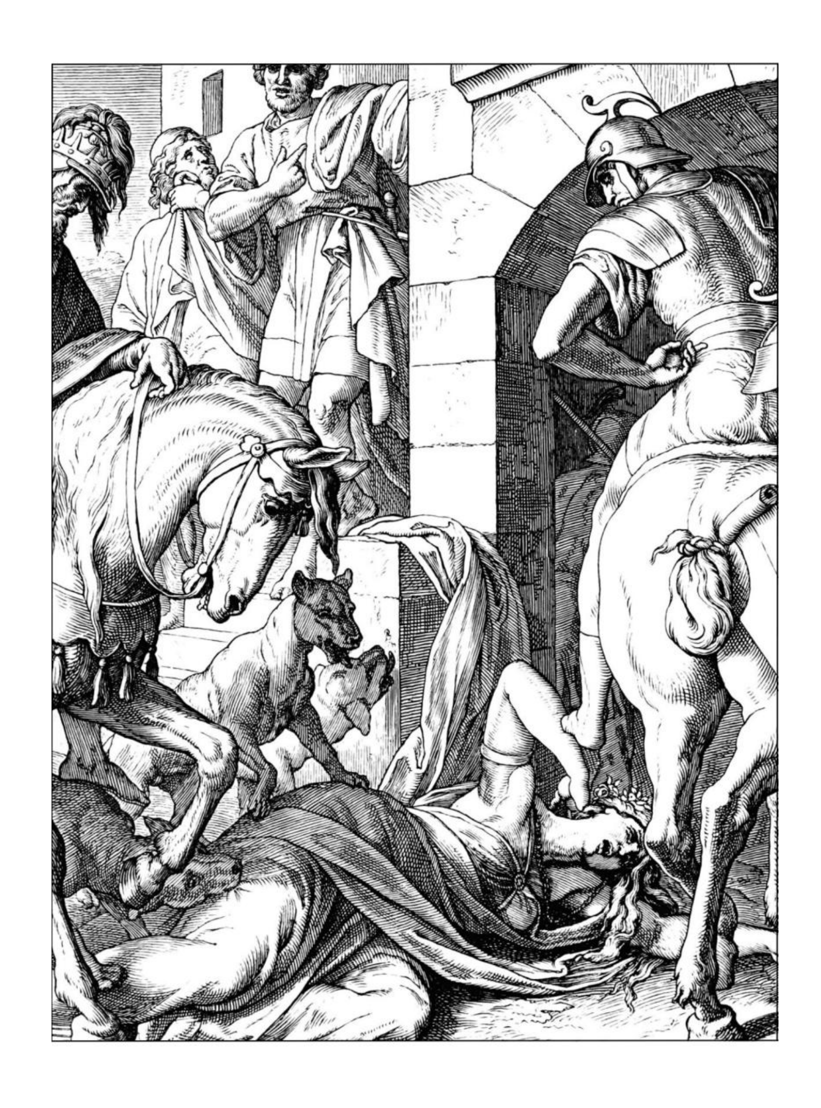
Fin desventurado de Jezabel. —Pasados algunos años de la muerte de Acab, fue elegido rey de Israel un ilustre capitán, llamado Jehú. Después de haber hecho muchas conquistas, entró triunfante en la ciudad de Jezrael, donde residía Jezabel. Al recibir la noticia la ambiciosa reina se vistió con sus mejores galas y se puso a la ventana del palacio, creyendo ganar al rey con sus lisonjas. Cuando Jehú pasó, levantó los ojos, y luego que la vio, dijo: *Echadla abajo*. La echaron enseguida por el balcón y su cuerpo fue pisado por los caballos, y poco después devorado por los perros. Ordenó también Jehú que se exterminara toda la estirpe de Acab, se pasara a filo de espada los sacerdotes de Baal y se destruyera hasta en sus cimientos el templo dedicado a las falsas divinidades. De esta manera se cumplieron las amenazas que hizo el Señor a Acab por boca de Elías.

Todo crimen injuria a la divina Justicia, y nos hace acreedores a grandes castigos, que, si no nos los envía Dios en la vida presente, debemos temerlos aún mayores en la vida futura.

CAPÍTULO V

• Elías predice la muerte de Ococías • Es arrebatado al Cielo • Eliseo endulza milagrosamente las aguas de Jordán • Insolencia castigada • Milagros del aceite, de la sopa y de los panes • Resurrección de un niño • Naamán Siro • Mentira castigada.

ELÍAS PREDICE LA MUERTE DE OCOCÍAS. — A Jehú, que murió después de 28 años de reinado, lo sucedió en el trono su hijo Ococías, que siguió las huellas criminales del impío Acab. Al enfermar gravemente envió mensajeros a consultar a Beelcebub, que era una falsa divinidad. Salió Elías por mandato divino al encuentro de los emisarios y con acento



Jezabel devorada por los perros

amenazador les dijo: *¿Acaso no hay Dios en Israel?, ¿Para qué vais a consultar a Beelcebub? Volved, pues, y anunciad a vuestro rey que no bajará del lecho, sino que morirá en él.*

Le avisaron de la amenaza sin decir quién la había dicho, pero Ococías sospechó que debió ser Elías, y mandó un capitán con cincuenta hombres para que lo detuviera y llevara a su presencia. Elías rogó a Dios que lo defendiera y luego bajó fuego del cielo que redujo a cenizas al capitán y a toda su gente. Ococías envió otro, y le aconteció lo mismo, Finalmente, el tercero, temeroso de que a él y a los que le acompañaban les sucediera lo mismo, rogó humildemente al siervo de Dios que obedeciera las órdenes del rey. El Profeta fue con ellos, y cuando estuvo delante del rey, en nombre del Señor, le habló de esta manera: *Porque has enviado a consultar a Beelcebub y no al Señor, no te levantarás más de esa cama, y ahí morirás.* Al poco tiempo se cumplió la profecía, y Ococías murió a los dos años de reinado.

Elías es arrebatado al Cielo. — Sabiendo Eliseo que la carrera mortal de Elías se hallaba próxima a su fin, permanecía siempre a su lado para ver cómo concluía. Un día que iba de Jericó a las playas del Jordán, Elías tomó su capa y con ella tocó las aguas del río, que luego se dividieron a uno y a otro lado, de tal modo que ellos pasaron por en medio a salvo. Cuando estuvieron en la otra orilla, dijo a Eliseo: *Pide lo que quieras, antes de que sea separado de ti.* Le contestó Eliseo: *Pido que pase en mí doblado tu espíritu y doblados también los dones que has recibido del Señor. Cosa difícil has pedido*, replicó Elías; *sin embargo, la tendrás si me ves cuando yo sea separado de ti.*



Elías es llevado al Cielo en un carro de fuego

Mientras caminaban conversando de este modo, cuando de repente bajó del cielo un carro de fuego, tirado por caballos alados y chispeantes. Elías subió a él y en seguida se elevó en el aire en medio de una nube. Eliseo al verlo subir, gritaba: *¡Padre mío! ¡Padre mío!* Y lo siguió con la vista hasta que desapareció. Fue tal su dolor, que rasgó sus vestiduras y rompió en copioso llanto; tomó después la capa que Elías había dejado caer, y volvió al Jordán. Tocó con ella las aguas, y éstas se separaron de nuevo, dejándole libre y seco el paso hasta la otra orilla. Allí fue recibido con gran veneración por sus discípulos, los cuales se maravillaron porque verdaderamente había pasado a él el espíritu de Elías. (Año del Mundo 3108).

Eliseo endulza milagrosamente las aguas de Jericó. — Se supo que la virtud de Elías había pasado a Eliseo por los muchos milagros realizados. He aquí los principales: Un día Eliseo fue a Jericó, los habitantes salieron presurosos a recibirlo; además de manifestarle su alegría por verlo, le dijeron que las aguas que tenían eran tan amargas que nadie las podía beber sin peligro de muerte. Deseando Eliseo beneficiar a aquellos habitantes, hizo oración al Señor. En seguida dio la orden de que le trajeran una vasija con sal, y echó de ella en la fuente. Las aguas por divina voluntad se endulzaron, volviendo así los campos a su primitiva fecundidad.

Insolencia castigada. — En otra ocasión, mientras subía Eliseo a Betel, un grupo de muchachos insolentes se echó a correr tras de él gritando: *¡Sube, calvo! ¡Sube, calvo!* El Señor no dejó impune tamaña falta, pues inmediatamente salieron dos osos que se arrojaron sobre los muchachos, despedazando a cuarenta y dos.

¡Espantoso ejemplo para los que se atreven a escarnecer a los mayores en edad y a los ministros del Señor!

Milagro del aceite. — El acreedor de una pobre viuda que no podía pagar las deudas contraídas por su esposo, la amenazó con quitarle a sus dos hijos y esclavizarlos. Ella oprimida por el dolor acudió a Eliseo, el cual la consoló diciendo: *Anda y pide prestadas a tus vecinos muchas vasijas; entra enseguida en tu casa con tus hijos y cierra la puerta*. De ese aceite que aún te queda, *tomarás un poco, y lo echarás en todas las vasijas hasta que estén llenas*. La viuda hizo lo que el hombre de Dios pidió, y se multiplicó el aceite maravillosamente. Con él pudo pagar sus deudas y aún sobró para ella y sus dos hijos.

Sopa mejorada. — Multiplicación de panes. — Un día sirvieron a sus discípulos una sopa de hierbas tan amargas, que nadie la podía tomar. Él no hizo más que mezclar un poco de harina, y le quitó toda la amargura.

En otra ocasión, cierto hombre caritativo le llevó un regalo que consistía en veinte panes. Eliseo le ordenó que los distribuyera al pueblo. *¿Qué son,* dijo, *veinte panes para cien personas?* Eliseo repitió la orden. Distribuidos, no sólo hubo pan suficiente para todos, sino que sobró aún mucho. (A. del M. 3109).

Resurrección de un niño. — Al entrar en la ciudad de Suna, fue Eliseo muy cortésmente recibido por dos esposos, que, usando especial hospitalidad para con el siervo de Dios, le tenían preparado un aposento para que se hospedara en él siempre que pasara por allí. No tardó mucho Dios en recompensar la caridad obrada en

favor de su profeta. Al hijo único de dicha mujer, que había ido al campo con su padre en tiempo de la cosecha, le sobrecogió un tan fuerte dolor de cabeza, que le causó la muerte. La afligida madre corrió llorando a donde se hallaba el profeta Eliseo, el cual fue en persona a la casa de la acongojada mujer para consolarla. Después de haber hecho oración al Señor, se extendió sobre el frío cadáver del niño, que comenzó a bostezar, y abrió los ojos, y finalmente, resucitó y volvió a estar sano como antes.

Naamán Siro. — La fama de los milagros de Eliseo hizo que la gente de todas partes acudiera a él. Naamán, general del ejército del rey de Siria, había enfermado de lepra, enfermedad repugnante y contagiosa. Así que se puso en viaje hacia Samaria, llevando consigo mucho oro y plata, para regalárselo al Profeta. Al llegar a la casa de Eliseo, éste envió a uno de sus criados para que le dijera: *Ve y lávate siete veces en el Jordán, y quedarás sano.* El orgulloso Naamán, poco satisfecho de tan sencillo recibimiento contestó: *¿Para qué me he de lavar en el Jordán? ¿No valen tanto nuestros ríos de Siria como las aguas de Israel?* Dicho esto, quería marcharse; pero sus criados le aconsejaron que obedeciera. Se lavó, pues, siete veces en el Jordán, y la lepra desapareció. Muy contento por su curación, volvió a la casa del hombre de Dios, para ofrecerle preciosos dones, oro, plata y riquísimas vestiduras. Pero Eliseo le dijo: *En el nombre del Señor, yo no he de aceptar cosa alguna, vete en paz.*

Castigo de la mentira. — Giezi, siervo de Eliseo, ávido de dinero, dejó que se alejara Naamán; después corrió tras él, y cuando lo alcanzó le dijo: *Mi Señor me manda para pedirle un talento y dos mudas de*

vestidos para dos jóvenes que acaban de llegar. Naamán le dio más de lo que pidió. Vuelto a casa, le habló Eliseo de esta manera: *¿De dónde vienes, Giezi?* A lo que éste contestó: *No he ido a ninguna parte. Pues bien,* le dijo, *pronto recibirás la recompensa que se merecen tu mentira y avaricia.* En aquel instante quedó cubierto de lepra, y fue expulsado para siempre del servicio del profeta.

La mentira nos deshonra delante de Dios y de los hombres.

CAPÍTULO VI

• Los soldados de Benadad en Samaria • Sitio y liberación de esta ciudad • Muerte de Eliseo; sus reliquias • Jonás profeta • Su predicación en Nínive.

LOS SOLDADOS DE BENADAD EN SAMARIA. — Benadad, rey de Siria, que había vuelto a levantarse en armas contra Zoram, rey de Israel, preparaba una celada. Avisado Zoram por el profeta, envió al lugar gente para que lo atacara. Indignado por esto Benadad, envió sobre la marcha un gran número de soldados para arrestar al santo profeta. Éste rogó a Dios que lo defendiera, y Dios cegó a todos los soldados. Entonces Eliseo salió a su encuentro y los guió a la ciudad de Samaria. Al llegar allí, rogó a Dios que les abriera los ojos. Es imposible expresar cuál fue la admiración y el espanto que les sobrecogió al conocer que se hallaban en medio de los enemigos. Eliseo prohibió, por otra parte, que se les hiciera daño alguno; antes bien, les dio alimento y bebida, y libres los mandó a su campamento.

Sitio y liberación de Samaria. — Benadad no quiso reconocer el poder divino en lo que había

acontecido a sus soldados, y, obstinado, fue a poner sitio a la ciudad de Samaria. En corto tiempo, los habitantes se vieron reducidos a tales extremos, que la cabeza de un burro llegó a valer ochenta monedas de plata, y dos madres hasta llegaron a echar suertes para dar muerte y comerse uno tras otro sus propios hijos para acallar el hambre. En medio de esta terrible carestía, una tarde, Eliseo predijo que al otro día habría abundancia de víveres. *Eso no podría verificarse*, dijo un capitán del rey, *aunque Dios hiciera llover trigo del cielo*. Eliseo le contestó que él lo vería con sus propios ojos, pero que no lo podría gustar. A la mañana siguiente el campo enemigo se halló cubierto de víveres y de riquezas, y sin un solo soldado. Dios dejó que se oyera durante la noche un gran estrépito de armas, que asustó y ahuyentó al enemigo. El pueblo corrió rápidamente en busca de alimentos para satisfacer el hambre. Los había allí en tanta abundancia, que cada uno pudo obtener lo que deseaba; solamente el capitán incrédulo no los pudo gustar, porque fue ahogado por la multitud que se apresuraba a salir, mientras se hallaba de guardia en las puertas de la ciudad.

Muerte de Eliseo; sus reliquias. — Habiendo enfermado Eliseo, fue a visitarlo Joás, rey de Israel, y al verlo se deshizo en llanto y exclamó: *Padre mío, tú eres el carro de Israel y el que lo dirige*. Eliseo, para consolarlo, le prometió que vencería tres veces con mucha ventaja al rey de Siria. Lo cual se cumplió y trajo la paz a Israel. Eliseo murió plácidamente, y fue enterrado en el campo, en una cueva que se abrió para este propósito. (Año del M. 3165).

Al año de su muerte, algunos hombres llevaban a enterrar un cadáver, y al ver a unos ladrones, les dio tal miedo que echaron al muerto en el sepulcro de Eliseo.

El cadáver, no bien tocó el cuerpo del Santo profeta, volvió a la vida. Este hecho y el prodigio obrado con la capa de Elías, en las aguas del Jordán, dan a conocer cuánto place al Señor que se veneren las reliquias de sus Santos: por tanto, están muy equivocados los que dicen que no se les debe prestar culto alguno.

Jonás profeta. — Casi contemporáneo de Eliseo fue Jonás profeta, célebre por su misión en Nínive, capital de Siria. Esta populosa ciudad se había entregado a los más grandes excesos, y sus pecados habían provocado sobremanera la cólera de Dios. Para que se convirtiera, Dios envió al profeta Jonás a predicar penitencia, con la amenaza de que la destruiría si no volvía sobre sus pasos. Ya sea por las dificultades del viaje, o por temor de que fuera inútil su predicación, Jonás no obedeció a los mandatos del Señor, y en lugar de ir a Nínive se embarcó en una nave para Tarso, ciudad de Cilicia. Pero, ¿quién puede esconderse a los ojos de un Dios todopoderoso, y resistirse a sus deseos? No bien partió la nave, se levantó una espantosa tempestad que sumió a todos los marineros en una gran consternación. El buque se hallaba en inminente riesgo de hundirse. Todos los pasajeros se pusieron a trabajar: unos aligeraban el buque, otros rezaban; solamente Jonás, en tan grave peligro, dormía tranquilamente. Los marineros, que eran paganos, echaron suertes para saber quién de los pasajeros era la causa de tanto mal. El Señor permitió que la suerte cayera sobre Jonás. Declaró éste su pecado, y les dijo: *Arrojadme al mar, y cesará la tempestad.* Los marineros se horrorizaron; sin embargo, clamaban al cielo para que no les imputara su muerte, lo tomaron y lo arrojaron al mar; que se apaciguó al instante. Pero, el Señor, que sabe castigar y salvar, envió un pez de colosal tamaño, que se tragó a

Jonás y lo llevó consigo al fondo del mar. En ese momento, Jonás reconoció su pecado, se arrepintió y pidió humildemente perdón al Señor, que no desoyó sus súplicas. Después de estar tres días y tres noches en las entrañas de aquel pez, el Señor dispuso las cosas de modo que lo vomitara sano y salvo en la playa, a poca distancia de Nínive.

Predicación de Jonás. — Obedeciendo entonces Jonás a los divinos mandatos, se dirigió sin demora a la ciudad, y, llegado allí, recorrió todo un día las calles, gritando: *Pasados cuarenta días, Nínive será destruida.* Al oír tales amenazas, se llenaron de temor los habitantes y reconocieron sus culpas. El mismo rey se vistió con un saco, bajó del trono y se cubrió de ceniza; ordenó un ayuno general y público, y exhortó a todos que dejaran el pecado y rogaran al Señor que se apiadara de ellos. *¿No podrá ser*, decía, *que el Señor nos escuche, nos perdone y, aplacado su furor, revoque la sentencia que ha pronunciado contra nosotros?* En efecto, en vista de la penitencia de los ninivitas, Dios se conmovió, se apiadó de ellos y no envió sobre la ciudad el castigo con el que la había amenazado. (Hacia el año 3220).

Dios es misericordioso, y fácilmente otorga el perdón, con tal que el hombre se arrepienta y haga penitencia.

CAPÍTULO VII

• Fin del reino de Israel • Los israelitas en Asiria • Virtud de Tobías • Su paciencia • Recuerdos de Tobías • Envía a su hijo a Rages • Su curación y su muerte.

FIN DEL REINO DE ISRAEL. — El reino de Israel duró doscientos cincuenta y cuatro años, y ocuparon el

trono diez y nueve reyes, cada vez más impío. Dios les envió con frecuencia profetas para reprenderlos y para hacerlos volver, juntamente con sus súbditos, al culto verdadero; pero en vano, despreciaron las amenazas de los profetas, si no es que los encadenaban, los desterraban o les daban muerte. Tantas iniquidades cansaron la misericordia del Señor, de modo que abandonó al rey y al pueblo en las manos de sus enemigos. Oseas fue el último rey de Israel. Éste trató al principio de sacudirse del yugo de los Asirios, de los cuales era tributario. Indignado por esto el rey Salmanasar, sitió Samaria con un poderoso ejército. Después de tres años de cerco se apoderó de la ciudad, se apoderó de Oseas y lo cargó de cadenas. Subyugó en seguida a su antojo a todo el reino de Israel, y junto con Oseas se llevó cautivos a los israelitas a Asiria y Media, de donde ya no volvieron. (A. del M. 3283.)

Los israelitas en Asiria. — En Asiria los israelitas padecieron una dura esclavitud; muchas veces hasta llegó a faltarles un pedazo de pan con qué acallar el hambre, y un vestido con qué cubrirse. Muchos fueron asesinados y sus cadáveres arrojados fuera de los muros de la ciudad, para servir de pasto a las aves de rapiña y a otros animales feroces, pues lo prohibía una ley atroz que hacía imposible darles sepultura. De esta manera, ese pueblo que permaneció sordo a los repetidos avisos de los profetas, expió la pena por sus infidelidades.

Virtudes de Tobías. — Dios, que siempre es bueno, envió un consolador a los pobres israelitas. Fue éste el piadoso Tobías, hombre educado en el santo temor de Dios, y que despertó la admiración de todos por su heroica piedad y paciencia. Lo llevaron como esclavo junto con los de su nación. Viendo la opresión que

padecían sus hermanos, se dedicaba a consolar a los afligidos, a dar comida y vestido a los necesitados, y sepultura a los muertos. Apenas sabía que el cadáver de algún israelita se hallaba en algún rincón insepulto, dejaba cuanto tenía entre manos, iba en su búsqueda, lo hallaba, lo llevaba a su casa y lo enterraba, amparado por la oscuridad de la noche. Los caritativos oficios del buen Tobías llegaron a oídos del impío rey, éste último dio orden de que se le despojara de todos sus bienes y se le diera muerte. A pesar de esto el Señor lo salvó, y, eludiendo la cólera del rey, vivió escondido con su mujer e hijo en la casa de unas piadosas personas. Después de algún tiempo, murió asesinado aquel príncipe cruel y Tobías pudo reanudar el hilo de sus caritativas solicitudes. Un día que acababa de sentarse a la mesa, su hijo le anunció que un cadáver yacía en la plaza. Se levantó luego, llevó ocultamente el cadáver a su casa, y le dio sepultura durante la noche, así dio a conocer cuánta era su constancia y su ardor en el ejercicio de la caridad.

Paciencia de Tobías. — El Señor puso a prueba la virtud de Tobías, enviándole grandes trabajos. En cierta ocasión que volvía a su casa hacia el amanecer, después de haber pasado toda la noche sepultando muertos, rendido por el cansancio se acostó cerca de una pared, sobre la cual había un nido de golondrinas. Mientras dormía cayó sobre sus ojos un poco de estiércol caliente de esos pájaros, y quedó ciego. En este infeliz estado permaneció fiel a Dios. Nada temía más que el pecado, y huía hasta de lo que tenía sombra de él. Su mujer, que le suministraba el sustento con el trabajo de sus manos, llevó un día a su casa un cabrito que le habían regalado. El ciego Tobías lo oyó balar, y dijo a su mujer: *Ten cuidado que ese cabrito no sea robado; si es así, haz*

luego diligencias para devolverlo a su dueño. Porque no es lícito tocar lo que no nos pertenece, por poco que sea.

Recuerdos de Tobías. — Agobiado Tobías por tantas desgracias, rogó al Señor que lo llamase con Él, y, creyendo que Dios había escuchado su oración, dio estos consejos a su hijo: ***Hijo mío, te recomiendo que honres a tu madre y te acuerdes de lo que ella padeció por ti. Anda siempre en la presencia de Dios y guárdate de consentir jamás en pecado y de quebrantar los mandamientos divinos. Sé compasivo con los pobres, y Dios lo será contigo. Da limosna. Si tuvieres mucho, da mucho; si poco, darás lo que pudieras; pero de buena gana. La limosna libra de todo pecado, hace hallar misericordia ante Dios y conduce a la vida eterna. En las dudas pide consejo al hombre prudente y no te juntes jamás con los impíos. Huye de la soberbia y guárdate de la impureza.*** El hijo, sumamente conmovido, contestó: *Padre mío, haré cuanto me habéis dicho*: y observó fielmente su promesa.

Tobías envía a su hijo a Rages. — El buen Tobías no murió entonces, como creía: sino que el Señor le conservó la vida para hacerle gozar dulces consuelos de parte de su hijo, llamado también Tobías. *Hijo mío*, le dijo un día su padre, *te hago saber que he prestado diez talentos de plata a Gabelo, que vive en* Rages, *ciudad de la Media. Aquí tienes el recibo firmado de su mano, preséntalo y luego te devolverá el dinero. Pero como tú no conoces el camino ve a buscar algún fiel amigo que te sirva de guía.* El hijo obediente, luego que salió de su

casa se encontró con un joven, que estaba pronto para emprender viaje. No sabiendo que éste era un ángel del Señor, le dijo con mucha amabilidad: ¿Quién eres, buen joven? ¿Sabes el camino que va a la región de los Medos? *Yo soy israelita,* contestó, *sé el camino del que hablas y he estado en casa de Gabelo que mora en Rages*. El hijo con el consentimiento de su padre, partió con el ángel Rafael, que, en forma humana sin darse a conocer, se ofreció para acompañarlo. Al llegar a los márgenes del Tigris, un monstruoso pez se abalanzó sobre el joven Tobías, para devorarlo; pero el ángel le dijo que nada temiera, sino que lo asiera por una agalla, lo desentrañara y sacara el hígado para preparar un remedio para su padre. Un viaje que empezó con tan buenos auspicios no podía tener sino un feliz y dichoso resultado. En efecto, no sólo consiguió el ángel que Tobías recibiera el dinero que había ido a cobrar. sino que también le hizo contraer matrimonio con una doncella muy rica y virtuosa, llamada Sara, hija única de Ragüel.

Vuelta del hijo. Duración y santa muerte del padre. — Tobías y su mujer esperaban con ansiedad la vuelta de su hijo, y empezaban a preocuparse por su tardanza. Muchas veces la madre, desde la cumbre de una montaña, miraba a lo lejos para ver si lo veía venir; pero en vano. Finalmente, cierto día, lo vio venir y corrió presurosa a dar la noticia a su esposo. El anciano Tobías, aunque ciego, quiso ir al encuentro de su querido hijo, y apenas llegó lo abrazó tiernamente al igual que su madre. Estas eran las primeras pruebas de los consuelos que Dios quería hacer gustar al anciano Tobías. En seguida el hijo ungió los ojos de su padre con la hiel del pez, y al instante los abrió nuevamente a la luz del día; y vio no sólo el amable rostro de su hijo, sino



La oración de Tobías y Sara

también las singulares dotes de su esposa y las cuantiosas riquezas que consigo traía. Apenas se propagó la noticia del regreso del hijo de Tobías, y como su anciano padre había recuperado la vista, se reunieron todos sus parientes para dar gracias a Dios y festejar su regreso. En presencia de éstos, el hijo relató los beneficios que recibió de su compañero de viaje, que creían era un simple mortal. Como quisieron recompensarlo de alguna manera, le rogaron que se dignara aceptar la mitad de los bienes que el hijo había traído consigo. Entonces el ángel se dio a conocer y vuelto al padre, le dijo: *Ya es tiempo de que manifieste la verdad. Cuando tú dabas sepultura a los muertos y te ocupabas en hacer obras piadosas y fervorosa oración, yo lo ofrecía todo al Señor. Y porque te amaba, quiso que la ceguera aumentara tus merecimientos; en seguida me envió a mí, para que te curara y consiguieras todos estos bienes. Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus que estamos de continuo en la presencia de Dios. Bendecid, pues, al Señor, y contad a todos sus maravillas.* Dicho esto, desapareció; y ellos permanecieron tres horas postrados en tierra bendiciendo al Señor.

Tobías vivió cuarenta y dos años más; al conocer que se acercaba la hora de su muerte, llamó a su hijo; y, después de haberle encomendado que permaneciera fiel al servicio de Dios, murió dulcemente en la paz del Señor, a los ciento dos años de edad.

Su hijo alcanzó los noventa y nueve años. Tanto él, como sus hijos y sus nietos, imitaron las virtudes del padre; por esto siempre fueron amados de los hombres y bendecidos de Dios.

CAPÍTULO VIII

• Abías y Asa reyes de Judá • Piedad de Josafat • Fin funesto de Joram y Ocozías • Joás y Joyada • Depravación y fin funesto de Joás • Impiedades de Amasías • Ozías castigado: Joatán justo: Acaz impío • Isaías profeta • Enfermedad y curación de Ezequías • Castigo del blasfemo Senaquerib • Santa muerte de Ezequías.

ABÍAS Y ASA REYES DE JUDÁ. — Constituyendo los reyes de Judá la serie de los descendientes de quien debía nacer el Salvador, juzgamos muy conveniente poner aquí algunos datos del orden con que se sucedieron y de sus principales hechos. No fueron todos impíos, como los de Israel; pues algunos dieron señales de adhesión al culto del verdadero Dios. Ya hemos visto cómo, debido a la soberbia e imprudencia de Roboam, tuvo lugar la división del pueblo hebreo en los dos reinos de Judá e Israel. A Roboam sucedió su hijo Abías, que ocupó el trono tres años siguiendo los malos ejemplos de su padre. A Abías sucedió su hijo Asa, que fue piadoso, destruyó los ídolos y anuló los vergonzosos ritos, introducidos por su madre. Debido a sus ruegos, el Señor desbarató y puso en fuga un ejército de etíopes que, con un millón de infantes y trescientos carros, habían ido a presentar batalla al rey de Judá. También luchó contra los israelitas, a quienes venció, recogiendo un cuantioso botín.

Piedad de Josafat. — Muerto Asa, el cetro pasó a su hijo Josafat, que fue muy amado por Dios por su piedad. Prohibió la idolatría en su reino; y envió a todas las ciudades hombres doctos y piadosos para que instruyeran al pueblo y le inculcaran la observancia de la ley divina. Cometió, sin embargo, un error, al estrechar alianza con el impío Acab y ayudarlo en la

guerra que tenía empeñada contra el rey de Siria, esta alianza le causó graves daños y lo puso en peligro de perder la vida. En la batalla en la que Acab murió, Josafat fue rodeado por sus enemigos; y estaba a punto de caer en sus manos, cuando al verse en tan grande peligro dio un grito e invocó al Señor, el cual acudió luego en su auxilio. Al volver a Jerusalén, Dios lo reprendió por medio del profeta Jehú, con estas palabras: *Tú has prestado socorro a un impío, y contraído alianza con gente que odia al Señor. Por esto merecerías ser castigado, pero has sido perdonado, porque se han hallado en ti buenas obras, y has invocado al Dios de tus padres*. El trato frecuente con malos compañeros expone a grandes peligros.

Fin funesto de Joram y de Ocozías. El joven Joás. —Todo lo contrario de su padre Josafat fue el hijo Joram, el cual, habiendo tomado por esposa a Atalía, hija de Acab, lo imitó en sus impiedades. Por esto Dios le envió una grave enfermedad, que muy pronto le quitó la vida.

Después de él, empuñó las riendas del gobierno su hijo Ocozías, pero también por corto tiempo; porque, a ejemplo de su impía madre Atalía, se entregó a los vicios y pereció miserablemente. Tras la muerte de Ocozías, con el fin de apoderarse del trono, su desnaturalizada madre, mandó que todos los hijos de Ocozías fueran muertos atrozmente, Sólo Joás, niño aún, fue librado del común exterminio y entregado al sumo sacerdote Joyada, para que lo educara secretamente en el templo. Joyada, hombre piadoso y fiel a los deberes de la justicia, cuando supo que Joás había llegado a los siete años de edad, reunió en el templo a los principales del pueblo, les indicó al legítimo rey y lo hizo proclamar solemnemente. Cuando

supo lo acontecido Atalía, corrió al templo para disolver la conjuración; pero fue arrastrada por la multitud fuera del lugar santo y muerta. ¡Justo castigo de sus maldades!

Depravación y fin funesto de Joás. — Mientras Joás siguió los consejos de Joyada se conservó fiel a Dios, destruyó el altar de Baal, adornó el templo del Señor y lo enriqueció con muchos vasos sagrados. Pero, cuando Joyada murió, abandonó la verdadera Religión, engañado por la adulación de sus cortesanos. Y, olvidando los beneficios que había recibido de Joyada, hasta mandó apedrear bárbaramente a su hijo Zacarías, porque le aconsejaba con rectitud. Indignado Dios, envió contra él al rey de Siria, el cual lo acometió con poca gente, se apoderó de Jerusalén, saqueó el palacio y el templo, dio muerte a los cortesanos aduladores, y el mismo Joás fue asesinado por sus siervos y privado de sepultura real.

Impiedades de Amasías. — Amasías sucedió a Joás y por algún tiempo observó la divina ley, y fue favorecido por Dios. En efecto, mientras marchaba contra los idumeos a la cabeza de un numeroso ejército, le advirtió el profeta que confiara más en el socorro de Dios, que en la muchedumbre de sus soldados; en vista de esto despidió a la mayor parte, y, aunque trabó la batalla con muy pequeño número, derrotó al enemigo y consiguió una señalada victoria. Pero, en vez de dar gracias a Dios por ello, se enorgulleció de tal manera, que olvidó la divina ley y se dedicó al culto de los ídolos. Queriendo Dios castigarlo por sus muchas maldades, suscitó contra él guerras y rebeliones y debido a sus resultados, huyó a la ciudad de Laquis donde fue perseguido y muerto.

Ozías castigado. Joatán justo. Acaz impío. — Ozías, hijo y sucesor de Amasías, bendecido de Dios, venció en repetidos encuentros a los filisteos, a los árabes y a los amonitas: adquirió grandes riquezas y poder, y fue muy temido de las naciones vecinas. Pero, enorgullecido también por tantas prosperidades, quiso ejercer los oficios sacerdotales y amenazó al sacerdote que lo amonestaba. Obstinado Ozías en su pecado, un día que tenía en la mano el incensario para ofrecer incienso y gritaba amenazando a los sacerdotes, fue castigado por Dios con una lepra vergonzosa, que lo obligó a separarse del consorcio de los hombres y a entregar las riendas del gobierno a su hijo Joatán. Éste administró con mucha sabiduría la justicia. Sucesor de Joatán fue el impío Acaz que, habiendo abandonado el culto del verdadero Dios, se entregó al de los ídolos y murió deshonrado después de dieciséis años de gobierno.

Isaías profeta. — Isaías empezó a profetizar bajo el reinado de Acaz. Entre otras profecías, un día dirigió la palabra a toda la estirpe de David y, hablando de la Madre del Salvador, dijo: *El Señor obrará un gran prodigio. He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz a un niño que se llamará Emanuel, esto es, Dios con nosotros*. Con estas palabras el profeta predijo que el Mesías nacería de una Virgen y que habitaría entre nosotros como Dios. Isaías siguió profetizando bajo el reinado de Ezequías, sucesor de Acaz, y habló del Salvador tan claramente, que al que lea sus escritos le parecerá leer la vida de Jesucristo tal como se halla relatada en el santo Evangelio. No sólo predijo que el Mesías debía nacer de una Virgen sino también que obraría grandes maravillas, sería contrariado, aprisionado por los de su nación, cubierto de llagas; que

su sangre nos salvaría, que se le daría muerte entre dos ladrones, y que un hombre rico le daría sepultura. A su debido tiempo veremos cómo todas estas cosas se cumplieron en el divino Salvador.

Enfermedad y curación de Ezequías. — Ezequías se valió mucho de los sabios consejos de Isaías. Bajo su dirección restableció en todo el reino el orden y la justicia. Dejó libre el ejercicio del ministerio a los sacerdotes, hizo abrir de nuevo y purificar el templo y se esforzó en reparar los daños que su padre Acaz había ocasionado a la Religión. De esta forma se hizo muy célebre por su piedad. Al caer gravemente enfermo, Isaías lo fue a visitar y le dijo que se preparara para la eternidad, porque pronto moriría. Pero, como el rey oró fervorosamente al Señor, se presentó de nuevo el santo profeta y le dijo que Dios había escuchado sus oraciones y visto sus lágrimas, y que por esto le otorgaba aún quince años de vida. Como confirmación de esa promesa, Isaías obró un milagro, hizo retroceder diez grados la sombra del sol en el meridiano.

Castigo del blasfemo Senaquerib. — Senaquerib, rey de los Asirios, puso sitio a Jerusalén con un formidable ejército. En vano trató Ezequias de aplacarlo con dones. Cada día más enorgullecido, enviaba sus soldados bajo los muros de la ciudad para exhortar al pueblo a que se rindiera; porque ninguno podría resistir a la fuerza de sus armas. *¿Podrá acaso vuestro Dios,* decían ellos, blasfemando, en nombre del rey, *libertaros de las manos de Senaquerib? No prestéis oídos a Ezequías que os seduce diciéndoos que el Señor os libertará.* Al oír estos improperios el piadoso Ezequías, rasgó sus vestiduras y, cubierto de un saco, fue al templo a hacer oración. El Señor le escuchó y avisó, por

medio de Isaías, que tomaría su defensa y que nada temiera de Senaquerib. En efecto, la noche siguiente entró el ángel del Señor en el campo de los asirios y dió muerte a ciento cincuenta mil soldados. A la luz del nuevo día, cuando Senaquerib vio tan espantoso estrago, confuso y atemorizado huyó a Nínive donde fue asesinado por sus mismos hijos, en un templo de los ídolos. (Año del Mundo 3295).

Así castigó Dios al orgulloso Senaquerib, por la blasfemia que había pronunciado contra su santo nombre.

Santa muerte de Ezequías. — Libre Ezequías de estos peligros, pasó el resto de su vida en el mayor sosiego. Amaba al Señor, y el Señor estaba con él, por esto todas las cosas le salían bien. Puesta toda su confianza en Dios, en todas las obras que hacía no tenía otro objeto a la vista que la gloria de su santo nombre. Después de veintidós años de reinado, murió plácidamente a los cincuenta y cuatro años de edad. Fue llorado amargamente por el pueblo, y en señal del afecto que le profesaba le colocó en el sepulcro de sus antepasados; pero en un lugar más elevado que el de los otros reyes. Se le considera como modelo de los príncipes religiosos. (A. del M. 3306).

Durante el reinado de Ezequías (rey de Judea) el reino de Israel llegó a su fin.

CAPÍTULO IX

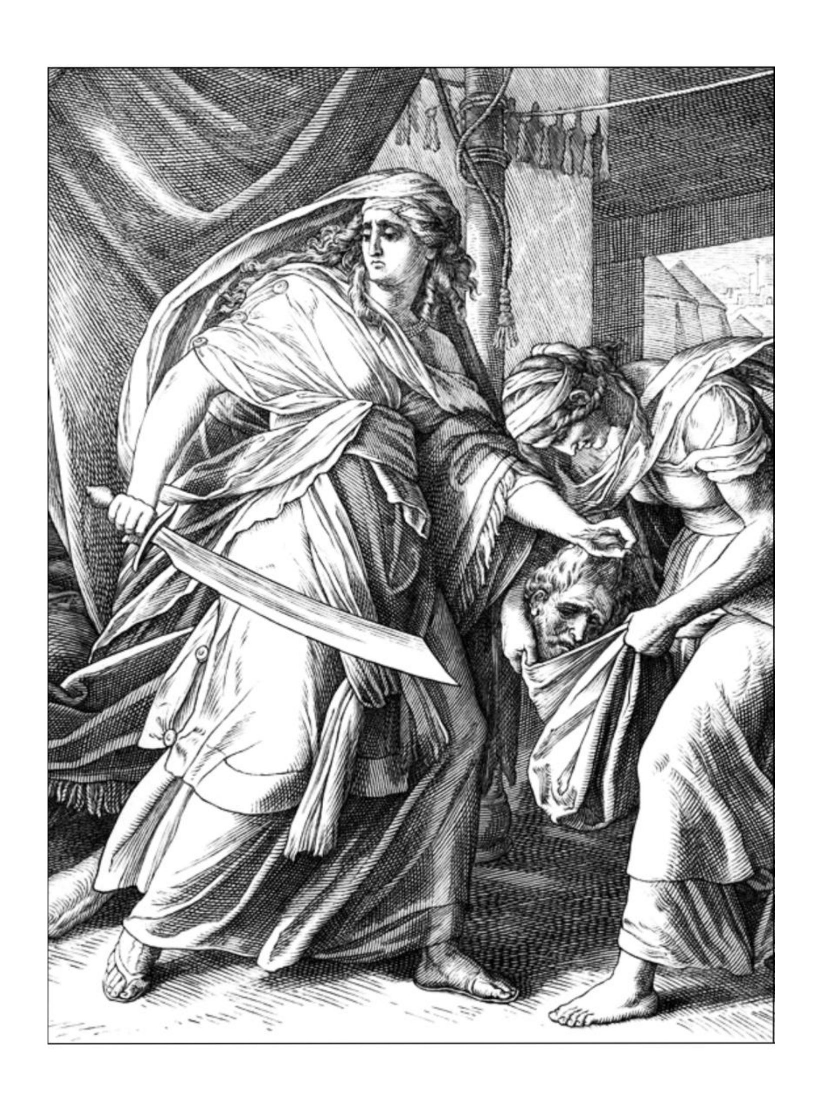
• Perversidad de Manasés, su conversión • Muerte de Holofernes • El impío Amón; el piadoso Josías • Joacaz y Joaquín, hermanos • El profeta Jeremías • Desventurado fin de Joaquín • Celo de Jeremías • Ananías, falso profeta • Jeconías en Babilonia • Sedecías • Sitio y saqueo de Jerusalén.

PERVERSIDAD DE MANASÉS Y SU CONVERSIÓN. — Al piadoso rey Ezequías lo sucedió su hijo Manasés. Lejos de tener las virtudes de su padre, no hubo pecado que no cometiera. Abandonando el culto del verdadero Dios, obligó al pueblo a adorar a los ídolos y a que se dedicara a la magia y a otras supersticiones por el estilo. El Señor envió a sus profetas para que lo amonestaran, pero él se volvió cada vez más feroz e hizo asesinar cruelmente a muchos de ellos.

Isaías lo reprendió por sus iniquidades y le anunció los inminentes castigos de Dios. En vez de enmendarse, dio la cruel orden de que con una sierra de madera se partiera por la mitad al santo profeta. Pero el Señor no tardó en vengar los ultrajes inferidos a sus siervos. Manasés fue vencido por los asirios, los cuales lo llevaron prisionero a Babilonia, encadenado de manos y pies. Pero, le acompañaba, la misericordia de Dios. En los horrores del calabozo volvió sobre sus pasos, conoció la mano divina que lo había castigado, y rogó humildemente al Señor que tuviera piedad de él.

El Señor, que siempre escucha a los que lo invocan arrepentidos, lo liberó de sus enemigos y lo volvió a sentar en el trono de Judá. Manasés, reconociendo al Señor, empleó el resto de sus días en reparar los ultrajes que había causado al honor divino, y permaneció fiel a Dios hasta su muerte. (Año del M. 3361).

Muerte de Holofernes. — Durante el reinado de Manasés, una ilustre mujer, llamada Judit, dio a conocer un valor heroico, cortando la cabeza de un formidable general, llamado Holofernes. Éste, con el fin de tomar Betulia, la había sitiado de tal manera que bloqueó los acueductos que llevaban el agua a la ciudad, y todos los ciudadanos estaban dispuestos a rendirse para no morir de sed. Judit, mujer de singular virtud, cuando supo lo que la miseria había orillado a sus conciudadanos a hacer, se vistió de cilicio, se cubrió la cabeza de ceniza, se postró delante del Señor y le rogó que le dijera lo que debía hacer para librar a su pueblo. El Señor le inspiró una empresa de gran magnitud. Acompañada de su criada, fue ella misma a donde se hallaba Holofernes. A la vista de su belleza y valor el guerrero quedó admirado; y le preguntó qué le había guiado hasta él, y usó con ella de mucha bondad. Además, para complacerla, dio orden a sus soldados de que le dejaran libre el paso aun de noche, para que fuera a hacer oración a Dios. El Señor guiaba sus pasos. La noche del cuarto día, queriendo Holofernes dar una opípara cena, invitó también a su mesa a Judit; y, después de haber bebido vino sin medida, se echó en la cama y pronto se quedó profundamente dormido. Entonces Judit dejó a su criada a la entrada de la tienda, y, levantando sus manos al cielo, oró así: *Tú, oh gran Dios de Israel, da fuerza a mi brazo, y haz que dé cumplimiento a lo que me atreveré hacer, confiada en tu socorro.* Dicho esto, llegó a una de las columnas de la cama donde estaba colgado el sable de Holofernes, lo desenvainó, y, tomando con la mano izquierda los cabellos de aquel, le cortó con la otra mano la cabeza. Luego la envolvió en una de las cortinas del lecho, se la entregó a la criada para que la escondiera en su saco, y se marchó precipitadamente, con dirección a Betulia,



Judit corta la cabeza a Holofernes

pasando entre los guardias enemigos. Los de Betulia, admirados de tanto valor invocaron con fe el divino socorro, y salieron al amanecer a presentar batalla a los enemigos. Éstos corrieron a avisar a su general, y lo encontraron decapitado y nadando en su sangre. Al ver tal cosa, quedaron consternados, y en la mayor confusión, sólo pensaron en ponerse a salvo huyendo de ahí. Los que no pudieron huir fueron pasados a cuchillo. De esta forma, el Señor se valió de una débil mujer, concluyó con el poder del guerrero más poderoso y soberbio de aquellos tiempos.

Nada son todos los poderes de la tierra, sin el socorro del cielo.

El impío Amón. El piadoso Josías. — Amón heredó el trono de su padre Manasés, y lo siguió en su perversidad; mas no en su conversión. Por esto fue asesinado por sus criados, después de dos años de reinado, y se proclamó, en su lugar, al piadoso rey Josías. Luego que subió al trono, dirigió todas las solicitudes para destruir los ídolos y borrar todo recuerdo de culto profano. Restauró el templo de Dios y le devolvió su antiguo esplendor. Mandó que se leyera al pueblo la ley de Moisés y quiso que todos prometieran observarla fielmente. De esta manera, después de corto tiempo, tuvo el consuelo de ver a sus súbditos profesar nuevamente la religión de sus padres. A pesar de tan buenas cualidades, cometió una imprudencia que le costó la vida. Sin causa justa, a pesar de los avisos del Señor, presentó batalla al rey de Egipto y quedó gravemente herido; fue llevado a toda prisa a Jerusalén donde murió, llorado por todo el pueblo de Judá. (A. del M. 3394).

Joacaz y Joaquín, hermanos. — Al piadoso Josías sucedió el impío Joacaz, que, alejado de la mano de Dios, fue vencido por Necao, rey de Egipto, el cual lo hizo encadenar y lo llevó consigo esclavo a Egipto, donde murió. Joaquín, su hermano y sucesor, siguió sus huellas y no prestó oído a las amenazas de Jeremías.

Jeremías. — Este santo profeta era natural de Anatot, ciudad muy próxima a Jerusalén. A los quince años el Señor lo envió a Jerusalén para anunciar los grandes males que le habrían de acontecer. ¡*Ay de Jerusalén,* gritaba, *ay del pueblo de Judá, si no se convierte!* Por orden de Dios se presentó también ante el rey y le dijo: *¡Ay de aquel que fabrica su casa en la injusticia, oprime a su prójimo y no da el salario a los obreros! Tú prestas oídos a la avaricia y a la calumnia, y derramas la sangre inocente; por esto he aquí lo que dice el Señor: Tu sepultura será como la de un asno.»* Estos avisos no conmovieron a Joaquín, que continuó viviendo en la iniquidad. Jeremías le envió un libro en el cual estaban escritas las amenazas del Señor, y el rey, lo tomó, lo hizo pedazos, y lo arrojó a las llamas.

Fin funesto de Joaquín. — ¡Desgraciado aquel que no escucha los avisos del Señor! Las amenazas, anunciadas por Jeremías, se cumplieron muy pronto. Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió a Joaquín en Jerusalén, lo tomó prisionero, le dio muerte, y su cuerpo fue arrojado en una zanja, cumpliéndose así la profecía de Jeremías que había dicho que su sepultura sería igual a la de un asno. (A. del M. 3405).

Celo de Jeremías. El falso profeta Ananías. — Como la impiedad del pueblo de Judá había crecido cada vez más, el castigo con que Dios lo había

amenazado se acercaba. Con el fin de desviar a esa nación del camino de la impiedad, Jeremías, por mandato de Dios, se presentó en el templo con un yugo al cuello, y las manos atadas con cadenas, y expuso la palabra del Señor a los sacerdotes, al pueblo, y al rey. Un tal Ananías, que se jactaba de profeta, le quitó el yugo, lo quebró y dijo: He aquí lo que dice el Señor: *«De esta misma manera, dentro de dos años, quebraré el yugo de Nabucodonosor que tiene sobre el cuello de las naciones.»* A lo que Jeremías replicó: *Tú, que haces confiar a este pueblo en tu mentira, este año morirás, porque has hablado contra el Señor*. Así aconteció.

Jeremías llevado del ardor por la gloria de Dios, no dejaba de predecir y amenazar la destrucción de Jerusalén, debido a los crímenes que se cometían, pero todo fue en vano. Encarcelaron al intrépido profeta, que estuvo en la cárcel hasta la toma de Jerusalén. Nabucodonosor, aunque pagano, apreció mucho a este santo varón y, cuando se apoderó de la ciudad, lo sacó de la cárcel, y lo dejó en libertad de ir a Babilonia o permanecer en la Judea. Jeremías prefirió quedarse con sus hermanos, para llorar con ellos y consolarlos en la aflicción que a todos amargaba. Más tarde muchos de ellos se refugiaron en Egipto para librarse del yugo de Nabucodonosor. Así también lo hizo él, para conservar entre ellos el santo temor de Dios. Dejó escritas muchas profecías, entre otras la de que el pueblo de Judá sería llevado esclavo a Babilonia y allí permanecería setenta años, hasta que el Señor lo devolviera a su patria.

Jeconías es llevado esclavo a Babilonia. — A Joaquín sucedió su hijo Jeconías, que hizo tanto daño como su padre. Indignado el Señor, impulsó a Nabucodonosor a sitiar Jerusalén. Después de agotar todos los recursos, Jeconías se rindió. Nabucodonosor

se apoderó de los tesoros y vasos sagrados del templo y de la casa real y los llevó a Babilonia. Ya se había llevado esclavos a tres mil judíos; y entonces se llevó al rey, a la madre, y mujer de éste, a los príncipes más valientes del ejército de Judá, y también a los ciudadanos más ricos, como prisioneros.

Sitio y saqueo de Jerusalén. **—** Sedecías, último rey de Judá, fue igualmente impío, e intentó sacudir el yugo de Nabucodonosor. Esto irritó aún más al monarca, que con un formidable ejército cayó sobre Jerusalén repentinamente, y le puso cerco. Los ciudadanos se vieron reducidos a tales extremos, y el hambre se hizo tan cruel, que no titubearon en comer carne humana. Los mismos padres llegaron a alimentarse con la carne de sus propios hijos y éstos con la de sus padres. Finalmente, el enemigo dio un formidable asalto a la ciudad y se apoderó de ella. En ese momento, en todas partes se oyeron gritos lastimeros pidiendo piedad; pero los enemigos cegados por la pasión y con la fiereza de los leones, a nadie respetaron y cometieron toda clase de venganzas. El estrago fue muy grande; el templo, después de saqueado, fue reducido por las llamas a un montón de escombros. El palacio del rey, las torres, las casas de la ciudad, todo fue quemado y deshecho. Los habitantes que escaparon con vida fueron llevados como esclavos a Babilonia. A Sedecías le arrancaron los ojos y lo arrastraron a Babilonia, donde murió. Cumpliéndose así las palabras del profeta Ezequiel, que había dicho que Sedecías moriría en Babilonia, pero sin verla.

De esta manera, terminó la gloria del reino de Judá, debido a la maldad de sus reyes y a las reiteradas impiedades del pueblo, después de una duración de 468

años, contando desde David, y 388 desde el cisma de las diez tribus. (A. del M. 3416).

SEXTA ÉPOCA

DESDE LA TOTAL CAUTIVIDAD DE LOS HEBREOS EN BABILONIA, EL AÑO DE LA CREACIÓN 3416
HASTA EL NACIMIENTO DEL SALVADOR,
AÑO 4000 DE LA CREACIÓN
Abraza un período de 584 años

CAPÍTULO I

• Observaciones • Daniel en la corte de Nabucodonosor • Libra a Susana Daniel explica el primer sueño a Nabucodonosor • Es elevado a grandes honores • Los tres jóvenes en el horno • Segundo sueño de Nabucodonosor • Se cumplen las divinas amenazas.

OBSERVACIONES. Es bueno recordar aquí la célebre profecía del patriarca Jacob, con la cual predijo que el poder soberano y legislativo de los hebreos permanecería en la tribu de Judá hasta el nacimiento del Mesías. No se extinguió dicho poder con la caída del reino de Judá, solamente se disminuyó, porque esta esclavitud fue para los hebreos un castigo, pero no un exterminio. Durante la esclavitud tenían jueces de su misma nación, de la tribu de Judá, que gobernaban al pueblo, según las leyes de Moisés. Muchos de ellos fueron elevados a las mayores dignidades, como Ananías, Misael, Azarías y el profeta Daniel, que gozaron de mucha fama entre los hebreos, y hasta en la misma corte de Nabucodonosor.

Daniel en la corte de Nabucodonosor. — El Señor, que había destinado a Daniel y a sus compañeros para cosas grandes, dispuso que fueran llamados a la corte del rey. Éste había dado orden al jefe de sus

eunucos o criados, que, entre los prisioneros hebreos, escogiera a los más robustos y hermosos, para que vivieran en el palacio; que se alimentaran con las viandas de su real mesa, y, cuando estuvieran bien educados e instruidos en la ciencia y en el idioma de los caldeos, se admitieran en la corte a su servicio.

Daniel, Ananías, Misael y Azarías, como eran de la estirpe real, fueron preferidos entre todos los demás. Sólo una cosa inquietaba a aquellos virtuosos jóvenes, y era el tener que comer viandas de la mesa real, prohibidas por la ley de Moisés. Pidieron, pues, al que cuidaba de ellos que, en lugar de la comida del rey, les diera sólo legumbres y agua. Pero, éste les advirtió que, si el rey los veía pálidos y flacos, le condenaría a muerte; Daniel le contestó. *Haz una prueba durante diez días, y, después harás como te guste.*

El prefecto aprobó el plan; y a los diez días, fueron hallados más sanos, robustos y de más hermoso semblante que todos los demás. Además, el Señor, les dio sabiduría y entendimiento superiores a todos los sabios de aquella nación; especialmente a Daniel, a quien comunicó la interpretación de las visiones y sueños que vienen de Dios. Por esto, después de tres años, los cuatro jóvenes fueron llevados ante el rey, que los halló de hermosa presencia, de talento y mucho más sabios que todos los letrados y adivinos de su imperio.

Este hecho da a entender cómo bendice Dios la templanza, y cuánto aprovecha las facultades del entendimiento y la salud del cuerpo.

Daniel libra a Susana. — Daniel comenzó a manifestar su sabiduría en Susana. Esta heroína de la castidad fue acusada falsamente por dos jueces del pueblo de un enorme delito, por el cual merecería ser apedreada. Ya la llevaban al suplicio por haber sido



Daniel libra a Susana

condenada a muerte, y entre una muchedumbre del pueblo, cuando Daniel, joven aún de doce años, por divina inspiración levantó la voz, en medio de la multitud, y dijo: *Yo soy inocente de la sangre de esta mujer; Separad a los dos lejos el uno del otro, y yo los examinaré.* Y después de haberlos interrogado, por separado, pronto cayeron en contradicción, porque los dos mentían. De esta manera se reconoció la inocencia de Susana, fue puesta inmediatamente en libertad; y, en seguida, se volvió Daniel al pueblo y exclamó: *La mentira de estos dos jueces ya se ha manifestado bastante; ahora a vosotros toca darles el castigo merecido.*

Regocijado el pueblo de que se hubiera descubierto la inocencia de Susana, se indignó aún más contra los dos ancianos, que terminaron siendo apedreados.

Así protege el Señor al inocente; y en esta vida y en la otra da el merecido castigo a los perversos.

Daniel explica el primer sueño a Nabucodonosor. — Algún tiempo después tuvo Nabucodonosor un sueño que olvidó enteramente. Mandó convocar a todos los hechiceros y adivinos del reino para que le recordaran el sueño, y luego se lo interpretaran. Éstos contestaron que interpretarían el sueño siempre que se les expusiera antes, pero que les era imposible adivinarlo e interpretarlo. Indignado el rey, a quien le disgustaba que le contrariaran, mandó que dieran muerte a todos los sabios de su imperio, sin distinción alguna. Ya había empezado la cruel carnicería, cuando Daniel se presentó al monarca y le rogó que tuviera a bien suspender por algún tiempo el fatal decreto; pues él tenía esperanzas de satisfacerlo.

El rey consintió, y Daniel fue rápidamente a avisar a sus tres compañeros para que dirigieran fervientes

súplicas a Dios y se apiadara de ellos. Consiguió lo que deseaba; pues, durante la noche, le fue revelado el sueño de Nabucodonosor, con su interpretación.

Apenas alumbró la luz del nuevo día, Daniel, reconociendo el poder del Señor, se presentó ante el rey y le dijo: *Majestad, lo que tú preguntas no lo puede saber el hombre, pero hay en el cielo un Dios, que ve todos los secretos, y puede revelar las cosas que sucederán en lo venidero. Éstas te las ha hecho ver, cabalmente como a mí han sido reveladas. He aquí el sueño: Te parecía ver una estatua de colosal tamaño y de muy terrible aspecto. Tenía la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de cobre, las piernas de hierro, y los pies parte de hierro y parte de barro. Mientras tú la mirabas, se desprendió del monte una pequeña piedra, que hirió a la estatua en los pies y la pulverizó por completo. La piedra fue aumentando poco a poco y se convirtió en un gran monte que cubrió toda la tierra. Este es el sueño. Escucha ahora su interpretación: Tú eres, oh rey, la cabeza de oro, pues el Dios del cielo ha puesto bajo tu poder un imperio muy grande y rico. Después de tu reino se levantará otro menor que el tuyo, y es el que está representado por la plata. El tercero será de cobre y dominará toda la tierra. El cuarto será de hierro y subyugará a los anteriores. La pequeña piedra simboliza otro reino, que suscitará el Dios del cielo, y que dominará a los demás y durará eternamente.*

En los cuatro primeros reinos, profetizados por Daniel, se significan cuatro dominaciones que debían sucederse una tras otra; esto es, la de los asirios, simbolizada por el oro, la de los persas por la plata, la de los griegos por el bronce, y la de los romanos por el hierro; a ésta sucedió la quinta que es la Iglesia de Jesucristo. Ésta parecía al principio una diminuta piedra; pero hiriendo

al imperio de los romanos lo deshizo, extendiéndose por toda la redondez de la tierra; durará hasta la consumación de los siglos para eternizarse después en el cielo.

Daniel es elevado a grandes honores. — Admirado Nabucodonosor al ver que Daniel había sabido adivinar e interpretar tan bien el sueño, se postró ante él para adorarlo, y exclamó: *Vuestro Dios es verdaderamente el Señor de los reyes, y el que revela los misterios; pues tú has sabido descubrir este **arcano***[12]. En seguida elevó a Daniel a grandes honores, lo nombró príncipe de las provincias de Babilonia y maestro de todos los sabios. Desde entonces residió Daniel en el palacio del rey, ante el cual ninguno podía presentarse sin su permiso. Ananías, Misael y Azarías fueron nombrados a su vez supervisores de los agricultores de la provincia de Babilonia.

¡Cuántos prodigios obra Dios, en favor de los que le guardan fidelidad!

Los tres jóvenes en el horno de Babilonia. — Nabucodonosor no fue constante en el bien; después de algún tiempo, llevado por su orgullo, mandó hacer una estatua de colosal tamaño; y dio orden de que, al sonido de los instrumentos de música, todos se postraran para adorarla, bajo pena de muerte a quien no obedeciera. Ananías, Misael y Azarías sabían que era un pecado muy grande tributar a la estatua del rey un honor que solo se le debe a Dios, y por esto declararon que se hallaban dispuestos a morir antes que adorarla. Al saber esto, Nabucodonosor ordenó que llevaran

[12] **Arcano** significa misterio, cosa oculta, muy difícil de conocer.

inmediatamente a los tres jóvenes a su presencia, y, con acento indignado, les dijo: *¿Es verdad que no queréis adorar mi estatua? Pues bien, si al primer sonido de los instrumentos no os postráis para adorarla, seréis arrojados en un horno de fuego. ¿Y cuál será el Dios que os librará de mis manos?*

Aquellos intrépidos jóvenes le contestaron: *El Dios que adoramos puede sacarnos del horno de fuego y librarnos, oh rey, de tus manos; y aun cuando no quisiera, ten entendido, oh rey, que no adoramos tu estatua.* Entonces el rey, rebosando de furor, mandó que se encendiera el horno siete veces más que de costumbre y que se arrojara en él a los tres jóvenes. Pero Dios obró un gran milagro. Cuando Ananías, Misael y Azarías cayeron en el horno abrasador, un ángel bajó del cielo, y, colocándose entre ellos, separó las llamas e impidió que les causaran el menor daño. Y ellos muy contentos se paseaban en medio de las llamas del horno, alabando y bendiciendo a Dios; al paso que aquéllas envolvieron a los ejecutores del real decreto y los redujeron a cenizas. Nabucodonosor, que ardía en deseos de saber la suerte que habían tenido los tres jóvenes, se acercó al horno y vio a los tres vivos, acompañados de un ángel que alejaba de ellos las llamas. Reconoció en esto la mano del Altísimo, y, acercándose cuanto pudo a la boca del horno, los llamó, y les dijo que salieran. Les volvió a dar sus antiguos empleos, y decretó que todo el que en adelante blasfemara contra el Dios de Ananías, Misael y Azarías, sería condenado a muerte; porque Éste era el verdadero Dios.

Segundo sueño de Nabucodonosor. — Nabucodonosor se olvidó de nuevo del verdadero Dios, por esto, en otro sueño que tuvo, se le anunció que

caería muy pronto sobre él un terrible castigo. Le pareció ver un árbol gigantesco cuya copa llegaba al cielo y cuyas ramas se extendían sobre toda la tierra. Como era de hermoso follaje, y estaba cargado de frutos, los pájaros hallaban en él su alimento y se albergaban en sus ramas. Mas, he ahí que bajó un ángel del cielo y gritó: *Cortad este árbol, desgajad sus ramas, sacudid sus hojas, esparcid sus frutos, huyan las bestias de su sombra y las aves de sus ramas. Dejad en la tierra sus raíces para que sea atado, bañado con el rocío del cielo y viva en el campo en compañía de las fieras. Su corazón sea cambiado en corazón de fiera, hasta que hayan pasado siete tiempos.*

En vano el rey trabajó para que le interpretaran el sueño los adivinos de Babilonia. Tan sólo Daniel, iluminado por Dios, se lo supo explicar: *Terrible es, oh, rey, este sueño,* le dijo, *te anuncia grandes desastres. Tú eres este árbol, cuya altura llegó hasta el cielo y cuyo poder se extiende por toda la tierra. Cortado serás; esto es, no solamente depuesto del trono, sino separado del trato de los hombres. Siete años vivirás entre fieras, alimentándote, como ellas, con hierbas y heno. Sin embargo quedará la raíz, porque, después de haber pasado siete años, cuando hayas conocido que existe un Dios, el Señor de todos los reinos, los cuales da a quien le place, recobrarás tu primer estado y el trono. Sigue, pues, mi consejo, oh rey, y aleja de ti, con buenas obras, el castigo que te aguarda; y, con limosnas, alcanza el perdón de tus pecados; tal vez el Señor se apiade de ti.*

Se cumplen las divinas amenazas. — El rey no se cuidó de aplacar la cólera de Dios, como se lo había aconsejado Daniel; por esto las amenazas divinas se cumplieron, tal como fueron anunciadas. Un día

Nabucodonosor, lleno de soberbia, se paseaba en su palacio, y al contemplar su grandeza dijo: *¿Acaso no es esta la gran Babilonia, edificada por mí, para sede de mi imperio, en el esplendor de mi poder y en la gloria de mi magnificencia?* No había acabado de hablar, cuando oyó una voz del cielo que decía: *A ti te hablo, oh rey: dejarás tu reino, y los bosques serán tu morada; tu compañía las fieras, y la yerba y el heno tu alimento. Así permanecerás hasta que conozcas que los reinos de los hombres están en manos de Dios*. En ese mismo momento Nabucodonosor se convirtió en bestia y le crecieron las uñas como a una fiera. Expulsado del palacio, huyó a los bosques; vivió siete años con las fieras, se alimentó con heno y yerbas.

Pasado este tiempo, Nabucodonosor volvió sobre sí, levantó los ojos al cielo, y pidió al Señor que se apiadara de él y que le perdonara, confesando que Él solo era el rey del cielo y de la tierra. El Señor lo escuchó y le devolvió la forma de hombre, y lo sentó nuevamente en el trono, con mayor brillo y gloria que antes. (A. del M. 3442).

Solo Dios es todopoderoso y puede ensalzar a los humildes y humillar a los soberbios.

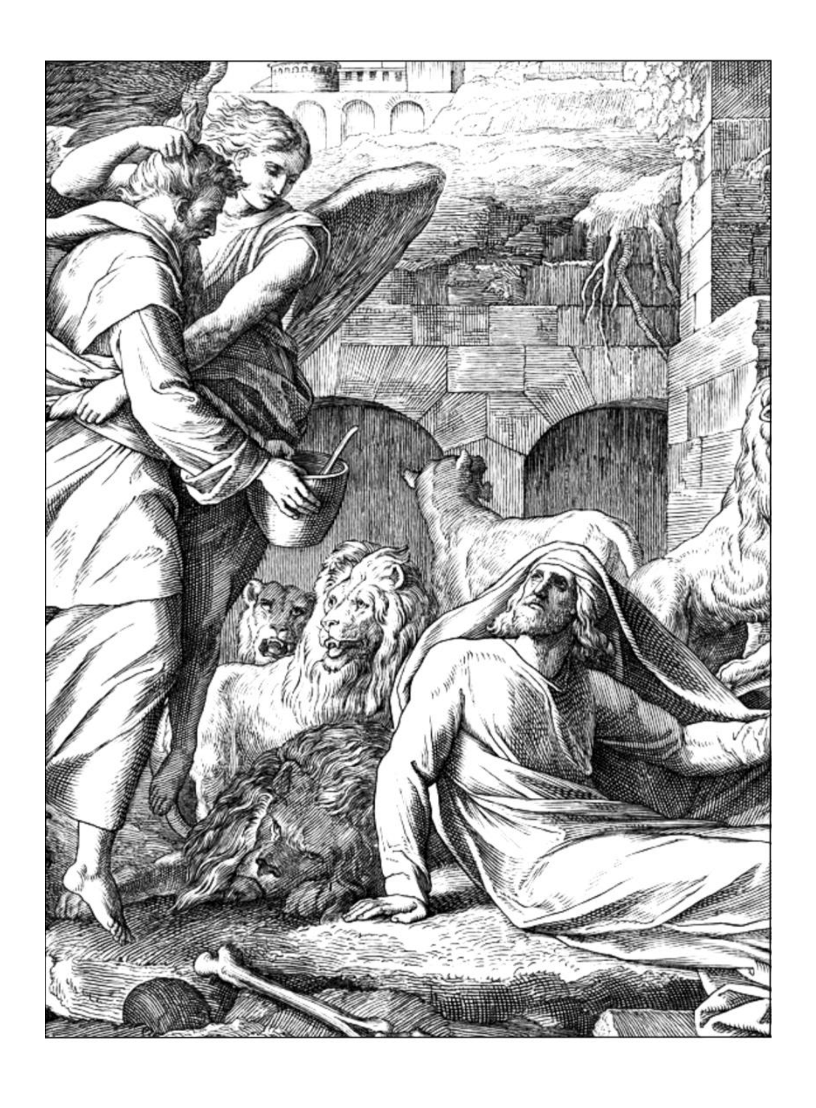
CAPÍTULO II

• Banquete sacrílego de Baltasar • Daniel en la fosa de los leones • Destruye al ídolo Bel • Daniel es arrojado de nuevo en la fosa de los leones • Daniel es salvado.

BANQUETE SACRÍLEGO DE BALTASAR. — Baltasar sucedió a Nabucodonosor en el trono, y fue más impío. En un banquete, ofrecido a los grandes del reino, quiso que se hiciera uso de los vasos sagrados robados por su predecesor en el templo de Jerusalén, y,



Daniel interpreta el mensaje a Baltasar



Daniel en la fosa de los leones

por escarnio, bebieron en ellos, él y sus convidados. Mientras bebían apareció una mano que escribió en la pared tres palabras con letras desconocidas. Espantado al ver esto, llamó a todos sus sabios, para que las leyeran y explicaran aquel escrito; pero nadie lo pudo comprender.

Llamaron a Daniel, a quien el rey prometió grandes favores, si satisfacía su deseo. *Quédense para ti tus dádivas,* le dijo Daniel; *yo te daré la explicación de esa enigmática escritura: pero has de saber que en ella se contiene la condenación de tus impiedades, a las cuales hoy has puesto el colmo, con la profanación de los vasos sagrados. MANE, THECEL, PHARES, son las palabras escritas en la pared. He aquí su explicación: MANE: tu reino ha terminado; THECEL: has sido pesado por Dios en la balanza y has sido hallado falto; PHARES: tu reino será dividido y entregado a los medos y persas.*

Aquella misma noche los medos se apoderaron de Babilonia, Baltasar fue muerto, y Darío, el medo, se apoderó del trono.

Aprendamos de este hecho a guardar el debido respeto a las cosas sagradas.

Daniel en el lago de los leones. — Los cortesanos del rey, dominados por la envidia debido a los honores tributados a Daniel, deliberaron hacerle perecer a toda costa. Se presentaron ante Darío y obtuvieron un decreto en el cual se establecía que, por treinta días, no se debía de hacer oración a dios alguno sino al rey, y que todo el que prestara adoración a cualquier otro hombre o divinidad, fuera condenado a muerte. Daniel, que, aun en medio de las grandezas, tenía siempre presente el temor de Dios, abría tres veces al día las ventanas de su aposento que daban al templo de

Jerusalén, y allí, arrodillado, adoraba y hacía oración a Dios.

Al saber esto los envidiosos cortesanos, acudieron presurosos al rey y acusaron a Daniel como violador de la ley, y, por consiguiente, reo de muerte. Darío, que conocía la gran virtud de Daniel, lo amaba mucho; y no podía decidirse a cumplir tan atroz decreto. Esperó a que llegara la noche, y estudió de qué manera lo podría poner a salvo. Pero, como le dijeron que un decreto del rey no podía sufrir alteración, se vio obligado a aprobar la sentencia. En medio de su sentimiento, exhortó a Daniel a que confiara en Dios que lo salvaría. Lo ataron y lo pusieron en la fosa o cueva de los leones, para que éstos le dieran muerte. El rey hizo sellar la cueva, con el sello real y el de sus ministros, para que ninguno de los acusadores pudiera causarle daño a Daniel, si las fieras lo dejaban con vida. Volvió en seguida a su palacio y en toda la noche no pudo dormir ni tomar alimento. Al rayar el día, se encaminó a la cueva para saber lo que había sido de Daniel. Llegando ahí, con voz trémula y doliente, gritó: *Daniel, ¿por ventura ha podido tu Dios salvarte de la boca de los leones?* Daniel, desde el fondo de la cueva, le contestó: *Oh rey, vive para siempre; mi Dios ha enviado un ángel, el cual cerró las bocas de los leones y no permitió que éstos me hicieran mal alguno.* Transportado de gozo, el rey, viendo que Daniel vivía, dio orden de que lo sacaran inmediatamente de la cueva, y arrojaran, en su lugar, a sus acusadores, los cuales fueron despedazados por los leones antes de que llegaran a tocar tierra.

De esta suerte se conoció la inocencia de Daniel, y el castigo cayó sobre sus inicuos acusadores (A. del M. 3466).

Daniel destruye al ídolo Bel. — El rey y los ciudadanos de Babilonia adoraban un ídolo, llamado Bel, que tenía la forma de una estatua colosal y monstruosa. Todos creían que se comía diariamente doce medidas de harina, cuarenta ovejas, y seis **medidas** de vino[13].

Un día que Daniel estaba a la mesa con el rey, éste le dijo: *¿Por qué razón no adoras al dios Bel? Porque yo*, contestó Daniel, *no adoro a un ídolo, hecho por los hombres, sino al Dios vivo, Creador del cielo y de la tierra.* Replicó el rey: *¿Y no crees tú que viva el dios Bel que todos los días tanto come y bebe?* A lo que Daniel respondió sonriendo: *No vivas engañado, oh, rey, Bel es de barro por dentro, y de bronce por fuera; y no come nunca.* Airado el rey llamó a su presencia a los sacerdotes de Bel y les dijo: *Si no me manifestáis quién se come y bebe lo que a Bel se presenta, moriréis. Pero si me hacéis ver que Bel come, morirá Daniel; porque ha blasfemado contra Bel.*

Los sacerdotes de Bel eran setenta, y no les preocupó esta amenaza del rey, porque estaban persuadidos de que ninguno conocía sus secretos; contestaron, con gran resolución: *Nosotros saldremos del templo; y tú, oh rey, harás poner en él las ofrendas: y cerradas las puertas, las sellarás. Si, a la mañana siguiente, hallares que no lo ha comido todo Bel, nos matarás a todos; y, si acontece lo contrario, morirá Daniel.* El rey aceptó la propuesta, se colocaron las ofrendas sobre el altar y se sellaron las puertas del templo. Pero Daniel tuvo la precaución de esparcir con un cedazo, una capa

---

[13] Estas **medidas**, llamadas comúnmente **metretas**, eran de forma cóncava, y contenía cada una cerca de sesenta libras; de modo que se ofrecían doscientos sesenta kilogramos de harina, y un hectolitro con sesenta y seis litros de vino.

muy delgada de ceniza en todo el pavimento del templo, para descubrir las pisadas de los que entraran en él.

Muy de mañana, el rey y Daniel fueron al templo y encontraron las puertas cerradas y selladas; y, cuando entraron, también vieron que las ofrendas habían desaparecido. *Grande eres, oh Bel, y no hay en ti engaño alguno,* exclamó el rey. Daniel se rió y, deteniendo al rey para que no entrara, le dijo: *¿Qué ves en el pavimento? Veo,* contestó el rey, *pisadas de hombres, de mujeres y de niños. Por esto puedes conocer, pues, quién se ha comido las ofrendas*.

Entonces Darío llamó a los sacerdotes, y los obligó a revelar dónde estaba el pasadizo secreto por el cual penetraban durante la noche en el templo para llevarse y comerse con sus familias aquellas ofrendas. Y sumamente indignado, los condenó a todos a muerte. En seguida dejó en poder de Daniel al ídolo, que junto con el templo lo destruyó.

Daniel es arrojado de nuevo en la fosa de los leones. — Había también en Babilonia un gran dragón, en forma de serpiente, al cual adoraban como una divinidad muy poderosa. Dijo el rey a Daniel: *No me podrás negar, Daniel, que Dragón es un dios vivo. No negaré que vive,* respondió Daniel, *pero sí, que sea Dios; pues, si tú me lo permites, yo lo mataré sin palo ni espada.*

El rey consintió. Daniel tomó entonces pez, sebo y pelos, hizo cocer todo esto en una olla, y, luego que estuvo cocido lo echó en la boca del dragón, que murió inmediatamente.

Ante tales hechos, en vez de abrir los ojos a la verdad y reconocer al verdadero Dios, los babilonios se amotinaron, rodearon el palacio del rey, y lo amenazaron de muerte si no les entregaba a Daniel. El

rey se vió forzado a abandonarlo a la ira de aquella muchedumbre, que lo tomó y arrojó de nuevo a la fosa de los leones. Para aumentar la crueldad, no dieron de comer a estos animales, y para que estimulados por el hambre, acabaran más pronto con él. Allí permaneció Daniel siete días.

Daniel es salvado. — Aquel Dios que no abandona jamás a sus fieles siervos, alimentó a Daniel con un milagro. Vivía en Judea un hombre, llamado Abacuc, el cual había preparado comida para sus segadores, y se la llevaba al campo. Un ángel se le apareció y le dijo: *Lleva la comida que tienes preparada a Daniel, que está en Babilonia en el foso de los leones.* Abacuc le contestó: *Señor, nunca he visto Babilonia y no sé qué es el foso de los leones.* Entonces el ángel lo tomó de los cabellos, y en un momento lo llevó a Babilonia, sobre la fosa de los leones. *¡Daniel!, ¡Daniel!,* gritó con fuerza Abacuc, *toma la comida que Dios te envía.* Daniel dio gracias a Dios, comió, y en seguida el ángel volvió a llevar a Abacuc al lugar de donde lo había tomado.

Al llegar el séptimo día, el rey fue a llorar a Daniel a la fosa de los leones: pero, con gran admiración suya, lo vió sentado tranquilamente, en medio de los leones. Fuera de sí por la alegría, exclamó: *¡Cuán grande eres, Señor Dios de Daniel!* Lo mandó sacar inmediatamente de aquella horrible fosa, y dio orden de que se arrojaran en ella en su lugar a los autores de la sedición, que, con la rapidez del rayo, fueron devorados por los leones. El rey publicó después la siguiente ley: *Adoren, todos mis súbditos al Dios de Daniel, Dios salvador, que hace grandes prodigios y maravillas sobre la tierra.*

CAPÍTULO III

• Ester y Mardoqueo • Salvación de los hebreos • Castigo de Amán • El profeta Ezequiel • Los doce profetas menores • Ciro pone en libertad a los hebreos • Reedificación del templo • Palabras de Ageo • Reedificación de Jerusalén • Los hebreos después del cautiverio • Alejandro magno en Jerusalén.

ESTER Y MARDOQUEO. — Ester era una joven hebrea, de singular hermosura. Huérfana de padre y madre, desde su niñez había sido educada en el temor de Dios, por un tío suyo, llamado Mardoqueo, uno de los esclavos hebreos, llevados a Babilonia. El Señor, que tenía para esta joven reservadas grandes cosas, hizo que llegaran a los oídos del rey Asuero sus extraordinarias virtudes, la tomara por esposa y nombrara reina de todo el imperio. Entre los magnates de la corte se hallaba un ministro muy orgulloso, llamado Amán. Acostumbrado a que todos se arrodillaran delante de él cuando pasaba, para adorarlo; se indignó en extremo, porque Mardoqueo se negó a prestarle este obsequio, que en verdad no se debía sino a Dios. Para vengarse de Mardoqueo consiguió del rey un decreto, en el cual se ordenaba que todos los judíos, dispersos en aquel reino, debían morir en un mismo día.

Pero Dios, que cuida de la salvación de los inocentes, descubrió las tramas de este malvado.

Salvación de los hebreos. Castigo de Amán. — Cuando Mardoqueo se enteró de la fatal noticia, rasgó sus vestiduras, se puso un saco de cilicio, se cubrió de ceniza y fue al palacio real, y lo llenó de lamentos. La reina, aunque poseía tan alta dignidad, seguía siempre los consejos de su tío; por esto, al oír sus gritos, preguntó la causa. Cuando supo lo que pasaba, invocó el

auxilio divino; y, puesta su confianza en Dios, se presentó al rey para pedirle que salvara su vida y la de su pueblo. Pero al principio sólo le pidió que se dignara asistir con Amán a un banquete que había preparado. El rey aceptó, y, después que comió opíparamente, dijo a la reina: *Pídeme ahora con libertad lo que quieres, y lo conseguirás*. Ella contestó: *Te pido la vida para mí y para mi pueblo. Este pérfido Amán nos ha condenado a cruel muerte, y a un total exterminio.* Al oír estas palabras el rey se encolerizó, y dio la orden para que sin demora fuera muerto Amán y colgado sobre una horca que él mismo había hecho preparar para Mardoqueo. Además el rey supo que Mardoqueo era tío de Ester y que había prestado muy importantes servicios en la corte, así que quiso elevarlo a grandes honores; y revocó el fatal decreto.

El profeta Ezequiel. — Entre los muchos e ilustres varones que trabajaron con denuedo para sostener el culto del verdadero Dios entre los hebreos, durante los setenta años de esclavitud, se distinguió el célebre profeta Ezequiel. Profetizó por espacio de veintidós años, once de ellos con Jeremías. Pertenecía a la estirpe sacerdotal, y fue de los primeros llevados a Babilonia con Jeconías, rey de Judá. En aquella tierra extranjera predicó a sus compañeros de destierro, y tuvo visiones muy sublimes, que siempre han sido muy difíciles de penetrar.

Por esta razón estaba prohibido para los hebreos que no hubieran alcanzado los treinta años de edad, leer el principio y fin de sus escritos. Entre sus visiones se halla la siguiente: *El espíritu de Dios llevó a este profeta a una vasta y extensa llanura, cubierta de huesos descarnados y secos. Después de haberle hecho dar una vuelta por aquel campo, le dijo que mandara a*

aquellos huesos que se juntaran y colocaran cada uno en su lugar. El profeta dio la orden, en nombre del Dios a quien están sujetas todas las cosas y a cuyo poder nadie puede resistir; y se vio luego cumplida con espantoso ruido. Todos aquellos huesos se juntaron, y se volvieron a cubrir de nervios, de músculos, de carne y de piel. De esta manera se formaron cuerpos perfectos, a los cuales no faltaba sino la vida. Entonces el profeta, recibió una nueva orden de Dios y llamó sobre aquellos cuerpos el espíritu que una vez diera vida al hombre, cuando fue formado de la tierra, y todos se levantaron al mismo tiempo y quedaron vivos.

Con esto quiso el Señor darnos una idea de lo que acontecerá en el memorable día del juicio último y universal; puesto que la fe nos asegura que al fin del mundo todos los hombres resucitarán, por divina virtud, volviendo a tomar los mismos cuerpos que antes tenían.

Los doce profetas menores. — Además de los cuatro profetas mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, Dios envió otros doce, de los cuales se conservan escritas las profecías; se llamaron menores porque sus escritos son pocos, en comparación de los que dejaron los cuatro primeros. Estos profetas florecieron en un período de cuatrocientos nueve años, y muchos de ellos desempeñaron, durante todo un siglo, el ejercicio de su ministerio. He aquí sus nombres, según el orden en la Biblia; pero no en el que tienen cronológico.

I. **Oseas**, profetizó bajo Roboán II, rey de Israel, y predicó casi un siglo entero, habiendo empezado ochocientos veinticinco años antes de Jesucristo.

II. **Joel**, aunque no se sabe a punto fijo bajo cuáles reyes predicó; sin embargo, parece que fue

contemporáneo de Oseas; esto es, que vivió ochocientos años, más o menos, antes de Jesucristo.

III. **Amós,** profetizó bajo el reinado de Ozías, rey de Judá, cerca de setecientos ochenta años antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo.

IV. **Abdias** no ha indicado su tiempo; pero se cree que haya sido contemporáneo de Oseas, esto es, que vivió ochocientos años, más o menos, antes de nuestro señor Jesucristo.

V. **Jonás** empezó a profetizar desde muy joven, ya que predijo a Joás, rey de Israel, más de ochocientos veinticinco años antes de Nuestro Señor Jesucristo, cuando este reino gemía bajo la opresión de los sirios, que serían liberados después por su hijo Jeroboam II. Su misión en Nínive tuvo lugar más tarde.

VI. **Miqueas** profetizó bajo Joatán, setecientos cincuenta y ocho años antes de Jesucristo. Indicó claramente que el Salvador nacería en Belén.

VII. **Nahum** vivió por los años setecientos cuarenta antes de Jesucristo, bajo el rey Acaz. VIII. **Abacuc** fue contemporáneo de Jeremías y de Daniel, seiscientos años antes de Nuestro Señor Jesucristo.

IX. **Sofonías** vivió también por el mismo tiempo.

X. **Ageo** profetizó quinientos veinte años antes de Nuestro Señor Jesucristo. Terminado el cautiverio de los hebreos, contribuyó mucho animando con sus exhortaciones a la reedificación del templo; según veremos más adelante.

XI. **Zacarías** fue contemporáneo de Ageo. Habla con mucha claridad de Nuestro Señor Jesucristo, a quien precedió quinientos años antes.

XII. **Malaquías** fue el último de los profetas, y después de él no apareció otro hasta san Juan Bautista, a quien vaticinó en sus profecías.

Todos estos santos varones demostraron con sus profecías que estaban animados de un mismo espíritu, y que su misión era reprochar con igual energía los pecados de los hombres, y prometer con igual certidumbre el anhelado Mesías o Salvador del mundo.

Ciro pone en libertad a los hebreos. — Ciro, rey de Persia, al subir al trono de Babilonia, quedó muy maravillado al saber que el profeta Isaías, hablando de él, doscientos años antes, había predicho que daría libertad a los hebreos. Decretó, pues, que les permitía volver a su patria y reedificar la ciudad y el templo. Ordenó al mismo tiempo que se les restituyeran los vasos sagrados, sacados de Jerusalén por Nabucodonosor. Esparcida la feliz noticia, cuarenta mil hebreos, guiados por Josué, sumo sacerdote, y por Zorobabel, jefe de la tribu de Judá, volvieron a Jerusalén, y, aunque quedaron bajo el dominio del rey de Persia, tenían amplias facultades para elegir sus pontífices, sus capitanes y magistrados. Al llegar a su patria lo primero que hicieron fue echar los cimientos del nuevo templo. (Año del M. 3468).

Reedificación del Templo. Palabras de Ageo. — Después de empezado el nuevo templo, los enemigos del pueblo de Díos retrasaron su reconstrucción muchos años, hasta que subió al trono de Persia otro rey llamado Darío, éste favoreció mucho a los hebreos y, con un **edicto especial**[14], prohibió que se les molestara, permitiéndoles reanudar los trabajos de reedificación. En cuatro años se terminó la obra del templo y se dedicó con solemnes fiestas. Pero los

---

[14] Este **edicto** fue promulgado el año 3486 del Mundo, cuando terminaban los setenta años de cautiverio, profetizados por Jeremías, y que comenzaron el 3416.

hebreos, que, por tan largo y penoso cautiverio, habían sido reducidos a extrema pobreza, no pudieron construir el segundo templo con el esplendor y magnificencia del primero. Por este motivo, los ancianos que habían visto el de Salomón, lloraban sin consuelo al ver el nuevo templo muy inferior a aquél. Pero, el Señor los consoló, y les envió al profeta Ageo, que reanimó su valor, y les aseguró que el nuevo templo sería más glorioso y célebre que el primero, porque sería honrado con la presencia del Salvador. He aquí las palabras del profeta: *Animaos,* dice el Señor, *y trabajad aún, un poco de tiempo, y vendrá el Deseado de las Naciones. Yo llenaré este templo de gloria, y superará la del primero y en este lugar daré la paz, esto es, toda bendición, por medio del Salvador, que vendrá, a visitarlo.*

Reedificación de Jerusalén. — Artajerjes Longimano, deseando favorecer también a los hebreos, permitió a Nehemías que volviera a levantar los muros y las fortificaciones de la ciudad de Jerusalén. Al principio, los samaritanos, constantes enemigos de los judíos, se mofaban de ellos y no creían que la empresa pudiera llevarse a cabo; pero, cuando vieron que la obra progresaba rápidamente, amenazaron con oponerse a ella por la fuerza. Entonces Nehemías mandó a todos los judíos que se armaran, y que una parte estuviera en guardia contra el enemigo, mientras la otra continuaba los trabajos; pero siempre sobre aviso y pronta también a tomar las armas y rechazar cualquier asalto del enemigo. Los samaritanos, en vista de esto, cesaron de molestarlos, y se terminó la construcción con increíble rapidez, por espacio de cincuenta días, y se celebró su solemne dedicación con extraordinaria pompa. (A. del M. 3550).

Los hebreos después del Cautiverio. — Concluído el templo, poblada y fortificada la ciudad, reconocieron los hebreos que la dura esclavitud que acababan de sufrir la habían merecido a causa de sus pecados, y por esto renovaron la alianza con Dios y se conservaron más fieles a Él hasta la venida del Mesías. La autoridad suprema de la tribu de Judá permaneció en el Sumo Sacerdote y gran Sanedrín o Consejo de los Ancianos, que era una especie de Senado. Pasaron por muchas vicisitudes, y fueron tributarios primeramente de los Persas y después de los Griegos, cuando Alejandro de Macedonia, llamado Alejandro Magno, venció a Darío.

Alejandro el Magno en Jerusalén. — Después de haber alcanzado muchas y gloriosas victorias, Alejandro pidió auyuda a los judíos que no pudieron prestársela, por lo que se irritó tanto, que se dirigió sobre Jerusalén, con el propósito de tomar venganza. Al oír esto Jaddo, sumo pontífice, inspirado por Dios, ordenó que todo el pueblo, con vestiduras blancas, él vestido de pontifical, y los sacerdotes con sus sagradas vestiduras, se dirigieran al encuentro de aquel terrible conquistador. Al divisar tan espléndido y devoto cortejo se apaciguó Alejandro y, penetrado del más profundo respeto, se acercó al Pontífice, y le suplicó que ofreciera un sacrificio en el templo.

Quienes le acompañaban quedaron admirados por este acto de benignidad. Alejandro les dijo que en aquella misma forma en que se le acababa de presentar el Pontífice, se le había aparecido una noche el Señor animándolo a empeñar la guerra contra la Persia. Jaddo le mostró una profecía de Daniel, en la cual anunciaba que un príncipe Griego derrocaría el imperio de los Persas. Creyendo Alejandro que él era ese principe se

retiró muy satisfecho, después de haber hecho ricos dones al templo y otorgado algunos favores a los judíos. (A. del M. 3670). (V. JOSÉ FLAVIO. Ant. Jud. lib. XI, cap. VIII).

CAPÍTULO IV

• Heliodoro azotado en el templo • Espantosas señales de persecución • Empieza la persecución de Antíoco • Martirio del anciano Eleazar • Los siete Macabeos.

HELIODORO AZOTADO EN EL TEMPLO. — Seleuco, rey de Siria, supo por un judío apóstata, esto es, traidor de su religión, que en el templo de Jerusalén había grandes tesoros, envió allá a Heliodoro para que se apoderara de ellos y los llevara a Antioquía, capital de sus estados. El Sumo Sacerdote Onías hizo observar a Heliodoro que aquellas riquezas y tesoros habían sido confiados a la santidad del templo, para que se distribuyeran a las viudas, a los huérfanos y a los pobres, y que por esto no se debía traicionar a los que los habían depositado en un lugar sagrado, honrado por todo el mundo. Sordo a estas palabras, Heliodoro entró a la fuerza en el templo para apoderarse de todo. Ante tan sacrílego atentado, se horrorizaron los ciudadanos de Jerusalén e invocaron el socorro del cielo. El Señor se los concedió con un admirable prodigio.

Mientras Heliodoro y los suyos trabajaban para romper las puertas del tesoro, la ira divina los hirió y cayeron al suelo todos aturdidos. En ese mismo momento apareció un hombre a caballo, de espantosa presencia, ceñido con armas de oro, que se adelantó hacia Heliodoro; el caballo levantó las patas delanteras y las descargó fuertemente sobre él. Aparecieron también dos jóvenes de sobrehumano semblante, que lo

azotaron con ahínco, lo dejaron cubierto de heridas y como muerto, y en ese estado fue sacado del templo. Algunos criados de Heliodoro suplicaron a Onías que se dignara rogar al Altísimo por la vida de su señor. Onías ofreció un sacrificio al Señor, y, mientras oraba, aparecieron aquellos mismos jóvenes, que habían azotado a Heliodoro, y le dijeron: A*gradece al Pontífice Onías, pues por él te ha concedido la vida el Señor. Y ahora anuncia en toda la tierra la grandeza y el poder de Dios*.

Heliodoro dio cordiales gracias al Señor y a Onías, y volvió con su rey, publicando en todas partes las grandes cosas obradas por Dios, y que él mismo había presenciado. (A. del M. 3828).

Espantosas señales de persecución. — Por este tiempo se levantó contra los judíos una terrible persecución, anunciada mucho tiempo antes por señales espantosas. Durante cuarenta días, en el aire se vieron, sobre Jerusalén, grupos de guerreros a caballo, armados con lanzas y espadas, que se aproximaron para combatir unos con otros. También aparecieron escuadrones de soldados con las armas en la mano, agitando los escudos y arrojando flechas. Estos prodigios infundieron un espanto tan grande en el ánimo de los ciudadanos, que todos rogaron al Señor volviera en bien aquellas espantosas señales. (A. del M. 3834).

Empieza la persecución de Antíoco. **—** El origen a esta persecución fue el siguiente hecho: Se había corrido la voz entre los judíos de que había muerto Antíoco, rey de Siria, muchos de ellos al creerse ya libres de este opresor dieron señales de gran alegría. Pero la voz era falsa, y Antíoco lleno de cólera, marchó

sobre Jerusalén con un poderoso ejército. Logró apoderarse de la ciudad y ordenó a sus soldados que pasaran a filo de espada a cuantos ciudadanos cayeran en sus manos. En aquella carnicería murieron ochenta mil judíos, y cuarenta mil fueron reducidos a la esclavitud. Subió en seguida al templo, robó y profanó los vasos sagrados, el altar, la mesa y los objetos más santos. No satisfecha aún su perfidia, promulgó un edicto, mandando a todos los judíos que abandonaran la ley de Moisés y vivieran según el rito de los gentiles; hizo quemar los libros santos, levantó en toda la Judea altares a las falsas divinidades; dedicó a Júpiter Olímpico el templo de Jerusalén, e impuso pena de muerte a quien permaneciera fiel a la ley del verdadero Dios. Durante esta persecución, algunos judíos atemorizados por la atrocidad de los tormentos, tuvieron la debilidad de prevaricar; y otros, para evitar los peligros, huyeron al desierto; pero la mayor parte permaneció fiel y sufrió cruelísimos tormentos, antes que hacer algún acto contrario a la divina ley.

Martirio del anciano Eleazar. — Entre los que padecieron un glorioso martirio en esta cruel persecución, se cuenta un anciano, llamado Eleazar, y una madre con sus siete hijos, conocidos como Macabeos. Eleazar era un anciano de noventa años, admirado por todos por su sabiduría. Fue llevado a la presencia del rey, y se le quiso forzar a quebrantar la ley del Señor, y hasta llegaron a abrirle la boca para que comiera carne prohibida por la ley. Pero él permaneció firme en la negativa. Algunos amigos suyos, movidos de falsa compasión, se ofrecieron a traerle carne que no estaba prohibida, para que, comiendo, hiciera creer al rey que obedecía, y así escapar de la muerte. Pero él les contestó: *No es digno de mi edad el fingir y dar este*

escándalo a los jóvenes, los cuales dirían que Eleazar prevaricó a los noventa años, y se pasó al paganismo. Si yo siguiese vuestro consejo, me libraría de los suplicios de los hombres, pero de la mano del Omnipotente no me libraría, ni vivo ni muerto. Dichas estas palabras, fue llevado inmediatamente al suplicio, donde, después de padecer atroces tormentos, murió gloriosamente, dejando un excepcional ejemplo de fortaleza y virtud, que fue, más tarde, seguido por otros. (A. del M. 3837).

Martirio de los siete Macabeos. — El ejemplo de Eleazar fue imitado por una familia conocida comúnmente bajo el nombre de los siete Macabeos. Antíoco usó toda clase de crueldades para hacerlos prevaricar. Mandó ante todo que les presentaran carne prohibida, so pena de muerte si no la comían. Aquellos valientes jóvenes, aunque fueron azotados con varas y nervios, se mostraron constantes en el padecer; el mayor de ellos habló en nombre de sus hermanos, y dijo que estaban dispuestos a morir, antes que cometer falta alguna.

Encendido de enojo, el rey ordenó que le cortaran la lengua a aquel que se había atrevido a hablar de esa manera, que se le arrancara la piel de la cabeza junto con el cabello, que se le cortaran las extremidades de las manos y de los pies, y que el cuerpo, de tal forma mutilado, fuera puesto en una olla de cobre al fuego, en presencia de su madre y hermanos. Con igual género de martirio murió el segundo, y al arrojar el último suspiro, se volvió al rey y le dijo: *Tú nos haces perder la vida presente, pero nos dará otra aquel Dios por cuya ley nos sacrificamos.*

Hicieron ir al tercero y le mandaron que sacara la lengua y extendiera las manos. Obedeció sin tardanza, y dijo: *Entrego con gusto estos miembros que me ha dado el Señor, porque espero volverlos a recibir.* De igual forma fueron sacrificados, uno tras otro, el cuarto, quinto y sexto, predijeron al tirano que Dios lo atormentaría, como él los había atormentado a ellos. Todos los circunstantes y hasta el mismo rey, estaban admirados de la constancia y valor de aquellos jóvenes que no daban importancia alguna a los más crueles tormentos.

Martirio del más joven y de la madre. — De los siete hermanos aún quedaba el más joven. Antíoco, viendo que nada podía conseguir con amenazas, quiso ensayar con el último, los halagos y las promesas. Empezó por agasajarlo prometiéndole riquezas y felicidad, si abandonaba su ley; pero el intrépido joven se mostró tan insensible a las promesas como a las amenazas. Al ver esto, el rey dijo a la madre que tratara de persuadir a su hijo para que obedeciera a sus órdenes. Pero ella, mofándose del tirano, le dijo en lengua hebrea a su hijo: *Hijo mío, ten piedad de mí que te he criado y educado. No seas menos que tus hermanos, no temas a ese verdugo, teme sólo a Dios y confía en Él, que te dará la recompensa*. Animado el hijo con estas palabras, exclamó: *No obedezco al rey, sino a la ley; y tú,* dijo al tirano*, no te librarás de la mano de Dios todopoderoso. Tiempo vendrá en que herido por Él y vencido por lo acerbo del dolor, confesarás que eres hombre. Si nuestro pueblo no hubiera pecado contra Dios, no habríamos caído en esta desgracia; pero confío en que, aplacado Dios, dentro de poco, por mi sangre y la de mis hermanos, se reconciliará con nuestro pueblo, y, a nosotros, después de una muerte sufrida con entereza,*



Martirio de los macabeos

nos dará la vida eterna. Antíoco estaba ya fuera de sí; y, lleno de coraje al verse despreciado de tal forma, mandó que este último hermano fuera atormentado más cruelmente que todos los otros. Por último, la madre, mujer fuerte y digna de eterna memoria, después de haber exhortado a sus hijos a dar la vida por la ley de aquel Dios que se la había dado a ellos, con una muerte igualmente cruel, mezcló su sangre con la de sus hijos. (A. del M. 3837).

Estos ilustres mártires de la antigua ley fueron el modelo de los innumerables héroes de la Iglesia de Jesucristo que alcanzaron la palma del martirio.

CAPÍTULO V

• Celo y valor de Matatías • Judas Macabeo derrota a Apolonio y a Jerón • Derrota a Nicanor, a Gorgias y a Lisias • Restauración del templo de Jerusalén.

CELO Y VALOR DE MATATÍAS. — Era Matatías un sacerdote de vida muy ejemplar. Los emisarios del rey, para obligarlo a sacrificar a los ídolos, le decían: *Tú eres muy esclarecido y grande en esta ciudad. Entonces, ve y cumple el mandato del rey, como lo han hecho todas las gentes; y recibirás como premio oro, plata y la amistad de Antíoco. —No,* Matatías respondió en voz alta, *aunque todo el pueblo de Israel abandonara la ley de sus padres, mis hijos y yo la observaremos siempre.* Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando vio a un judío que delante de todos iba a hacer sacrificios a los ídolos. Lleno de amargo dolor y encendido en santo celo por la gloria de Dios, se arrojó sobre él y lo hizo pedazos sobre la misma ara. También dio muerte al ministro de Antíoco que lo había instigado; luego en voz alta

exclamó: *Todo aquel que está en la alianza del Señor, salga en pos de mí y sígame.* Y abandonó todos sus bienes, y con sus cinco hijos, Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatás, huyó a los montes para no ser testigo de las abominaciones que se cometían en Jerusalén. Muchos otros, que también amaban de corazón el honor de la Religión, siguieron a Matatías, y éste fue en poco tiempo la cabeza de un pequeño ejército de valientes, que estaban prontos a dar la vida por libertar a su patria y defender la Religión. Destruyeron varios altares, dedicados en diferentes lugares a las falsas divinidades, y se entregaron, con el mayor empeño, en restablecer el culto del verdadero Dios.

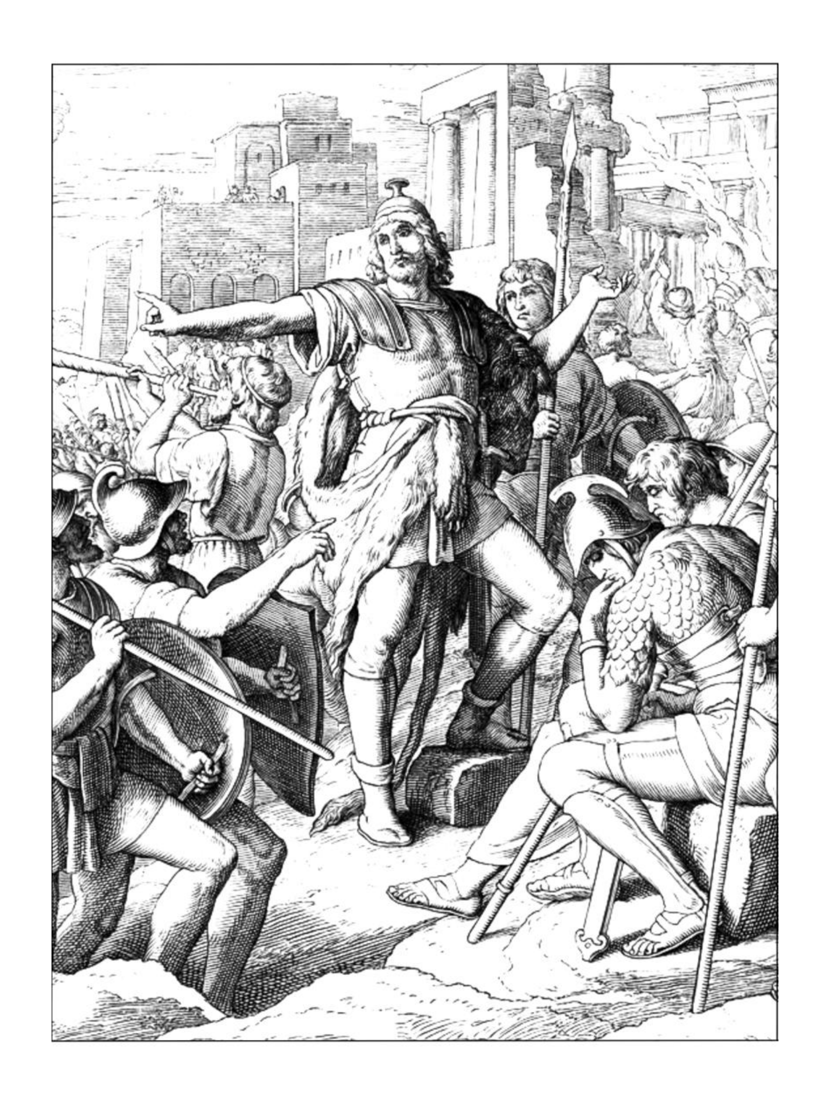
Después de haber estado un tiempo a la cabeza de los suyos, Matatías cayó enfermo, llamó a sus hijos, les recomendó que fueran de ánimo varonil y generoso en la defensa de la ley de Dios; nombró a Judas Macabeo jefe del ejército, y exhaló el último suspiro a los ciento cuarenta y seis años de su edad. (A. del M. 3838).

Judas Macabeo derrota a Apolonio y a Jerón. — Apenas Judas Macabeo se puso a la cabeza del ejército cuando tuvo la oportunidad de probar su valor luchando contra Apolonio, a quien Antíoco había nombrado gobernador de la Judea. Judas confiado en el socorro del Cielo, salió a su encuentro con gran aparato de guerra, aunque con pocos hombres. Lo derrotó, dio muerte a muchos de sus soldados y puso en fuga a los demás. El mismo Apolonio encontró la muerte en el campo de batalla. Judas recogió ricos despojos, entre los cuales se hallaba la espada de Apolonio, la cual usó en combates posteriores.

Jerón, capitán de los Sirios, deseoso de adquirir gloria, se dirigió contra Judas encabezando un ejército aún más numeroso. Entonces fue cuando los soldados de

Judas, espantados por el gran número de sus enemigos, trataron de huir; pero Judas, los exhortó a confiar en el Señor, cayó sobre el ejército de Jerón y lo puso en fuga. (Año del Mundo 3838).

Derrota a Nicanor, a Gorgias y a Lisias. — Antíoco supo de las victorias que Judas había alcanzado sobre sus capitanes, se encendió de cólera, y, no pudiendo ir él en persona, ordenó a Lisias que fuera sin demora a Judea, lo pusiera todo a sangre y fuego y destruyera la nación de los judíos. Lisias envió a Nicanor y a Gorgias, dos valientes capitanes, con cuarenta mil infantes y siete mil hombres a caballo. Acamparon en las cercanías de Jerusalén. Creyendo que alcanzarían la victoria, llevaron consigo un grupo de mercaderes para venderles a un insignificante precio a los judíos que tomaran por esclavos, pero el Señor dispuso de otra manera los acontecimientos. Avisado Judas de la proximidad del enemigo, reunió a los suyos, les mandó hacer ayuno e invocó el socorro del cielo; en seguida, con pocos soldados, cayó sobre sus contrarios, los desbarató, dio muerte a muchos, puso en huida a los demás y recogió un riquísimo botín. Cuando Lisias supo de la nueva derrota, se exasperó sobremanera, y, atribuyendo el fracaso a la cobardía de sus capitanes, determinó ponerse él mismo a la cabeza de sesenta mil hombres, todo esto con el fin de cumplir con su soberano, esto es, exterminar la nación judía. Judas no tenía más que diez mil soldados; sin embargo, habiendo invocado antes el socorro divino, marchó contra Lisias y en el primer encuentro le causó una baja de cinco mil hombres, puso en fuga al resto del ejército, y el mismo Lisias se vio obligado a refugiarse en Antioquía cubierto de vergüenza. Del botín que Judas quitó al enemigo lo



Judas Macabeo purifica el Templo

dividió en dos partes, una para distribuir a sus soldados, y otra a los enfermos, a las viudas y a los huérfanos.

Restauración del Templo. — Después de haber expulsado y vencido a sus enemigos, Judas, que atribuía todas sus victorias a la protección recibida del cielo, dirigió todos sus cuidados a reparar los daños que había padecido eI culto del verdadero Dios. Con este propósito se dirigió con los suyos a Jerusalén, que halló convertida en una horrorosa soledad: desiertos el templo y el altar; los patios cubiertos de espinas y malezas, y destruidas las habitaciones de los sacerdotes; tal era la triste visión que presentaba el gran templo del Señor.

Lleno de celo, empezó Judas por rehacer las puertas del templo, construyó un nuevo altar, sacó todo lo que había de profano, y, terminado el edificio, hizo su solemne dedicación con himnos y cánticos, al sonido de liras, cítaras y timbales. Todo el pueblo, postrado en el suelo, adoró al Señor y le dio gracias por las victorias que le había otorgado y los nuevos beneficios, prometiendo en adelante ser más fiel a los divinos preceptos. La solemnidad duró ocho días, y Judas prescribió que se conmemorara anualmente, bajo el nombre de *Encenia*, que quiere decir *Restauración*. (A. del M. 3840).

CAPÍTULO VI

• Judas es visiblemente protegido por Dios • Espantosa muerte de Antíoco • Eupátor estipula la paz con los judíos • Valor de Eleazar • Piedad de Judas Macabeo • Su gloriosa muerte.

JUDAS ES VISIBLEMENTE PROTEGIDO POR DIOS. — Las naciones vecinas, dominadas por la envidia porque los judíos habían reedificado el templo, les declararon unánimemente la guerra. Timoteo, general de Antíoco, que había sido derrotado por Judas en diversos encuentros, se dirigió contra ellos con cuantos hombres le fue posible reunir. Judas y los suyos se prepararon a la defensa más con la oración que con las armas. Fueron al templo y, postrados ante el altar, imploraron el socorro del cielo; después empuñaron las armas y salieron al encuentro del enemigo. Se hallaban frente a frente ambos ejércitos: Judas tenía al Omnipotente como garantía de su victoria. El enemigo confiaba en el número de sus combatientes. En lo más reñido de la pelea, los soldados de Antíoco vieron aparecer al frente del tropas de los judíos a cinco hombres, montados en caballos ricamente adornados, se desmontaron y así guiaban y servían de escolta a los hebreos. Dos de ellos marchaban al lado de Judas y lo escudaban de los golpes de los enemigos, y los otros tres arrojaban flechas y rayos contra los que les disputaban la victoria, cegándolos y derribándolos al mismo tiempo. Veinticinco mil infantes y seiscientos soldados de caballería quedaron muertos en el campo. Timoteo aterrorizado trató de huir; pero, lo persiguieron y encontraron escondido en una cisterna y fue condenado a muerte.

Terrible muerte de Antíoco. — En la muerte de Antíoco se pueden ver palpablemente las señales de la divina venganza. Al enterarse de las repetidas derrotas de sus generales, cegado por la cólera, reunió todas las fuerzas de su reino para ir personalmente a Judea y hacer, como él decía, una matanza general de los judíos, y de Jerusalén un cementerio. Mientras marchaba y repetía estas amenazas, le sorprendieron agudísimos dolores intestinales. A pesar de esto, como quería apresurar aún más la marcha, por el ímpetu que llevaban los caballos, cayó de la carroza, y, magullado el cuerpo, le llevaron en una silla de mano a la cercana ciudad de Tabes, en las fronteras de Babilonia. Los dolores que padecía interiormente aumentaban por minutos, a esto siguió la descomposición de su cuerpo y, en pocos instantes, se convirtió en un hervidero de gusanos, exhalando un hedor tan insoportable para él como para el ejército. En apariencia reconoció sus maldades y exclamó: *¡En qué olas de amargura, en qué mares de tristeza me veo hoy sumergido! Ahora me acuerdo de los males que hice en la ciudad de Jerusalén, que mandé destruir sin causa alguna; conozco que por esto han venido sobre mí todos estos males y muero consumido de tristeza y de dolor en tierra extraña.* Además prometió que trabajaría por la felicidad y grandeza de la nación judía, que abrazaría la religión de los hebreos y que, en todo su reino, haría predicar y conocer al verdadero Dios; pero, como su arrepentimiento no era verdadero, porque no nacía sino del temor de la muerte, no fue escuchado por Dios, y, creciendo cada vez más su mal, murió miserablemente entre intensos dolores. Así, Antíoco, antes de morir, experimentó en gran parte los tormentos que hizo padecer al pueblo de Dios. (A. del M. 3841).

Eupátor estipula la paz con los judíos. — Eupátor, hijo y sucesor de Antíoco Epifanes, heredó, con el trono, el odio de su padre contra los judíos, y aprobaba cuantos ultrajes se cometían contra ellos. Para ensayar su poder envió a Lisias con un poderoso ejército contra Judas, el cual, según su costumbre, después de haber implorado el divino socorro, le salió al encuentro. Apareció entonces al frente de los soldados judíos un caballero adornado con vestidura blanca, ceñido con armas de oro, que hacía vibrar una espada desenvainada. Animados los judíos, a la vista de este prodigio, se arrojaron sobre el enemigo y dieron muerte a once mil soldados de a pie y mil seiscientos de a caballo.

Al tener noticias de esta derrota, muy indignado Eupátor, puso en pie un nuevo ejército de cien mil infantes y veinte mil caballos, con un buen número de elefantes de colosal tamaño, que daban rugidos espantosos. Ante tales preparativos de los enemigos, Judas no se desalentó; y, saliendo a su encuentro, atacó al ejército hacia aquella parte donde estaba el pabellón del rey, y dio muerte a cuatro mil hombres, sembrando la consternación en todas las filas. Se retiró en seguida a Jerusalén, donde sostuvo intrépidamente los esfuerzos de los sitiadores, hasta que cansado Eupátor, y reclamado por sus estados por algunas turbulencias, ofreció voluntariamente la paz a los judíos, y aseguró que los dejaría vivir y gobernarse según sus leyes. Establecidas estas condiciones, entró el rey en el templo, y lo honró con sacrificios y ricos dones, enseguida abrazó a Judas y lo nombró príncipe de su nación. (A. del M. 3841).

Valor de Eleazar. — En la batalla anterior se distinguió mucho Eleazar, hermano de Judas. Al ver

que un elefante era más corpulento que los otros, y que iba adornado con las armas reales, creyó que en él iba el rey, y tomó la resolución de dar la vida por su pueblo y por la Religión. Con este fin, con la espada desenvainada se abrió paso en medio del enemigo, y, sembrando la muerte a derecha e izquierda, llegó hasta donde estaba el animal. Se colocó debajo de su vientre y lo mató a estocadas quedando él también aplastado, por el enorme peso que le cayó encima.

Piedad de Judas Macabeo. — Respecto a este héroe de la Judea se debe recordar que, agradecido por la protección del cielo y por el feliz éxito de todas sus empresas, nunca se determinó a hacer cosa alguna, sin invocar antes el divino socorro, y animar a los soldados a depositar su confianza en el Dios de los ejércitos. Todas las guerras que emprendió tenían por objeto la salvación común y el honor de la religión. Le horrorizaba la blasfemia. El impío Nicanor, al marchar contra los judíos, extendió la mano y blasfemando juró que arrasaría el templo del Señor. Judas sumamente acongojado por esto y encendido en santo celo, cayó sobre él con un pequeño número de los suyos, desbarató su ejército, y cuando, entre los cadáveres de los muertos, fue hallado el cuerpo de Nicanor, mandó que le cortaran la cabeza, hicieran pedazos su lengua y la dieran de pasto a las aves, y que la mano sacrílega se colgara cerca del templo, para infundir terror a todo el que se atreviera a ultrajar el nombre del Señor, o las cosas que le han sido consagradas.

Judas estaba íntimamente convencido de la existencia del purgatorio, que es el lugar adonde van las almas de los que mueren en gracia de Dios, pero que no han pagado aún las deudas contraídas con la divina justicia y a las cuales podemos socorrer con nuestras buenas

obras. Judas Macabeo, dice el sagrado texto, animado por el santo y saludable pensamiento de que las almas de los difuntos pueden ser ayudadas y absueltas de las penas debidas por sus pecados mediante la oración, hizo una recaudación de doce mil dracmas de plata que envió a Jerusalén, para que se ofrecieran sacrificios como sufragio por los que habían perecido en la batalla.

La gloriosa muerte de Judas Macabeo. — Judas con el fin de poner término al estado de continua incertidumbre en que se hallaban los Judíos por la opresión y mala fe de los reyes de Siria, pidió la amistad de los romanos. Este pueblo, a quien ya había llegado la fama del héroe, recibió con placer a los legados, y contrajo con ellos la más estrecha alianza. Al mismo tiempo envió un decreto a Demetrio, rey de Siria, prohibiendo que se molestara a los judíos. Pero, mientras esta orden llegaba a su destino, Judas tuvo que trabar pelea contra Báquides, que había sido enviado nuevamente a combatirlo. La muchedumbre de enemigos despertó tal pavor entre los judíos, que, perdida la confianza en Dios, se dispersaron y dejaron solo a Judas con cuatrocientos hombres. Entonces Judas levantó los ojos al cielo y exclamó: *Si ha llegado nuestra hora, vayamos y muramos gloriosamente por nuestros hermanos*. Ambos ejércitos lucharon y el combate fue muy reñido desde la mañana hasta la tarde. Judas al ver que el ala derecha del ejército de Báquides era la mejor dispuesta, marchó contra ella con los más valientes de los suyos para deshacerla, y lo consiguió; pero, envuelto a su vez por el ala izquierda del enemigo, tuvo que emprender de nuevo la lucha, que se volvió aún más encarnizada, hasta que él mismo cayó sobre un montón de cadáveres después de haberse batido heroicamente. Así concluyó sus días Judas

Macabeo, héroe verdaderamente grande por sus hazañas y por el fin que le movió. Vivió y murió peleando por su religión y por su patria. Todo el pueblo lloró por muchos días, y exclamaba afligido: *¡Cómo ha caído el héroe que era la salvación del pueblo de Israel!* (A. del Mundo 3843).

CAPÍTULO VII

• Alcimo castigado en el templo • Jonatás sucede a Judas • Sus empresas • Su muerte • Simón logra poner paz en Judea.

ALCIMO CASTIGADO EN EL TEMPLO. — Cuando se difundió la noticia de la muerte de Judas, sus enemigos levantaron la cabeza, y Báquides, tantas veces derrotado por él, pudo, sin mucho trabajo, apoderarse de toda la Judea, entrar en Jerusalén y elevar al pontificado a un impío israelita, llamado Alcimo. Éste, con sus pésimas obras, había causado grandes daños a su nación; engreído con el grado que había usurpado, se ocupaba en echar por tierra una parte de los muros del Señor. Y una parálisis general se apoderó de él y se le cerró de repente la boca, de manera que, sin poder hablar, y atormentado por agudísimos dolores, murió miserablemente. (A. del M. 3844).

Jonatás sucede a Judas. Sus empresas. — Después de la muerte de Judas, los hebreos eligieron en su lugar a Jonatás, a fin de que los librara de los males que incesantemente les sobrevenían. Viendo que las tropas enemigas eran muy superiores a las suyas, llevó éstas al desierto, donde acampó. Báquides lo persiguió y le presentó batalla en diferentes ocasiones, pero siempre se llevó la peor parte; por esto se vio obligado a presentarle condiciones muy honrosas de paz, con la

promesa de no molestar más a los judíos. Fiel a sus promesas volvió a Antioquía y no apareció más en la Judea.

Un tal Apolonio, gobernador de la Celesiria, había armado un gran ejército para atacar a Jonatás; pero éste, a pesar de las estratagemas y engaños del enemigo, lo derrotó completamente. Mató ocho mil en un solo día, y cargado de botín, volvió con los suyos a Jerusalén. Creció tanto la fama del valor de Jonatás, que los reyes de Siria y Egipto competían por ganar su amistad. El de Siria, llamado Alejandro Bala, lo invitó a ir a Tolemaida, donde lo vistió de púrpura, lo hizo capitán y príncipe de la Judea y lo despidió colmándolo de honores.

Jonatás es muerto a traición. — Jonatás tuvo que sostener muchas guerras para el bien de la patria y de la religión, y, protegido por Dios, salió siempre vencedor. Murió víctima de una traición. Trifón, general del rey de Siria, concibió el perverso designio de rebelarse contra su señor, para escalar el trono; pero temiendo que Jonatás, aliado de dicho rey, fuese un obstáculo para su empresa, determinó sorprenderlo y darle muerte. Con apariencia de amistad y bajo el pretexto de tratar con él asuntos de gobierno, lo invitó a pasar a Tolemaida. Apenas acababa de entrar, mandó que se cerraran las puertas, se pasaran a cuchillo a los que lo habían acompañado y que Jonatás fuera encarcelado. Simón, hermano de Jonatás, animó a Israel a hacer toda clase de esfuerzos para liberarlo; pero el impío Trifón, llevando consigo a Jonatás, se adentró en la Judea; y cuando vio a Simón preparado para atacar, le mandó decir que había arrestado a Jonatás por una deuda que había contraído con el rey y que estaba dispuesto a ponerlo en libertad si le pagaba cien talentos y le enviaba los dos hijos como rehenes. Simón sospechó del

engaño, y no creyó en aquellas palabras; pero, por no dejar de hacer cosa alguna que pudiera aprovechar a su hermano, le envió los dos hijos y el dinero. El pérfido Trifón, después de haber logrado lo que pedía, dio muerte a Jonatás y a sus hijos. Todo Israel se afligió profundamente, y lloró muchos días la muerte del que había entregado su vida en defensa de la religión y de la patria. (A. del Mundo 3861).

Simón pacífica la Judea. — De la familia de Matatías aún quedaba Simón, el cual, por consentimiento de todo el pueblo, fue revestido con la doble autoridad de Sumo Sacerdote y Capitán.

Éste batió y expulsó de la Judea a los enemigos que le molestaban; rindió la ciudadela de Jerusalén, ocupada desde hacía veinticinco años por soldados enemigos, renovó la alianza con el rey de Siria, con los espartanos y con los romanos; y logró infundir tal respeto a las naciones vecinas, que ninguna se atrevía ya a declararle la guerra. Judea por fin libre de extranjeros, respiró y gozó la paz. El pueblo de Israel, reconociendo tantos beneficios, quiso que en todas las actas, contratos y actos públicos se contaran los años a partir del primer año en el que Simón había comenzado a gobernarlos. Por esto se comenzó a escribir: ***El año segundo de Simón, Sumo sacerdote, Gran Capitán y Príncipe de los judíos***[15]**.**

Afianzada la paz, Simón ya no pensó más que en fortificar la ciudad, aliviar a los afligidos, hacer observar la ley de Moisés y hacer florecer el culto divino. De manera que, como dice la Escritura, todos trabajaban

---

[15] **Inscripciones** parecidas a esta, se hallan en las monedas que hicieron acuñar los Macabeos, de las cuales muchas han llegado hasta nuestros días.

con seguridad sus tierras, y descansaban tranquilos a la sombra de las vides y de las higueras; los ancianos se sentaban en las plazas para conversar acerca de las cosas concernientes al bien público, y no había quien los molestara.

CAPÍTULO VIII

• Asesinato de Simón • Gobierno de Juan Hircano • Aristóbulo y Alejandro Janeo • Sus sucesores hasta Herodes • Herodes extranjero, rey de Judea.

ASESINATO DE SIMÓN. — Después de haber guiado muchas veces a los hebreos a la victoria, ya contra Trifón, ya contra el rey de Siria, y de haber gobernado más de veinte años a su pueblo con mucha sabiduría, Simón acabó su vida asesinado bárbaramente por orden de su cuñado, llamado Antíoco, que ambicionaba sucederle en el trono. Cuando Simón y sus dos hijos, Judas y Matatías, se encontraban de paso en Jericó, Antíoco, que era el gobernador, los invitó a comer con él. Mientras comían, mandó que hombres armados entraran al comedor, se arrojaran sobre ellos y los mataran. Así acabó el último sobreviviente de la familia de Matatías, que será siempre la admiración de los buenos, pues todos sus miembros dieron la vida por la salvación de la patria, y la **gloria de la Religión**[16]. (A. del M. 3869).

[16] Los Libros Sagrados nada dicen desde la **muerte de Simón** hasta la venida de Jesucristo; es por esta razón que, para enlazar los hechos del Antiguo Testamento con los del Nuevo, hacemos el rápido bosquejo de aquel tiempo tomado de **autores profanos** y especialmente del docto escritor judío JOSÉ FLAVIO.

Gobierno de Juan Hircano. — Juan, hijo de Simón, y apellidado Hircano, porque subyugó la Hircania, después de la infeliz muerte de su padre fue revestido con la dignidad de Sumo Sacerdote y Pontífice de los hebreos. Extendió los confines de sus estados, derrotó varias veces al rey de Siria, subyugó a los idumeos, renovó la alianza con los romanos, y después de veintinueve años de glorioso gobierno, murió en paz el año 3898 de la creación.

Aristóbulo y Alejandro Janeo. — Aristóbulo, hijo de Juan, sucedió a su padre en el pontificado y en el gobierno, y tomó el título de rey; pero su reinado duró tan sólo un año y en él cometió muchas maldades. Hizo perecer a su madre, él mismo dio muerte a su hermano Antígono y encarceló a los otros. Como pena de tan grave delito Dios lo castigó en el mismo lugar donde había cometido el fratricidio, y permitió que muriera de un vómito de sangre. Su hermano y sucesor, Alejandro Janeo, fue aún más cruel, y, en castigo de su crueldad, murió consumido por una dura enfermedad y aborrecido de todos. (A. del M. 3926).

Otros sucesores hasta Herodes. — Muerto Alejandro Janeo, su mujer Alejandra empuñó las riendas del estado y reinó nueve años, al cabo de los cuales sentó en el trono a su hijo Hircano II, a quien había hecho Sumo Pontífice. Después de la muerte de Alejandra, Aristóbulo, hijo de Alejandro, hizo que su hermano mayor, Hircano, renunciara a la tiara y al cetro, asumiendo así la dignidad de Rey y Pontífice. Estos dos hermanos se volvieron enemigos irreconciliables, hasta que Pompeyo, capitán de los ejércitos romanos, penetró en Judea, tomó Jerusalén, mandó a Aristóbulo y a sus hijos a Roma y devolvió el

pontificado y el trono a Hircano; aunque quedó tributario de los romanos. De esta manera la Judea perdió su independencia y se convirtió en provincia romana. Antígono, sobrino de Hircano, usurpó el trono de su tío; pero, después de algunos años de reinado, fue depuesto y desterrado a Babilonia; de donde más tarde lo llamó Herodes y lo mandó matar bárbaramente.

Herodes extranjero, rey de la Judea. — Herodes, apellidado el Grande, nombre que tan sólo puede convenirle por sus crueldades, era hijo de Antípatro, idumeo de nación, y de humilde cuna. Fue a Roma y a fuerza de intrigas y engaños logró hacer creer que Antígono era enemigo del pueblo romano; y, con el favor de Antonio, consiguió para sí el título de rey de Judea, mediante el desembolso de ochocientos talentos. Antígono fue llevado a Antioquía y decapitado, a instancias de Herodes. (A. del M. 3967).

Así concluyó la dominación de los Macabeos en la Judea, y el cetro de Judá pasó de esta tribu a manos extranjeras, esto es, a Herodes Idumeo. Esta circunstancia es digna de memoria, porque, según la profecía de Jacob, señala la época venturosa del nacimiento del Salvador del mundo. Por consiguiente el año treinta y tres del reinado de Herodes nació el Mesías, nuestro divino Redentor Jesucristo, nombre que debe pronunciarse con grandísima veneración, en la ciudad de Belén, hacia el año cuatro mil de la Creación del mundo.

PROFECÍAS QUE SE CUMPLIERON EN *Nuestro Señor Jesucristo*

Como Adán y Eva, nuestros primeros padres, perdieron el estado de inocencia en que habían sido creados por Dios, ellos y su posteridad tuvieron que gemir durante muchos siglos bajo la dura esclavitud del demonio. Y no les quedó otro medio de salvación más que la fe en aquel futuro Libertador que la bondad divina les había prometido. Para que permaneciera viva la fe entre los hombres en este Libertador, Dios renovó en repetidas ocasiones la misma promesa, indicando el tiempo, el lugar y muchas otras circunstancias de su venida: de manera que toda la historia del Antiguo Testamento es una fiel preparación de los hombres para el extraordinario acontecimiento del nacimiento del Mesías. Aunque en el curso de esta historia ya se ha dicho mucho sobre este asunto, como el Dogma de la Venida del Salvador es el más importante y en el que se funda nuestra Católica Religión juzgamos que es de mayor provecho apuntar aquí las principales profecías que le conciernen, observando cómo se han cumplido en la persona de Jesucristo. Los profetas anunciaron:

1° El origen temporal, el tiempo, y el lugar del nacimiento del Mesías.

2° Su estado y carácter personal.

3° Que obraría grandes milagros, y que los de su nación estarían en su contra.

4° Que los judíos le darían muerte.

5° Que resucitaría.

6° Que los judíos serían desechados por Dios por haber dado muerte al Mesías, y que los gentiles, esto es, todas las naciones idólatras, serían llamadas a la verdadera fe, en lugar de los infieles hebreos.

1. Origen, tiempo, y lugar del nacimiento del Mesías. En muchos pasajes del Antiguo Testamento se lee que el Mesías

nacería de la tribu de Judá y de la estirpe de David. Jacob, al morir, señaló el tiempo del nacimiento del Mesías con estas palabras: *El cetro*, esto es, *la potestad soberana y el poder legislativo, no saldrá de Judá, ni el principado de su posteridad hasta la venida de AQUEL, que debe ser enviado, y ÉSTE será el esperado de las gentes.* (Gen. c. 49). Daniel anunció que no pasarían 490 años antes de su venida y de su muerte. (Dan. c. 9). Miqueas predijo que nacería en Belén. (Miq. c. 5).

Cumplimiento de estas Profecías. Si echamos una ojeada a la genealogía del Salvador, tal como se halla en el Evangelio, veremos que Jesucristo era de la tribu de Judá y de la estirpe de David; que nació en Belén cerca de treinta y cinco años antes de cumplirse el tiempo anunciado por Daniel, cuando un príncipe extranjero (Herodes natural de Idumea) reinaba en la tribu de Judá.

2. Nacimiento, estado y carácter del Mesías. Isaías (cap. 7) anunció que el Mesías debía nacer de una Virgen; Zacarías, que sería pobre, pero que se distinguiría entre los demás hombres, sobre todo por su dulzura. (Cap. 9).

Cumplimiento de estas Profecías. Los que han leído el Evangelio saben que Jesucristo nació por obra del Espíritu Santo, de una Virgen llamada María; que nació en un pesebre; vivió del trabajo de sus manos, y que todas las virtudes, pero especialmente la bondad y la dulzura, constituyeron su carácter.

3. Milagros y trabajos del Mesías. Isaías dice claramente que el Mesías obraría prodigios jamás vistos, y que, a pesar de esto, sus compatriotas, los cuales más que ningún otro pueblo debían creerle, le harían padecer gravísimos trabajos y le harían una grandísima oposición. (Isaías, cap. 6, 8, 35).

Cumplimiento de estas Profecías. En el curso de esta historia veremos que Jesucristo dedicó los tres últimos años de su vida a la predicación y obrando muchísimos milagros; y que los fariseos, los sacerdotes y los ancianos del pueblo judío le contradijeron siempre y le persiguieron cruelmente.

4. Los judíos perseguirían al Mesías y le darían muerte. Dice Isaías que el Mesías se entregaría espontáneamente en las manos de sus perseguidores, y que, en medio de los oprobios y tormentos, callaría como inocente cordero; que sus llagas y su muerte salvarían al mundo; y que sus padecimientos y su muerte lo harían padre de una muchedumbre de justos (Isaías, cap. 53).

El profeta David predijo que se levantaría contra el Mesías una espantosa persecución; que le perforarían las manos y los pies; que sus huesos crujirían por la violencia de los tormentos que le harían padecer; que sería escarnecido y burlado en medio de sus padecimientos; que se dividirían sus vestiduras y echarían suerte sobre ellas. (Salmo 21).

Cumplimiento de estas Profecías. El mismo Jesucristo, antes de su muerte, declaró muchas veces que moriría por ser esa su voluntad. También dijo que daría su vida por la salvación de los hombres. Jesucristo contestó con el silencio, y con mansedumbre a las calumnias, injurias y ultrajes de sus enemigos, y también rogó por ellos. Jesucristo con su muerte fundó su Iglesia y fue Jefe de todos los justos, que fueron y son todavía sus principales miembros. Los príncipes de los sacerdotes se aliaron contra Jesús para darle muerte. Lo colgaron en la cruz perforando sus manos y pies con agudos clavos; y permanecieron al pie de la cruz para insultarlo mientras padecía los más crueles tormentos. Los soldados que lo habían crucificado dividieron entre sí sus vestiduras y echaron suertes sobre ellas.

5. El Mesías resucitaría. lsaías predijo que el sepulcro del Mesías sería glorioso; David dijo que Dios no permitiría que su carne padeciera corrupción. (Salmo 15).

Cumplimiento de estas Profecías. Los cuatro Evangelios están de acuerdo en afirmar que Jesucristo realmente resucitó tres días después de su muerte así como Él lo había afirmado. Como veremos en el curso de ésta historia no puede quedar duda alguna acerca de este milagro.

Otras cosas acerca del Mesías. Los profetas anunciaron, entre otras muchas cosas, que los judíos serían reprobados por Dios por haber dado muerte al Mesías (Dan. c. 9); que los gentiles, esto es, todas las naciones idólatras, serían llamadas a la verdadera fe, en lugar de los infieles hebreos. (Isaías c. 95). Estas profecías se cumplieron literalmente, como se puede ver en la Historia Eclesiástica, por la cual consta que el pueblo judío, pocos años después de la muerte del Salvador se dispersó enteramente, y que aún hoy se halla sin templo, sin rey y sin sacerdocio. Y aún se muestran obstinados en no creer las verdades de la *fe*; los Apóstoles, en cumplimiento de las órdenes del Señor, fueron a predicar el Evangelio a los gentiles, los cuales entraron en tanto número a la Iglesia de Jesucristo de modo que, aun en vida de los Apóstoles, la luz del Evangelio esparcía ya sus benéficos rayos en toda la tierra.

Consecuencias. De lo que hemos dicho se debe deducir:

1.ª Que Dios realmente prometió al Mesías.

2.ª Que los profetas predijeron muchas cosas que le concernían.

3.ª Que todas estas cosas se cumplieron en la persona de Jesucristo.

4.ª Que, por consiguiente, Jesucristo es el verdadero Mesías, prometido por Dios, anunciado por los profetas, nacido en la época en que toda la tierra esperaba a su Reparador; que el cetro ya no estaba en la tribu de Judá, cerca de treinta y cinco años antes de que terminara el tiempo establecido por Daniel.

5.ª Que debemos poner en Jesucristo, que es el Salvador enviado por Dios, toda nuestra fe y las esperanzas de nuestra salvación.

EL EVANGELIO Y LOS APÓSTOLES

San Mateo, San Marcos, San Lucas, San Juan.

Evangelio es una palabra griega, que quiere decir *buena noticia* o *buena nueva*. Se llama así a los cuatro libros dictados por el Espiritu del Señor en los que los cuatro escritores sagrados narran la vida, la predicación y la muerte de Jesucristo. Son éstas para los cristianos buenas nuevas, porque en ellas se anuncia la venida del Salvador, el cual, librándolos de la esclavitud del pecado, les cerró el infierno y les abrió las puertas del paraíso.

El Salvador escogió doce apóstoles para la predicación y propagación del Evangelio. *Apóstol,* también es una palabra griega que significa *enviado*, porque los apóstoles fueron enviados por el Señor a todas las naciones de la tierra, para cumplir el sagrado ministerio de la predicación evangélica. A los Apóstoles añadió el Salvador setenta y dos discípulos, que eran como alumnos suyos y de los Apóstoles.

Muchos fueron los escritores que nos dejaron consignados los hechos del Salvador; pero la Iglesia Católica no reconoce sino a cuatro Evangelistas, esto es, a cuatro escritores del Evangelio, asistidos por el Espíritu Santo. Éstos son san Mateo, san Juan, san Marcos y san Lucas; los dos primeros eran Apóstoles.

***San Mateo.* —** El primero de los cuatro Evangelios, recibidos en todos los tiempos en el canon de las divinas Escrituras es el de san Mateo. Era hijo de Alfeo, de profesión publicano, esto es, recaudador de impuestos. Llamado por Jesucristo al apostolado fue testigo ocular de todos los hechos que Él nos dejó escritos en su historia evangélica. Generalmente se cree que después de la Ascensión del Salvador, predicó la fe en Etiopía, en Persia y entre los partos. Antes de que se alejara de Judea, fue invitado por los fieles y por los mismos Apóstoles a escribir su Evangelio. Esto tuvo lugar cerca de ocho años después de la Ascensión de N. S. Jesucristo, el año cuarenta y uno de nuestra era. Lo escribió en lengua hebrea, y se dice que él mismo o Santiago el Mayor lo tradujo al griego. La versión latina que hoy tenemos es muy antigua y está aprobada por la Iglesia.

San Marcos. — El segundo Evangelista es san Marcos, judío de nación; se cree que era uno de los setenta y dos discípulos del Salvador. Compañero fiel de san Pedro, lo siguió en sus viajes hasta Roma. Allí fue un secretario e intérprete y le ayudó a predicar la fe, en la que era entonces la capital del imperio romano. Para alivio de los fieles de esta ciudad, escribió, hacia el año 44, su Evangelio en griego, idioma muy conocido por los romanos en aquellos tiempos. Concluído el trabajo, lo entregó a su padre espiritual y maestro san Pedro que lo aprobó y lo dio a las iglesias, para que lo leyeran como escritura auténtica. La versión más acreditada es la latina, aprobada por la Iglesia, y se remonta a los primeros siglos.

San Lucas. — Era natural de Antioquía y médico de profesión. Fue ganado a la fe por san Pablo, el Apóstol de las gentes, de quien fue fiel compañero en sus largas y fatigosas peregrinaciones. Predicó el Evangelio en Dalmacia, en Italia, en las Galias, y finalmente en Macedonia y en Acaya. En este último punto alcanzó la corona del martirio a los ochenta y cuatro años de su edad. Escribió su Evangelio el año 53 de nuestra Era, recogiendo las noticias de testigos oculares y las narraciones de san Pablo. Se cree también que la Sma. Virgen le enseñó algunas cosas importantes. En efecto, debemos a san Lucas muchas preciosas noticias concernientes a la infancia de Jesús, y a la misma Virgen María: de lo cual nada han escrito los demás Evangelistas. Algunos han atribuido a san Pablo el Evangelio de san Lucas, pero esto, dice Tertuliano, se debe entender tan sólo en el sentido en que las obras de los discípulos suelen atribuirse a los maestros. Cuando san Pablo cita su Evangelio, se entiende el Evangelio de san Lucas, aprobado por él, de tal modo que lo considera como obra suya.

San Juan Evangelista. — Fueron padres de san Juan, Zebedeo y María Salomé, y hermano suyo Santiago eI Mayor. Era natural de Betsaida y ejerció con su padre el oficio de pescador hasta que, muy joven aún, fue llamado por el Divino Maestro para que lo siguiera. Jesucristo le profesó un cariño particular por la inocencia de sus costumbres y la virtud de la pureza que conservó intacta.

Por este motivo dio el Salvador, clavado en la cruz, a Juan como hijo a María, y a María como Madre a Juan. En la persona de este santo Apóstol se encuentran representados todos los fieles cristianos de quienes es María madre piadosa. Después de la Ascensión del Divino Maestro, predicó especialmente en el Asia Menor, y fijó su residencia en Éfeso, que gobernó como obispo hasta pasados los cien años de edad, y donde murió en el año 107. Movido por divina inspiración, y a ruego de Ios fieles, en los últimos años de su vida, escribió su Evangelio contra algunos herejes que negaban la divinidad de N. S. Jesucristo, prefiriendo exponer las acciones que más lo dan a conocer como verdadero Dios. Habla muchas veces de sí, pero sin nombrarse jamás; escribió en griego, y narró cosas vistas por él.

San Jerónimo después de haber hablado de los cuatro Evangelistas dice así: «Se propone san Mateo describir los hechos de N. S. Jesucristo como hombre, y teje su genealogía llamándolo: *hijo de David, hijo de Abraham*. San Lucas empieza por el Sacerdocio de Zacarías. San Marcos por las profecías de Malaquías y de Isaías. Por esto el primero lleva por símbolo el rostro de hombre; el segundo el rostro de becerro, que indica el sacrificio que solía hacer el sacerdote levítico, el tercero el rostro de león, a causa, de la voz de san Juan Bautista que gritaba en el desierto: *Preparad el camino del Señor y enderezad sus senderos*. San Juan lleva por símbolo el águila, porque como águila levanta su vuelo hasta el Padre Eterno diciendo:

En el principio era el Verbo y el Verbo estaba con Dios y Dios era el Verbo.

NUEVO TESTAMENTO

SÉPTIMA ÉPOCA

DESDE EL NACIMIENTO DE N. S. JESUCRISTO
El año 4000 de la Creación
HASTA LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN
El año 4070 de la Creación, y el 70 de N. S. Jesucristo

CAPÍTULO I

• María Santísima y san José • Nacimiento del Salvador • Adoración de los reyes • Presentación de Jesús en el templo.

MARÍA SANTÍSIMA Y SAN JOSÉ. — María Santísima, hija de san Joaquín y santa Ana, descendientes ambos de la real estirpe de David, de la tribu de Judá, fue madre del Salvador del mundo, como lo habían anunciado los profetas. Aquellos dos buenos consortes eran muy ancianos y no tenían hijos, cuando Dios, en premio de las fervientes oraciones que le dirigían, quiso consolarlos y les concedió una hija a quien llamaron María. A los tres años de edad la presentaron en el templo, para que se dedicara con otras vírgenes a trabajos manuales, a las cosas del divino servicio y se preparara para ser digna Madre de Dios. (San Juan Damasceno)

Cuando llegó a la edad de tomar estado, respondiendo a una voz celestial, fue desposada con san José, varón santísimo, oriundo de Nazaret, quien vivió con ella como si fuera su hermano. Después de breve tiempo el Arcángel Gabriel fue enviado a anunciar a María la

sublime dignidad de Madre del Salvador, con estas palabras: *Dios te salve, María, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita eres entre todas las mujeres*. María se inquietó al ver al Arcángel, y se desconcertó aún más al oír sus palabras, pero éste la tranquilizó diciéndole: *No temas, María, porque has hallado gracia delante del Señor. Serás Madre de un hijo al cual llamarás Jesús. Será grande, y será Hijo del Altísimo; reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin*. Al confirmar María de que todo era obra del Espíritu Santo, y que ella conservaría siempre intacta su virginidad, se sometió a la voluntad del Altísimo, diciendo al ángel: *He aquí la esclava del Señor; cúmplase en mí según tu palabra.*

Nacimiento del Salvador. — Hacia el año 4000 de la Creación del Mundo, habiendo paz en todas partes y empuñando el cetro de Judea Herodes el Grande, bajo el imperio de César Augusto, María Santísima y san José, según la predicción de los profetas y obedeciendo las órdenes del emperador romano, se trasladaron a Belén, para inscribir sus nombres en los registros del imperio. Como todas las posadas de la ciudad estaban llenas de forasteros, tuvieron que salir de ella y refugiarse en una cueva que servía de establo, donde se hallaban dos animales. En tan humilde vivienda nació el Hijo de Dios, el Verbo eterno, el Señor de cielos y tierra, para confundir así la soberbia de los hombres. (Este memorable hecho tuvo lugar hacia la medianoche del 25 de Diciembre, en que se conmemora todos los años con la fiesta llamada de Navidad). En aquel mismo instante, un ángel rodeado de luz deslumbradora, se manifestó a algunos pastores que velaban custodiando sus rebaños, les anunció el nacimiento del Mesías y les señaló el lugar donde lo encontrarían.



Nacimiento de Jesucristo
Adoración de los pastores

Al mismo tiempo, una multitud de Ángeles hizo resonar el aire con aquellas alegres palabras: *Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* Al recibir este anuncio, los pastores llenos de alegría corrieron presurosos a Belén, y encontraron allí al celestial Niño. Después de adorarlo y reconocerlo como su verdadero Dios y Salvador, llenos de alegría, volvieron a sus rebaños.

A los ocho días de su nacimiento el Divino Salvador fue circuncidado y se le impuso el adorable nombre de Jesús, que quiere decir *Salvador*, así como el Ángel lo había ordenado.

Adoración de los reyes. — A los pocos días algunos sabios de Oriente, vulgarmente llamados los Tres Magos, guiados por una estrella prodigiosa, que apareció en sus comarcas, se encaminaron a Jerusalén para adorar al Mesías recién nacido. Al llegar a Jerusalén preguntaron a Herodes por el lugar donde había nacido el rey de los judíos. Ante tan extraña pregunta Herodes se perturbó; reunió a los Príncipes de los Sacerdotes y a Doctores de la ley y les preguntó dónde había de nacer el Mesías. La Asamblea contestó que debía nacer en Belén de Judá, según la profecía de Miqueas, el cual, cuando habló sobre el nacimiento del Mesías, dijo: *Y tú, oh Belén, tierra de Judá, no eres la menor entre las principales de Judá, porque de ti nacerá el caudillo que gobernará mi pueblo de Israel.*

Con tales informes los piadosos reyes salieron de Jerusalén, siguieron el curso de la estrella milagrosa, y llegaron donde se hallaba el divino Infante; se postraron humildemente y le ofrecieron oro, incienso y mirra. En seguida, un Ángel les avisó que regresaran a su patria por otro camino, sin que Herodes lo supiera, el cual con pérfidas intenciones, les había encargado que

al volver le informaran lo que habían visto. La presencia de los Magos en la gruta de Belén se recuerda anualmente en la fiesta de la Epifanía.

Presentación de Jesús en el templo. — A los cuarenta días de su nacimiento, Jesús fue presentado en el Templo por José y María, los cuales depositaron al divino Infante en los brazos del anciano Simeón, a quien había sido revelado que antes de morir vería al suspirado Mesías. Estrechando al Niño contra su corazón, exclamó lleno de júbilo: *Ahora, Señor, deja a tu siervo morir en paz; porque mis ojos han visto al Salvador enviado por ti para iluminar las gentes y traer a Israel la salvación*. También estaba en el Templo una mujer anciana, de singular virtud, llamada Ana, favorecida con luces extraordinarias del Espíritu Santo. Al reconocer en el Niño al verdadero Dios hecho hombre, hablaba de Él a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. En memoria de la presentación de Jesús al Templo se celebra anualmente la fiesta de la Purificación, conocida como la festividad de la Candelaria.

CAPÍTULO II

• Degüello de los Inocentes • Huída de la Sagrada Familia a Egipto • Fin Funesto de Herodes • Jesús disputa con los doctores.

DEGÜELLO DE LOS INOCENTES. — Al despedir a los reyes Magos, Herodes les encargó que a la vuelta le dieran noticias del nuevo Rey; pero con intención perversa, pues temía que el nuevo Soberano lo viniera a destronar y quería por encima de todo hacerlo morir, pero en vano esperó la vuelta de los Magos. Oyendo quizás lo acontecido en el Templo, y agitado por mil

sospechas, dictó un decreto en el que ordenaba el degüello de todos los infantes que, no habiendo llegado aún a los dos años de edad, se hallaran en Belén y sus cercanías, esperando que en el degüello general iría incluido también el niño Jesús.

Huida de la Sagrada Familia a Egipto. — Pero las disposiciones de los hombres son inútiles cuando contradicen la voluntad de Dios. ¡Para dar muerte a uno se degüella a una multitud, y tan sólo el perseguido se salva! Porque avisado José, mientras dormía, de las malvadas disposiciones de Herodes, huyó a Egipto con María y el Niño; y de allí no volvió hasta que el Ángel le anunció la muerte del perseguidor. Solo entonces la Sagrada Familia volvió a Nazaret, su patria, cumpliendo así la profecía de Oseas que había dicho en nombre de Dios: *Desde Egipto he llamado a mi hijo*.

Fin funesto de Herodes. — La crueldad con que Herodes trató a sus semejantes, a su familia y hasta consigo mismo, atrajo sobre él la ira de Dios, cuyos efectos, experimentó también en esta vida. Muchas revueltas se suscitaron en sus estados y pusieron en peligro su trono. Cayeron sobre su familia grandes desgracias, a las cuales él mismo empeoró dando muerte a su mujer y a su hijo. Un malestar continuo y un fuego ardiente lo consumían internamente. Tenía tanta hambre que nada bastaba para saciarlo. Sus entrañas se cubrieron de úlceras, su aliento corrompido no permitía que nadie se acercara á él; su cuerpo era un hervidero de gusanos y exhalaba un hedor insoportable. En semejante estado, sufriendo un infierno anticipado, dejó de vivir sin dar señal alguna de arrepentimiento.

De esta manera refiere José Flavio la muerte del cruel Herodes, autor del degüello de los Inocentes.



Jesús disputa con los doctores

Jesús disputa con los doctores. — María y José, junto con Jesús, vivían tranquilos en su pueblo ganando el pan con el trabajo de sus manos. A la edad de doce años, fue Jesús con sus padres a Jerusalén para celebrar la Pascua y se extravió; José y María deshechos en llanto lo buscaron por tres días con indecible ansiedad, y al fin lo encontraron en el templo disputando con los doctores, a los que llenaba de admiración por sus sabias preguntas y respuestas. Apenas lo vio María le dijo: *Hijo mío, ¿por qué has hecho así?* Y Jesús le contestó: *¿No sabíais que yo tengo que ocuparme en las cosas que atañen a mi Padre celestial?*

Este es el último hecho que se narra de la infancia de Jesús. Vuelto a Nazaret, vivió hasta los treinta años, bajo las órdenes de María y José, ocupado en los trabajos de un humilde artesano.

La historia de la juventud de Jesús se encuentra comprendida en estas palabras: *Jesús obedecía a María y José, y crecía en sabiduría y edad ante Dios y los hombres.*

Tratad jóvenes, de imitar a Jesús en la obediencia; sea Él vuestro único modelo; y sed, como Él, dóciles y piadosos.

CAPÍTULO III

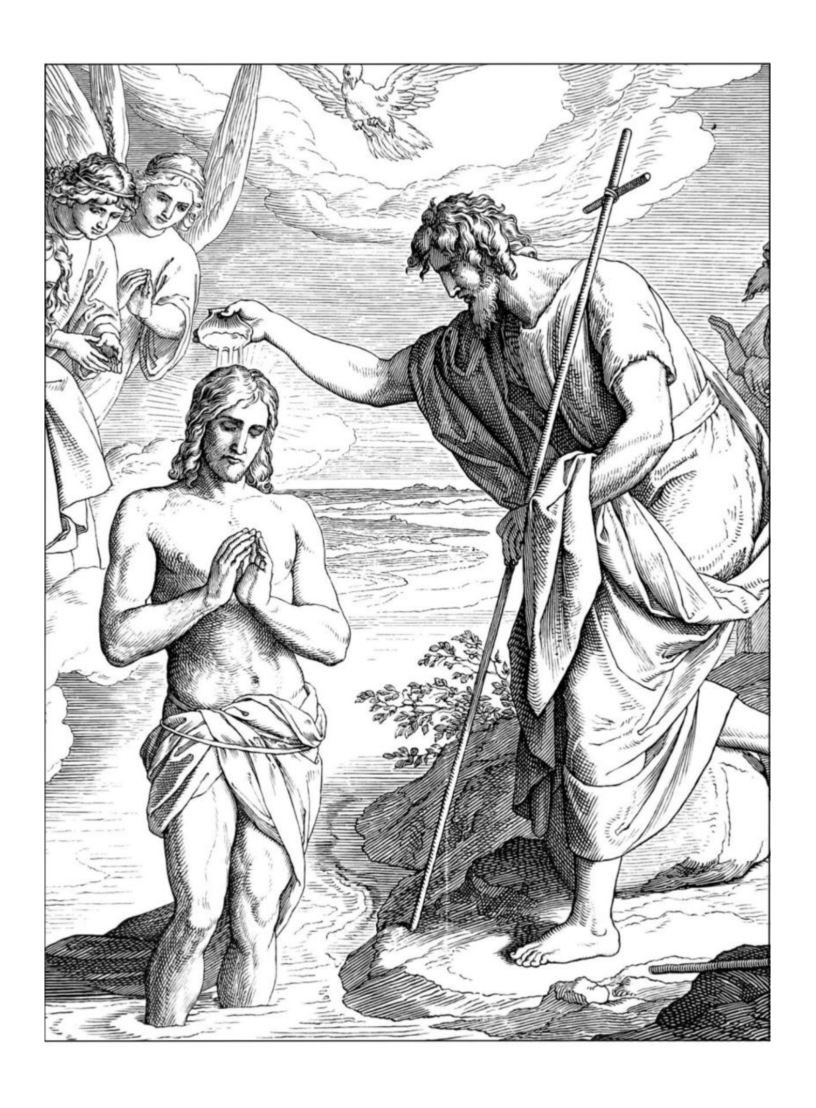
• San Juan Bautista • Bautismo de Jesús • Jesús cambia el agua en vino • La tentación en el desierto • Martirio de san Juan Bautista • Jesús expulsa del templo a los mercaderes • Elección de los Apóstoles.

SAN JUAN BAUTISTA. — Cuando el ángel anunció a María la sublime dignidad de Madre de Dios, le dijo también que su prima Isabel daría a luz un niño, destinado por Dios para preparar a las gentes a recibir

al Mesías. Sin perder tiempo María fue a visitar a Isabel, y estuvo con ella tres meses, sirviéndola como una humilde sierva. Seis meses antes del Salvador, nació el hijo prometido que se llamó Juan y fue apellidado después *el Bautista*, porque administraba el bautismo. Había sido escogido como precursor del Mesías. Para evitar los tumultos del siglo se retiró al desierto siendo casi un niño, donde llevó una vida angelical. Su alimento se constituía de langostas y miel silvestre, y su vestido era una piel de camello y un cinturón de cuero. Al cumplir los treinta años de edad recibió del Señor la orden de pasar a las orillas del Jordán para predicar la penitencia y anunciar la venida del Mesías. Todos acudían a oír sus sermones, y conmovidos y arrepentidos de sus pecados, se convertían y recibían el bautismo.

Bautismo de Jesús. — Cuando Jesús tenía treinta años de edad fue al desierto, para que san Juan lo bautizara. Aunque Juan no lo conocía de vista, iluminado por el Espíritu Santo, salió a recibirle a orillas del Jordán y le dijo: *¿Tú quieres ser bautizado por mí, cuando yo habría de serlo por ti?* Jesús respondió: *Deja hacer ahora, pues conviene que cumplamos toda justicia.* Juan consintió y, en cuanto Jesús fue bautizado, se abrieron de repente los cielos, y el Espíritu Santo bajó sobre Él en forma de paloma. Se oyó, al mismo tiempo, una voz que dijo: *Éste es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias.* Fue así como Jesucristo fue solemnemente declarado verdadero Hijo de Dios, enviado para salvar a los hombres.

Jesús cambia el agua en vino. — Como el milagro es una obra que no puede proceder sino de Dios,



Jesús es bautizado en las aguas del Jordán por Juan Bautista, el Precursor



Las bodas de Caná en las cuales Jesús convierte el agua en vino, obrando así su primer milagro

nuestro divino Salvador para demostrar al mundo que Él era Hombre y Dios omnipotente, dio principio a su predicación obrando milagros. El primero tuvo lugar en Caná, pequeña ciudad de Galilea. Jesús había sido invitado para asistir con su madre a unas bodas, al parecer en la casa de personas no muy ricas, porque a la mitad de la comida faltó el vino para los convidados. María compadecida de ellos, dijo a Jesús: *No tienen vino*. Jesús, que no niega nada a su madre, dijo a los criados que llenaran de agua unas grandes vasijas de piedra que allí estaban, y ellos las llenaron hasta el borde. Jesús añadió: *Ahora sacad*. Sacaron y hallaron que se había cambiado en vino, y de mejor calidad que el que habían tomado. Este fue el primer milagro que obró Jesús, y por medio de él comenzó a manifestar su poder divino y a dar a conocer a todos cuán eficaz es la protección de María Santísima.

La tentación en el desierto. — Jesús aunque era Dios omnipotente, quiso como hombre, someterse a las miserias de nuestra naturaleza menos la del pecado. Después de recibir el bautismo fue al desierto, y allí pasó cuarenta días y cuarenta noches, dedicado a la oración y al ayuno, sin gustar cosa alguna; al fin tuvo hambre. El demonio quiso conocer si Jesús era el Mesías, se presentó ante Él y le dijo: *Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se vuelvan panes*. Jesús rechazó la tentación con estas palabras: *No solo de pan vive el hombre sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*. Jesús permitió también que el demonio lo llevara al pináculo del Templo, que era una especie de balcón que se hallaba en la parte más elevada de aquel sagrado edificio y daba a la plaza. El demonio, dudando aún de que Jesús fuera el Mesías, le dijo: *Si tú eres hijo de Dios échate de allí abajo, porque escrito está que los*

ángeles te sostendrán, para que no caigas en las piedras. Jesús le contestó: *No tientes al Señor, tu Dios.* De este modo el demonio se vio confundido por segunda vez, y llevó al Salvador a la cumbre de una elevada montaña, desde donde le mostró todos los reinos de la tierra en su mayor esplendor, y le dijo: *Te daré todos los reinos del mundo, si postrado me adorares. —Vete, Satanás,* contestó Jesús, *porque escrito está: «Adorarás a tu Dios, y a Él solo servirás.»* Como el demonio no pudo ocultar su vergüenza, huyó. En ese mismo momento se presentó ante Jesús una multitud de ángeles, que le sirvió lo que necesitaba para alimentarse.

Si alguien quisiera darnos todo el mundo para inducirnos a adorar a Satanás, esto es, a cometer un solo pecado, rechazemos con horror cualquier oferta.

Martirio de san Juan Bautista. — Jesús había bajado a la tierra para destruir el pecado; y san Juan, como precursor, predicaba con el celo más encendido contra los vicios del pueblo. Herodes Antipas, hijo de aquel otro Herodes que había ordenado la matanza de los inocentes, había, en repetidas ocasiones, seguido sus consejos. Pero, instigado por la malvada Herodías, su cuñada, lo encerró en un calabozo hasta que esta mujer encontró la manera de darle muerte. He aquí cómo sucedieron los hechos: Celebró Antipas un solemne banquete el día de su cumpleaños y la hija de Herodías bailó tan bien en la presencia de los invitados, que todos la elogiaron. El rey, medio ebrio, le dijo que le pidiera lo que quisiera, aunque fuera la mitad de sus estados, jurando que se la daría. Entonces la perversa Herodías dijo a su hija que pidiera la cabeza de Juan el Bautista. El rey, a su pesar, otorgó lo que se le pedía, y Juan fue decapitado.

He aquí los resultados de los bailes y deshonestidades. El elogio de este gran mártir de la verdad y de la justicia lo hizo el mismo Jesucristo, cuando dijo: *Entre los nacidos de mujer no apareció jamás uno mayor que Juan Bautista.*

Dios no dejó impune tamaña maldad. Cuentan acreditados autores, que Herodes fue depuesto de su dignidad y desterrado por haber perdido la confianza de los romanos, murió miserablemente al igual que su impía familia.

Jesús expulsó del templo a los mercaderes. — Había ido Jesús a Jerusalén para celebrar la Pascua, se dirigió al Templo y vio que estaba profanado por los mercaderes. Unos vendían en él bueyes, ovejas, palomas; y otros cambiaban monedas. Vivamente indignado el divino Salvador ante este espectáculo, hizo un látigo con algunas cuerdas, expulsó del Templo a los vendedores y echó por tierra las mesas de los cambistas, gritando: *Escrito está: mi casa se llamará casa de oración; y vosotros la habéis trocado en una cueva de ladrones.*

¡Cuánto deberemos respetar, pues, nuestras iglesias, que son inmensamente más dignas de respeto que el antiguo templo!

Elección de los Apóstoles. — De la gran muchedumbre atraída por los luminosos milagros obrados por Jesús, se hicieron discípulos suyos muchos hombres. Entre éstos escogió a doce, conocidos comúnmente con el nombre de los doce apóstoles. Sus nombres son: Pedro y su hermano Andrés; Santiago el Mayor, y Juan el Evangelista, hijos de Zebedeo; Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás; Santiago el Menor, hijo de Alfeo; Simón, llamado el celoso; Judas Tadeo, hijo de

Santiago; y Judas Iscariote, que más tarde hizo traición al Divino Maestro. A éstos se unieron más tarde otros setenta y dos discípulos, destinados también para la predicación del Evangelio. Después de haber hecho esta elección, el Salvador nombró a Pedro jefe de los Apóstoles y de los discípulos, y luego dio comienzo a su maravillosa predicación.

CAPÍTULO IV

• Las bienaventuranzas • Continuación del sermón de la montaña • Intenciones del buen cristiano • Cuidado del cristiano • Juicios temerarios • Fin del sermón de la montaña • Jesús reprende a los fariseos • Jesús habla del Juicio Universal • Jesús recibe a la Magdalena • Jesús el verdadero amigo de los niños.

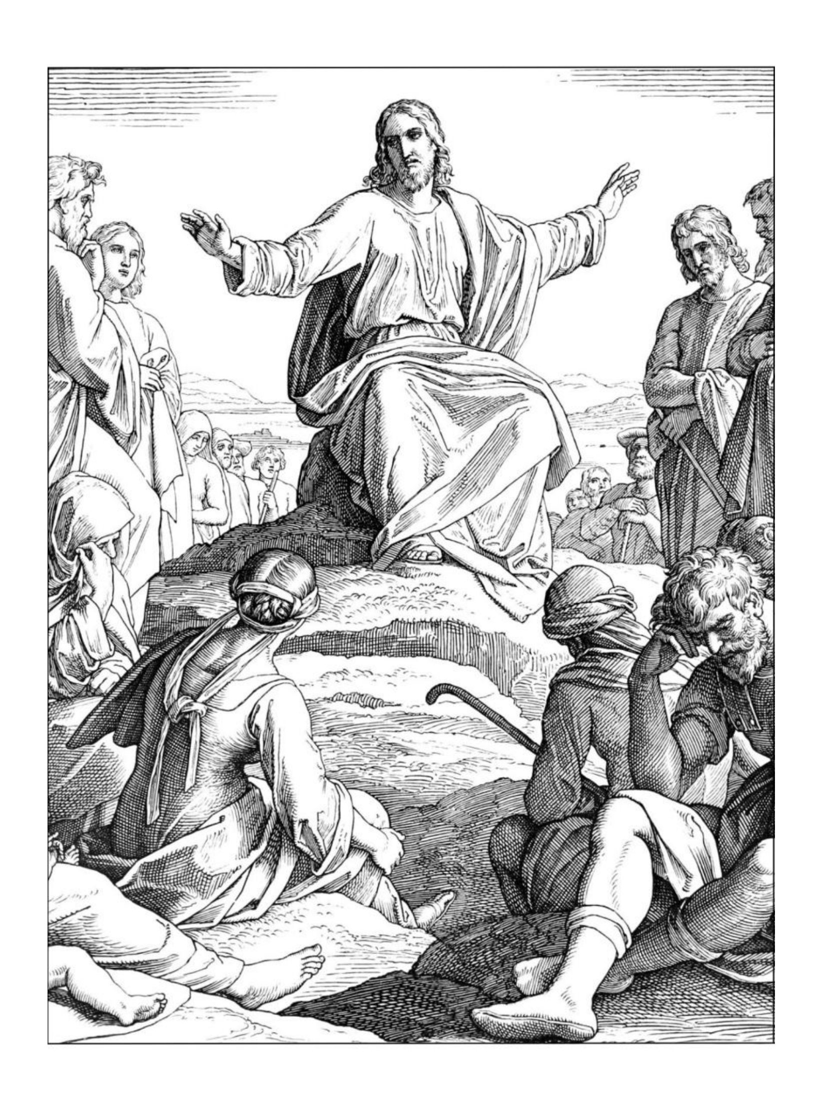
LAS BIENAVENTURANZAS. — La predicación del Salvador puede dividirse en discursos, parábolas y milagros. Indicaremos los principales. Al principio de su predicación el Salvador llevó a sus apóstoles a la cumbre de un monte. Una oleada de gente que le seguía se reunió a su alrededor para escucharlo. En esta ocasión pronunció aquel admirable discurso, que se conoce con el nombre de *Sermón de la montaña*. Se comprende en él toda la moral del Evangelio. Comenzaremos por las ocho bienaventuranzas, que son las siguientes:

I.— Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
II.— Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
III.— Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

IV.— Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.
V.— Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
VI.— Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
VII.— Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
VIII.— Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos será el reino de los cielos.

Continuación del sermón de la montaña. — Dirigiendo la palabra a sus discípulos, Jesús continuó así: *Vosotros sois la sal de la tierra. Ahora bien, si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se salará? De nada sirve, sino para ser arrojada al camino y pisoteada por la gente. Vosotros sois la luz del mundo; no se enciende la luz para ponerla bajo el celemín, ni para esconderla debajo de la cama o dentro de un tonel, sino que se pone en el candelabro, para que ilumine a todos los de casa. Así debe brillar vuestra luz ante los hombres, a fin de que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.*

Vuelto nuevamente al pueblo, prosiguió: *No creáis que he venido a anular la ley de Moisés, o los oráculos de los profetas; al contrario, he venido para cumplirlos. En verdad os digo que, si vuestra justicia no fuera más abundante que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: «No matarás.» Pero yo os digo que el que se irritare con su hermano será sometido a juicio; y quien le dijere loco será reo del fuego del infierno. Si estás a punto de presentar tu ofrenda en el altar, y te*



Sermón de la montaña

acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, pon tu ofrenda a los pies del altar, y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda. Cuando vais a orar perdonad antes a los demás sus faltas, para que vuestro Padre Celestial, de igual modo, perdone vuestros pecados. Mas, si vosotros no perdonáis, tampoco os perdonará vuestro Padre Celestial.

Habéis oído que se dijo: «Amarás a tu prójimo»; y los escribas han añadido: «Odiarás a tu enemigo.» Mas yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, bendecid a los que os maldicen y orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, el cual envía la luz del sol a buenos y malos, y la lluvia a justos y pecadores. Porque si amáis solamente a los que os aman, ¿qué mérito tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis tan sólo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis más que los demás? ¿No hacen lo mismo los gentiles? Sed, pues, perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos.

Intenciones del buen cristiano. — *No hagáis las obras buenas para que os vean los hombres. Cuando deis limosna, no toquéis la trompeta, antes bien ignore tu mano izquierda lo que hace tu derecha; de suerte que tu limosna quede oculta, y tu Padre, que ve en el secreto, te dará la recompensa.*

Y cuando hagas oración, entra en tu aposento y ora en secreto a tu Padre; y tu Padre, que ve en el secreto, te dará la recompensa.

Cuando ayunéis no pongáis cara triste, para que no echen de ver los hombres que tú ayunas; y tu Padre, que ve en el secreto, te dará la recompensa.

Cuidados del cristiano. — *No acumuléis tesoros en la tierra, donde los consumen el orín y la polilla, y donde los ladrones los desentierran y roban; sino haceos tesoros en el Cielo, donde no los puede consumir el orín y la polilla, ni pueden los ladrones desenterrarlos ni robarlos. Porque en donde está tu tesoro allí está tu corazón. Nadie puede servir a dos señores; no podéis, pues, servir a Dios y a las riquezas.*

No os preocupéis, pues, diciendo: «¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos?» Mirad cómo las aves del cielo no siembran ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. Y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se arroja al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? Los gentiles se afanan por todas estas cosas. Pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad. Buscad, pues, primero el reino y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura.

Juicios temerarios. — *No queráis juzgar, y no seréis juzgados; no queráis condenar, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados. Con la misma medida que midiereis, seréis medidos. ¿Cómo ves una paja en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que tienes en el tuyo? ¡Hipócrita! Quita antes de tu ojo la viga, y luego podrás tratar de quitar la pajuela del ojo de tu hermano. Haced, pues, a los demás lo que quisierais que se os hicieren a vosotros. En esto consiste la ley y los profetas.*

Habéis oído que fue dicho a los antiguos: «No seáis perjuros.» Mas yo os digo: de ningún modo queráis

jurar, mas sea vuestro hablar: sí, sí, no, no; porque lo que excede de esto, del mal procede.

Fin del sermón de la montaña. — Después de haber dado estas y otras instrucciones, concluyó Jesús su sermón con estas palabras: *El que escucha mis palabras y las practica, es semejante al hombre sabio que fundó su casa sobre piedra. Cae la lluvia y los vientos azotan dicha casa; pero no logran derribarla, porque está fundada sobre una roca firme. Al contrario, el que escucha mis palabras y no las practica es semejante al hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cae la lluvia, se desencadenan los vientos, la casa cruje y su ruina es espantosa.*

Cuando terminó de hablar, la multitud quedó extática de admiración, porque les había hablado con autoridad divina.

Jesús reprende a los fariseos. — Los profetas anunciaron que el Mesías sería contradicho por los de su pueblo, y especialmente por aquellos que más que ningún otro debían creer en él. Fueron éstos los **escribas y fariseos**[1]**,** enemigos jurados del Salvador.

---

[1] En tiempo del Salvador eran cuatro las sectas que dominaban entre los judíos: una era la de los ***Saduceos***, llamados así de Sadoc, del cual se consideraban discípulos. Negaban la inmortalidad del alma, la resurrección de los muertos, la existencia de los espíritus y otras muchas verdades. Era otra la de los ***Fariseos***, que hacían consistir toda su piedad en el porte exterior, creyendo lícita toda maldad, con tal que se hiciera en secreto. Esta secta fue la más numerosa y estimada cuando vino Jesucristo al mundo. Una parte de los judíos de nuestros días sigue aún la doctrina de los Fariseos. A los Escribas estaba

Jesús se hallaba en Galilea y fueron allá algunos fariseos de Jerusalén para censurar sus acciones. Como observaron que sus discípulos se ponían a comer sin lavarse antes las manos, le dijeron: *¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de nuestros antepasados, comiendo sin lavarse antes las manos?* Jesús, conociendo la maldad de su corazón les contestó: *¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» Observáis las tradiciones de los hombres lavándoos las manos y los vasos, y no observáis los Mandamientos divinos. Dijo Dios por Moisés: «Honra a tus padres; el que maldijere a su padre o a su madre, será castigado de muerte.» Pero vosotros enseñáis que quien ofrece al Templo lo necesario para el sustento de sus padres, cumple este mandamiento. De esta suerte por vuestra avaricia violáis los preceptos de Dios.* Y vuelto a la muchedumbre, dijo: *Escuchad y comprended: No mancha al hombre lo que entra por la boca, sino lo que de ella sale; porque del corazón y de la boca proceden los malos pensamientos, los homicidios, los hurtos, la avaricia, las maldades, los fraudes, los falsos testimonios, las impurezas, la soberbia y las blasfemias; cosas todas que hacen inmundo al hombre y dan muerte al alma; y no el comer sin haberse lavado antes las manos.* En otra ocasión le preguntaron los fariseos: *Maestro, es lícito o no, pagar el tributo al*

---

encomendado escribir la ley, interpretarla y explicarla al pueblo. La mayor parte eran fariseos.

También existían los ***Herodianos***, los cuales creían que era necesario someterse al dominio de los romanos, y que se podían seguir las prácticas de los paganos.

Y por último la de los ***Esenios***, que practicaban algunas virtudes, pero negaban la resurrección de los cuerpos.

César? Creían que diría que no, y por esto pensaban acusarle como enemigo del César, esto es, del Emperador Romano. Conociendo Jesús su malicia, les contestó: *Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda con que pagáis el tributo.* Se la presentaron. Y Jesús dijo: *¿Qué imagen se presenta en esa moneda? — El César,* le contestaron. — *Pues si es así,* concluyó Jesús: *dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.* Los fariseos se callaron.

Otras muchas veces intentaron sorprenderlo en sus palabras, pero siempre quedaron vergonzosamente confundidos.

Jesús habla del juicio universal. — Hablando un día Jesús del Juicio Universal, le preguntaron los Apóstoles cuándo tendría lugar y qué señales le precederían. Jesús les contestó: *Tened mucho cuidado para que nadie os engañe, porque vendrán varios que dirán: «Yo soy el Cristo», y seducirán a muchos. Oiréis hablar de guerras, de sediciones; se rebelará una nación contra otra y un reino contra otro reino; habrá pestes, hambres, terremotos en diferentes lugares. El cielo dará señales de gran espanto, pero esto no será sino el principio de los males. Cuando se haya predicado el Evangelio en todo el mundo, entonces vendrá el fin. Veréis la abominación en la ciudad Santa; la tribulación será grande, cual no la ha habido desde el principio del mundo ni la habrá jamás. Se levantarán falsos Cristos y falsos Profetas; los cuales obrarán tales prodigios y maravillas que engañarían hasta a los elegidos, si posible fuera. Pero acordaos que os lo he dicho; no les creáis. Si os dijeren: «Cristo está aquí. Cristo está allí», no salgáis. Después de la tribulación de aquellos días se obscurecerá el sol, la luna perderá su luz, caerán las estrellas del cielo, los*

elementos del aire estarán revueltos y los hombres temblarán de espanto. Entonces aparecerá en el cielo la señal del Salvador a quien todas las tribus de la tierra, golpeándose el pecho, verán venir sobre las nubes, con gran majestad. Él enviará a sus Ángeles quienes, con toques de trompeta y sonora voz, reunirán a los elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo al otro de los cielos. Vendrán numerosísimos escuadrones de ángeles, sentados con Él en el trono de su gloria. Reunidas todas las naciones delante de Él, separará a los buenos de los malos; y el Rey de la gloria dirá a los que están a su derecha: «Tenía hambre y me disteis de comer; tenía sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, era peregrino y me hospedasteis». Dirán los justos: «¿Cuándo hemos hecho esas obras?» Jesús contestará: «Lo que hicisteis a los desgraciados a mí lo hicisteis. Vosotros, pues, benditos de mi Padre celestial, venid a poseer el reino que os está preparado, desde el principio del mundo.» Se volverá, después, a los que están a la izquierda, los reprochará duramente, porque no tuvieron caridad con los pobres, y luego les dirá: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno.» Respecto al día en que acontecerán estas cosas nadie lo sabe, sino mi Padre celestial y aquellos a quienes le pluguiere revelarlo. Velad, pues, y orad, para que no os sorprenda. En verdad os digo que pasarán el cielo y la tierra, pero mis palabras no pasarán.

Jesús perdona a la Magdalena. — María Magdalena pertenecía a una rica familia de Betania. Tenía un hermano, llamado Lázaro, y una hermana, por nombre Marta, ambos de mucha virtud. Ella, sin embargo, se dejó alucinar por el mundo y se hizo una pecadora pública. Movida de la gracia divina, fue a

pedir perdón de sus culpas al Salvador. Lo encontró en la ciudad de Naím, en la casa de un fariseo, llamado Simón, que lo había invitado a comer con él. María al ver a Jesús, se arrojó a sus pies, y comenzó a lavarlos con sus lágrimas, a enjugarlos con sus cabellos, y a perfumarlos, con bálsamo. Al ver esto Simón, dijo para sí: *Si éste fuera profeta, sabría quién es esa mujer.* Jesús, que, como Dios, conoció sus pensamientos, vuelto a él, le dijo: *Simón, tengo que decirte una cosa. — Hablad, Maestro,* contestó. Jesús prosiguió: *«Dos deudores debían a un acreedor, el uno quinientos denarios y el otro cincuenta; el acreedor perdonó la deuda a ambos.» ¿Quién de los dos debe quedarle más agradecido?* Contestó Simón: *Aquel a quien perdonó más. — Has hablado bien,* replicó Jesús: *pues a ésta le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.* Y, dirigiéndose a ella, le dijo: *Tus pecados te son perdonados; tu fe te ha salvado, vete en paz.*

Este hecho nos enseña que por más numerosos que sean nuestros pecados, si nos presentamos arrepentidos a los pies de Jesús, y nos confesamos con firme voluntad de enmendarnos, alcanzaremos misericordia.

Jesús verdadero amigo de los niños. — Aunque el hijo de Dios se hizo hombre para salvar a todos los hombres, sobre todo dio a los niños, muestras de especial benevolencia. Cierto día, un grupo de jovencitos levantó tanto ruido a su alrededor, que los Apóstoles, fastidiados, lo quisieron dispersar. Jesús les dijo: *No, no los alejéis; dejad que los niños se acerquen a mí, porque de ellos es el reino de los cielos.* Los llamaba, les hacía caricias y les daba su bendición. Aconteció también que los Apóstoles insistían por saber quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos. Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo:

En verdad os digo que si no os hiciereis humildes y sencillos como niños, no entraréis en el reino de los cielos. El que se hiciere pequeño, como uno de estos niños, será el mayor en el reino de los cielos. Quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe a Aquel que me envió, esto es, a mi Padre celestial.

Y continuó: *Al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que, atándole al cuello una rueda de molino, le arrojaran al profundo del mar. ¡Ay del que da lugar a esos escándalos! Desgraciadamente hay escándalos en el mundo; mas ¡Ay del que los produce! Cuidaos mucho, pues, de despreciar a uno de éstos pequeñuelos, porque os digo que sus Ángeles custodios siempre ven en el cielo la faz de mi Padre celestial.* También obró muchos milagros en beneficio de los niños.

CAPÍTULO V

• El leproso y el criado del centurión • Jesús resucita a la hija de Jairo • Jesús resucita al hijo de una viuda • Multiplicación de los panes • Otras curaciones milagrosas • Jesús da la vista a un ciego de nacimiento • Resurrección de Lázaro.

EL LEPROSO Y EL CRIADO DEL CENTURIÓN. — Los hechos referentes a nuestro divino Salvador que hasta ahora hemos relatado nos lo dan a conocer, especialmente como hombre. Pero los milagros nos lo dan a conocer como Dios, puesto que, como estos no proceden sino de un efecto superior a toda fuerza creada, no pueden venir sino de Dios, único Ser que no ha sido creado, único Ser omnipotente y Señor de todas las cosas, y único Ser que, por consiguiente, puede suspender las leyes de la naturaleza.

Entre los milagros obrados por el Redentor, se encuentran el de la curación de un leproso. Se acercó al divino Maestro, le adoró, y, sumamente afligido, le dijo: *Señor, si quieres puedes curarme.* Jesús extendió la mano y lo tocó diciendo: *Quiero, sé sano*. E inmediatamente se curó de la lepra. Pero Jesús prosiguió: *No digas esto a nadie; ve, preséntate al sacerdote, y ofrece el don que mandó Moisés.* En la antigua alianza, cuando un leproso se curaba, tenía que presentarse a los sacerdotes, los cuales le declaraban limpio y absuelto. Esta absolución es figura de la absolución sacramental que en la ley nueva se da a los leprosos espirituales, esto es, a los pecadores.

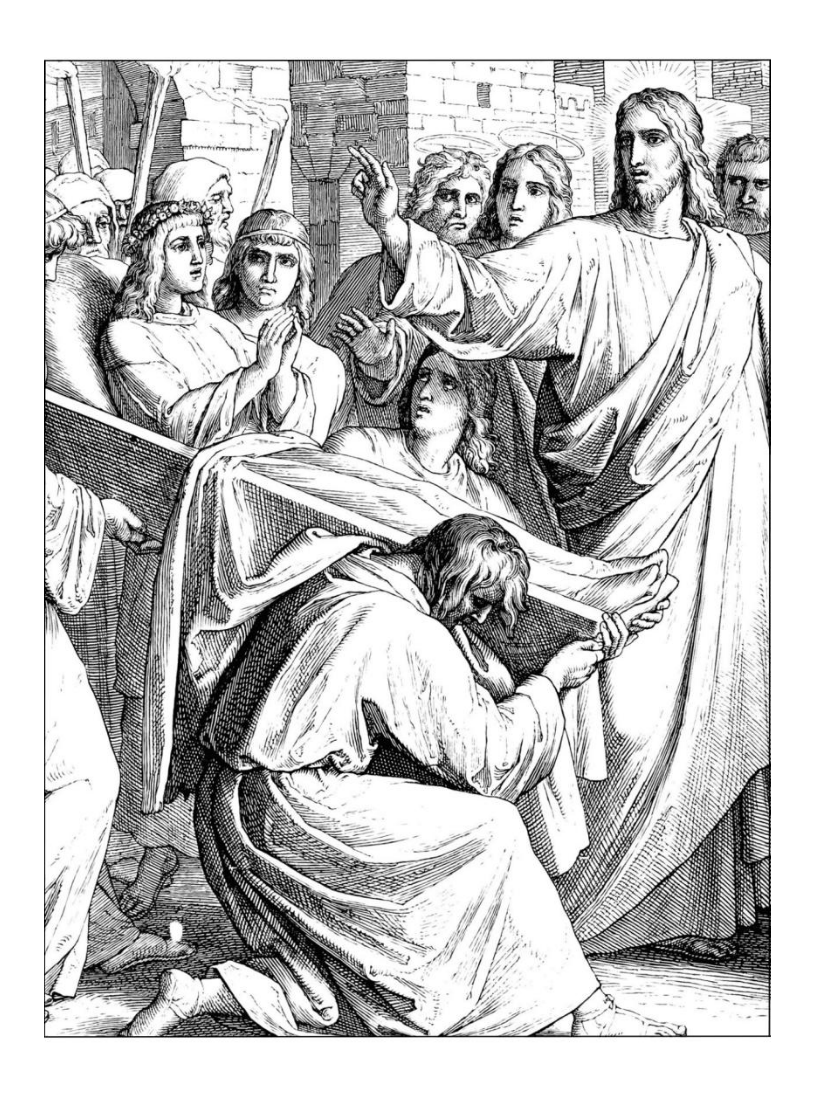
Después de esto, volvió Jesús a Cafarnaúm, y allí se presentó ante él un centurión romano, el cual le rogó diciendo: *Señor, mi criado está paralítico, postrado en cama y padece agudos dolores*. Jesús le contestó: *Yo iré y lo curaré.* El Centurión replicó: *Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa, mas di una sola palabra y mi criado quedará sano*. Al oír estas palabras dijo Jesús a los que le seguían: *En verdad os digo que no hallé tanta fe en Israel. Y os aseguro que muchos vendrán de Oriente y Occidente, y con Abraham, Isaac y Jacob, se sentaran al banquete del reino de los cielos: al paso que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes*. Dijo después al Centurión: *Ve, y que se haga según has creído*: y en el mismo momento el criado quedó sano.

Jesús resucita a la hija de Jairo. — Jairo, jefe de la Sinagoga de Cafarnaúm, tenía una hija de doce años, enferma de muerte; y, al saber que Jesús entró en la ciudad, corrió a arrojarse a sus pies, y le rogó que fuera a su casa a curarla. Jesús se puso luego en marcha,

seguido de la multitud, entre la cual iba una mujer que por espacio de doce años padecía flujo de sangre. Corría para alcanzarlo y decía para sí: *Si llego a tocar el ruedo de su manto, quedaré sana.* Cuando estuvo cerca, tocó el ruedo, y al instante quedó perfectamente curada; Jesús miró a su alrededor para ver quién lo había tocado, y asustada y temblorosa la mujer, se echó a sus pies. Jesús le dijo: *Alégrate, hija, tu fe te ha salvado.*

Entretanto llegó la noticia de que la hija de Jairo había muerto; así, pues, al llegar Jesús a casa de aquél, halló a hombres y mujeres llorando y preparando las cosas necesarias para el entierro. Jesús se dispuso a obrar un milagro, dijo: *Apartaos, porque la niña no ha muerto, sino que duerme.* Quería con esto decir que la resucitaría con la misma facilidad con que se despierta a una persona que duerme. Pero los que estaban allí sabían que estaba muerta y se burlaban de Él. Luego que despidió a todos, entró con el padre y la madre de la niña, y los tres apóstoles Pedro, Juan y Santiago en el aposento de la difunta. La tomó de la mano y dijo: *Niña, levántate.* Y al instante se levantó, y empezó a caminar; y curada ya de todo mal, comió en presencia de todos.

Jesús resucita al hijo de una viuda. — Cierto día, entrando Jesús en la ciudad de Naím, encontró una gran multitud que llevaba a enterrar a un difunto al cementerio. Era un joven, hijo único de una viuda la cual seguía el féretro, llorando sin consuelo. Jesús se compadeció de ella y le dijo: *No llores.* Y, acercándose al ataúd, detuvo a los que lo llevaban, los cuales se pararon y lo pusieron en el suelo. Entonces el Salvador exclamó en voz alta: *Te mando, joven, que te levantes.* Y el joven inmediatamente se levantó y comenzó a hablar. Jesús lo tomó de la mano y se lo devolvió a su



Jesús resucita al hijo de la viuda de Naím



Multiplicación de los panes

madre, la cual se llenó de gozo. Todos los que presenciaron este milagro, glorificaban a Dios diciendo: *Un gran profeta ha aparecido entre nosotros. Verdaderamente el Señor ha visitado a su pueblo.*

Jesús multiplica los panes. — Un día Jesús se dirigió al desierto, acompañado de una inmensa muchedumbre que lo seguía de todas partes. Al ver tanta gente, comenzó a instruirla en la fe y a curar a los enfermos, y, sin que nadie se diera cuenta, anocheció. Los discípulos le dijeron que despidiera a aquella multitud, porque estaban en un lugar desierto, y les faltaba todo sustento. Jesús les contestó: *No conviene que se marchen en ayunas, pues podrían desfallecer en el camino; dadles de comer*. Felipe replicó: *No son suficientes doscientos denarios de pan para dar un pedazo a cada uno.* Jesús preguntó: *¿Cuántos panes tenéis?* Andrés le contestó: *Hay aquí un joven que tiene cinco panes y dos peces. ¿Pero qué es esto para tanta gente?* Dijo Jesús: *Traédmelos y haced que todos se sienten sobre la hierba.* Se sentaron, y había allí cerca de cinco mil hombres sin contar las mujeres y los niños. Tomó Jesús los cinco panes y los dos peces, levantó los ojos al cielo, los bendijo, y se los entregó a los Apóstoles, para que los distribuyeran entre la multitud. Los panes y los peces se multiplicaron de tal modo, que todos quedaron satisfechos. Luego que comieron, mandó Jesús que recogieran lo que había sobrado y se llenaron doce canastos. Al presenciar este milagro, las personas decían estupefactas: *Éste es verdaderamente el profeta que debía venir al mundo.* Entre tanto querían hacerlo rey; pero Él se retiró a un monte a hacer oración.

El mismo milagro se repitió en otra ocasión, alimentando abundantemente a algunos millares de personas con pocos panes.

Otras curaciones milagrosas. — Algunas enfermedades puede curarlas el hombre, con tiempo y con remedios adecuados; pero devolver la salud al instante y sin remedio alguno, es sólo propio de Dios autor de la vida y de la muerte. Por esto Jesús, siendo verdadero Dios, curó de este modo enfermedades que hasta entonces se tenían por incurables, y resucitó también a algunos muertos. A los milagros antes narrados, añadiremos los siguientes:

En la ciudad de Sidón le llevaron un sordomudo para que lo curara. Jesús lo llamó aparte, le puso los dedos en las orejas, le tocó la lengua con su saliva, y alzados los ojos al cielo, dijo: ***Abríos***; y de súbito se abrieron sus oídos, se soltó su lengua y comenzó a hablar claramente.

En Betsaida le presentaron un ciego; también le tocó los ojos con saliva y le impuso las manos, le devolvió el uso de la vista.

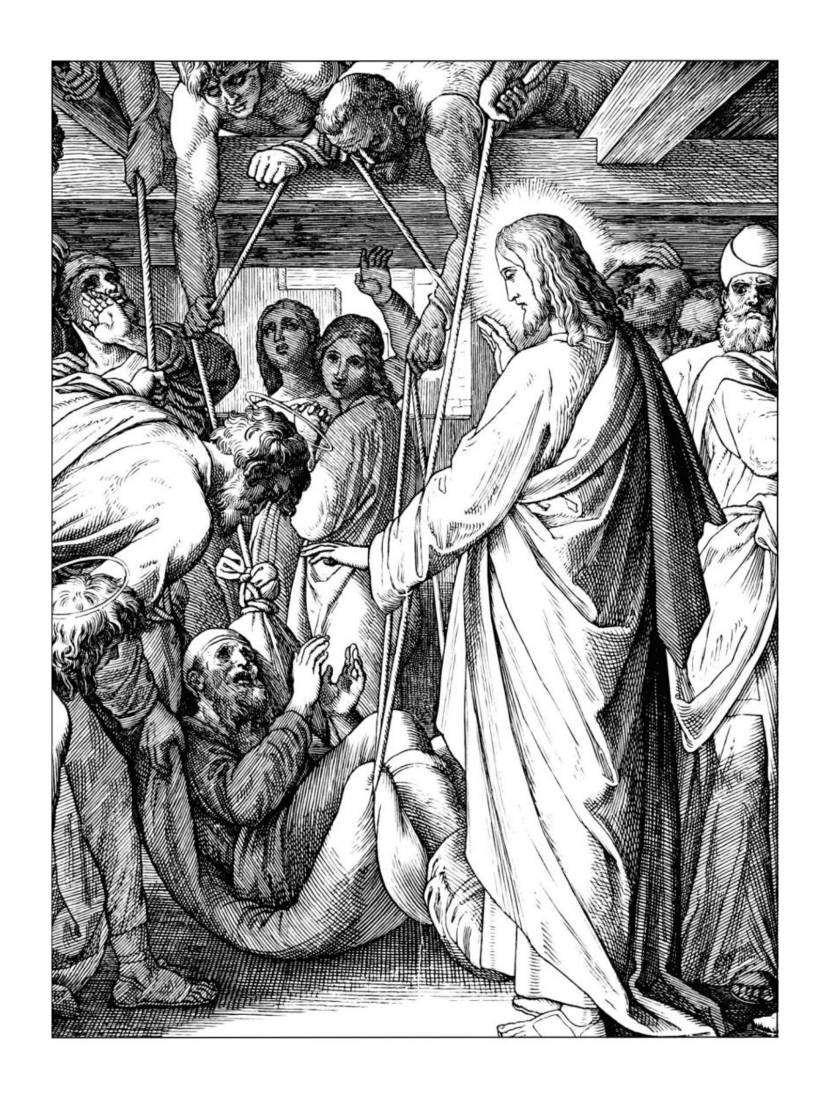
Había en Cafarnaún un endemoniado que daba gritos contra Jesús; Éste le dijo: *Calla y sal de este hombre*. El demonio echó inmediatamente a aquel hombre al suelo, dejándolo como muerto, pero después salió de su cuerpo y quedó perfectamente sano.

En la misma ciudad estaba la suegra de Pedro, postrada en cama, con fiebre muy fuerte. Jesús le mandó que se levantara, y al instante quedó sana.

De todas partes le llevaban enfermos de toda clase y endemoniados, que siempre curaba. En Cafarnaúm algunas personas le quisieron presentar un paralítico; pero, como la muchedumbre que lo rodeaba, le impedía el paso, lo subieron sobre el tejado de la casa donde estaba, y desde allí lo bajaron en su catre a los pies del Salvador. Al ver la fe de estos hombres, Jesús dijo al paralítico: *Hijo, perdonados te son tus pecados*. Al oír estas palabras dijeron los fariseos para sus adentros:

Este blasfema. ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios? Jesús, que, como Dios, adivinaba todos sus pensamientos, añadió: *¿Es más fácil decir: Te son perdonados tus pecados, o levántate y anda? Ahora bien; para que sepáis que tengo poder de perdonar los pecados: Levántate,* dijo al paralítico, *toma tu lecho, y vete a tu casa.* A este mandato divino el paralítico se levantó, y en presencia de todo el pueblo tomó su lecho y se fue a su casa glorificando a Dios por el gran favor recibido. En todas las curaciones obradas por el Divino Salvador debemos admirar la singular bondad con que primero curaba los males del alma y después los del cuerpo, dándonos de esta manera la importante lección de que debemos limpiar nuestra conciencia antes de acudir a Dios en nuestras necesidades corporales.

Jesús da la vista a un ciego de nacimiento. — Había un hombre ciego de nacimiento, a quien Jesús tocó los ojos con un poco de lodo y dijo: *Ve y lávate en la piscina de Siloé.* Fue, se lavó y recibió la vista. Los obstinados fariseos lo llamaron y le dijeron: *¿Quién te ha curado?* Contestó: *Ese hombre, que se llama Jesús, me ha curado. Da gloria a Dios,* le replicaron, *nosotros sabemos que el que te ha curado es un pecador.* Él les dijo: *Yo no sé si es pecador, pero es lo cierto que yo estaba ciego y ahora veo la luz.* Le volvieron a preguntar: *¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te abrió los ojos? —Ya os he dicho,* les contestó, *que aquel hombre que se llama Jesús hizo lodo y me cubrió los ojos con él, diciéndome que fuera a lavarme a la piscina de Siloé, y así cobré la vista. ¿Por qué me preguntáis esto otra vez? ¿Queréis, tal vez, ser también vosotros sus discípulos?* Al oír estas palabras lo maldijeron y le contestaron: *Sé tú su discípulo, si quieres: nosotros seguimos las doctrinas de Moisés. Éste no sabemos de dónde es.* A lo



Jesús cura al paralítico de Cafarnaúm

que dijo aquél: *Es extraño que no sepáis su origen, habiéndome dado la vista. Si éste no fuese de Dios, no podría obrar tales cosas.* Irritados y confundidos los fariseos, contestaron: *Estás lleno de pecados desde tu nacimiento ¿y quieres ser nuestro maestro?* Y lo echaron fuera. Pero él, al encontrar a Jesús sabiendo que era el Mesías esperado, se postró a sus pies, lo adoró y se hizo discípulo suyo.

Resurrección de Lázaro. — La casa de Lázaro, especialmente después de la conversión de la Magdalena, era el albergue de los predicadores del Evangelio, y hasta el Salvador mismo más de una vez se había hospedado en ella. Mientras predicaba, al otro lado del Jordán, fueron a anunciarle que Lázaro estaba gravemente enfermo. Jesús tardó un poco, antes de ir a verlo, y llegó a los cuatro días de haber sido sepultado. María Magdalena estaba triste en su casa, en compañía de algunos judíos que habían ido de Jerusalén para consolarla. Su hermana Marta, sabiendo que Jesús iba a visitarlas, salió a recibirlo, y luego que lo vio, le dijo: *Señor, si tú hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto*. Ella fue a donde estaba su hermana y le dijo en secreto que Jesús había llegado. María se puso de pie inmediatamente, corrió a dónde Él estaba y le dijo con los ojos arrasados de lágrimas: *Señor si tú hubieras estado aquí mi hermano no habría muerto.* Jesús se conmovió y se turbó a la vista de aquel llanto, preguntó dónde estaba, lo llevaron al sepulcro que había sido cerrado con una losa. Al ver esto, el Salvador se conmovió tanto que comenzó a llorar. Por esto dijeron los judíos: *¡Ved cómo lo amaba!* Otros decían: *Éste que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no habría podido impedir que muriese?* Jesús se conmovió nuevamente, y mandó luego que se quitara la losa que

cubría el sepulcro. Entonces dijo Marta: *Ha cuatro días que está muerto, y ya hiede.* Jesús replicó: *¿No te dije acaso que si tuvieras fe verías la gloria de Dios?* Quitaron la piedra, y alzados los ojos al cielo, y después de haber dado gracias al Padre, que siempre lo había escuchado, gritó: *Lázaro, sal fuera.* A estas palabras, Lázaro atado de pies y manos y cubierto el rostro con un velo salió inmediatamente. Jesús dijo a los Apóstoles: *Desatadlo y dejadlo ir.* Así tuvo lugar la resurrección de Lázaro. Lázaro en el sepulcro es imagen del hombre en pecado. Puede resucitar de la muerte del alma, si corresponde a la voz del Señor que lo llama a penitencia, y, si los sacerdotes lo absuelven, quedará libre de sus pecados.

CAPÍTULO VI

• Parábola de la oveja descarriada • Del hijo pródigo • De las diez vírgenes • Del rico Epulón.

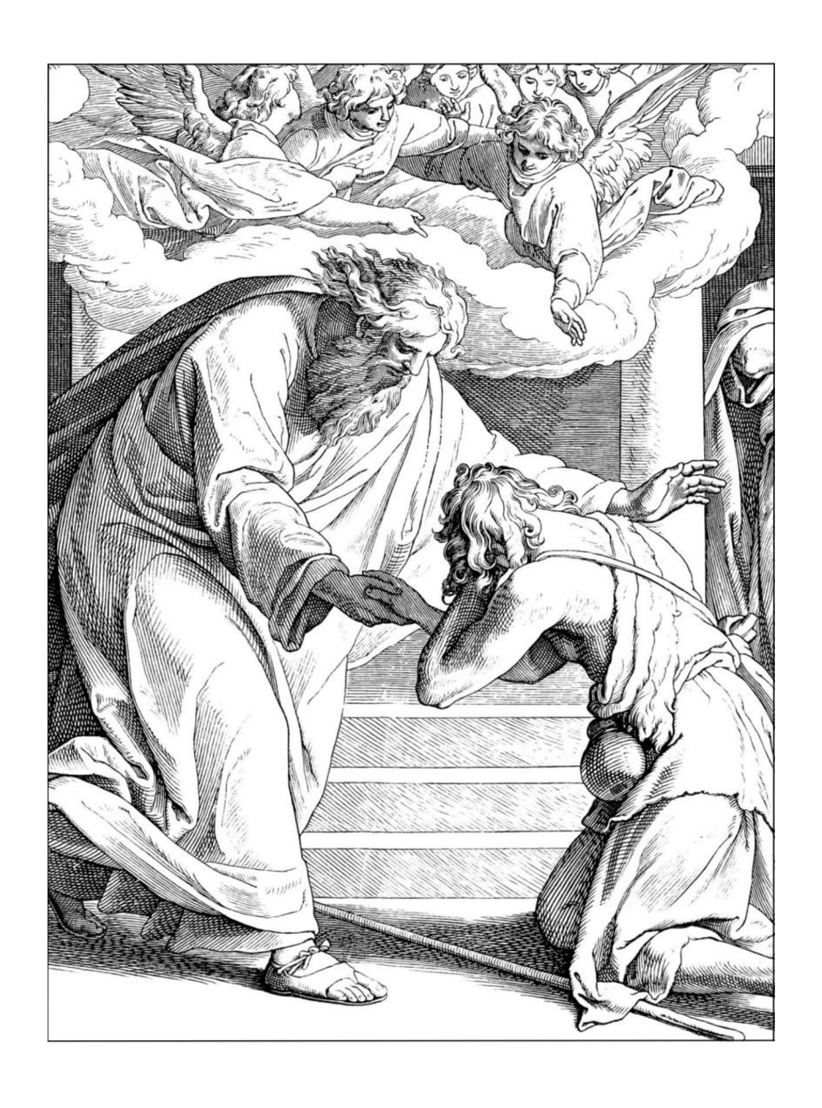
Las **parábolas** son ejemplos, o similares, tomados de lo que generalmente sucede entre los hombres. Se usaban mucho en la antigüedad, especialmente entre los judíos; y el Salvador se sirvió con frecuencia de ellas para explicar las verdades de la fe. Con esto se cumplió lo que dijo un profeta del Mesías con estas palabras: *Abrirá su boca y con parábolas pondrá de manifiesto su doctrina.*

La oveja descarriada. — Jesucristo se hizo hombre para salvar a los pecadores y de muy buena gana se entretenía con ellos, y a veces iba a sus casas a comer. Pero los escribas y fariseos, sus jurados enemigos, murmuraban contra Él, porque los recibía con tanta benevolencia. Para confundirlos Jesús y al mismo

tiempo explicarles cuánto deseaba la vuelta del pecador a penitencia, expuso una parábola, donde, cual buen pastor de las almas, va en busca del pecador, representado en la ovejita extraviada.

Dijo así: *Un pastor llevó a apacentar cien ovejas, y al volverlas al aprisco, echó de ver que no había más que noventa y nueve. Con el corazón adolorido dejó a éstas en el camino, y fue por valles y montes en busca de la que se había alejado de las otras. Luego que la encontró, se la echó al hombro, y llegado a casa, llamó a sus amigos y vecinos y les dijo: «Regocijaos conmigo, porque he hallado a mi ovejilla extraviada.» De igual suerte digo a vosotros,* concluyó el Salvador, *que habrá más regocijo en el cielo por un pecador que se convierte, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia.*

Parábola del hijo pródigo. — Para demostrar la suma bondad con que la divina misericordia recibe a los pecadores arrepentidos, dijo el Salvador la siguiente parábola: *Un padre tenía dos hijos a los cuales daba con abundancia cuanto les era necesario. El más joven, llevado por el deseo de sacudir el yugo paterno, se presentó un día a su padre y le dijo: «Padre, dame la parte de herencia que me pertenece.» Se la dio el padre, con mucho pesar. Entonces el incauto joven, reunido todo lo que le había tocado, se fue a tierras lejanas, y entregándose a los vicios derrochó en poco tiempo todo su haber. Sobrevino en aquellas comarcas una gran carestía y el joven se vio obligado a entrar al servicio de un amo, que lo mandó a guardar cerdos en su granja. Trabajado el infeliz por el hambre, deseaba sustentarse con las bellotas que servían de pasto a aquellos inmundos animales; pero no podía satisfacer con ellas su hambre. Reflexionando entonces, iba*



Parábola del hijo pródigo

diciendo: «¡Cuántos siervos en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! ¡Ah! Quiero dejar este miserable estado, volveré a mi padre y le pediré perdón.» Dicho esto, se puso en marcha hacia la casa de su padre. Afligido éste por la ausencia del hijo, lo esperaba todos los días; y al verlo venir de lejos, corrió a él conmovido, lo abrazó y lo besó. El hijo, arrepentido, se postró a sus pies y le dijo: «Padre, pequé contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» El padre lo levantó sin contestar, y lleno de alegría dijo a sus domésticos. «Traed pronto aquí el mejor vestido, ponedle el anillo en el dedo y los zapatos en los pies, matad el ternero más gordo, convidad a los amigos y hagamos fiesta; porque este hijo mío había muerto, y ha resucitado; se había perdido, y ha sido hallado.»

El hijo mayor, que siempre había sido fiel a su padre, al volver del campo oyó la música y vio la alegría que reinaba en su casa, y cuando supo que todo esto se hacía porque su hermano derrochador había vuelto, se lamentó con su padre, como si hubiera usado de más bondad con aquel hijo díscolo que con él, que siempre le había obedecido. Su padre le contestó: «Hijo mío, tú siempre estás conmigo; todo lo que poseo te pertenece. ¿No era conveniente hacer fiesta hoy que tu hermano ha vuelto? Estaba muerto, y ha resucitado; se había perdido, y ha sido hallado.»

La acogida que hizo este padre a su hijo representa la que hace Dios al pecador cuando vuelve a Él arrepentido.

Parábola de las diez vírgenes. — El Salvador para animarnos a cuidar de todo aquello que concierne a nuestra salvación, propuso la parábola de las diez

vírgenes, de la manera siguiente: *El reino de los cielos es semejante a diez vírgenes, que salieron con sus lámparas a recibir al esposo. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Las primeras tomaron las lámparas, pero no aceite. Las segundas tomaron lo uno y lo otro. Tardando en llegar el esposo, se pusieron a descansar y se durmieron. A media noche se dejó oír una voz que dijo: «He aquí que llega el esposo, salid a recibirlo.» Se levantaron todas y arreglaron sus lámparas; las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.» Aquellas les contestaron: «Para que no llegue a faltarnos a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y compradlo.» Mientras iban llegó el esposo, y las prudentes lo acompañaron y entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Al poco rato llegaron las otras y dijeron: «Señor, abridnos también a nosotras.» Mas él les contestó: «En verdad os digo que no os conozco.»*

Por el reino de los cielos se entiende el presente estado de la Iglesia, y en las vírgenes prudentes están representados los que, viviendo en el mundo, tratan de adornarse de virtudes para la otra vida, y por esto serán recibidos en las bodas del esposo celestial que es Jesucristo. Las vírgenes necias son una imagen de aquellos que se apegan demasiado a las cosas del mundo, de manera que, cuando comparezcan ante el divino Juez, se hallarán privados de buenas obras, y serán, por consiguiente, excluidos del Paraíso.

Parábola del rico Epulón. — Con la parábola del rico Epulón, el Salvador quiso enseñarnos el buen uso que debemos hacer de las riquezas. *Había un hombre, dijo, que vestía con mucho boato, y todos los días se*

complacía en preparar opíparos banquetes. Había asimismo un mendigo, llamado Lázaro, cubierto de llagas, que yacía a la puerta del rico, y que muerto de hambre deseaba hartarse con las migajas que caían de la mesa del rico, pero no había quién se las diera. Los perros, más compasivos que el amo, iban y le lamían las llagas. Poco tiempo después murió Lázaro y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; esto es: al lugar donde descansaban las almas de los justos que morían antes de la venida del Redentor.

También murió el rico, pero su alma fue sepultada en los infiernos. En medio de los acerbísimos tormentos que allí se padecen, permitió Dios que el rico Epulón alzara sus ojos y viera a Lázaro en el seno de Abraham. «Padre Abraham, exclamó, te ruego que me envíes a Lázaro, para que, mojando su dedo en el agua, deje caer una gota en mi lengua, porque esta llama me causa horribles tormentos.» Abraham le contestó que merecía aquellas penas, porque había usado mal de los bienes en su vida, y que era justo que Lázaro, que no había tenido más que sufrimientos, estuviera en la posesión de aquella gloria; que había un inmenso abismo entre ellos, y que no podrían jamás aproximarse. Entonces dijo el rico: «¡Ah! Otórgame, al menos, este favor; envíalo a casa de mi padre a anunciar a mis hermanos mi miserable estado, a fin de que no vengan ellos también a padecer estos atroces tormentos». Contestó Abraham: «Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen.» Él replicó: «Si alguno de los muertos fuera a ellos harían penitencia.» Dijo por fin Abraham: «Si no creen a Moisés ni a los profetas, tampoco creerán, aunque resucite un muerto.»

¡Ah! ¡Cuán infeliz es el estado de los condenados en el infierno, donde, en tan horribles tormentos, no tienen

siquiera el alivio que podría dar una pequeña gota de agua!

CAPÍTULO VII

• La Transfiguración de Jesucristo • Jesús predice su pasión y resurrección • Concilio de los fariseos • Jesús entra triunfante a Jerusalén • Celebra la Pascua • Institución de la Eucaristía • Lavatorio de los pies • La negación de Pedro y la venida del Espíritu Santo.

LA TRANSFIGURACIÓN DE JESUCRISTO. — Cierto día el Redentor condujo a Pedro, a Santiago y a Juan sobre el Tabor, que es un monte alto de Palestina. Sobre este monte y en presencia de dichos Apóstoles se transfiguró de tal modo, que su semblante resplandecía como el Sol, y sus vestiduras quedaron blancas como la nieve. En aquel momento aparecieron Moisés y Elías que empezaron a conversar con Él. Admirado ante aquel espectáculo celestial, dijo Pedro a Jesús: *Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías.* Mientras tanto, una nube luminosa los envolvió y se oyó una voz que decía: *Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle.* Estupefactos los discípulos cayeron en tierra boca abajo: mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y les dijo: *Levantaos, no temáis.*

Y alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino solo a Jesús, quien, al descender del monte, les dijo: *No manifestéis esta visión a ninguno antes de mi resurrección.*

Por este hecho Jesús manifiesta ser Hijo de Dios Eterno como Él y predice al mismo tiempo que resucitará por su propia virtud.

Jesús predice su pasión y resurrección. — En varios pasajes del Antiguo Testamento se anuncia la pasión dolorosísima de Jesucristo de un modo tan palpable, que las predicciones de algunos profetas parecen más bien la exposición de un hecho ya acontecido. Además, él mismo, casi al principio de su predicación, anunció a sus discípulos que iría a Jerusalén; que allí sufriría mucho por mano de los ancianos y de los escribas del pueblo judío; que, por último, le darían muerte, pero que había de resucitar al tercer día. Otras veces recomendaba a sus Apóstoles que no revelaran alguno de los milagros que hacía hasta después de su resurrección. Cierto día dijo a muchas personas que lo escuchaban: *Así como estuvo Jonás tres días en el vientre de un pez, así estaré yo tres días en el seno de la tierra*. Y en otra ocasión: *Destruid este templo y yo lo reedificaré en tres días.*

El templo del que hablaba era su cuerpo, que había de resucitar tres días después de muerto.

Concilio de los Fariseos. — Los fariseos trataron muchas veces de poner preso a Jesús, pero nunca lo consiguieron, porque aún no había llegado su hora. Un día convocaron un concilio para tratar qué clase de muerte le habían de dar, y uno de ellos, llamado Caifás, que era pontífice en aquel año, dijo: *Conviene que muera uno por el pueblo, para que no perezca toda la nación.* Esto no lo decía de su propia cabeza, sino inspirado; pues, siendo pontífice aquel año, profetizó que Jesús tenía que morir para salvar a todo el mundo. Por esto ordenaron que, si alguien sabía dónde estaba, lo denunciara para capturarlo. Judas Iscariote, pérfido traidor de su maestro, se presentó ante ellos y les dijo: *¿Cuánto me daréis si os lo entrego?* Mucho se alegraron los príncipes de los sacerdotes al oír esto, y le ofrecieron



La transfiguración de Jesús en el monte Tabor

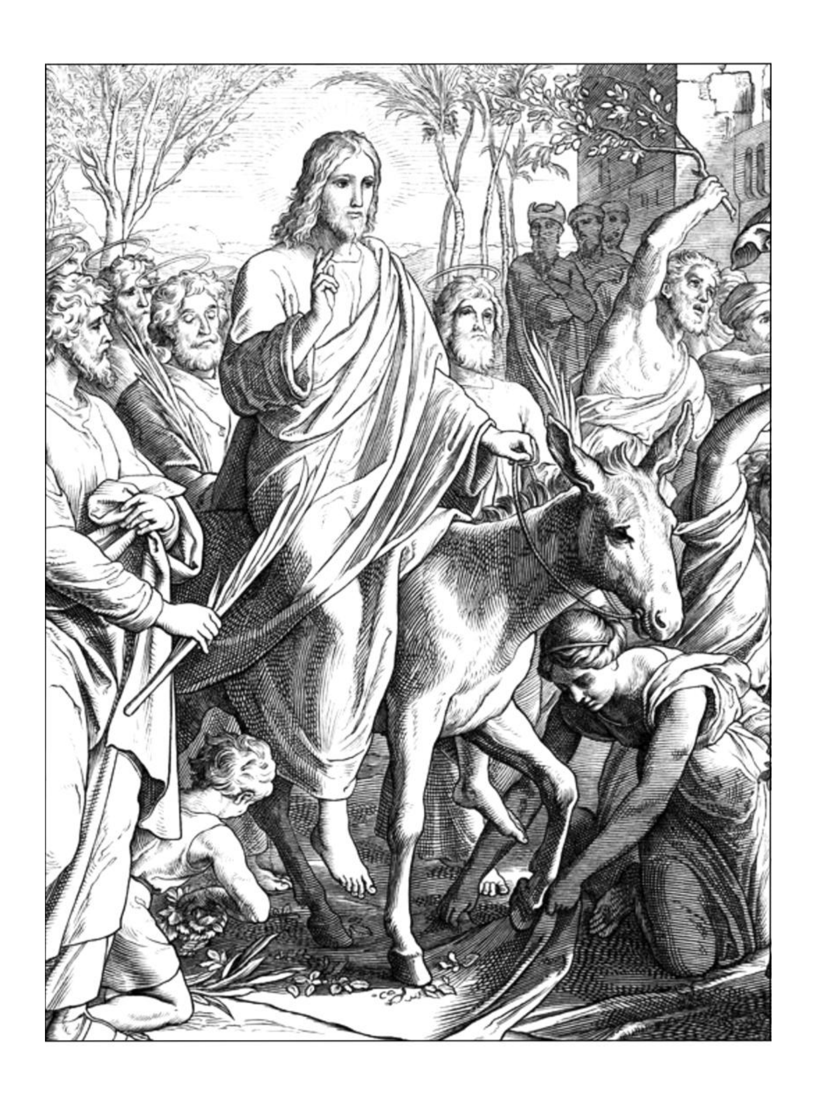
treinta denarios de plata. Judas aceptó la oferta; y, para que lo conocieran mejor, les dijo: *Aquel que yo besare es Él; prendedle*. Entre tanto aguardaba la ocasión más oportuna para llevar a cabo su traición.

Jesús entra triunfante a Jerusalén. — Esta entrada de Jesús en Jerusalén fue acompañada de circunstancias, anunciadas por los profetas, que redundan en su gloria. Cuando se hallaron cerca del castillo de Betfagé, dijo a sus discípulos: *Id a ese castillo, que está enfrente de nosotros; allí hallaréis un asna atada y su pollino; desatadlos y traédmelos*. Se pusieron en marcha, hallaron a la jumenta y al pollino; pusieron en él sus vestidos y subió a él Jesús, para que, entrando en Jerusalén, se cumplieran estas palabras de los profetas: *Decid a los habitantes de Jerusalén: «He aquí que viene a vosotros vuestro rey, sentado sobre el pollino de una jumenta.»* Cuando se supo que Jesús llegaba, una muchedumbre del pueblo salió a recibirlo. Algunos llevaban palmas en las manos, otros esparcían ramas de árboles por el suelo, y otros extendían sus vestidos por donde él tenía que pasar; y conmovidos al verlo, gritaban llenos de gozo: ***Hosanna***[2] *al Hijo de David. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.* Con esas palabras públicamente le reconocían como Mesías y Salvador de los hombres.

Jesús echó una mirada a aquella ciudad y a aquella multitud, y, pensando en las desventuras que le aguardaban, dijo llorando: *¡Ah! ¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Si conocieras cuánto importan para tu salvación las cosas que en este día acaecen! Mas ahora tus ojos no lo ven. Llegará día en que te sitiarán tus enemigos, te*

---

[2] **Hosanna** es una aclamación que significa salud, salve, viva.



Nuestro Señor Jesucristo entra triunfante en Jerusalén, aclamado por la multitud con palmas y ramos

pondrán en grandes aprietos, te destruirán, matarán a tus hijos, y no dejarán de ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita.

Después de que entró en Jerusalén, todos los ciudadanos se conmovieron y, dando gritos de alegría, le acompañaron hasta el templo. Al llegar vio que se vendía y compraba en él públicamente, y como ya lo había hecho en otra ocasión, echó a esos traficantes y dijo: *Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.* Al ver estos hechos asombrosos, hasta los niños, llenos de respeto, gritaban: *Hosanna al hijo de David.* Los príncipes y sacerdotes, que no oían esto de buena gana, decían a Jesús: *Pero ¿oyes lo que dicen éstos? — Lo oigo,* les dijo: *pero ¿no habéis leído que de la boca de los niños se rendirá perfecta alabanza? Os digo que si éstos callaran, hablarían las piedras*. El Señor se complace mucho en las alabanzas que le tributan los niños.

Celebra la pascua. — A pesar de lo que los escribas y fariseos tramaban, Jesús no dejaba de predicar todos los días en el templo, pero por la noche, se retiraba a casa de Lázaro en Betania, o subía al monte de los Olivos. Como se acercaba el tiempo en que debía empezar su pasión, Jesús quiso comer por última vez el Cordero pascual con sus discípulos. El día antes de su muerte, envió a Jerusalén a sus apóstoles Pedro y Juan, para que prepararan cuanto era necesario. Sentado a la mesa con sus discípulos, después de haber comido algo, de repente se turbó y les dijo: *Uno de vosotros que está aquí sentado me entregará*. Al oír estas palabras, llenos de horror y tristeza, dijeron uno tras otro: *¿Soy yo tal vez, Maestro?* Jesús contestó: *El que pone conmigo la mano en el plato me entregará*. También Judas con horrible descaro se atrevió a preguntar: *¿Soy yo,*

Maestro? Jesús le contestó: *Sí, eres tú; mas ¡Ay de aquel que me entregara! Mejor le fuera no haber nacido.*

Esto no bastó, para hacer cambiar de propósito a Judas; antes bien se obstinó cada vez más en llevar a cabo su traición.

Institución de la Eucaristía. — En esta última cena el Salvador dio a los hombres la señal más evidente del amor que les profesaba, instituyendo el Sacramento de la Eucaristía. Hacia el fin de la cena dijo a sus Apóstoles: *Con gran deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros, antes que padezca.* Y, mientras decía esto, tomó pan, dio gracias a Dios, lo bendijo, lo partió y se los dio diciendo: *Tomad y comed, este es mi cuerpo.* De igual modo tomó un cáliz, lo bendijo y se lo entregó diciéndoles: *Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, sangre de la nueva y eterna alianza, sangre que será derramada por vosotros y por muchos en remisión de los pecados. Cuando hagáis esto, hacedlo en memoria de mí.* Así tuvo lugar la institución del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, en que el Salvador, bajo las especies de pan y vino, nos entrega su Cuerpo y Sangre para alimento espiritual de nuestras almas, mediante la facultad de consagrar, otorgada a los sacerdotes. Tengamos siempre presente que este Sacramento no es simplemente un recuerdo de lo que ha hecho Jesús, sino que en él se da al hombre el mismo Cuerpo y la misma Sangre que Jesús sacrificó en la cruz. *El Cuerpo que será sacrificado por vosotros,* dice la Biblia.

Lavatorio de los pies. — Concluida la sagrada Cena, Jesús se levantó de la mesa, se ciñó una toalla, echó agua en una vasija, y empezó a lavar los pies a sus

discípulos. Al llegar a Pedro, éste le dijo: *¿Tú me lavas a mí los pies? Sí, Pedro,* contestó Jesús. Pedro replicó: *Yo no permitiré jamás semejante cosa. Si no te lavara los pies,* le volvió a decir Jesús, *no tendrás parte conmigo.* Entonces le dijo Pedro: *Si es así lávame no solo los pies, sino también las manos y la cabeza.* Cuando terminó de lavar los pies a todos los Apóstoles les dijo: *¿Sabéis lo que he hecho? Si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros tenéis que seguir mi ejemplo y lavaros los pies los unos a los otros.*

Con este hecho quiso el Redentor darnos ejemplo de humildad, y enseñarnos a no tener vergüenza de prestar cualquier servicio, siempre que ello sea una obra de caridad a nuestro prójimo.

La negación de Pedro y la venida del Espíritu Santo. — Concluida así la Última cena, Jesús dijo a sus discípulos: *Poco tiempo permaneceré con vosotros. Una cosa os recomiendo encarecidamente, y ésta es que os améis los unos a los otros. Por esto todos conocerán que sois mis discípulos, si os amáis mutuamente.* Cuando dijo: *Poco tiempo permaneceré aún con vosotros*, Pedro le preguntó: *¿Señor, adónde quieres ir? Yo te seguiré a todas partes, aunque tuviera que dar por ello mi vida.* Jesús contestó: *Simón Pedro, el demonio anda en busca de ti. En verdad te digo: Esta misma noche, antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres. Yo he rogado por ti, para que no desfallezca tu fe; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos.*

Les prometió en seguida que, después de su muerte y resurrección, les enviaría el Espíritu Santo, con estas palabras: *Si me amáis, observad mis mandamientos; y yo rogaré a mi Padre celestial, el cual os enviará el Espíritu de verdad. Él os enseñará todas las cosas, y os*



Nuestro Señor Jesucristo come la última cena con sus discípulos, la víspera de su Pasión

recordará cuanto os he dicho. Si yo no subiera a mi Padre celestial, el Espíritu Paráclito no bajaría a vosotros. Cuando haya venido os enseñará toda verdad, Yo os dejo, os doy mi paz, mas no como la da el mundo. Dio después gracias a su Padre celestial, salió con sus Apóstoles del Cenáculo, y se puso en marcha hacia el monte de los Olivos, que se halla a corta distancia de Jerusalén.

CAPÍTULO VIII

• Jesús en el huerto de Getsemaní • Traición de Judas • Jesús herido cruelmente en la casa de Caifás • Pedro niega a Jesús • Desesperación de Judas • Jesús es llevado ante Poncio Pilatos • Es azotado, coronado de espinas y condenado a muerte • Camino del Calvario • Jesús en la cruz • Conversión del buen ladrón • Últimas palabras de Jesús • Muere en la cruz.

JESÚS EN EL HUERTO DE GETSEMANÍ. — Al llegar Jesús al pie del monte de los Olivos, entró en un huerto del valle cercano, llamado Getsemaní. Encargó a los demás Apóstoles que se detuvieran, y Él con Pedro, Santiago y Juan se alejó algo más para hacer oración. En este lugar fue precisamente donde el Salvador sintió todo el peso de las miserias humanas, que voluntariamente había tomado sobre sí. Oró, y, sumamente apesadumbrado, dijo a los tres discípulos: *Mi alma padece una tristeza mortal. Estaos aquí y velad conmigo.* Se alejó a la distancia de un tiro de piedra, y volvió a orar: *Padre mío, si es posible, pase de mí el amargo cáliz de la pasión, pero no se haga mi voluntad sino la tuya.*

Continuó orando con más fervor, cayó en agonía, y fue tan grande la vehemencia de su dolor, que tuvo un abundante sudor de sangre, que empapó sus vestiduras

y llegó hasta mojar el suelo. En aquel momento se le apareció un ángel que lo consoló. Después de esta larga oración volvió donde estaban los tres discípulos, los encontró dormidos y les dijo: *¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad, a fin de que no caigáis en tentación.*

Traición de Judas. — Jesús fue a orar tres veces, y concluía siempre diciendo que no se hiciera su voluntad sino la de su Padre celestial. Vuelto nuevamente a sus discípulos, y al hallarlos vencidos por el sueño, les dijo: *Dormid y descansad. Ha llegado ya la hora en que seré entregado en manos de los pecadores. El que me hará traición está cerca*. Hablaba aún, cuando se le apareció Judas, acompañado de gente armada con lanzas, palos, linternas y luces; se acercó a Él y le dijo: *Te saludo, Maestro;* y lo besó. Jesús le contestó apaciblemente: *Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso me haces traición?* Después, volviéndose a la gente, dijo con majestad: *¿A quién buscáis?* Le contestaron: *A Jesús Nazareno*. Y Él dijo: *Yo soy*. A estas palabras todos cayeron en tierra, como heridos por un rayo. Luego añadió: *Si me buscáis a mí, dejad libres a éstos.*

Pedro, al ver que ponían las manos en su Maestro, llevado por un exceso de celo desenvainó la espada y de un golpe cortó la oreja a uno de los que habían asaltado a Jesús, llamado Malco. Jesús lo reprendió, y, tocando después la oreja de Malco, lo dejó perfectamente sano. En seguida dijo a la turba: *Habéis venido a prenderme con espadas y palos, como si fuera un malhechor; he estado todos los días con vosotros en el Templo y no me habéis prendido. Pero esta es vuestra hora*. Dicho esto se entregó en sus manos, lo ataron y con malos modos lo llevaron a Anás y de allí a Caifás, el cual, aquel año

era pontífice de los judíos. Los discípulos, presas del mayor espanto, huyeron. Solo Pedro, seguía de lejos a su divino Maestro.

Por lo que les pasó a los Apóstoles aprendamos los grandes males que suelen traer el descuido y la falta de la oración.

Es herido cruelmente en casa de Caifás. — Caifás interrogó a Jesús acerca de su doctrina y discípulos, y éste le contestó que nada había dicho en secreto, y que podía saber su doctrina por los que la habían oído. Uno de los ministros, creyendo que con estas palabras, Jesús había faltado al respeto al pontífice, le dio una bofetada, diciéndole: *¿Así respondes al Pontífice?* Jesús, con admirable paciencia, no hizo más que contestarle: *Si he hablado mal, dímelo; y si bien, ¿por qué me hieres?*

Todos los que estaban reunidos en casa de Caifás, buscaban acusaciones para condenarlo a muerte. El pontífice viendo que carecían de fundamento todas estas imputaciones, dijo a Jesús: *Te conjuro en nombre de Dios que me digas si tú eres el Cristo, el hijo de Dios.* Jesús contestó: *Tú lo has dicho; lo soy. Y me veréis sentado a la diestra de Dios venir sobre las nubes.* Al oír estas palabras Caifás se rasgó los vestidos y exclamó: *Ha blasfemado; ¿qué os parece?* Todos contestaron: *Es reo de muerte.* Animados los soldados por esta perversa sentencia, hicieron sufrir a Jesús, durante la noche, mil insultos y trabajos, y hasta llegaron a vendarle los ojos, y a herirle en el rostro, diciéndo: *Adivina: ¿quién es el que te ha dado?*

Pedro niega a Jesús. — Desesperación de Judas. — Por temor de que lo condenaran a la misma pena que a su Maestro, Pedro lo negó tres veces en casa de Caifás, asegurando que no lo conocía. Pero, al oír cantar al gallo dos veces, recordó lo que le había dicho el Redentor, que en ese mismo momento le dirigió una mirada cariñosa: se arrepintió de corazón, salió de aquel lugar peligroso, y lloró amargamente su pecado.

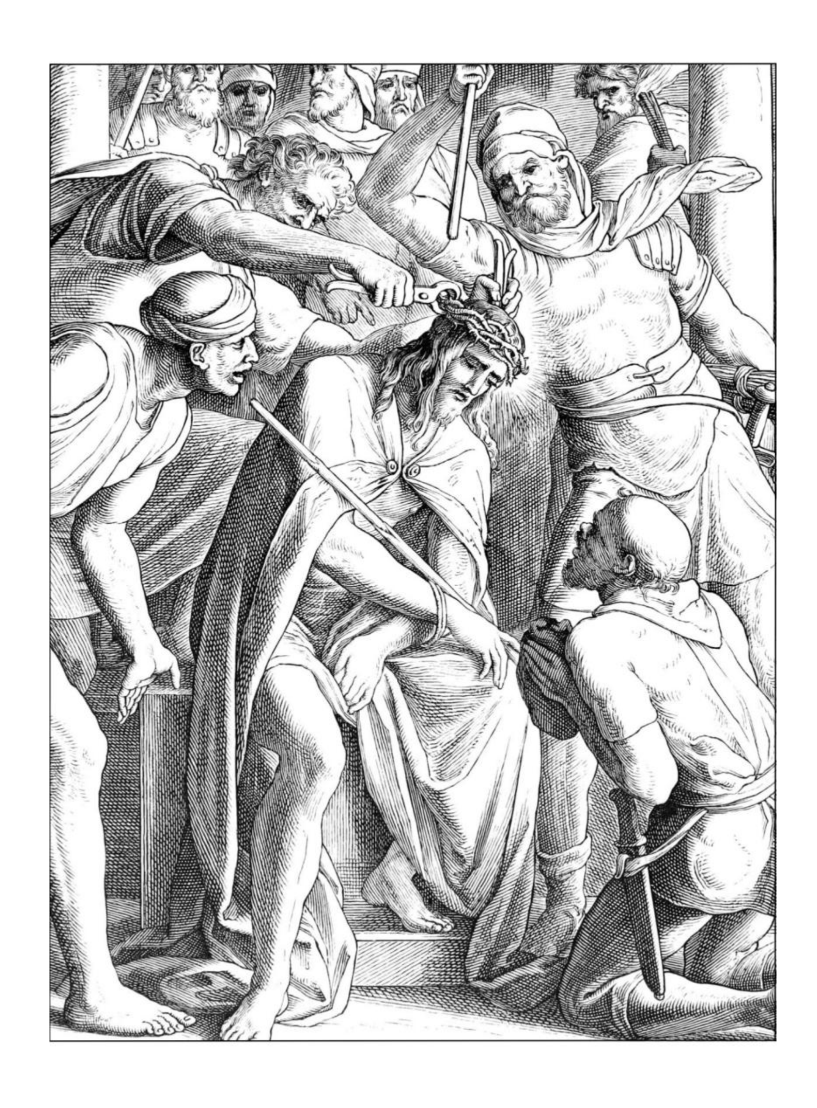
Pero, Judas no hizo lo mismo. A la mañana siguiente, oyó que su divino Maestro había sido declarado reo de muerte, fue adonde estaban los príncipes de la Sinagoga, y, les entregó el dinero que le habían dado y les dijo: *Yo he pecado, pues he vendido la sangre inocente*. A lo que le contestaron: *A nosotros, ¿qué nos importa?, allá te las hayas*. Entonces él, en lugar de arrepentirse, tiró las monedas en el templo, y huyó desesperado, fue a ahorcarse en un árbol con un cabestro, y como se le abrió el vientre, sus entrañas se derramaron en el suelo.

Jesus es llevado ante Poncio Pilatos. — La sentencia de muerte que Caifás pronunció contra Jesús no podía ejecutarse si no recibía confirmación de Poncio Pilatos, quien había sido enviado por los romanos a gobernar la Judea, ya que los judíos habían perdido el poder supremo. Por este motivo, Jesús fue llevado ante Pilatos acusado por los judios como alborotador de la plebe, también de impedir que pagaran el tributo al César y de pretender hacerse rey de los judíos. Pilatos lo llamó aparte y le dijo: *¿Eres tú el rey de los judíos?* Jesús le contestó que sí, y añadió luego: *Mi reino no es de este mundo;* esto es, yo no recibo la autoridad de manos de los hombres, ni mi reino está constituido como los reinos de la tierra.

Pilatos replicó: *¿Conque tú eres rey?* Y Jesús contestó: *Así es, como dices: yo soy rey. Para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad.* Pilatos le preguntó: *¿Qué es la verdad?* Y sin aguardar contestación dijo a los que lo acusaban que él no encontraba en Jesús causa alguna para condenarlo a muerte, y lo envió al rey Herodes Antipa.

Este deseaba ardientemente verlo, confiado en que obraría algún milagro en su presencia; pero Jesús no contestó a ninguna de sus preguntas. Por esto Herodes lo despreció, y lo mandó vestir de blanco, como se hacía con los locos y lo envió de nuevo a Pilatos. Entre tanto, la muchedumbre insistía que se le condenara a muerte; pero, Pilatos, que sabía que era inocente, lo quiso salvar; y como era costumbre poner en libertad, por motivo de la Pascua, a un preso condenado a muerte propuso al pueblo que escogiera entre Cristo y un asesino, llamado Barrabás. Pilatos creía que salvarían a Jesús; pero el pueblo instigado por los sacerdotes y los fariseos, pidió a gritos que se pusiera en libertad a Barrabás. Entonces dijo Pilatos: *¿Qué queréis que haga con Jesús, el llamado Cristo?* Todos dijeron: *Sea crucificado. ¿Y qué mal ha hecho?* Preguntó Pilatos. El pueblo frenético repitió: *¡Sea crucificado!*

Es azotado, coronado de espinas y condenado a muerte. — Jesús fue entregado a los soldados, fue despojado de sus vestidos; y tanto lo azotaron, que su cuerpo, como anunció Isaías, quedó hecho una sola llaga. Después para burlarse de él como rey, lo cubrieron con un paño de púrpura, colocaron en su cabeza una corona de agudísimas espinas, y le pusieron por cetro una caña en la mano. Luego se arrodillaron delante de él mientras le decían: *Te saludamos, rey de*



La coronación de espinas

los judíos. Fue conducido de nuevo a Pilatos, el cual, compadecido de él, lo sacó al balcón y lo presentó al pueblo diciendo: *He aquí el hombre.* Pero los judios, lejos de apiadarse, con más rabia gritaron: *Crucifícalo, crucifícalo.* A estas instancias repuso Pilatos: *¿Queréis que crucifique a vuestro rey?* Respondieron: *No tenemos más rey que al Cesar.* Él replicó: *Tomadlo, pues, vosotros; yo no hallo en él culpa alguna.* A estas observaciones replicaron más furiosos: *No tenemos poder para darle muerte, pero según nuestra ley debe morir. Si tú lo pones en libertad, eres enemigo del Cesar; puesto que, al hacerse rey, se rebela contra el César.*

Pilatos al ver que sus esfuerzos para librarlo de la muerte eran inútiles, pues crecía la rabia y el furor del populacho, mandó traer agua, y, en presencia de la multitud, se lavó las manos haciendo la siguiente protesta: *Soy inocente de la sangre de este Justo, arreglaos allá vosotros.* Todo el pueblo en masa, cegado por el furor, frenéticamente gritó: *La sangre de éste caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Después Jesús fue entregado por Pilatos en manos de los verdugos, los cuales le hicieron sufrir toda suerte de tormentos y después lo vistieron con sus ropas y pusieron sobre sus hombros una pesada cruz.

Camino del Calvario. — Una vez fuera de la ciudad, se encaminaron hacia el Calvario para crucificarlo. En este doloroso trayecto, Jesús exhausto de fuerzas por la mucha sangre derramada, cayó agobiado bajo el peso de la cruz. Los verdugos temían que se les muriera por el camino, entonces obligaron a un hombre de Cirene, de nombre Simón, para que le ayudara a llevar la cruz. Estando cerca del Calvario, Jesús encontró a unas

piadosas mujeres que lloraban amargamente al ver los escarnios y burlas de que era objeto. Les dirigió Jesús la palabra: *No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque, vendrán días en que se dirá: "¡Bienaventuradas las que no tienen hijos! ¡Oh montes! ¡Oh collados! Caed sobre nosotros y sepultadnos..."* Con estas palabras Jesús anunciaba las terribles desgracias que sobrevendrían a los judíos en la ruina de Jerusalén.

Jesús en la cruz. Conversión del buen ladrón. — Cuando Jesús llegó al Calvario fue despojado de sus vestidos, extendido en la cruz, crucificado en ella con clavos en las manos y pies y en seguida levantado entre dos ladrones que habían sido crucificados con Él. Mientras angustiado pendía en aquel patíbulo, fue el blanco de los insultos, burlas y blasfemias de la plebe. En su calidad de Dios Omnipotente, con una sola palabra podía barrer de la faz de la tierra a aquellos inicuos que se mofaban de Él; pero como quería desde la cruz enseñarnos a perdonar a nuestros enemigos, se dirigió a su Eterno Padre y rogó por los que lo habían crucificado, diciendo: *Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.* Uno de los ladrones blasfemaba contra Jesús, mas el otro le reprochó diciendo: *¿Tú tampoco temes a Dios? Nosotros recibimos la pena justa por nuestros pecados; pero éste es inocente*. Y, arrepentido de sus pecados, dijo a Jesús: *Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*. Su fe lo hizo santo. En efecto, le contestó el Redentor: *Hoy estarás conmigo en el Paraíso.*

Mientras esto sucedía, los soldados se repartieron los vestidos de Jesús, pero no dividieron su túnica, porque era inconsútil, esto es, no tenía costuras; y la sortearon.

Así se cumplió la profecía de David, cuando hablando del Redentor dijo: *Se repartieron mis vestidos y sortearon mi túnica.*

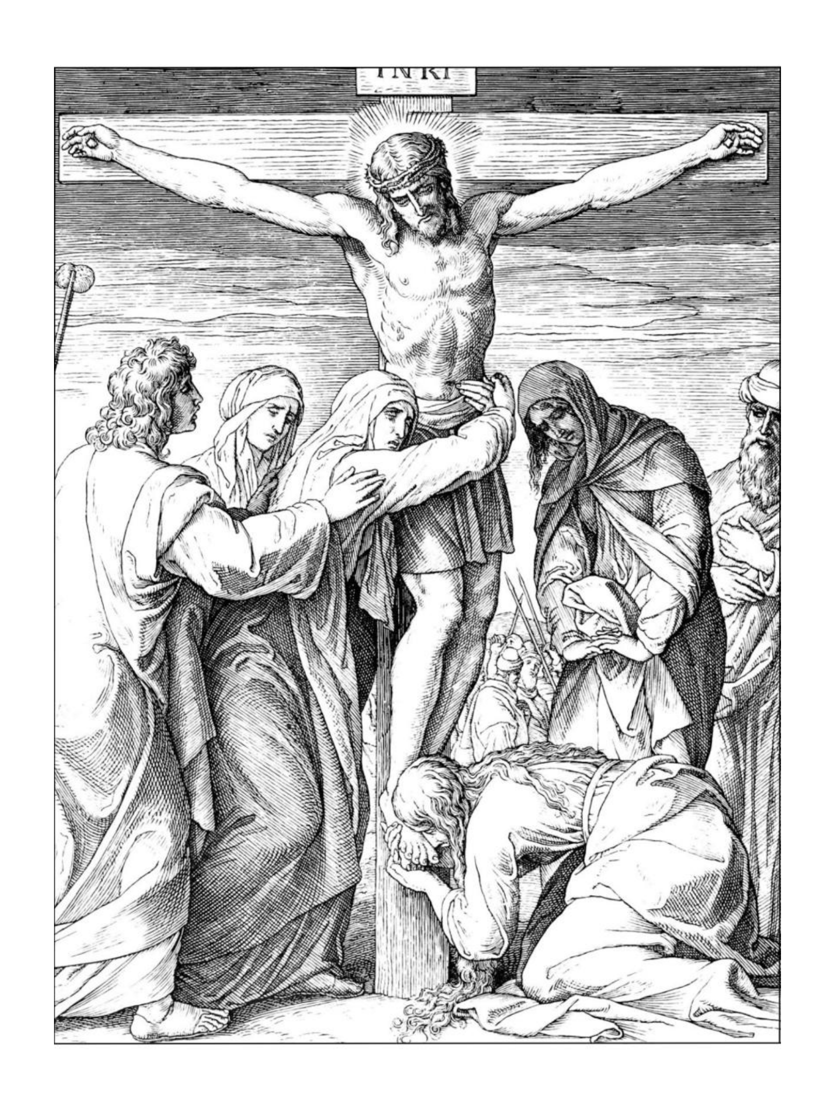
Últimas palabras de Jesús. Muere crucificado. — Al pie de la cruz estaban María, Madre de Jesús, María Magdalena, María hija de Cleofás y el apóstol Juan. Jesús miró a su madre e, indicándole con los ojos a Juan, le dijo: *Mujer, he ahí a tu hijo.* Vuelto en seguida, al discípulo amado, dijo: *He ahí tu madre*. Desde aquel momento Juan consideró como madre a la Virgen Maria. Se oscureció el sol y por espacio de tres horas las tinieblas cubrieron la tierra. Hacia la hora nona, Jesús dijo: *Tengo sed,* y uno de los presentes puso una esponja en la punta de un palo y empapándola en vinagre, se la acercó a los labios. Por último, Jesús dijo en voz alta: *Todo está consumado,* y después de decir: *Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu*, dobló la cabeza y murió.

Jóvenes, seamos agradecidos, al maestro Divino Salvador, Él padeció y derramó toda su sangre por nosotros. Amémoslo de todo corazón y que este mismo amor nos anime a guardar sus santos mandamientos a costa de cualquier sacrificio.

CAPÍTULO IX

• Caridad de Jesús • Milagros que siguieron a su muerte • Jesús en el sepulcro • Resurrección de Jesucristo • Jesús se aparece a la Magdalena • Los discípulos de Emaús.

CARIDAD DE JESÚS. — Entre las muchas virtudes que brillaron en la pasión de Jesús, se distinguió el valor con que sufrió tantos dolores sin pronunciar una sola queja, pero sobre todo el amor que profesaba a los



Crucifixión y muerte de Nuestro Señor

pecadores. Judas le hace traición y, a pesar de esto, lo recibe como amigo. Malco lo toma preso, y él le cura la oreja. Pedro lo niega, y, con una mirada cariñosa, lo convierte. Lo azotan cruelmente, y una sola llaga cubre su cuerpo y calla. Los verdugos lo clavan en la cruz, lo insultan, blasfeman de él, y él ruega a su Padre celestial que los perdone. Mientras agoniza en la cruz, un asesino le pide perdón, y al instante le promete el paraíso. Esta caridad no puede provenir sino de un Dios, y por tanto ésta debe animar al cristiano a padecer por Él, y a perdonar, con generosidad, a los que le han ofendido.

Milagros que siguieron a su muerte. — Toda la naturaleza se conmovió cuando murió el Salvador. Además de las tinieblas, que cubrieron toda la tierra, se rasgó el velo del templo, (esto es, la cortina que separaba el altar mayor del resto del templo); tembló la tierra, se partieron las piedras, se abrieron los sepulcros, y resucitaron algunos muertos, que desde largo tiempo estaban sepultados, y se aparecieron a muchos. Incluso los soldados, sobrecogidos de espanto, y penetrados de dolor, decían: *Éste era un verdadero justo, era hijo de Dios*. En vista de tales y tantos prodigios, los que habían estado presentes ante aquel espectáculo volvían dándose golpes de pecho por el dolor de sus pecados.

Jesús en el sepulcro. — La ley de los judíos prohibía que en sábado se dejarán en la cruz a los cuerpos muertos; por esto se dirigieron Pilatos para pedirle que mandara quebrar las piernas a los que habían sido crucificados, con el objeto de que murieran más pronto y fueran sepultados. Esto se hizo con los ladrones que aún vivían, pero como Jesús ya estaba muerto, le traspasaron el costado con una lanza y de la

herida salió sangre y agua. Entonces José de Arimatea, discípulo secreto de Jesús, se presentó valerosamente a Pilatos para pedirle su cuerpo y sepultarlo. Pilatos se admiró de que Jesús ya hubiera muerto y otorgó lo que se le pedía. Ayudado por Nicodemo, otro discípulo secreto de Jesús, José bajo de la cruz el cuerpo de Jesús, lo ungió, lo embalsamó, lo envolvió en una **sábana**[3], y lo puso en un sepulcro nuevo abierto en la roca, donde ninguno había sido sepultado; cerró la entrada del monumento con una gran piedra, y se fue. Algunas mujeres, entre las cuales se hallaba la Magdalena, miraron bien donde lo habían puesto y también se fueron.

Como los sacerdotes y los fariseos recordaban que Jesús había dicho en vida que resucitaría tres días después de muerto, se presentaron a Pilatos para pedirle que pusiera guardias en el sepulcro. Pilatos les contestó: *Tenéis soldados, custodiadlo vosotros.* Fueron, pues, sellaron la piedra y pusieron guardias, a fin de que nadie pudiera apoderarse del cuerpo de Jesús y después decir que había resucitado. Pero Jesús era Dios omnipotente, dueño de la vida y de la muerte, y podía resucitar cuando quisiera y burlar todos los artificios de los hombres.

Resurrección de Jesucristo. — Los profetas predijeron que el Mesías, después de haber sido crucificado por los de su nación, había de resucitar gloriosamente. También se cumplió en Jesucristo ese extraordinario acontecimiento. Permaneció tres días en

[3] Esta **sábana**, después de muchos acontecimientos milagrosos, fue llevada a Turín, donde aún se conserva en la capilla Real, llamada de la Sábana Santa (Cappella della Sacra Sindone).

el sepulcro para que todos se convencieran que en verdad había muerto. La mañana del tercer día, Domingo de Pascua, se sintió un gran terremoto. El divino Salvador resucitó por su propia virtud y salió glorioso del sepulcro con el rostro más radiante que el sol y los vestidos más blancos que la nieve. Resucitaron con Él algunos muertos y se aparecieron a muchas personas de Jerusalén. Los soldados que estaban de guardia, atemorizados, ante aquel ruido y aquel prodigio, cayeron como muertos; y vueltos en sí, huyeron y narraron a los sacerdotes lo que habían visto. Estos trataron de comprarlos ofreciéndoles dinero, para que dijeran que mientras dormían, habían ido los discípulos y robado el cuerpo de Jesús. ¡Necedad de la obcecación judaica! Si dormian, dice san Agustin, ¿cómo pudieron ver? Y si estaban despiertos, ¿por qué permitieron que se lo llevaran?

María Magdalena, María madre de Santiago, y María Salomé, que habían ido por la mañana al sepulcro, lo encontraron abierto. Un ángel del Señor, bajado del cielo, había sacado la piedra que lo cubría y estaba sentado sobre ella. María Magdalena se apresuró a poner esto en conocimiento de los discípulos y las otras entraron en el monumento. Mientras estaban registrándolo, dos ángeles, con hábitos resplandecientes, les dijeron: *No temáis; Jesús Nazareno, el que fue crucificado, y a quien vosotras buscáis, ya no está aquí; ha resucitado. Id a buscar a los discípulos y anunciad a Pedro su resurrección.* Ellas salieron al instante, y, con gran alegría, fueron a buscar a los apóstoles.

Jesús se aparece a la Magdalena — Después que María Magdalena avisó a los Apóstoles que el cuerpo de Jesús no estaba ya donde lo habían puesto, volvió

llorosa al sepulcro, ignorando lo que había sucedido. Cuando llegó, se inclinó para mirar adentro, y vio dos ángeles, que le dijeron: *Mujer, ¿por qué lloras?* Ella contestó: *Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.* Dicho esto, volteó y vio a Jesús sin reconocerlo, porque había tomado las apariencias de hortelano, el cual le habló así: *Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?* Como ella creía que era el hortelano del jardín en el que se hallaba, contestó que buscaba a Jesús, y que, si él se lo había llevado, por favor se lo entregara. Entonces, Jesús la llamó por su nombre y le dijo: *¡María!* Lo reconoció al pronunciar esta palabra, y llena de gozo exclamó: *¡Maestro!* Luego se postró para besarle los pies; Jesús le mandó que fuera a avisar a los Apóstoles. Mientras la Magdalena estaba de camino, Jesús se apareció también a las otras mujeres y les dijo: *Dios os salve*. Ellas lo reconocieron inmediatamente, y, después de haberlo adorado, fueron a Jerusalén para narrar a los Apóstoles lo acontecido.

Los discípulos de Emaús. — Hacia el anochecer del mismo día, Jesús también se apareció a dos discípulos que se dirigían al castillo de Emaús, y sin que lo reconocieran, los acompañó bajo la apariencia de viajero. Les preguntó de qué hablaban y por qué estaban tan afligidos. Uno de ellos le dijo: *¿Eres por ventura extranjero, que no sabes lo que ha acontecido en Jerusalén?* Y le contaron cómo Jesús Nazareno había sido condenado a muerte y crucificado. *Nosotros creíamos, añadieron, que salvaría a Israel, pero ya han transcurrido tres días desde que acontecieron estos hechos. Por otra parte, algunas mujeres dicen que ha resucitado.* Entonces Jesús, sin ser reconocido aún por ellos, los reprendió con estas palabras: *¡Oh necios, y tardos de corazón en creer lo que han*

anunciado los profetas! Y, comenzó a explicarles las Sagradas Escrituras, les demostró cómo había sido anunciado, que Jesús padecería antes de entrar en su gloria. Cuando llegaron al castillo, Jesús fingió que tenía que ir más lejos, y ellos le rogaron que no los dejara, porque anochecía. Aceptó acompañarlos; y, cuando estaban en la mesa, tomó pan, lo bendijo, lo partió, y se los dio para que comieran. Entonces abrieron sus ojos y lo reconocieron; pero él desapareció al momento.

CAPÍTULO X

• Jesús se aparece a los apóstoles • La confesión de los pecados • Duda de Sto. Tomás • Pesca milagrosa • Pedro cabeza de la Iglesia • Misión de los apóstoles • Ascensión de N.S. Jesucristo.

JESÚS SE APARECE A LOS APÓSTOLES. — LA CONFESIÓN DE LOS PECADOS. — Los apóstoles sabían por boca de muchos que Jesús había resucitado, pero todavía no lo habían visto; La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas del lugar donde se hallaban los discípulos, por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de ellos, les dijo: *La paz sea con vosotros. Yo soy, no temáis.* A esta aparición inesperada, los apóstoles quedaron sobrecogidos de espanto, pues les parecía ver un fantasma. Para apaciguarlos Jesús añadió: *¿Por qué os turbáis y todavía teméis? Mirad, observad mis manos y pies; tocad y ved que tengo carne y huesos, y que no soy como los fantasmas, que no los tienen. ¿Tenéis algo que comer?* Le presentaron un poco de pescado y un panal de miel. Luego que Jesús comió en su presencia, para confirmarlos en la fe de su resurrección, tomó lo que había sobrado, lo repartió entre ellos y les dijo: *Me*

ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; así como mi Padre celestial me envió a mí, yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo. A aquellos a quienes perdonareis los pecados perdonados les serán, y a aquellos a quienes se los retuviereis les serán retenidos. Con estas palabras confirmaba la institución del Sacramento de la Penitencia, del cual ya había hablado otras veces. Porque las palabras perdonar y retener equivalen a dar o no dar la absolución, según las disposiciones de los penitentes. El Sacerdote, como juez espiritual, no puede cumplir este encargo, sin que se le declaren, esto es, sin que se le confiesen las culpas internas y externas. Además el confesor, como médico de las almas, debe con frecuencia dar consejos, imponer obligaciones y desligar a los penitentes de las que no estuvieran en estado de cumplir, lo que no puede hacer sin que se le manifiesten los secretos.

Duda de Santo. Tomás. — El apóstol Tomás como no estuvo presente en esta aparición, no creyó lo que le decían los demás apóstoles, y afirmaba que no creería, si no tocaba con sus manos las llagas del Salvador. Ocho días después, los discípulos se hallaban reunidos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, Jesús se apareció de nuevo y se puso en medio de ellos, y dirigiéndose a Tomás, dijo: *Mete tu dedo en las llagas de mis manos, y pon tu mano en mi costado, y no seas más incrédulo.* Penetrado de fe sincera, se arrojó Tomás a sus pies y dijo: *Señor mío y Dios mío.* Jesús añadió: *Tú has creído Tomás, porque has visto; bienaventurados los que creen sin ver.*

Pesca milagrosa. — Después de su resurrección, Jesús se apareció muchas veces a sus discípulos. Un día Pedro, Tomás, Bartolomé, Santiago y Juan con otros

dos discípulos fueron a pescar a las orillas del mar Tiberíades. Entraron en la nave y trabajaron toda la noche sin sacar un solo pez. Al amanecer, apareció Jesús en la orilla, y les preguntó si tenían pescado para comer; como le contestaron que no, Él les dijo: *Echad las redes a la derecha y hallaréis*. Así lo hicieron; y fue tan abundante la pesca, que sus redes amenazaban con romperse, y se hallaron ciento cincuenta y tres pescados de los más grandes. Juan dijo entonces a Pedro: *Es el Señor*. Al oír estas palabras Pedro se echó al mar, nadando para llegar más pronto adonde estaba Jesús.

Cuando llegaron todos a tierra, vieron pescados sobre las brasas y pan que el Señor había preparado para que comieran.

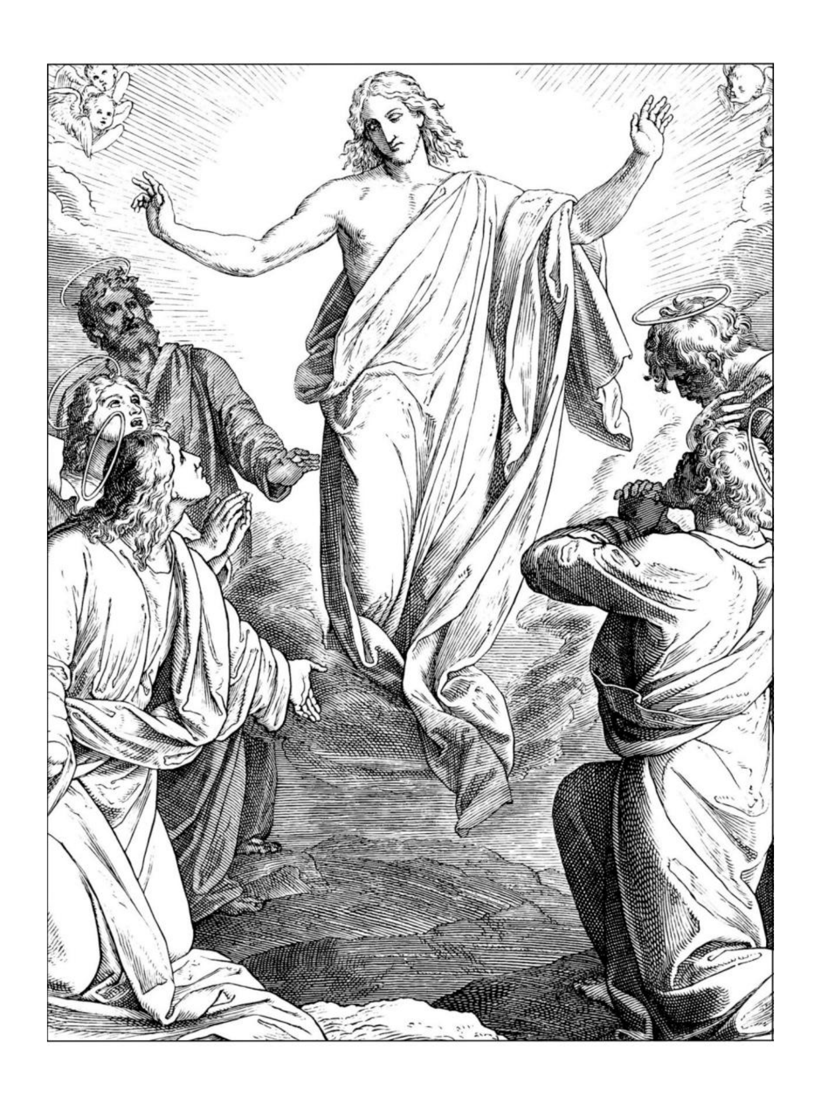
S. Pedro cabeza de la Iglesia. — Jesús manifestó muchas veces que elegía a Pedro como cabeza de su Iglesia, y cuando le anunció su caída añadió luego: *He rogado por ti, oh Pedro, para que no desfallezca tu fe, y tú una vez levantado confirma a tus hermanos*. Con estas palabras el Salvador aseguró a Pedro que su doctrina nunca podría fallar, esto es, que su enseñanza sería infalible, y que a él y a sus sucesores les estaba encomendada la misión de confirmar a los otros apóstoles y a sus sucesores en la fe. Esta suprema autoridad la confirmó el Salvador, después de la mencionada pesca milagrosa. Este alimento simboliza la palabra de Dios. Luego, Jesús dijo tres veces a Pedro: *Simón, ¿me amas?* Y Pedro otras tantas veces y siempre con más fuerza, contestó: *Tú sabes que te amo*. Jesús añadió: *Si me amas apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*. Este alimento simboliza la palabra de Dios; los corderos son los fieles y las ovejas son los pastores de la Iglesia. Con estas palabras **Jesús dio a Pedro y a sus sucesores plena y suma potestad**

no sólo sobre los simples fieles, sino sobre todo aquello que concierne a la fe, a las buenas costumbres y al bien espiritual de los cristianos.

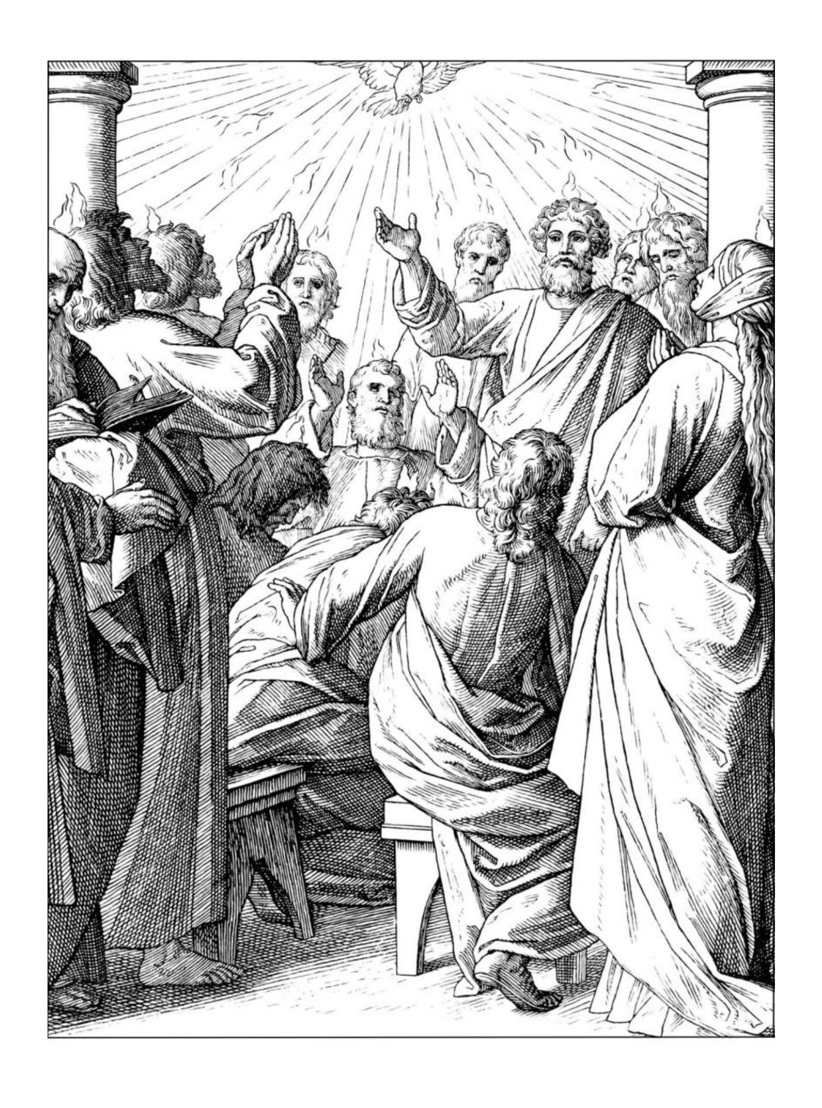
Misión de los Apóstoles. — Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. — Como se acercaba el tiempo en que el divino Salvador tenía que subir al Cielo y entrar en su gloria, se dio prisa para interpretar las Sagradas Escrituras a los apóstoles, y confirmarlos en la fe. Entre otras cosas les dijo: *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; id, pues, enseñad a las gentes y bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñadles todo lo que habéis aprendido de mí. Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.*

En otra ocasión les dijo lo mismo cuando les encargó que fueran a predicar el Evangelio a todas las gentes, anunciándoles la penitencia y la remisión de los pecados; después añadió: *El que creyere y fuera bautizado será salvo, el que no creyera será condenado. Os enviaré el Espíritu Paráclito que os he prometido; permaneced vosotros mientras tanto en Jerusalén hasta que hayáis recibido sus celestiales dones.*

Dicho esto, los llevó a la cima del monte de los Olivos; y, una vez allí, extendió las manos, los bendijo, y mientras los bendecía se levantó en el aire, hasta que una nube luminosa lo rodeó y lo escondió ante sus miradas. Aún estaban mirando hacia lo alto, cuando se les aparecieron dos ángeles, y les dijeron: *Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al Cielo? Este mismo Jesús que ahora habéis visto subir, volverá un día sobre las nubes lleno de Majestad.* Con estas palabras



Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo



El Espíritu Santo desciende sobre los Apóstoles

aludía a la segunda venida de Cristo, el día del juicio universal.

Así subió al cielo Jesucristo el año 4033 de la Creación.

CAPÍTULO XI

• Los Apóstoles en el Cenáculo • Venida del Espíritu Santo • Primeros sermones de S. Pedro • Vida de los primeros cristianos • Persecución de Jerusalén • Martirio de san Esteban • San Pedro liberado de la cárcel.

LOS APÓSTOLES EN EL CENÁCULO. — Apenas nuestro divino Salvador subió a los Cielos, los apóstoles volvieron a Jerusalén desde el monte de los Olivos, y se retiraron en el Cenáculo, que era una gran sala donde acostumbraban reunirse para hacer oración. Allí estaban con María Santísima y otros ciento veinte discípulos perseverando en la oración, y esperando la venida del Espíritu Santo, que Jesús les había prometido. Mientras estaban allí reunidos, Pedro ejerció el primer acto de autoridad, como Jefe Supremo de la Iglesia y dirigiéndose a los allí congregados, dijo: *Hermanos míos, es menester que se cumpla lo que predijo el Espíritu Santo con respecto a Judas, el cual fue el jefe de los que dieron muerte a Jesús. Hizo traición a su divino Maestro y ya recibió la recompensa de su iniquidad; se colgó de un árbol, y reventando por medio, sus entrañas se derramaron por el suelo. Mas como ha sido anunciado que otro le debía suceder en el apostolado, es menester que elijamos a uno de los que han estado con nosotros todo el tiempo en que vivió el Señor en nuestra compañía.*

Todos aprobaron lo que el príncipe de los apóstoles había dicho, y presentaron a dos hombres de reconocida virtud y santidad, llamados *Barsabas* y *Matías*. Después de haber hecho oración a Dios para que les hiciera saber a quién de los dos había elegido por su apóstol, **echaron suertes**[4], y la suerte cayó sobre Matías, por cuya razón fue contado con los otros once Apóstoles.

Venida del Espíritu Santo. — Ya habían transcurrido cincuenta días desde la Resurrección del Señor; y cabalmente en esta fecha tenía lugar la fiesta de Pentecostés: aún se hallaban en el Cenáculo reunidos en oración los apóstoles y demás fieles, cuando, a eso de las nueve de la mañana, se oyó de repente un ruido como de viento impetuoso. Al mismo tiempo aparecieron algunas llamas como lenguas de fuego, que visiblemente fueron a posarse sobre la cabeza de cada uno de los que estaban congregados en aquel sagrado recinto. Todos quedaron llenos de los dones del Espíritu Santo, de manera que empezaron a hablar muchas lenguas que antes no conocían, de las que se valieron para publicar las maravillas que en ellos se habían obrado, y dar a conocer el Evangelio.

Primeros sermones de S. Pedro. — Por aquel tiempo un número extraordinario de judíos había acudido a Jerusalén para celebrar la fiesta de Pentecostés. Muchos acudieron movidos por la curiosidad, al escuchar sobre el prodigio que se había obrado. S. Pedro en su calidad de Príncipe de los

[4] Para resolver el caso, echan suertes sobre los dos, después de invocar al Señor para que, según la sentencia de Prov. 16, 33, Él dirija las suertes.

Apóstoles y Cabeza de la Iglesia, se puso a predicar inmediatamente el Evangelio, y a dar a conocer a Jesús crucificado y resucitado. Al oír las palabras de san Pedro, quedaron todos sumamente admirados y no sabían qué decir, porque siendo aquella gente de diversas naciones, cada uno lo oía hablar en su propio idioma. Este primer sermón, acompañado de la gracia de Dios, convirtió tres mil personas a Jesucristo. Al anochecer, san Pedro y san Juan fueron al templo a hacer oración y cuando llegaron a la puerta encontraron a un pobre, cojo de nacimiento, el cual, no pudiendo servirse de sus piernas, pedía que lo llevaran todos los días a aquel lugar, para pedir limosna a los que entraban en el templo. Compadecido Pedro de él, le dijo: *No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy. En el nombre de Jesús, levántate y anda.* El cojo se levantó, sintió fortalecidas sus piernas, y lleno de gozo empezó a caminar. En seguida san Pedro dio su segundo sermón, con tanta eficacia, que creyeron en Jesucristo otras cinco mil personas, sin contar las mujeres y los niños.

De esta forma la Iglesia de Jesucristo, en pocos días, contaba ya en su seno con más de ocho mil fieles. (A. de C. 33).

Vida de los primeros cristianos. — La forma en que vivían aquellos primeros cristianos fue maravillosa. Vivían de tal manera, unidos entre sí, que, según la expresión de la Sagrada Escritura, formaban una sola alma y un solo corazón. No había pobres entre ellos, porque los que poseían casas o tierras, generalmente las vendían y llevaban su importe a los apóstoles, para que lo distribuyeran entre los que tenían necesidad. Oían con mucha atención la palabra de Dios, perseveraban en la oración y asistían con frecuencia a la fracción del pan, esto es, a la recepción de la Santa Eucaristía. De esta

manera aquellos hombres que poco antes vivían en los excesos, ambiciosos, avaros, voluptuosos; apenas los iluminaban las verdades del Evangelio y los fortalecía la divina gracia, se volvían humildes y mansos de corazón, castos y mortificados, desprendidos de los bienes de la tierra y prontos a dar la vida por el nombre de Jesucristo.

Persecución de Jerusalén. — Aunque los Apóstoles enseñaban una Religión pura y santa; desde el principio de su predicación encontraron grandes obstáculos, especialmente por parte de los judíos. El pueblo y muchos de los principales personajes de aquella nación se convertían a la fe de Jesucristo, pero los príncipes de la Sinagoga, no haciendo caso de los milagros, inocencia y santidad de vida de los cristianos, levantaron contra ellos una feroz persecución. Al comienzo tuvieron controversias con los Apóstoles; pero, como terminaban humillados, buscaron que fueran azotados cruelmente con varas y llevados a prisión. Aquellos valientes discípulos de Jesucristo se llenaban de júbilo al saberse dignos de padecer por su divino Maestro y adquirían nuevas fuerzas como si los mismos azotes les infundieran mayor valor.

Martirio de san Esteban. — San Pedro librado de la cárcel. — La primera víctima de esta persecución y el primer mártir de la fe cristiana fue san Esteban. Los apóstoles le habían ordenado diácono, esto es, ministro, en compañía de otros seis fervientes cristianos, para que asistieran a la mesa, cuidaran de los pobres y administraran la santa Eucaristía. Los judíos se propusieron deshacerse de san Esteban, ya que les

pareció el que más **celo** tenía[5]. Después de haber tenido una disputa con él acerca de la fe, se indignaron contra él, lo prendieron, lo arrastraron fuera de Jerusalén, y a pedradas le dieron muerte.

Se le llama Protomártir, porque fue el primer mártir que dio la vida por Jesucristo.

Después de haber predicado en España el apóstol Santiago el Mayor regresó a Jerusalén con siete discípulos españoles, a quienes san Pedro consagró obispos. El rey Herodes ordenó decapitar al apóstol Santiago, y sus discípulos regresaron a su tierra, llevando el cuerpo de su Maestro, y Patrón de España. Herodes se dio cuenta que agradaba a los judíos la persecución de los cristianos, y por ello mandó capturar y encadenar también a san Pedro, con el fin de darle muerte después de las solemnidades de la Pascua. La noche anterior del día fijado para la ejecución de san Pedro, un ángel enviado por Dios lo liberó de la cárcel milagrosamente. Así se salvó san Pedro y se frustraron los deseos del rey Herodes.

CAPÍTULO XII

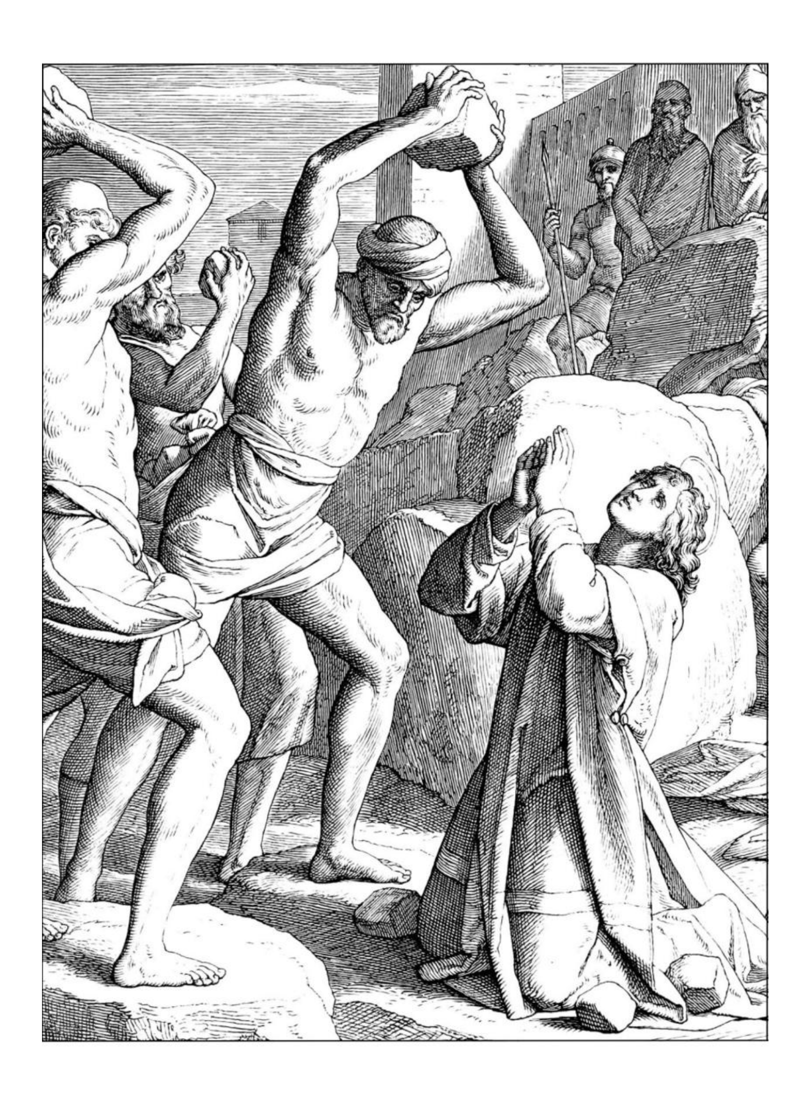
• S. Pablo y su conversión • Cornelio el centurión abraza la fe • Simón Mago.

SAN PABLO Y SU CONVERSIÓN. — Con la espantosa muerte del rey Herodes y con la conversión de uno de los más furiosos perseguidores de los cristianos, la persecución en Jerusalén se aplacó durante algún tiempo. Esta conversión fue la de Pablo, conocido antes con el nombre de Saulo. Había nacido

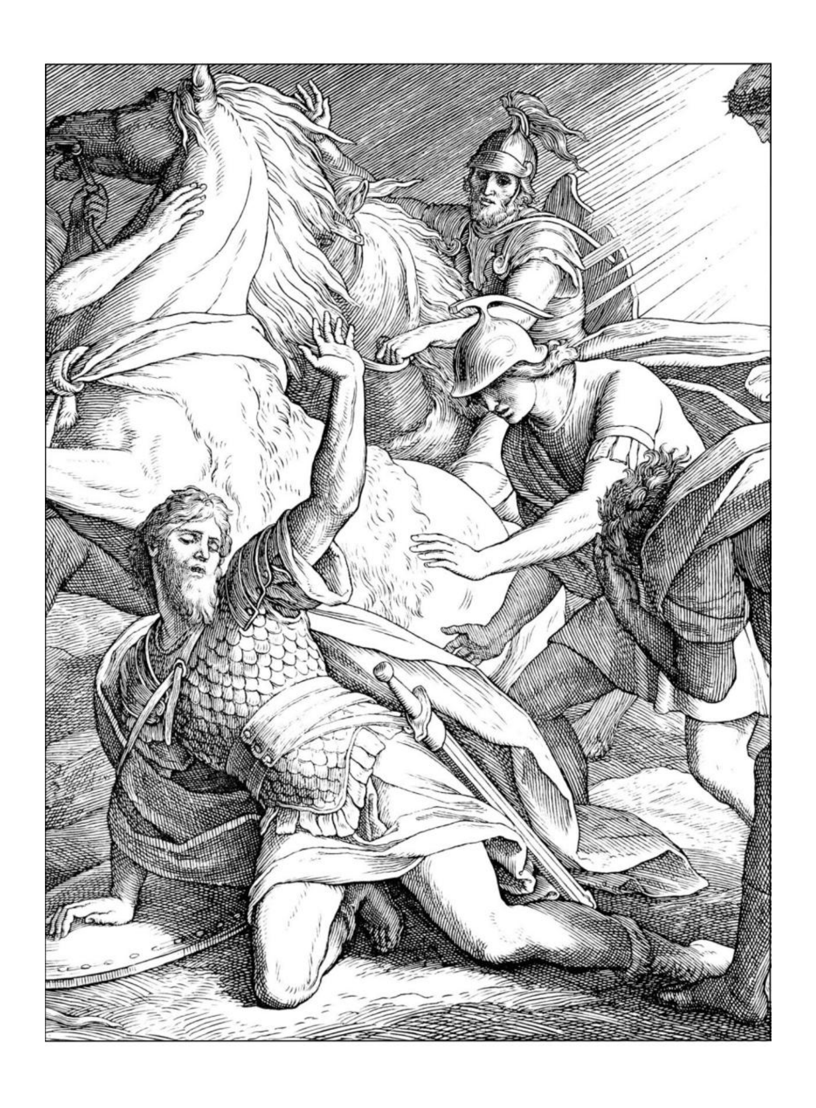
[5] **Celo** se refiere al cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo.

en Tarso, capital de Cilicia (actual Turquía), de padres judíos, de la tribu de Benjamín. Dotado de mente sagaz y de carácter ardiente y emprendedor, fue enviado a Jerusalén para cursar sus estudios, bajo la tutela de un doctor de la ley, llamado Gamaliel, fariseo en sus creencias. Pablo había contribuido mucho a la muerte de san Esteban, y como su corta edad no le permitía arrojar piedras al santo mártir, cuidó de los vestidos de sus compañeros, mientras los animaba a darle pronta muerte. Pablo hacía todo lo que estuviera a su alcance para que los cristianos fueran perseguidos en todas partes. Y, para perseguirlos con mayor autoridad, obtuvo permiso para irlos a buscar a la ciudad de Damasco y luego arrastrarlos encadenados a Jerusalén. Mientras se dirigía a Damasco respiraba amenazas y buscaba su destrucción, pero llegó el momento en que la divina Providencia quiso hacer de un perseguidor un apóstol del Evangelio.

Ya había recorrido la mayor parte del camino, cuando de repente le rodeó una luz muy brillante, y oyó una voz que le dijo: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Saulo herido por aquellas palabras, como por un rayo, cayó en tierra, y con voz temblorosa contestó: *¿Quién sois, Señor?* La voz continuó: *Yo soy Jesús Nazareno; persiguiendo a mis discípulos a mí me persigues.. Dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón. —¿Qué queréis que haga?* añadió Pablo. — *Levántate,* dijo por fin la voz, *entra en la ciudad de Damasco, y allí se te dirá lo que has de hacer.* Entonces Pablo se levantó del suelo, abrió los ojos y se dio cuenta que estaba ciego, por lo que se vio obligado a que sus compañeros lo guiaran a Damasco. Allí recibió el bautismo de manos de un discípulo llamado Ananías. Mientras se le administraba este sacramento, se le cayeron de los ojos unas telitas como escamas, y recobró el uso de la vista.



Martirio de San Esteban, Protomártir, el primero que dio la vida por Nuestro Señor Jesucristo



La conversión de Saulo, camino a Damasco

Lleno de gratitud hacia Dios por el beneficio recibido, en seguida se puso a predicar el Evangelio. Los que habían conocido el furor con que Pablo perseguía a los cristianos, se llenaron de asombro ante aquel cambio tan repentino. Pero, Pablo venciendo todo respeto humano, no hizo caso de lo que decían acerca de su conversión, y disputaba con los judíos, probándoles, con la Sagrada Escritura y con los milagros, que Jesucristo era el Mesías anunciado por los profetas, enviado por Dios para salvar a los hombres.

Cornelio el Centurión abraza la fe. — Hasta ese momento, solamente judíos habían abrazado la fe. Como Dios quiere llamar a todas las naciones al conocimiento de la verdadera Religión, comenzó por esparcir sus bendiciones sobre la familia de un Centurión romano, llamado Cornelio, que vivía en Cesarea, ciudad del Mediterráneo. Era amado por todos por su honradez, temía a Dios, hacía abundantes limosnas y oraba con frecuencia.

Un día, mientras estaba en oración se le apareció un ángel y le dijo: *Tus oraciones y tus limosnas han llegado hasta el trono de Dios. Envía a la ciudad de Joppe por un tal Simón, apellidado Pedro. Él te enseñará lo que has de hacer para salvarte.* Cornelio envió a tres de sus criados a Joppe. Estaban ya cerca de la ciudad, cuando Dios, por medio de una misteriosa visión, hizo saber a Pedro que tanto gentiles como judíos eran llamados al conocimiento del Evangelio. Por esto el santo Apóstol, desechando todo temor, partió en su compañía.

Entre tanto, el piadoso Cornelio había reunido en su casa a sus parientes y amigos, para recibir con mayor

ceremonia al santo Apóstol. Apenas lo vio, se arrodilló humildemente. Pedro lo levantó, y entrando con él en su casa, comenzó a instruir en la fe a toda aquella gente. Aún estaba hablando, cuando bajó visiblemente el Espíritu Santo sobre sus oyentes y les comunicó el don de lenguas, como había sucedido en Jerusalén. Por esta razón, Pedro lo bautizó inmediatamente. Estos fueron los primeros gentiles que abrazaron la fe.

Simón Mago. — Desde los primeros tiempos de la Iglesia, algunos hombres se levantaron para esparcir errores contra el Evangelio. El primero entre éstos fue Simón, de la ciudad de Jitón, conocido como Mago, por los sortilegios que hacía para engañar a las gentes. Llegado de Samaria, se presentó ante san Pedro para comprar con dinero la virtud de obrar milagros como los Apóstoles. Lo cual le fue negado con horror. Pedro le dijo: *Perezca tu dinero contigo*. Entonces Simón se declaró enemigo de los cristianos, y, mientras vivió, empleó todos los medios que estaban a su alcance para oponerse a los progresos de la fe. También fue a Roma para engañar al pueblo sumido aún en la idolatría. Para demostrar a los romanos que poseía el poder de Dios, dijo que volaría hasta las nubes en la presencia de Nerón y de la muchedumbre; en efecto, usando de sortilegios, alcanzó elevarse a gran altura; pero san Pedro y san Pablo hicieron oración a Dios, y los demonios perdieron su fuerza: el desgraciado Simón cayó vertiginosamente a tierra, y se hizo trizas.

CAPÍTULO XIII

• Separación y predicación de los Apóstoles • Libros del Nuevo Testamento • Milagros de san Pedro • Concilio de Jerusalén • Persecución de Nerón • Martirio de los santos Pedro y Pablo.

SEPARACIÓN Y PREDICACIÓN DE LOS APÓSTOLES. — Los apóstoles al principio se establecieron en Judea; pero, cuando supieron que Dios quería dar a conocer su santo nombre a todas las naciones, se separaron y fueron a llevar la palabra de salud a los diferentes pueblos de la tierra, envueltos, desde hacía tantos siglos, en las tinieblas de la idolatría.

Después de haber permanecido san Pedro tres años en Jerusalén, fue a establecer su sede en Antioquía (actual Turquía), donde los discípulos de Cristo tomaron el nombre de cristianos. De allí pasó a Siria, en Asia Menor, y después de siete años fue a Roma. San Pablo predicó en la Arabia, en Asia Menor, en Macedonia y en Grecia; y después fue a reunirse con san Pedro, en la capital del imperio romano. Santo Tomás anunció a Jesucristo en la India; san Juan evangelista se detuvo especialmente en Asia Menor; san Andrés predicó a los escitas, y fue coronado con el martirio en Patras, ciudad de Grecia; san Felipe pasó a Asia; san Bartolomé a Armenia; san Mateo a Arabia y después a Persia; Santiago el Mayor a diversas naciones y llegó hasta España; san Judas a Arabia, y san Matías a Etiopía. Fue así que antes que transcurrieran treinta años desde la primera predicación del Evangelio, hecha por san Pedro en Jerusalén, el verdadero Dios ya tenía adoradores esparcidos por el mundo.

Libros del Nuevo Testamento. — Después de haber predicado de viva voz su doctrina, Nuestro Señor Jesucristo subió al cielo sin dejarla escrita o reunida en ningún libro dictado por Él. Esto lo hizo para enseñarnos que había confiado el depósito de su doctrina a los apóstoles, es decir, a la Iglesia, a quien concierne después proponerla a los fieles. San Mateo y algunos otros de los primeros discípulos, aproximadamente ocho años después de la muerte del Salvador, se pusieron a escribir algunos libros, que, juntos, forman lo que se conoce con el nombre de Nuevo Testamento. Estos escritos contienen los cuatros Evangelios de san Mateo, san Marcos, san Lucas, y san Juan, los Hechos de los Apóstoles, catorce Epístolas de san Pablo, dos de san Pedro, una de Santiago, una de san Judas, y por último tres Epístolas y el Apocalipsis de san Juan. Estos libros han sido inspirados por Dios, sin embargo en ellos no se contienen todas las verdades enseñadas por Jesucristo, ni se contienen de un modo explícito. Las otras verdades fueron legadas como sagrado depósito por los apóstoles a sus sucesores. Por estas razones, cuando la Iglesia propone un nuevo dogma, lo toma de la Sagrada Escritura y de la **Tradición**[6] que le ha sido confiada; y este dogma es nuevo, en cuanto a la obligación de creerlo; pero en sí es tan antiguo como Jesucristo y los apóstoles. Tal es el dogma de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María y el de la infalibilidad Pontificia.

[6] La **Tradición** es la palabra de Dios no escrita, sino comunicada de viva voz por Jesucristo y los Apóstoles y llegada sin alteración, de siglo en siglo, por medio de la Iglesia hasta nosotros.

Milagros de San Pedro. — Los milagros fueron los principales medios de los que se valieron los apóstoles para demostrar la verdad de la doctrina que predicaban, y al mismo tiempo para mover a los pueblos a abrazar esta Religión que ofrecía señales tan claras del poder de Dios. Por otra parte, san Pedro obró algunos milagros que ni del Salvador se pueden leer de las Sagradas Escrituras. Era tan grande la multitud de cojos, ciegos, sordos y enfermos de toda clase que le presentaban, que no era posible acercarse a él. Por esto los llevaban en la cama a las calles o plazas, por donde tenía que pasar san Pedro, para que al menos los tocara su sombra, bastaba esto para curarlos. Entre otros, fue asombroso el milagro obrado por él en Joppe, resucitando a una mujer, llamada Tabita, comúnmente conocida con el nombre de Madre de los pobres. Esta mujer cristiana había quedado viuda y empleaba sus muchos bienes en obras piadosas en pro de los necesitados. Inconsolables los pobrecillos por haber perdido a la que les hacía las veces de madre, mandaron llamar a san Pedro para que la resucitara. Él accedió. Cuando llegó a la casa de la difunta, lo rodearon un gran número de mendigos, que, llenos de dolor, le mostraban los calzados y vestidos con los que los había cubierto la difunta. Pedro lloró con ellos, y puesta su confianza en Dios, se acercó al cadáver y dijo en voz alta: *Levántate, Tabita*. Al instante Tabita abrió los ojos y se sentó. Esparcida la voz de este milagro, casi todos aquellos ciudadanos se convirtieron a la verdadera fe.

Concilio de Jerusalén. — Ya desde el tiempo de los Apóstoles, cuando se originaba alguna cuestión en materia de Religión, se acudía al Jefe de la Iglesia, que, en los asuntos de mayor importancia, solía congregar a los demás Apóstoles y Obispos para conocer mejor la

voluntad del Señor. Los apóstoles se reunieron tres veces en Jerusalén para aclarar cuestiones concernientes al bien de los fieles. La primera, fue para la elección de san Matías, en lugar del traidor Judas; la segunda para escoger y consagrar a siete diáconos, y la tercera vez es la que recibió propiamente el nombre de Concilio, y sirvió de norma para los Concilios que se celebraron en tiempos posteriores. Éste se convocó para determinar si se debían continuar observando algunos ritos de la ley mosaica, como la circuncisión y la abstinencia de ciertos manjares. La cuestión se originó particularmente en la ciudad de Antioquía, de donde los Apóstoles san Pablo y san Bernabé fueron enviados en comisión a consultar a san Pedro, que residía entonces en Jerusalén. Para definir la cuestión con más formalidad, san Pedro convocó al Concilio a todos los apóstoles y a todos aquellos pastores que tenían mayor participación en el sagrado ministerio. Pedro, Príncipe de los Apóstoles y Vicario de Jesucristo en la tierra, presidió el Concilio. Propuso la cuestión, habló sobre lo que había de establecerse, y después de haber oído la opinión de los demás apóstoles, usando de la suprema autoridad de que estaba investido, pronunció la sentencia. Todos se adhirieron a su dictamen, y, juntos, redactaron el siguiente decreto que enviaron a los fieles: *ha parecido al Espíritu Santo, y a nosotros, no imponeros otra carga, fuera de estas que son precisas, es a saber: que os abstengáis de manjares inmolados a los ídolos, y de sangre, y de animal sofocado, y de la fornicación; de las cuales cosas haréis bien en guardaros.*

Cabe destacar que, siendo la fornicación un pecado prohibido por el sexto precepto del Decálogo, no se hacía necesario renovar la prohibición; pero se juzgó conveniente hacerlo, porque los gentiles que entraban a

profesar la verdadera fe no la tenían por tal. Después de esta decisión, cesaron la circuncisión y otras muchas observancias de la antigua ley. (Año 50.)

Persecución de Nerón. — La Religión cristiana ha sido y siempre será combatida; pero también siempre ha salido y saldrá victoriosa de sus combates porque Dios es su autor, y Él mismo la asiste y la protegerá hasta el fin de los siglos. Por lo cual, en las persecuciones no se ha de temer por la Religión, pero sí por los hombres que están expuestos a grave peligro de prevaricar. Se cree que la persecución más sangrienta fue la que ocasionó el emperador Nerón. Este príncipe, a quien la historia conoce como *verdugo del género humano,* incendió la ciudad de Roma, sólo por gozar del placer de verla arder; sus súbditos se indignaron contra él a causa de este reprobable acto, entonces, Nerón acusó como autores a los cristianos. Nerón los odiaba en el alma, porque los santos Pedro y Pablo habían sido causa, con sus oraciones, de la ruina de Simón Mago; y hasta habían alcanzado conversiones entre las personas del mismo palacio imperial; Nerón se propuso hacer prevaricar a los cristianos, y dispuso los suplicios más atroces; a los que entregaba a la muerte, algunos eran envueltos en pieles de bestias feroces y expuestos a perros hambrientos; y a otros, se les untó grasa y fueron atados a palos, les prendían fuego, para que sirvieran de antorchas en el Circo durante la noche.

Martirio de San Pedro y San Pablo. — En esta persecución los Apóstoles Pedro y Pablo coronaron su largo apostolado con la palma del martirio. Ambos fueron encerrados en la cárcel Mamertina, que era una sombría prisión a los pies del Capitolio. San Pedro fue condenado a ser crucificado, y, por humildad, pidió que

le crucificaran cabeza abajo. El mismo día llevaron a san Pablo a un paraje denominado *Aguas Salvias*, a tres millas de Roma y allí lo decapitaron. (Año 67).

Sin embargo, la ira de Dios no tardó mucho en herir al que había sido causa de tantos males. Despertó una indignación general en el pueblo contra Nerón, que para no caer en manos de sus enemigos, huyó de Roma y se dio a sí mismo la muerte. (Año 68).

CAPÍTULO XIV

• Profecías sobre Jerusalén • Señales que precedieron a la ruina de Jerusalén • Destrucción de la ciudad y dispersión de los judíos.

PROFECÍAS SOBRE JERUSALÉN. — Ya que el Deicidio ha sido el delito más enorme que jamás se haya cometido, fue castigado por Dios con una tremenda pena. El Salvador mismo había anunciado en el Evangelio que los judíos, como castigo de su obstinación, serían sitiados en su propia ciudad, y reducidos a tal estado que se considerarían dichosas las madres que no tuvieran hijos; que aquel pueblo deicida andaría disperso por todo el mundo, sin príncipes, sin sacerdotes y sin templo; que aquel mismo templo, con el que tanto se había envanecido, sería completamente destruido y no quedaría de él piedra sobre piedra, y que todos estos males sucederían antes que pasara aquella generación.

Señales que precedieron a la ruina de Jerusalén. — Espantosas eran estas predicciones, y espantoso también fue su cumplimiento. Pero Dios, que es bondad infinita, quiso amonestar a los hebreos con algunas señales horribles y extrañas que día y noche se manifestaban. El día de Pentecostés se oyó en el templo

una voz, que, sin que se supiera de dónde provenía hizo resonar estas palabras: *Salgamos de aquí, salgamos de aquí*. Un hombre, llamado Anano, que volvía del campo, apenas entró en la ciudad comenzó a gritar: *Ay del templo, ay de Jerusalén; voz de Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos; ay del templo, ay de Jerusalén.* Fue preso, encarcelado y azotado, pero no cesaba de repetir las mismas palabras ya en las murallas, ya en la ciudad. Así continuó por tres años, hasta que una vez exclamando: *¡Ay de mí mismo!* Fue herido por una piedra en la cabeza y murió. Una noche apareció alrededor del templo y del altar una luz tan viva, que durante media hora brilló como si fuese mediodía. Una de las puertas del templo, de bronce, y tan pesada que se necesitaban veinte hombres para cerrarla, se abrió de por sí. Algunos días después en todos los pueblos cercanos a Jerusalén se vieron en el aire ejércitos que rodeaban la ciudad preparándose para la batalla. Apareció un cometa que arrojaba llamas, como rayos; y una estrella, en forma de espada, permaneció un año suspendida en el aire con la punta vuelta hacia Jerusalén. Éstas fueron las señales prodigiosas que día y noche anunciaron a esta ciudad su inminente ruina y que la llamaban a penitencia.

Destrucción de la ciudad y dispersión de los judíos. — En vista de estas señales espantosas, los judíos estaban aterrorizados; pero nadie pensaba en invocar las misericordias de Dios. Entre tanto vieron que rodeaba a la ciudad un ejército romano, guiado al principio por un célebre guerrero, llamado Vespasiano, y más tarde por su hijo Tito. Éstos fueron, sin saberlo, instrumentos de la ira de Dios, para realizar cuanto estaba escrito en el Evangelio respecto al exterminio de los judíos. Sitiaron la ciudad a dos millas de distancia, y

cerraron todas las salidas. Como esto sucedió durante las solemnidades de la Pascua, muchos judíos quedaron encerrados en la ciudad, y pronto escasearon los víveres. Los habitantes se vieron en la necesidad de comer cualquier clase de alimentos; e incluso se arrancaban de las manos las cosas más asquerosas para saciar su hambre rabiosa. Para tener una idea de los excesos a que la miseria condujo a los hebreos, basta saber lo que le sucedió a una madre: Acorralada por el hambre rompió los vínculos de la sangre, pisoteó los derechos de la naturaleza, y fijando sus ojos en su inocente hijo: *¡Desgraciado!* exclamó, *¿para que te conservo la vida? ¿Para sufrir mil tormentos antes que mueras, o por colmo de desdicha, para que padezcas una espantosa esclavitud?* Y diciendo esto lo mató, lo descuartizó, lo cocinó, comió la mitad y escondió el resto. ¡Horror es este que los mismos que lo presenciaron a duras penas pudieron creerlo!

Tito, que ya se había apoderado de una parte de la ciudad, asaltó el Templo y prendió fuego a las puertas, dando orden de que se conservara intacto el cuerpo del edificio. Pero un soldado romano tomó un tizón ardiendo y lo arrojó al interior del Templo, de donde el fuego se propagó y los esfuerzos de Tito fueron inútiles para detenerlo; entonces el Templo quedó reducido a cenizas.

Los romanos mataron a cuantos cayeron en sus manos, y lo pusieron todo a sangre y fuego. Así se cumplieron las desgracias que Jesús había anunciado que caerían sobre Jerusalén. El mismo Tito confesó que el buen éxito de la empresa no fue debido a él, quien no había sido más que un instrumento de la ira de Dios. En la destrucción de Jerusalén murieron un millón y cien mil

habitantes. Los demás judíos se dispersaron por todo el mundo y fueron condenados a andar errando sin príncipe, sin altar y sin sacrificio, entre naciones extranjeras hasta el fin del mundo, en cuya época abrirán los ojos y reconocerán por su Dios a Áquel a quien crucificaron.

CAPÍTULO XV

• CONCLUSIÓN •

LA HISTORIA SAGRADA nos enseña las siguientes verdades que se relacionan una con otra:

1.ª El hombre fue creado por Dios en estado de justicia original, y para gozar de la felicidad eterna.

2.ª De este estado cayó por la culpa original, que oscureció su mente para conocer la verdad, y debilitó su voluntad para amar el bien.

3.ª Compadecido Dios del hombre caído, suplió, por medio de la revelación, la oscuridad de su inteligencia, y le prometió un Mesías reparador.

4.ª La primera revelación que hizo a Adán la renovó más tarde con más amplitud a los patriarcas, confirmándoles la promesa del Mesías.

5.ª Pero cuando el pueblo judío fue libre de la esclavitud de Egipto comenzó a ser una nación y entonces Dios le dio un código religioso, esto es, la revelación Mosaica, y estableció la Sinagoga como Iglesia, para que conservara, interpretara, e hiciera cumplir la ley establecida.

6.ª Una vez que se cumplió el tiempo para la gran promesa, apareció el Mesías, Hombre-Dios, el cual predicó su doctrina, y confió el depósito de la misma a los apóstoles, es decir, a la Iglesia, pues Él no escribió libro alguno. La Iglesia conserva, interpreta, y aplica la nueva ley.

7.ª Jesucristo nombró a san Pedro y después de él a sus sucesores Jefes de la Iglesia.

8.ª San Pedro, Jefe de la Iglesia, salió de Antioquía y fue a Roma, entonces capital del mundo entero, y allí estableció su Sede. Sus sucesores continuaron residiendo en Roma; aunque, por motivo de la persecución, tuvieron que vivir en las catacumbas. Después del tercer siglo de la era cristiana, el emperador Constantino abrazó la Religión de Cristo, fundó Iglesias en Roma y las dotó, trasladando su sede imperial a Constantinopla, ciudad fundada por él. Desde entonces los emperadores y los reyes que dominaron Italia no residieron en Roma, sino que sólo pasaban por esta ciudad como viajeros y tenían la corte en Rávena, Pavía y Milán. De tal suerte Roma, por disposición de la Divina Providencia, fue la ciudad del Vicario de Cristo.

ÍNDICE

CUARTA ÉPOCA

QUINTA ÉPOCA

SEXTA ÉPOCA

NUEVO TESTAMENTO

SÉPTIMA ÉPOCA

GOBIERNO ECLESIÁSTICO DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestra licencia y permiso, para que pueda publicarse la obra titulada: Historia Sagrada, compuesta por D. JUAN BOSCO, PBRO., y traducida del original italiano por un Sacerdote Salesiano, mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de la obrita, y entréguense dos ejemplares de ésta, rubricados por el Censor, en la Secretaría de Cámara y Gobierno de este Obispado.

BARCELONA, 16 OCTUBRE DE 1899.

EL GOBERNADOR ECLESIÁSTICO,
FRANCISCO DE POL.

POR MANDADO DE SU SEÑORÍA,
DR. JAIME BRUGUERAS, PBRO.
SRIO.